

JUAN

REPUBLICANA DE MEXICO

COLECCION AL DE BIBLIOTECA

J. SELGAS

Mendoza,
demonio
y carne

NOVELAS

Rayo
de sol

— — — — —
Dos
muertos
vivos

— — — — —
Mal de
ajo

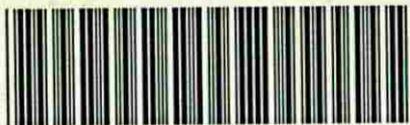
2

ERAI DE
P06565

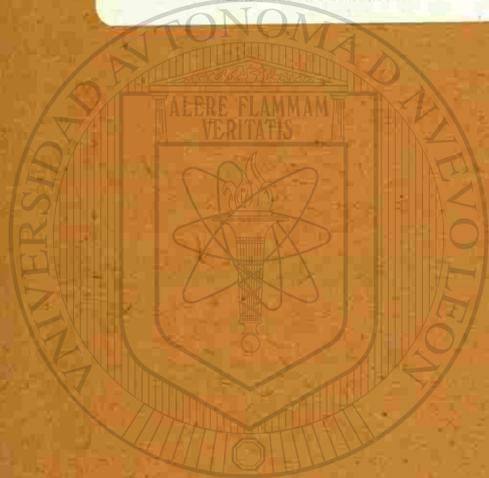
.S4

M8

v.2



1020027388



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS





OBRAS DE SELGAS

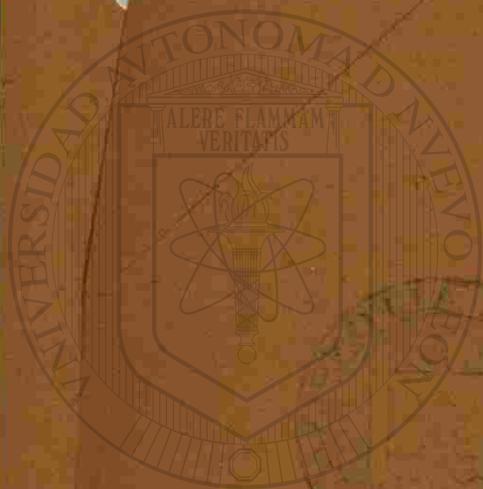
VI

NOVELAS

II

MUNDO, DEMONIO Y CARNE. —RAYO DE SOL. —DOS MUERTOS VIVOS.
MAL DE OJO.

Núm. Clas. N
Núm. Autor 4651m
Núm. Adg. 33851
Procedencia 8-
Precio AS
Fecha 29
Clasifico 29
Catalogo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

RICHARDO GONZÁLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOVELAS

DE

DON JOSÉ SELGAS

II

MUNDO, DEMONIO Y CARNE
RAYO DE SOL.
DOS MUERTOS VIVOS. — MAL DE OJO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS **100422**

MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DORRILL

Flor Baja, núm. 22

1885

33851

PQ6565

.54

M8

V.2



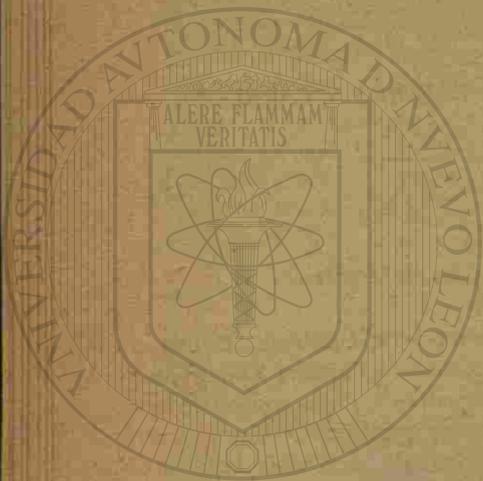
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



MUNDO, DEMONIO Y CARNE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MUNDO, DEMONIO Y CARNE.

I.

BODA EN PERSPECTIVA.

Se hablaba mucho en el mundo, de cierta boda ruidosa que estaba á punto de verificarse entre un joven espléndido y una rica heredera. Los periódicos habían anunciado el suceso, y aunque nada tenía de extraordinario, era la novedad del momento, y corría de boca en boca. Había, pues, un gran *frousseau* en perspectiva, y fiestas deslumbradoras, dignas del lujo oriental de las *Mil y una noches*.

En efecto: los que parecían mejor enterados, sabían de buena tinta que los novios iban á echar la casa por la ventana en celebridad del matrimonio, para lo que se hacían preparativos verdaderamente regios. Las noticias más seguras prometían maravillas, circulando en voz baja, pues para mayor seguridad del éxito se guar-

daban acerca de los pormenores las mayores reservas.

Únicamente se sabía, y esto en secreto, que la boda debía verificarse en la soberbia quinta que el padre de la novia poseía á algunas leguas de Madrid contigua al camino de hierro; que habría para los convidados y para los curiosos trenes especiales de ida y vuelta, con gran rebaja en el precio de los billetes; que el hospedaje en la quinta sería suntuoso, y por si acaso los aposentos del edificio no eran bastantes á contener cómodamente á la concurrencia, se preparaban *sotto voce* tiendas de campana, dispuestas con todo el *comfort* apetecible.

En ocho días se había fijado el periodo de las fiestas, que serían anunciadas de un momento á otro, razón por la cual las gentes visibles hacían apresuradamente sus preparativos de joyas y vestidos para figurar dignamente en ellas.

De estos ocho días se contaban prodigios. El programa no aparecía aún en el orden en que habían de verificarse los espectáculos; pero así, en detall, se sabía todo. Habría carreras de caballos y ejercicios ecuestres, cacerías en los bosques, paseos en los lagos, y conciertos en los jardines, salón de juego y sala de armas, tiro de palomas y tiro de pistola, comidas campes- tres y fuegos artificiales.

Durante la noche se iluminarían como por

encanto los lagos, los bosques, los jardines y los salones. Bajo la cascada del lago grande se establecería un foco de luz eléctrica que debía producir un efecto mágico. La luz, ingeniosamente dispuesta, imitaría alternativamente la claridad del día que amanece á los reflejos del sol que se pone, y el agua caería formando una triple cascada de plata, de oro y de fuego. La capilla no se abriría más que el momento preciso para que los novios recibieran la bendición nupcial, y en la biblioteca se establecería el *bouffet* permanente.

La concurrencia pasará ocho días deliciosos de sorpresa en sorpresa, y apenas tendrá tiempo para gozar de la variedad de los espectáculos que se preparan. Los convidados se despertarán todas lasmañanas al eco de músicas lejanas, que llenarán el aire de alegres acentos. Se cuenta con las cuatro partes principales, la orquesta y el coro del teatro de la Ópera.

Como hay que atender á todas las aficiones y á todos los gustos, se anunciaba muy formalmente una lucha de fieras, para cuyo fin se había escrito ya á un famoso domador que poseía la colección más completa. También se preparaba una corrida de toros, en la que lidiarían con todas las reglas del arte los jóvenes más distinguidos de la buena sociedad, formando una ilustre cuadrilla dirigida por Lagartijo.

Se contaba también con Arderius, que debía llevar una compañía escogida de lo más exquisito que se ha visto funcionar en el teatro de los Bufos, para la representación de las piezas más aplaudidas, esto es, lo más selecto del género. Habría, pues, *can can* superior, *can can* monstruo, capaz de alegrar un entierro y resucitar á un muerto.

No paraban aquí los anuncios de las sorpresas que se preparaban. Así, á media voz, y como quien no quiere la cosa, se dejaba traslucir la idea de una colección de cuadros vivos, proyecto que guardaban en cartera varias bellezas de primer orden, aficionadas á dar vida á las obras maestras del arte con todos los encantos de sus personas.

Pero no había de consagrarse todo al placer de los sentidos y á las realidades de los apetitos; era preciso dedicar algo al espíritu, y se había ocurrido la idea de celebrar un par de sesiones de espiritismo.

Como se ve, la imaginación no tenía nada que pedir al esplendor de la boda. Los convidados y los curiosos iban á pasar ocho días memorables en los fastos nupciales. Madrid se despoblaría, sería invitado el cuerpo diplomático, porque este cuerpo sin alma es indispensable en las grandes fiestas, como verdadero artículo de lujo.

Después de consumado el matrimonio, los novios irían á pasar la luna de miel á la India, buscando en las pintorescas regiones del Asia Central los mejores auspicios á su posteridad, allí donde estuvo la cuna del mundo; y el invierno podrían pasarlo muy bien en el Polo Norte, que es donde se encuentran los grandes inviernos.

Calcúlese si se hablaría del asunto en todos los círculos. La boda era el platillo de todas las conversaciones, y las gentes se hacían lenguas no hablando de otra cosa.

La crisis ministerial, puesta sobre el tapete en aquellos días, había perdido toda su importancia ante el acontecimiento nupcial que se venía encima. Mientras los fondos públicos se cotizaban á doce, las noticias referentes á los por menores de la boda adquirirían un valor extraordinario.

Bien podían desganitarse en los escaños de ambas Cámaras los oradores más famosos, pronunciando discursos de sensación, porque el público, preocupado con las fiestas de la boda, les volvía la espalda, exclamando: «¡Hum... charlatanes!» Ni la guerra de Europa, ni el triunfo definitivo de la Internacional, ni el mismo terremoto de la Martinica, habrían conmovido á la multitud suspensa ante la perspectiva que presentaban las bodas de la rica heredera.

Por la fuerza analógica de la denominación, *La dulce alianza* obtuvo en pocos momentos un crédito fabuloso, y un joyista, oscurecido hasta entonces, realizó de golpe todas sus existencias poniendo sobre sus empolvados anaqueles este letrero irresistible: «Al anillo nupcial.» Á la vez, las corbatas abandonaron repentinamente los caprichos de sus nudos para formar lazos conyugales, y hasta la repostería inventó una crema fantástica con el nombre de «suspiro de novia.»

Más aún: los poetas sintieron el influjo de una nueva inspiración, y las Doloras de Campoamor tuvieron que ceder su puesto al furor de los himnos epitalámicos. Por último: los vendedores de fósforos no tenían manos para despachar cajas con el título de «Antorcha de himeneo.»

No se hablaba, pues, de otra cosa: las fiestas destinadas á celebrar las bodas de la rica heredera formaban, por decirlo así, la atmósfera que se respiraba, porque el mundo estaba lleno de los fulgores de la boda mucho antes que los envidiados novios estuviesen unidos para siempre. Así se celebraba de antemano el fausto, no lo fausto del suceso.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
II. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA CARTA.



ENTRE tanto, el dichoso mortal destinado á entrar con tanto ruido por las puertas del matrimonio, gozaba de su celebridad con la tranquilidad de conciencia con que cualquier hombre honrado disfruta la posesión de aquello que legítimamente le pertenece. Llegaban á sus oídos los rumores con que la fama llenaba el viento de la publicidad, y aquel *rum rum* de asombro anticipado á los prodigios que iban á realizarse, formaba á sus oídos la sinfonía más agradable del mundo.

Influido por esa parte de vulgo que todos tenemos, descendía de las alturas de su fortuna, y, confundiéndose con la multitud que repetía su nombre, se admiraba á sí mismo. Dudoso alguna

vez de tan próspero destino, acudía al espejo buscando en la inestabilidad de la imagen la identidad de su persona. Allí, delante del cristal en que se dibujaba, se reconocía, y, frotándose las manos en íntimo aplauso, exclamaba diciendo:

— ¡Ah! ¡Ese soy yo!

Y no se veía como una simple figura humana estrictamente reproducida por la luna del espejo, sino que se contemplaba rodeado de luz, envuelto en una atmósfera brillante, que flotaba á sus pies como una nube y envolvía su cabeza como una aureola. Se creía en presencia de un ser superior, y con la sonrisa en los labios se inclinaba ante sí mismo.

El lujo con que estaban vestidas las habitaciones de su casa aumentaba el prestigio de estas apariciones, realzando la magia con que el cristal dibujaba los contornos de su persona.

En una de estas contemplaciones vió deslizarse por detrás de su imagen una sombra que oscureció la claridad del espejo y disipó la aparición de la misma manera que se disipa el humo en el aire, y, como el que despierta de un sueño profundo, se encontró manos á boca con su ayuda de cámara, que, con una sonrisa casi imperceptible, le presentaba una pequeña bandeja de plata, sobre la que se veía una carta.

Levantó la mano y señaló con el dedo una mesa cubierta con un rico tapiz de Persia, y el

criado dejó la carta sobre la mesa, y salió de la estancia guiñándose el ojo izquierdo.

Poco después la carta pasó de la mesa á las manos del futuro marido de la rica heredera. Antes de abrirla examinó el sobre, que correspondía por todas sus circunstancias á la persona á quien iba dirigida; pero la letra del sobrecrito era sumamente inglesa y de una corrección admirable; á media legua olía á escritorio. En cuanto al papel en que estaba escrita la carta, era de pliego grande azul rayado, papel de libro de caja, de ese en que extienden sus facturas y sus cuentas las casas de comercio.

No pudo disimular un gesto de desdén, y, por el movimiento de la mano, es seguro que tuvo intención de arrojar lejos de sí aquel papel mercantil; pero, antes de condenarlo á su soberano desprecio, buscó la firma, y al verla varió completamente de pensamiento. ¡Ya se ve! Era la firma del opulento banquero, del padre de la rica heredera, la firma original de su futuro suegro.

Sin duda le daba cuenta de los preparativos hechos para el mayor esplendor de la boda, y fijaba el día en que habían de echarse las campanas á vuelo.

Irguió la cabeza ante la próxima realidad de su dicha, y leyó lo siguiente:

« Mi buen Elías: Se acerca el momento en que

podré dar á V. el dulce nombre de hijo. Ningún obstáculo se opone á esta unión, porque entre nosotros no podían suscitarse nunca esas miserables cuestiones de maravedises á que el mundo da tanta importancia. Celia es mi hija única, y, por consiguiente, mi única heredera. Mas hay que pensarlo todo: la vanidad es el demonio favorito de las mujeres, y conviene no dar pábulo á esa debilidad, que suele ser funesta. Ella sabe que es millonaria, porque yo, loco de mí, no he pensado nunca en ocultárselo.... Ahora que su felicidad es todo mi pensamiento, creo que he sido poco prudente. V. es sumamente delicado, y yo sería el hombre más ligero del mundo si no hiciera justicia á las nobles susceptibilidades de su carácter, y, pensando en todo, me ocurren algunos temores relativos á la futura paz del matrimonio.»

Hasta aquí llegaba la primera página de la carta, y antes de volver la hoja, Elías se pasó la mano por los ojos, como si no viera con bastante claridad la hermosa letra de la carta. Luego siguió leyendo:

«El equilibrio, querido amigo, es el secreto en el cual consiste la estabilidad de todas las cosas, y en las intimidades de la vida conyugal es indispensable. Vea V.: hoy mismo, el problema que tiene en expectación á los grandes capitales es el equilibrio europeo. Ahora bien: ¿dotó á

mi hija con la suma total de los bienes que poseo?... Esta sería mi determinación, pues para mi habitual sobriedad bien poco necesito; pero debemos atar todos los cabos. Mi hija es un tanto voluntariosa, y puede llegar un día en que le eche á V. en cara el exceso de su riqueza. Yo sé que V. no lo sufriría, y las consecuencias serían incalculables. ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡Es tan ingenioso el cariño de un padre! He aquí el sacrificio que hago en aras de su felicidad. La carta dotal de Celia representará un valor equivalente al de los bienes que V. aporte al matrimonio. No debe ser más; pero yo no puedo consentir que sea menos. Avise V., pues, á su administrador para que me facilite una nota del capital de que V. dispone. Conozco la rigurosa exactitud del hombre á quien tiene V. confiada la administración de sus rentas, y estoy seguro de que no consentirá que V. disminuya el verdadero valor de su patrimonio por un rasgo de delicadeza que aplaudiría, si no me ofendiera.»

Así terminaba la carta del futuro suegro, cuya lectura dejó á Elías cabizbajo y pensativo. Encontraba en el fondo de este raro documento tanta oscuridad, que andaba á tientas por el laberinto de sus frases, sin encontrar salida. Perdido su pensamiento en las encrucijadas de la carta, sintió de repente que un abismo se abría delante de sus ojos. Era más que un abismo,

era un sepulcro; más que un sepulcro, era una caja vacía.

Hasta entonces no había pensado en el estado verdadero de su patrimonio, y al querer sondear las tinieblas de su bolsillo, le asaltaban temores que nunca había conocido. Las sumas invertidas en los fastuosos despilfarros de su opulencia, se le representaban bajo formas grotescas que lanzaban á su rostro atónito todas las muecas del escarnio. Enanos de enormes cabezas danzaban á su alrededor, al mismo tiempo que vaciaban con manos invisibles cántaros llenos de oro en pozos sin fondo, á la vez que abrían sus bocas desgarradas formando en el aire sucesiones de ceros.

Hacía esfuerzos inútiles por desvanecer la visión que llenaba sus ojos, porque se resistía, ni más ni menos que si estuviese dotada de una realidad invencible. La veía al través de los párpados, y si se cubría los ojos con las manos, la veía al través de las manos.

La visión se alejaba poco á poco, disminuyéndose allá en el fondo de una perspectiva sin límites, y en el momento en que parecía pronta á extinguirse, renacía de nuevo con rasgos más vivos y con pormenores cada vez más tenaces.

Á todo esto la carta del Banquero flotaba sobre aquella nube de cabezas informes, agitando sus dos hojas como dos alas, y cerniéndose so-

bre la frente del futuro marido de Celia como el águila sobre su presa; lo miraba y se sonreía, sin que él acertara á explicarse con qué ojos puede mirar una carta, y con qué boca puede sonreirse.

¿Duró mucho tiempo el espectáculo de esta escena increíble? No se sabe... Acaso un minuto, acaso un siglo. Tal vez las dos cosas á un mismo tiempo, porque hay instantes que contienen siglos. La eternidad no es más que un instante siempre presente.





III.

EL ESPECTRO.

SEA como quiera, ello es que al fin salió del mundo de las ilusiones, y decidió averiguar hasta qué punto era una realidad su opulencia, porque empezaba á temer que al tocarla con sus manos, iba á desvanecerse como un fantasma. ¿Habría sido el esplendor de su vida una vana apariencia? ¿Estaría todo ello reducido al encanto de un sueño, del que era preciso despertar? Aquellos salones suntuosos enriquecidos por el lujo y por el arte; aquellos magníficos trenes que hacían temblar la tierra, como el carro de Júpiter, al rodar por el empedrado de las calles; aquel manantial de oro que continuamente brotaba de sus manos, ¿no serían más que bellas mentiras?... Entonces, ¿qué podía ser verdad en el mundo?....

Discurría así, contemplando con ojos inciertos el oráculo que había de descifrar el enigma.

No me atreveré á decir que el oráculo era un hombre de carne y hueso, porque el administrador á quien Elías tenía confiado el manejo de sus rentas carecía de las vanas exterioridades de la carne. Como hombre verdaderamente positivo, sólo había conservado en la liquidación de su persona la parte sólida. Desde luego se advertía en el conjunto de su ser la rigidez del guarismo; era una suma viva, un número de huesos anatómicamente colocados en un saco humano.

La frente del administrador habría sido estrecha en sus primeros tiempos; pero poco á poco fué invadiendo los dominios de la cabeza, y ya podía tomarse como una frente espaciosa. Dos patillas rectas se descolgaban desde las sienes con ciertas pretensiones inglesas, marcando la estrechez del semblante y la seriedad de su longitud. En cuanto á los ojos, las pupilas se escondían en la profundidad de las cuencas, ni más ni menos que pudieran hacerlo dos monedas en el fondo de dos bolsillos. Por triste que fuese la índole del espíritu que lo animaba, alguna vez encontraría ocasión en el mundo para reírse; mas su risa debía ser interior, de puertas adentro, en razón á que la boca no tenía espacio en que extenderse. La hilaridad, pues, se halla-

ba contenida en el fruncimiento de sus labios, de la misma manera que el muelle está contenido dentro del resorte. Se puede decir, que no tenía cara para la risa.

En el aire exterior de su persona se notaba la atmósfera lóbrega y fría de los subterráneos: un termómetro puesto bajo su influencia habría bajado á cero. Sus movimientos carecían de espontaneidad, parecían sujetos á un verdadero rigor automático; no se desperdiciaba en ellos nada de esa movilidad que en España derrochamos y que en Inglaterra se economiza: era, en este punto, un inglés que no hablaba más que con la boca.

Frente á frente de Elías formaba un contraste que saltaba á la vista, porque el afortunado mortal destinado á recoger la herencia del Banquero, era el reverso de la medalla. El calor de la juventud aumentaba en él la expresión que da el calor de la vida; sus ojos pardos, medio adormecidos por el sueño de los placeres en que vivía, relampagueaban de vez en cuando, como esos vapores lejanos que anuncian las tempestades. Su fisonomía, movable como la superficie de un mar agitado, expresaba de continuo la diversidad de afectos que pasaban por su alma.

Realmente en uno y otro se encontraban las líneas geométricas que forman la figura humana;

pero ; qué diferencia! Surgía entre ellos la misma distancia que hay entre el bullicio del mundo y la soledad del sepulcro. Eran un hombre y un cadáver: el primero vivía; el segundo se sobrevivía. En la geometría hemos encontrado el único punto de semejanza exterior que los acercaba, y sin salir de la ciencia de las cantidades, podemos hallar la diferencia interior que los alejaba. Eran, uno la fantasía del álgebra, y el otro la precisión de la aritmética.

Se contemplaban mutuamente guardando entrambos un profundo silencio. Elías, absorto, porque nunca la figura de su administrador le había parecido más cadavérica, y se creía en presencia de un espectro; el espectro, porque era de suyo sombrío y silencioso.

Al fin Elías le señaló una magnífica butaca de terciopelo de Utrecht, y el espectro se sentó, como obedeciendo a la presión de un resorte, y haciendo crujir sus huesos al sentarse. Después le presentó la carta del Banquero, y el administrador alargó su brazo descarnado y la cogió con dos dedos, lo mismo que hubiera podido cogerla con unas tenazas.

La leyó con semblante impasible, y, después de leída, arqueó las cejas en señal de muda admiración, diciendo con voz sepulcral:

—Exacto.

—Bien (añadió Elías, mirando con indife-

rencia las molduras del techo). Hay que facilitar la nota que se pide.

—La nota (murmuró). Es inútil.

— ¡Inútil!.... ¿Por qué?....

—Porque la liquidación no arroja más que ceros.

— ¡Ceros!.... — exclamó, clavando sus ardientes miradas en las cuencas vacías del espectro.

—Ceros,— repitió éste como un eco.

—Es decir (preguntó): ¿estoy arruinado?

—Exacto,— le contestó, añadiendo un pliegue más al fruncimiento habitual de su boca.

Elías se puso de pie, y dió un paso hacia su administrador con todo el aire de una tempestad; pero se detuvo, y cruzando los brazos, dijo:

—Y bien. ¿Podré yo saber cómo ha sido esto?

La respuesta del administrador fué extender sobre la mesa una liquidación empedrada de números, que aparecían encerrados en casillas, y formados en columnas.

A los ojos de Elías el cuadro de aquella liquidación tomó inmediatamente formas fantásticas. Cada una de las cifras que tenía delante representaba restos mortales de cantidades muertas; cada guarismo era un cadáver que se levantaba como evocado por un conjuro; cada casilla un nicho; los guarismos se convertían en letras, y las letras formaban epitafios: «*Aquí yacen treinta*

mil duros, aquí sesenta mil, aquí cien mil. » Por todas partes veía los despojos fúnebres de una riqueza que se había tragado la tierra. Aquello no era una liquidación, era un cementerio.

Y, sin embargo, allí mismo, en presencia de la realidad de aquellos lúgubres dominios de la muerte, veía surgir el fugitivo fantasma de la vida. Por una parte se le representaban los afa-nes, las inquietudes, el trabajo de muchas generaciones acumulando el caudal de toda aquella riqueza que había venido á parar á sus manos. Por otra parte veía levantarse la visión de los placeres y al fausto de los vicios y de las disipaciones en que había consumido en unos pocos años el producto reunido á fuerza de tanta paciencia y de tanto tiempo. En sus manos acababa de espirar toda la herencia de sus padres; había necesitado, para vivir los breves instantes de su opulencia, la vida de muchas generaciones.

— ¡Ah! (exclamó, fijando en el administrador sus miradas desoladas.) ¡Estoy arruinado!

— Arruinado (contestó el espectro, con la misma voz con que la muerte hablaría á un moribundo). Los excesos de los gastos sobre los productos de las rentas han ido mordiéndolo en el capital hasta que lo han devorado.

— No lo sabía.

— ¡Hum!... (replicó el administrador.) Las cuentas hablan.

— No las he visto, — insistió Elías, queriendo apartar de sí la responsabilidad de su ruína.

Aquella especie de sombra humana que acababa de abrir sobre el rico tapiz que cubría la mesa el abismo de una liquidación tan desastrosa, se levantó de la butaca como un muerto de su sepultura, se inclinó delante de Elías, presentándole la desierta redondez de su calva como si quisiera arrojar á su rostro el último cero, y deslizándose por la mullida alfombra que cubría el pavimento, desapareció detrás del soberbio cortinaje que cubría la puerta. Cortinaje suntuoso, que brillaba en aquel momento á los ojos de Elías como una burla de su destino, como los harapos de su lujo, como la mortaja en que se envolvía el cadáver de su opulencia.

Apenas se vió solo, lanzó á su alrededor miradas furiosas, como quien busca una víctima, y no encontrando ninguna digna de su enojo, se precipitó sobre la mesa, en la cual negreaban, resaltando en la blancura del papel, los guarismos inexorables que daban testimonio de su ruína. Allí alzó el puño y lo dejó caer sobre la mesa con todo el ímpetu de su ira. La caoba crujió bajo el peso de tan tremendo golpe; rechinaron los cristales estreñecidos; tembló el pavimento, y el artesonado del techo se bamboleó como si fuera á desplomarse.

Al mismo tiempo las cortinas que cubrían la

puerta se entreabrieron, y la imagen del espectro apareció de nuevo.

Quiso Elías lanzarse sobre ella; pero sintió en sus pies un peso enorme que sujetaba sus pasos. En cambio la imagen pavorosa que tenía delante se le iba acercando, haciendo crujir sus huesos al escurrirse sobre la alfombra.

Se encontraban frente á frente, y tan cerca, que Elías recibía en su rostro la respiración helada de aquel cadáver mudo y silencioso que parecía complacerse en provocar su ira.

Entonces tendió los brazos para deshacerlo entre sus dedos; pero las manos, encadenadas por una fuerza invisible, cayeron desfallecidas.

Quiso hablar, y no pudo, porque la voz salió de su boca sin sonido, sus ojos se oscurecieron, intentó retroceder, y cayó desplomado.

En medio de la oscuridad que lo cegaba, veía la imagen del espectro que se inclinaba sobre él con aire victorioso, como el vencedor sobre el vencido.

Después de un momento de muda contemplación, el vencedor, implacable, alargó el brazo y puso el dedo sobre la frente de su víctima. Elías se estremeció, cerró los ojos, y sintió circular por sus venas el frío de la muerte.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
IV. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN PLAZO.

A todo esto, era preciso presentar la nota pedida por el Banquero, ó renunciar á la mano de su hija, porque es de presumir que el famoso millonario no habría de entregar la mano de su heredera á un hombre que no tenía sobre qué caerse muerto. Acerca de este punto, ya sabemos por su carta que consideraba como fatal auspicio para la felicidad del matrimonio que Celia excediese en bienes de fortuna á su marido. Y vaya V. á sacar de la cabeza de un padre millonario la idea de que su hija va á ser la mujer más desventurada de la tierra con cinco ó diez ó quince mil duros más de renta.

La alternativa que se presentaba no podía ofrecer duda alguna; la boda tan ruidosamente anunciada estaba deshecha. El mundo no perdonaría fácilmente este chasco dado á su credulidad, y

33851

pediría una víctima en compensación de los gozes de que había sido alevosamente defraudado.

La víctima se hallaba señalada de antemano; no podía ser más que Elías; Elías, que había derrochado alegremente todo su patrimonio en los placeres del mundo. El castigo en estos casos es siempre el mismo: la víctima pasaría por el tormento de ser desollada viva en todos los círculos, y en esta ocasión podemos decir en todos los círcos.

¿Han pensado Vds. alguna vez acerca del horror que inspira el verdugo?

A Elías no podía ocultársele lo terrible de su situación, y al verse arruinado, se declaró sencillamente hombre muerto. Pensando detenidamente acerca del caso que la cuenta le presentaba, no veía realmente en la pobreza más que una forma de la muerte; la muerte, pero sin morir; se consideraba más que muerto, porque iba á ser enterrado vivo. Su alternativa era esta: ó morir, ó enterrarse.

Consideraba la pobreza como la sepultura de los que mueren y continúan respirando por una mera tenacidad de los pulmones, y la sola idea de la miseria le crispaba los nervios. Pasar de rico á pobre era á sus ojos pasar de una vida á otra, del mundo en que se vive al mundo en que se muere.

Hacía veinticuatro horas que daba vueltas en

su pensamiento á todas estas consideraciones, pensando y midiendo las dificultades de su situación, como hombre que no quiere partir de ligero; porque, después de los primeros arrebatos de su cólera, había sucedido la calma, serenándose su espíritu como se serena la atmósfera después de la tempestad, y, quieras que no quieras, empezaba á mirar la crueldad de su destino con cierta frescura.

Por dentro iría la procesión; pero su semblante no descubría las agitaciones de su ánimo. Acababa de almorzar con su apetito ordinario, y saboreaba las dulzuras de un soberbio habano, cuyo humo sustancioso se elevaba en el aire formando sobre su cabeza ondas azules.

No se puede decir que rebosaba en su semblante el regocijo del hombre á quien le ha caído la lotería; pero tampoco podía colegirse, por la expresión del rostro, que se hallaba con un pie en el sepulcro.

Hablando consigo mismo, se decía:

—Bueno. En la imposibilidad de sustraerme á la miseria que me amenaza, no encuentro más recurso que dar media vuelta, y desaparecer de la vida. Sepultura por sepultura, prefiero aquella en que todo desaparece y todo se olvida. De cualquier modo, el mundo ha de desollarme, y puesto que está en mi mano elegir, elijo que me desuelle muerto.

Parecía satisfecho de la precisión de sus conclusiones, y aun admirado del juicio con que discurría en asunto tan grave. El suicidio se le presentaba como la solución más razonable, pues en el círculo en que se veía encerrado no encontraba más salida que la muerte.

— ¡La muerte! (exclamaba.) Ciertamente, no es una cosa agradable dejarse la vida cuando parece que todo nos convida á vivir; cuando ya, digámoslo así, se ha acoplado uno en ella, y se siente con fuerzas para ir tirando hasta la consumación de los siglos. Por otra parte, la idea de aniquillarme por mi propia mano envuelve una ingratitude horrible. Yo me he tratado siempre bien; me he proporcionado placeres, satisfacciones, todo cuanto puede hacer amable la vida, y en cambio, ¿es ese el pago que voy á darme?

Una nube de humo se escapó de su boca entreabierta; la siguió con ojos distraídos, y luego que la vió desvanecerse, siguió diciendo:

— Después de todo, la cosa no merece pensarla tanto; ello al fin no es más que un momento: ser y no ser.... Poco á poco; eso de no ser, me parece bastante oscuro.... ¿Qué habrá al otro lado del sepulcro?... ¡Demonio! Me iba tan bien en esta vida, que no he pensado un momento siquiera en la otra. Es un viaje intempestivo. ¿Qué he de hacerme yo allí, en un

pais desconocido, sin amigos, sin relaciones, sin conocer los usos y las costumbres, sin tener la más ligera noción del idioma?... ¡Ah! ¡Voy á hacer un papel muy triste!

Esta última reflexión parecía que pesaba mucho en su ánimo, pues recogió una gran bocanada de humo y se quedó pensativo.

Sin embargo, después de algunos instantes de meditación, alzó la voz, y dijo:

— Es preciso morir.

Inmediatamente se preguntó:

— ¿Cuándo?...

En el acto se contestó, diciendo:

— Pronto.

Faltaba un pormenor; á saber: qué género de muerte había de elegir para poner término á su vida. Acerca de este punto experimentaba cierta perplejidad; no sabía á qué carta quedarse. Se le presentaban tantas maneras de resolver el caso, que dudaba cuál de ellas sería la mejor. ¡Oh terrible crueldad de su destino! ¡Se veía obligado á elegir el mismo el género de muerte que había de poner fin á sus días!....

Un nuevo pensamiento debió agitar su espíritu, porque abrió ansiosamente los ojos como el que ve algo inesperado, exclamando al mismo tiempo:

— ¡Ah... Celia... Celia!....

El acento con que pronunció el nombre de la hija del Banquero, revelaba una emoción profunda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apt. 1625 MONTERREY

— ¡Qué cosas se ven (dijo) desde los umbrales de la muerte! Jamás Celia me ha parecido tan hermosa como en este momento... Las miradas de sus ojos negros penetran en mi alma, llenándolo de dulzuras inexplicables... Hasta ahora no había comprendido todo el encanto que se encierra en sus sonrisas... Me parece que no la había visto antes. Siento que su imagen se levanta en el fondo de mi corazón; oigo su voz que me llama, y veo que me tiende su mano como si quisiera detenerme en el borde del sepulcro abierto delante de mis pies... ¡Oh Celia... Celia!... ¡Esta vida te pertenece!... ¡Ahora lo conozco, ahora que no acierto á separarme de ella!... ¡Qué valdría para mí si no fuese tuya?... Morir es alejarme de ti, condenarme á una ausencia eterna... Los recuerdos de este amor que tú sola has sabido infundirme, se apagarán al fin en tu memoria... ¡Se olvida tan fácilmente á los muertos!... Pues bien : viviré; tu olvido sería para mí mil veces más cruel que la muerte.

Al pronunciar las últimas palabras, se irguió, tomando la actitud del atleta que va á sostener una lucha formidable. Y con la cabeza echada hacia atrás, los brazos extendidos y la mirada fulminante, parecía desafiar al mundo entero.

La belleza de su figura recordaba á Apolo, y la firmeza de su actitud descubría á Hércules. Es-

taba á la vez hermoso y fiero; la hija del Americano, al verlo, habría encontrado bastante motivo para envanecerse de aquella pasión de última hora.

Mas pronto se aflojó la tirantez de sus músculos, se apagó el fuego de sus ojos, y, cruzando los brazos y doblando la cabeza, volvió á repetirse estas tristes palabras:

— Es preciso morir.

Luego, echando las manos á la espalda y balanceándose sobre las piernas, dijo:

— ¡Bah! Solamente el demonio sería capaz de sacarme de este atolladero. Dicen que es un personaje bastante listo, poco escrupuloso, y que suele servir á los amigos. ¡Ah, caballero! Si V. tuviera la bondad de entenderse conmigo, puede ser que hiciéramos un buen negocio. Pero sospecho que ha de ser V. una de tantas reputaciones usurpadas; cualquiera hombre de nuestro siglo le da á V. cien vueltas en menos de un minuto.

Dicho esto comenzó á pasearse de un extremo á otro de la estancia en que se hallaba, y transcurridos algunos minutos de silencio, se detuvo diciendo:

— Ea, está visto; no me queda ni el recurso del demonio. Vamos; el demonio es un pobre diablo.

Hecha esta observación, se llevó el dedo á la

frente, como si se quisiera detener en su cabeza algún pensamiento fugitivo, y añadió:

—Vamos despacio. En realidad, no tengo una gran urgencia de matarme. La nota de mis cuantiosos bienes no es cosa que se hace en un día. Mi futuro suegro bien puede esperar ocho días antes de saber que estoy arruinado. Cada día que pase añadirá un millón á la dote de su hija.... Muy bien: tengo delante un plazo de ocho días; al octavo me saltaré la tapa de los sesos, si no encuentro otro recurso menos incómodo.... Ahora, á vivir.... En ocho días se puede vivir un siglo.... Quiero desquitarme de mi temprana muerte.

Y diciendo y haciendo, tiró de todos los cordones que encontró á la mano, haciendo sonar á la vez todas las campanillas de la casa. Unos por unas puertas y otros por otras, todos los criados de su servidumbre acudieron desalados.

—¡Ea! (dijo): á vestirme.... El coche, inmediatamente el coche. Mañana una comida de veinticinco cubiertos.

Á los pocos minutos bajó la escalera, derramando alegría, salud y dinero.

Aquel plazo de ocho días le había vuelto la vida.



V.

DEL OTRO MUNDO.

OCHO días pasan pronto, y en medio de las disipaciones del mundo pasan como un soplo.

Elias se despertó aquella mañana con la frente tranquila, la mirada serena y la sonrisa en los labios. Se desperezó con todo el abandono del hombre que ha dormido profundamente, y guiñándose el ojo en señal de secreta inteligencia, y dando á su voz el tono más lúgubre que le fué posible, dijo:

—No hay más remedio que morir.

En seguida se vistió lenta y silenciosamente, sin el auxilio de su ayuda de cámara, pues, decidido á morir, quería amortajarse por sus propias manos. Como se trataba de un viaje, eligió un traje de camino y un buen abrigo forrado

frente, como si se quisiera detener en su cabeza algún pensamiento fugitivo, y añadió:

—Vamos despacio. En realidad, no tengo una gran urgencia de matarme. La nota de mis cuantiosos bienes no es cosa que se hace en un día. Mi futuro suegro bien puede esperar ocho días antes de saber que estoy arruinado. Cada día que pase añadirá un millón á la dote de su hija.... Muy bien: tengo delante un plazo de ocho días; al octavo me saltaré la tapa de los sesos, si no encuentro otro recurso menos incómodo.... Ahora, á vivir.... En ocho días se puede vivir un siglo.... Quiero desquitarme de mi temprana muerte.

Y diciendo y haciendo, tiró de todos los cordones que encontró á la mano, haciendo sonar á la vez todas las campanillas de la casa. Unos por unas puertas y otros por otras, todos los criados de su servidumbre acudieron desalados.

—¡Ea! (dijo): á vestirme.... El coche, inmediatamente el coche. Mañana una comida de veinticinco cubiertos.

Á los pocos minutos bajó la escalera, derramando alegría, salud y dinero.

Aquel plazo de ocho días le había vuelto la vida.



V.

DEL OTRO MUNDO.

OCHO días pasan pronto, y en medio de las disipaciones del mundo pasan como un soplo.

Elias se despertó aquella mañana con la frente tranquila, la mirada serena y la sonrisa en los labios. Se desperezó con todo el abandono del hombre que ha dormido profundamente, y guiñándose el ojo en señal de secreta inteligencia, y dando á su voz el tono más lúgubre que le fué posible, dijo:

—No hay más remedio que morir.

En seguida se vistió lenta y silenciosamente, sin el auxilio de su ayuda de cámara, pues, decidido á morir, quería amortajarse por sus propias manos. Como se trataba de un viaje, eligió un traje de camino y un buen abrigo forrado

de pieles, porque no era cosa de dejarse sorprender por el frío de la muerte.

En un pequeño *cabá* de piel de Rusia colocó sus joyas y vació todo el oro que contenía su gaveta. Hechos estos preparativos, cogió la pluma, y con pulso tranquilo y mano sosegada escribió lo siguiente :

«Dentro de pocos instantes Elías Puente real habrá dejado de pertenecer al número de los vivos. Al despedirse de la vida, deja en el mundo una gran herencia disipada y un nombre que pronto será olvidado. No busquéis su cadáver, porque va á hundirse en una sepultura impenetrable. No quiere alligeros con el espectáculo de sus restos mortales. He elegido una muerte bastante original, que no dejará rastro alguno sobre la tierra. Me preparo una solemnidad fúnebre digna de mí: yo mismo me he amortajado, y yo sólo asistiré á mi entierro.»

Sin dejar la pluma, leyó palabra por palabra lo que acababa de escribir, y añadió, como su última disposición testamentaria, que se vendiesen en pública almoneda los muebles y objetos que formaban el menaje de su casa, y que su importe se repartiese en partes iguales entre todos sus criados. Viendo que no tenía nada más que añadir, mojó la pluma para estampar su firma al pie de lo escrito.

Antes de trazar la primera letra se detuvo,

porque un ruido repentino y cavernoso, semejante al trueno de un terremoto, hizo temblar las paredes del edificio.

—¡Demonio! (exclamó.) No he oído jamás un coche más estrepitoso. Parece que ha pasado el carro de Júpiter, ó el carro tempestuoso de Calígula, ó al menos la carroza arrastrada por mujeres desnudas en que paseaba Eliogáballo las calles de Roma.

Satisfecho de su erudición, volvió á mojar la pluma para estampar la firma; pero pasó por sus ojos una sombra que le hizo levantar la cabeza, y se encontró frente á frente de un personaje tan inesperado como desconocido.

—¡Ah!... (exclamó, poniéndose de pie.) Creí que estaba solo.

—Quietos, quietos (le dijo el personaje desconocido). Soy aquí persona de bastante confianza para que se gasten conmigo cumplimientos inútiles. Por lo demás, comprendo perfectamente el asombro que causa mi presencia. No he querido que los criados me anuncien; he violentado la consigna, y me he entrado hasta aquí como Pedro por su calle. No sé entrar de otra manera en la casa de mis amigos.

—¡Amigos!...— repitió Elías, sinceramente admirado.

—Sin duda (le replicó); amigos, y amigos antiguos.

Y diciendo esto, presentaba su persona á las miradas escudriñadoras de Elías, que lo examinaba de pies á cabeza, diciendo :

—No sé; la memoria no me trae ningún recuerdo. Es posible que nos hayamos visto alguna vez; pero en este instante no caigo...

Y ciertamente la figura del misterioso personaje, vista una vez, no era para olvidada. Su barba roja de color de cobre; sus ojos cenicientos, en los que brillaban miradas semejantes á los resplandores de un incendio lejano; la expresión audaz de sus cejas ligeramente fruncidas por la tensión de un pensamiento constante; su frente alta, espaciosa, pálida y triste como la soledad de un desierto; su boca desdenosa y burlona, daban á su fisonomía un aspecto extraño.

Al mismo tiempo ostentaba en toda su persona una corrección de líneas admirable. La belleza asomaba allí como las claridades indecisas del sol al través de un cielo nublado; era una hermosa planta, en la que se veía algo parecido á los estragos del rayo. Había en el conjunto de su belleza, desolación, luz y tinieblas, la sombra de las tempestades y el fuego de los relámpagos.

Su edad sería la edad de la juventud, pero de esa juventud gastada por las pasiones. Si puedo expresarme así, diré que se reunían en él á un

mismo tiempo la vida y la muerte, la juventud y la vejez, un cuerpo nuevo en la vida y un espíritu cansado de vivir. Si á este hombre le hubiera ocurrido la idea del suicidio, habría pensado en el suicidio de su alma.

Tal era, á primera vista por lo menos, el personaje que Elías observaba sin poder reconocerlo. ¿Dónde lo había visto? En ninguna parte. ¿Cómo, pues, pueden ser amigos dos hombres que nunca se han conocido?...

Viendo este extraño personaje la inutilidad del examen de que era objeto, se sonrió, exclamando:

—¡Oh flaqueza de la memoria humana! Veinte años han bastado para poner entre nosotros la inmensidad del olvido. ¿Y qué son veinte años? Un minuto, un instante... nada.

El acento sombrío con que pronunció estas palabras, le debió parecer de malísimo gusto, y queriendo corregirse, prorumpió en una furiosa carcajada.

—Vamos (añadió): ¿es verdad que no me conoces?

—Yo (contestó Elías, encogiéndose de hombros) no encuentro en mi memoria un nombre que aplicar á la persona que tengo delante.

—Veamos si yo puedo ayudar á tu memoria. Allá en nuestro pueblo, hace más de veinte años, éramos inseparables: yo te seguía como la sombra al cuerpo; yo era el brazo que ejecutaba

todas las perversidades que te ocurrían. ¡Cuánto daño hacíamos! ¿Te acuerdas? Mas yo era siempre el que pagaba con terribles castigos tus hazañas. — Tú eras rico... Tu padre poseía las tres cuartas partes de la tierra de labor que formaba la riqueza del pueblo. Por aquellos contornos no se podía dar un paso sin permiso de tu padre. Tú no podías vivir sin mí, pero yo no era más que el hijo de tu nodriza.

— ¡Ángel! — exclamó Elías, abriendo desmesuradamente los ojos.

— Ese es el nombre que entonces llevaba. ¿Te acuerdas ya? Tus padres te tenían destinado un gran papel en el mundo, y encargaron al mundo que diera la última mano á tu educación. ¡Oh! (exclamó con visible alegría); ¡el mundo es un maestro que no tiene precio! Tú poseías ya las más bellas cualidades para recibir con fruto sus lecciones, y me parece que no has desperdiciado el tiempo. ¡Soberbia vida! ¿Eh? Te vi partir de nuestra aldea llena mi alma de tristeza, porque también tenía yo afán de ver el mundo, y devoré algunas lágrimas al verte doblar el *Cabezo negro*, en la punta de los olivares donde forma un recodo el camino. Tú ni siquiera volviste la cabeza. Me quedé solo, y desde aquel momento formé mi resolución.... Anochece, y no amanecí. Tampoco he perdido yo el tiempo. Me cansé de Europa, y me fui á América.

— ¡Ángel! ¡Ángel! (exclamó Elías.) Estás muy transformado.... Jamás te hubiera reconocido.... Además, te creía muerto.... No recuerdo cómo, pero yo tenía noticias seguras de tu muerte.

— Sí (afirmó el hijo de la nodriza); debí morir, y aun creo que me enterraron; pero es el caso que estoy vivo, porque supongo que no dudarás de que tu antiguo amigo vive todavía.

— No es posible dudarle (dijo Elías). Mis ojos me dan testimonio de que el hijo de mi nodriza está delante de mí, bueno y sano. Es evidente que aquel Ángel, cómplice de todas mis diabluras, está aquí en una pieza, como caído del cielo.

— Eso es (añadió Ángel mordiéndose los labios); caído del cielo. Pero no creas que soy enteramente aquel.... que tú conociste. He variado mucho.... En primer lugar, de nombre. Entonces era yo un pobre muchacho, y bien podía llamarme *Ángel*. Ahora llevo un nombre más corriente, más propio del siglo; me llamo *bombre*. Todo lo sé, todo lo quiero y todo lo puedo; soy mi propia divinidad, mi propio ídolo; desígname, pues, con un nombre cualquiera, y si quieres que sea con un nombre á la vez histórico y simbólico, llámame *Baal*. ¿Por qué no? Es el nombre con que los abisinios adoraron á Nemerod después de muerto. Con el nombre de *Baal*

adoraron los caldeos y los fenicios á su divinidad.... Los israelitas llegaron á quemar á sus hijos en holocausto á *Baal*; los griegos vieron en *Baal*, unos á Marte, otros á Saturno. *Baal* quiere decir señor, rey ó príncipe. Es el primer nombre por medio del que empezó el hombre á adorarse á sí mismo. Llámame *Baal*, como si ese fuera mi nombre propio, porque, ya lo sabes, dejé de ser Ángel para ser hombre, y hombre ya quiere decir.... Dios....

—Mi querido *Baal* (dijo *Elias*). No tengo por qué oponerme á la extravagancia de ese nombre; pero debo advertirte que á mis ojos serás siempre el hijo de mi nodriza. En cuanto al mundo, el nombre que has adoptado sonará como el de *Rostchild*, si eres millonario, ó como el de *Fernández* ó *Martínez*, si no eres más que un pobre diablo.

Baal echó hacia atrás los crespos rizos de su roja melena, descubriendo el espacioso contorno de su osada frente, sobre la que flotó un rizo brillante como una llama; las ventanas de su nariz se dilataron como las del tigre que olfatea la presa, marcando en su rostro la triple expresión del rencor, el orgullo y la audacia; pero esto pasó por su semblante como un relámpago, porque en el mismo instante dejó ver en su boca la más dulce de las sonrisas humanas, diciendo:

—No me envanece la antigua aristocracia del

nombre que he adoptado, porque yo soy hombre que me acomodo fácilmente á las circunstancias de los tiempos, y para ti no quiero ser más que el hijo de tu nodriza. Por eso (añadió con expresión humilde y tierna) no me he determinado aún á darte un abrazo.

Elias no pudo oír las últimas palabras sin conmoverse, y le abrió de par en par sus brazos. *Baal* se precipitó en ellos, y los dos amigos quedaron estrechamente abrazados.

Elias exclamaba:

—¡Parece mentira que seas tú el que tengo ahora entre mis brazos!

Baal decía:

—Comprendo perfectamente la admiración que te causa mi presencia.

—Y, vamos, demonio inesperado; ¿se puede saber de dónde sales?....

Baal se desprendió de los brazos de su antiguo amigo, y le contestó sencillamente:

—Ya te lo he dicho; del otro mundo.





VI.

BAAL.

Esa escena que acabamos de presenciar en el capítulo anterior ocurría en una mañana de Diciembre, de sol embozado hasta los ojos y de un cielo más dispuesto á nevar que á llover. Quiero decir, que era una mañana fría, de esas en que el agua detenida en los estanques se abriga detrás de los ligeros cristales que el hielo forma en su superficie.

La presencia inesperada del personaje que había sorprendido á Elías en el momento en que iba á firmar sus últimas disposiciones testamentarias, le hizo olvidar lo crítico de su situación, y sacando, digámoslo así, el pie que ya tenía en el sepulcro, y arrastrado por la impresionabilidad de su carácter, se abandonó á las emociones que

le proporcionaba la aparición casi inverosímil del hijo de su nodriza.

Restregóse las manos, más de satisfacción que de frío, y avivando el fuego de la chimenea, dijo:

—Aún estamos de pie, y me parece que no es la posición más cómoda para que dos amigos de la infancia, después de veinte años de ausencia, recuerden las locuras de los primeros días de su vida; porque supongo que no habrás venido á verme con los minutos contados.

—Me sobra tiempo (contestó Baal). Mis negocios marchan perfectamente; los hombres me lo dan todo hecho.

—Perfectamente (añadió Elías). Sentémonos, y hablemos.... aquí, junto á la chimenea, al amor de la lumbre.

Baal frunció dolorosamente el entrecejo, y replicó diciendo:

—No... el fuego me es insoportable.... lo detesto.

—¡Ah camastrón! (exclamó su amigo.) Debes estar agarrando los treinta y cinco años, y aún conservas pretensiones de juventud. Sabes que el fuego arruga, y no quieres envejecer todavía.

La sonrisa con que Baal recibió esas palabras, parecía confirmar la exactitud de la observación hecha por su amigo. Este siguió diciendo:

—Es una debilidad bastante común, de que todos participamos, porque.... es cosa averi-

guada: nadie quiere envejecer. Con una juventud eterna, la tierra sería para el hombre el verdadero paraíso.

—¡La eternidad!.... —murmuró Baal con voz sombría.

—Me parece (dijo Elías, mirándolo fijamente) que has experimentado grandes contrariedades. Descubro en tu rostro, de vez en cuando, rasgos oscuros de acerba tristeza. Tu vida ha de haber sido muy borrascosa. Vamos, cuéntame tu historia.

—Pueril curiosidad (le contestó). Mi historia es la historia del género humano.

—Bien; pero tú eres rico; todo el aspecto de tu persona revela opulencia; veo brillar en tu mano un diamante digno de la corona de un rey. Dime á lo menos cómo has podido conquistar los favores de la loca fortuna.

—No hay tal fortuna, —contestó Baal.

—¿No?

—No.

—¿Qué hay, pues?

—Audacia y astucia.

—Hablas como un hombre que ha devorado todas las esperanzas de la vida.

—Es posible; pero, dime, ¿te queda á ti todavía alguna esperanza?

—Me queda una.

—¿Cuál?

—Celia es mi única esperanza.
Baal soltó una espantosa carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De tí.

—¿Acaso conoces tú á Celia?

—Sí; conozco á todas las mujeres.

—¿Y bien?

—Celia es mujer.

Elías ladeó la conversación, como el avaro que oculta el tesoro que quieren robarle, y le dirigió esta pregunta:

—¿Hace mucho tiempo que estás en Madrid?...

—Poco (contestó); he llegado hoy mismo.

—El amor á la patria te ha empujado al fin hacia el cielo que te vió nacer.

—No; yo no tengo patria; me es indiferente cualquier parte del mundo.

—Entonces, ¿qué te ha traído?

—Tú.

—¿Yo!

—Sí. Los periódicos de Madrid anunciaban tu boda, y el ruido de las fiestas que se preparaban corrió por todos los periódicos del mundo. Yo asisto á todas las grandes fiestas con que el mundo celebra su grandiosa opulencia... Me convidó, y aquí me tienes.

Estas palabras recordaron á Elías que se hallaba con un pie en el sepulcro, y que aquel era el último día de su vida, y pasó por su pen-

samiento una sombra que oscureció sus ojos.

Movió tristemente la cabeza, y dijo:

—Has hecho un viaje inútil.

—¿Pues?—preguntó Baal.

—No hay boda.

—¿Por qué?

—Porque estoy arruinado.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y te resignas?...

—No.

—¿Qué has resuelto?

—Morir.

—¿Cómo?...

—Ahí, sobre la mesa, tienes mi testamento.

Baal, sin moverse, lanzó sobre la mesa sus oblicuas miradas, y leyó la carta en que Elías daba su último adiós al mundo. Luego apartó los ojos con indiferencia, exclamando:

—¡Oh!... Eres un insensato.

Elías dejó ver en sus labios la sonrisa más burlona del mundo, y Baal la interpretó, diciendo:

—Quieres decirme que soy un imbécil, porque tú ignoras que poseo el don de penetrar los pensamientos, y no sabes que estoy leyendo el tuyo. Óyeme: piensas matarte sin morir. El mundo creará tu muerte sin necesidad de que le dé testimonio de ella tu cadáver. ¿Qué incon-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, N.L.

veniente hay en ello? Nada más natural que el suicidio en un caso como el tuyo. El hombre que ha derrochado un rico patrimonio en la satisfacción de todos los placeres; que ha disipado en la embriaguez de todos los goces la riqueza del bolsillo y del alma; que se encuentra de repente delante de la miseria, sin fe, sin dinero y sin esperanza, ¿qué ha de hacer más que matarse? Esto es lo corriente. Tú, además, tienes que renunciar á la mano de una rica heredera, y este desaire de la fortuna hay que pagarlo con la vida; el último placer que el mundo te ofrece es el placer de la muerte. Pues bien: tú no has pensado morir; en vez de arrancarte la vida, has encontrado más cómodo el recurso de arrancarte el nombre que llevas, y arrojarlo al horror y al escarnio del mundo, que ha sido el paraíso de tus delicias. Pretendes sobrevivirte; te apropias otro nombre, y pasas á los ojos del mundo por otro. Al año de desaparecer, ¿quién puede ya conocerte? Muy bien: vives después de muerto. ¿Y qué te propones hacer en esa segunda vida á que te condenas?... Lo sé: una campaña heroica. Cuentas con el corazón de Celia, y vas á disputarle su mano al mundo entero. Tú serás otro á sus ojos, pero poco más ó menos siempre serás la imagen de ti mismo, tu propio recuerdo. Desde la oscuridad de tu nueva vida, te propones reconquistar su amor. Hasta hoy no

has hecho más que deslumbrarla con tu opulencia; ahora quieres cegarla con el fuego de una pasión incendiaria.... Todo eso será, si quieres, novelesco y fantástico; pero es al mismo tiempo, aunque no quieras, insensato.

—¿Por qué!—preguntó Elías.

—Porque contar con el corazón de una mujer, es contar con el pájaro que vuela por el aire. No será la mano de Celia la que venga á sacarte del sepulcro, después que hayas muerto para el mundo.

Elías quedó pensativo, y luego preguntó:

—¿Qué hago, pues?...

—Si te obstinas en vivir, vivir.

—¿Vivir sin ella!—exclamó Elías.

—Entonces....

—¿Qué?...

—No vivas.

Los dos guardaron silencio por algún tiempo.

Al fin dijo Elías:

—Dejaría de vivir, si perdiera mi última esperanza, y tú no puedes arrancarme este último resto de calor que queda en mi alma.

—Pues bien (contestó Baal); Celia puede ser tuya.

—¿Mia!

—Si,—contestó Baal con acento imperioso.

Y viendo que Elías vacilaba todavía, añadió:

—Yo te la prometo. No puedo ser insensible

á nuestra antigua amistad, y será tuya, puesto que tú lo quieres.

—¿Cómo?...

—Coge la pluma, y escríbele ahora mismo al Banquero, que posees una fortuna de cincuenta millones. Hace ocho días que espera tu respuesta, y tan largo silencio le ha hecho ya pensar en otro marido para su hija.

—¡Ah, Baal!.... ¡Eres terrible; tú todo lo sabes!....

—Todo.

—Pero... ¿dónde están esos cincuenta millones?...

—En el mundo, —contestó Baal con voz profunda.

—Dime en qué lugar se esconden, y bajaré por ellos al centro de la tierra.

Diciendo esto, se puso de pie, como si quisiera añadir la obra á la palabra. Baal abandonó también la butaca en que se hallaba sentado, y rodeando con el brazo el cuello de su amigo, le dijo con dulzura:

—Eres un loco. Los cincuenta millones están en tu mano; no tendrás que hacer más que tender el brazo y cogerlos.... ¡Ea! ¡audacia! No pierdas tiempo; coge la pluma, y dile á tu futuro suegro que eres millonario. Te juro que tendrás los cincuenta millones.

—¿Por quién lo juras? —preguntó.

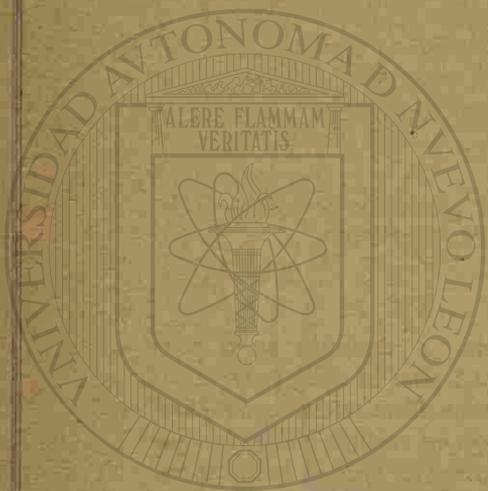
—Por mí, —rugió Baal con voz reconcentrada y ojos inflamados.

Elías se inclinó bajo la brillante mirada de Baal, se acercó á la mesa, y se puso á escribir. Al firmar, retemblo el edificio conmovido por el estrépito de un trueno subterráneo á la vez que resplandeció el aire, iluminado por la luz de un relámpago.

—¿Qué es esto!.... —exclamó Elías sin soltar la pluma.

—Nada (le contestó Baal). Firma, firma.... Es mi coche.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VII.

LOS DOS AMIGOS.

ENTRE tanto la celebridad de la boda empezaba á estar en baja; ya no se cotizaban las noticias referentes á las fiestas nupciales con aquel crédito fabuloso con que las hemos visto correr de boca en boca. Se retardaba demasiado el espectáculo, y la impaciencia pública, una vez agotados los recursos de su imaginación, sintió que desmayaba su esperanza, porque temía que tanta expectación y tanto ruido iban al fin á reducirse al parto de los montes.

Además, otro acontecimiento súbito é inesperado tenía en conmoción los ánimos del mundo financiero. Entre los hombres de negocios no se hablaba de otra cosa. Se trataba de una jugada inaudita, ante la que el valor, hasta en-

tonces creciente, de los fondos públicos, se había detenido como asombrado de la catástrofe que podía venirse encima. Era una jugada á la *baja*, en la cual los *alcistas* tenían comprometidos grandes capitales. La Bolsa parecía indecisa, sin atreverse á bajar ni á seguir subiendo, sin saber á qué carta quedarse, porque cualquiera oscilación, ya en un sentido, ya en otro, arrojaría en la liquidación de fin de mes enormes diferencias.

Así es que pasaban los días sin que las cotizaciones experimentaran alteración alguna. Era ese momento de suspensión, en que el *banquero* dobla la baraja para dar tiempo á que los *puntos* redoblen las apuestas. La lengua implacable llama indistintamente *banquero*, lo mismo al hombre de negocios que al tahir, y designa con el nombre de *banca*, lo mismo á la aristocracia de los capitales que á la aristocracia de los garitos.

La inmovilidad de la Bolsa aumentaba el ansia de los jugadores, y se aumentaban las apuestas; el vértigo del juego se había apoderado de los bolsistas, y cada cual se apresuraba á echar su puñado de oro en la móvil balanza de la suerte.

Todos jugaban á la *alza*, porque ningún acontecimiento pavoroso se anunciaba en las oscuridades de lo porvenir. Estaba asegurado el equi-

librio europeo; la paz universal sonreía al mundo garantida por la palabra de las grandes potencias, y al amparo de estas seguridades el comercio y la industria dejaban correr los manantiales de la riqueza pública como ríos inagotables. La diplomacia, mano sobre mano, satisfecha de la eficacia de los protocolos, se creía árbitra de los destinos del mundo. La tierra era en aquellos momentos una balsa de aceite; todo era prosperidades.

Algo se susurraba de alianzas secretas, de proyectos ambiciosos que podían de un momento á otro turbar la paz de Europa, de conspiraciones interiores prontas á estallar. Circulaban á la vez vagos rumores acerca de la situación poco firme del *Banco Universal*, especie de monstruo financiero que representaba un capital verdaderamente fabuloso, y que extendía sus operaciones á toda clase de negocios en todas las partes del mundo; pero estas especies se desvanecían luego á luego ante el aspecto de prosperidad que presentaban las cosas. Bueno que las potencias más ambiciosas ó más débiles buscasen alianzas secretas para hacer frente á las contingencias del día de mañana. Todo ello no significaba más que meras precauciones. Bueno que los descontentos fraguasen conspiraciones. ¿Y qué? Los intereses conservadores estaban satisfechos, y la alta banca no facilitaría dinero para sobornar al

ejército, sin cuyo requisito la conspiración sería inútil. En cuanto al *Banco Universal*, los temores eran risibles. Claro está que no había de tener en cartera el enorme capital que representaba, y que una operación desastrosa podía dar al traste con su crédito; pero un establecimiento que á los dos años de existencia tenía en su mano el movimiento de la riqueza del mundo, no podía, entonces á lo menos, inspirar la más remota desconfianza. Más tarde, una operación desastrosa, un cataclismo europeo, podría comprometer su crédito; mas en aquel momento tenía formidablemente asegurada su existencia.

Los cálculos de los jugadores no podían ser más risueños, y jugaban á la *alza*, como el que juega á cartas vistas. Solamente jugaba á la *baja* Elías Puentereal, que evidentemente se había vuelto loco. Hasta entonces había sido un calavera, que sabía gastar alegremente sus rentas en todas las disipaciones de la vida, pero que jamás había dejado traslucir el más ligero indicio de que pudiera ser un hombre de negocios. . . . Jamás se le había visto en la Bolsa. ¿Qué significaba aquella ruidosa provocación á la fortuna? . . . Los bolsistas se encogían de hombros, y apostaban, y Puentereal admitía todas las apuestas.

Hubo un día en que corrió la voz de que estaba arruinado, y que apelaba á un prodigio de

la suerte antes de decidirse á poner término á su vida; mas este rumor se desvaneció al día siguiente, porque se aseguró que poseía un capital de cincuenta millones, y no cabía duda, en razón á que el Banquero que iba á ser su suegro lo afirmaba como si los hubiese visto, y añadía:

—Es insensato empeñarse en una operación tan arriesgada; mas en materia de negocios no debe aconsejarse á nadie, porque la suerte suele ser más loca que los hombres.

La osadía de la jugada contuvo por de pronto el movimiento ascendente de la Bolsa; pero los bolsistas siguieron apostando porque la *alza* era segura. Decididamente Puentereal estaba loco, y se obstinaba en arrojar cincuenta millones por la ventana, y los jugadores no habían de ser tan tontos que no acudieran á recogerlos. Cada cual hacía aproximadamente el cálculo de las diferencias que debía cobrar á fin mes; de manera que antes que llegara la liquidación, los cincuenta millones de Puentereal estaban repartidos entre los jugadores á la *alza*. Y haciendo justicia al sentimiento que les inspiraba, debe decirse que lo compadecían á la vez que esperaban el momento de desplumarle. La boda, pues, se puso en cuarentena, porque aun cuando el padre de Celia guardaba prudente reserva, nadie creía que después del fracaso de la jugada fuera la boda posible. Muchos pretendientes de la rica

heredera respiraron, vislumbrando una esperanza.

En los salones era otro suceso el que más principalmente llamaba la atención. Había aparecido en las regiones del gran mundo un personaje bastante original: un *yankee*; pero he aquí su primera originalidad, un *yankee* fino, correcto y espiritual. La distinción de sus maneras realzaba su belleza de estatua y descubría en todos sus movimientos la facilidad del hombre habituado al trato de las gentes en la escena del gran mundo; en ellos se notaba algo parecido á las ondulaciones de la serpiente.

Se admiraba la palidez cenicienta de su rostro y el color rojo casi candente de su barba; notaban asimismo en su voz notas de una dulzura inimitable, que dejaba, sin embargo, en el oído vibraciones extrañas, se discutía con grande empeño acerca de la naturaleza de su sonrisa, y eran en este punto tan diversos los pareceres, que unos la encontraban tierna, otros burlona; había quien encontraba en ella candor, quien profunda malicia, y venía á sacarse en limpio que era una sonrisa indefinible.

Mas sobre todas estas novedades, lo que más sobresalía era el encanto de su conversación. Hablaba de todo con la naturalidad de aquel á quien le son familiares todos los conocimientos humanos. Poseía, además, todas las lenguas co-

nocidas, y no había suceso histórico que le fuese desconocido; hablaba de ellos como si los hubiese presenciado. Penetraba los pensamientos, y se adelantaba á las preguntas. La buena sociedad lo recibió con los brazos abiertos; se hizo lenguas de sus atractivos, y le concedió todos los honores de la novedad. El *yankee* había caído de pie en los salones.

Debía ser opulento; pero como si se sintiese superior al lujo de que aparecía readeado, miraba con desdén su propio fausto. En el dedo anular de la mano izquierda llevaba una sortija, en la que resplandecía un brillante enorme, cuyas aguas de fuego cegaban los ojos de cuantos lo veían con relámpagos de todos colores; parecía que en el fondo de aquella piedra preciosa hervían todas las tempestades de la tierra.

¿Qué especie de alma se escondía en aquel cuerpo? He ahí una cosa en la cual no había pensado nadie. Su presencia causaba alucinaciones, sus miradas producían estremecimientos eléctricos, el calor de sus palabras helaba la sangre, y su conversación descubría profundidades que producían el vértigo con que atrae el abismo.

Había sido presentado por Elías en los principales salones del gran mundo, con el sencillo nombre de *Mister Baal*, alcanzando desde el primer instante un éxito completo.

Y, justo es decirlo: no se mostraba envanecido

de su triunfo; marchaba sobre sus laureles como el héroe acostumbrado á conquistarlos; casi no reparaba en ellos. Por su parte, Puente-real no se sentía tan modesto, y no ocultaba la satisfacción de poseer la intimidad de aquel hombre original y extraordinario.

Entre tanto, el mundo, el verdadero mundo, el mundo de los placeres, de las intrigas, de las disipaciones, de las locas vanidades y de las pueriles ambiciones, el mundo de las cintas y de los lazos, de la *toilette*, del *ménu*, del *comfort* y del *sprit*; el mundo de las carreras de caballos y de las corridas de toros; el mundo sensible de la filantropía *dansant*, se hallaba loco de contento; parecía que había encontrado á su hombre.

Como se ve, los dos amigos se encontraban en espectáculo, siendo á la vez el platillo de las conversaciones; la comidilla de las grandes comidas, el objeto de los cálculos de unos, de las conjeturas de otros y de la expectación de todos. Eran las dos novedades del día, los dos problemas del momento.

Elias se sonreía interiormente, pensando que el autor de tanto ruido no era, en resumen, más que el hijo de su nodriza.



VIII.

EL ORÁCULO.

SIN embargo, Puente-real no tenía grandes motivos para reirse interiormente del ruido que producía en el mundo el hijo de su nodriza, porque, quieras que no quieras, valiéndose del poder de su extraño influjo, lo había metido en un paso que, en verdad, no presentaba los mejores auspicios. Su situación era mucho más comprometida que cuando se hallaba simplemente arruinado. Hasta entonces no había hecho más que disipar el patrimonio de sus padres en los placeres y en los vicios del fausto, dejándose arrastrar por todas las seducciones del mundo; pero ahora se encontraba frente á frente de su palabra; más aún: de su firma comprometida con el padre de la hermosa Celia, en la friolera de cincuenta millones de

de su triunfo; marchaba sobre sus laureles como el héroe acostumbrado á conquistarlos; casi no reparaba en ellos. Por su parte, Puente-real no se sentía tan modesto, y no ocultaba la satisfacción de poseer la intimidad de aquel hombre original y extraordinario.

Entre tanto, el mundo, el verdadero mundo, el mundo de los placeres, de las intrigas, de las disipaciones, de las locas vanidades y de las pueriles ambiciones, el mundo de las cintas y de los lazos, de la *toilette*, del *ménu*, del *comfort* y del *sprit*; el mundo de las carreras de caballos y de las corridas de toros; el mundo sensible de la filantropía *dansant*, se hallaba loco de contento; parecía que había encontrado á su hombre.

Como se ve, los dos amigos se encontraban en espectáculo, siendo á la vez el platillo de las conversaciones; la comidilla de las grandes comidas, el objeto de los cálculos de unos, de las conjeturas de otros y de la expectación de todos. Eran las dos novedades del día, los dos problemas del momento.

Elias se sonreía interiormente, pensando que el autor de tanto ruido no era, en resumen, más que el hijo de su nodriza.



VIII.

EL ORÁCULO.

SIN embargo, Puente-real no tenía grandes motivos para reirse interiormente del ruido que producía en el mundo el hijo de su nodriza, porque, quieras que no quieras, valiéndose del poder de su extraño influjo, lo había metido en un paso que, en verdad, no presentaba los mejores auspicios. Su situación era mucho más comprometida que cuando se hallaba simplemente arruinado. Hasta entonces no había hecho más que disipar el patrimonio de sus padres en los placeres y en los vicios del fausto, dejándose arrastrar por todas las seducciones del mundo; pero ahora se encontraba frente á frente de su palabra; más aún: de su firma comprometida con el padre de la hermosa Celia, en la friolera de cincuenta millones de

reales que no poseía, y á mayor abundamiento se hallaba metido en una jugada en falso, que él mismo no tenía inconveniente en llamar estafa.

No era la virtud ofendida la que levantaba en su conciencia el escozor de los remordimientos, porque el mundo, no solamente le había de dar sus riquezas, sino también de todas las virtudes; pero, vamos, aún le quedaba cierto sentimiento de honor que agitaba sus pensamientos, y era como el último resto de vergüenza que aparecía en la faz de su alma.

Si la suerte le era favorable, envidiaría su audacia; mas si le era adversa, no podría ocultar su ruina y su infamia, y el mundo es implacable con los malvados sin fortuna... y Celia... ¡ah!... Celia lo despreciaría; y era el caso que la Bolsa empezaba á pronunciarse en alza, y la terrible liquidación se acercaba.

Baal le había prometido enormes ganancias, porque él sabía que un acontecimiento imprevisto haría bajar repentinamente todas las Bolsas de Europa; jugaba, pues, sobre la seguridad de esta catástrofe. Pero bien... ¿quién era Baal?... Indudablemente el hijo de su nodriza; mas el hijo de su nodriza, dueño de un prestigio extraordinario. Cualquiera que fuese la humildad de su origen, aparecía como un ser fantástico, dotado de una inteligencia pasmosa; poseía todos los secretos, y descubría los más ocultos

designios con penetración increíble; podía creerse que era dueño de toda la ciencia del mundo.

Bueno; pero el acontecimiento previsto por Baal podía desvanecerse en las oscuras contingencias de lo futuro; podía, cuando menos, retardarse, y aun podía ser que la Bolsa, á pesar del desastre, continuara subiendo, porque en estos tiempos de prosperidades, hasta las catástrofes se convierten en manantiales de riqueza pública. En tal caso, todo estaba perdido.

Discurriendo así, comprendía que había partido muy de ligero, dejándose seducir por las promesas de Baal; y el terror de verse á la vez doblemente arruinado y además envilecido, le presentaba al hijo de su nodriza como á un simple aventurero que se lanzaba á una jugada inaudita, sirviéndole él de instrumento. El bolsillo del misterioso *yankee* podía estar tan exhausto como el suyo, y si el negocio salía bien, le pediría la mitad de las ganancias, y si fracasaba, se lavaría las manos, diciendo: «He ahí la víctima.»

Estas imaginaciones agitaban su espíritu, poniéndole en el caso del hombre á quien se puede ahogar con un cabello. El mismo Baal le había enseñado á desconfiar de todo, abriendo en su alma un abismo de malicia.

Lleno de recelos, resolvió consultar sus temores con Baal, obligándole á dar respuestas ter-

minantes. Si tan seguro estaba del éxito de la operación, ¿por qué no lo aseguraba con garantías más sólidas que las de sus palabras?... Decidido á provocar una conferencia, en la que quedaran bien atados todos los cabos del negocio, se dispuso á salir en busca de su oráculo. Pero al abrir la puerta de su gabinete retrocedió, porque la puerta se abrió de repente, dando paso á Baal, que entró, diciendo:

—No dirás que te abandono en los momentos solemnes; íbas á buscarme, y yo salgo á tu encuentro. Sí (añadió, mirándolo fijamente): el negocio en que estás metido es redondo; no tiene el diablo por dónde desecharlo; juegas como el tahir que ha visto la carta á un descuido del banquero. El dinero de los demás es tuyo. Han caído en el garlito, y los vas á desplumar uno á uno.... He ahí el negocio.... Pero antes de que llegue la catástrofe es preciso que mires frente á frente la realidad de las cosas. Caer la noticia del desastre lo mismo que caer un rayo; la Bolsa experimenta un descenso desastroso; la liquidación está encima, y las diferencias son espantosas. ¿Qué sucede?... La cosa más natural del mundo: ruínas, quiebras, lágrimas, miseria, desesperaciones y algunos suicidios.... Ese es el cuadro que se te ofrece: esa es tu obra.... En cambio recoges cincuenta millones que no tienes, y te aseguras la mano de tu hermosa Celia. Elige.

Eliás vaciló, como si hubiese recibido un golpe tremendo en la cabeza, y dijo con voz sorda:

—Es tarde.

—No es tarde (replicó Baal). Renuncia á las ganancias, huye de Celia, condénate al deshonra de la pobreza, y busca en la ignominia del trabajo el amargo sustento de tu vida.

—¿Quién sabe! (exclamó Eliás.) ¿Posees tú los secretos de lo por venir?... ¿Tienes tú en tu mano la catástrofe que ha de devolverme mi perdida riqueza?... Además (añadió), juego, y gano. He ahí todo.

—Lo sé (le contestó Baal). Desconfías de mí, y buscas en tu desconfianza excusas con que acallar los sobresaltos de tu conciencia. Tienes miedo de ser ingenuo contigo mismo. Juegas y ganas, porque has jugado con la seguridad de la ganancia; pero no quiero dejar ni ese recurso á tu egoísmo. Te he prometido riquezas, y las tendrás; te he prometido á Celia, y Celia será tuya. Ahora voy á descubrirte el secreto en que estriba la prosperidad que te espera. Tú mismo te vas á revelar el arcano.

Diciendo así, extendió sobre la mesa un pliego de papel, sacó luego una cartera con broches de oro, y puso en manos de Eliás un lapicero de marfil, cuyo mango representaba la figura de una serpiente; la lengua del reptil era el lápiz, y el lápiz era rojo, de color de sangre; la

cola de la serpiente subía formando ligeras ondulaciones.

— Siéntate (le dijo el *yankee*); reconcentra tu pensamiento, pregúntate á ti mismo, y deja á la mano que escriba.

— ¡Ah! (exclamó Elías.) ¿Eres *espiritista*?

— Es lo mismo (añadió Baal). ¿Qué te importa el nombre?... ¿No eres tú mismo el que vas á contestarte?... ¿No es tu propia mano la que va á responder á tus preguntas?... ¿No te darás crédito á ti mismo?

Dicho esto, se apoyó en el respaldo de una butaca, y las dos llamas de sus ojos se lanzaron como dos saetas sobre la cabeza de su amigo, que se hallaba inclinada sobre la mesa.

Transcurrieron algunos instantes de inmovilidad y de silencio; la luz que iluminaba la estancia se oscureció, velada por una sombra repentina, y cruzaron por el ambiente ráfagas de aire frío; la mano de Elías vaciló sobre el papel, y luego el lápiz comenzó á moverse entre sus dedos y á correr de un extremo á otro, dejando las rojas señales de su paso.

Sobre la frente de Elías giraba en movimiento incesante un torbellino de billetes de banco, y á sus pies sonaba un ruido subterráneo, semejante al que produciría, al correr, un río de monedas de oro.

Estallaban en medio del silencio suspiros aho-

gados y carcajadas comprimidas; la sombra que oscurecía la estancia aparecía surcada por luces fugitivas que volaban de un punto á otro como los fuegos fatuos de los cementerios, y llegaban allí ecos lejanos de notas confusas, gritos y cánticos, lamentos y risas que se acercaban y huían, y perfumes desconocidos que embriagaban, encendiendo la sangre en el fuego de todas las concupiscencias.

La inmovilidad de Elías era completa; bañaba su semblante la palidez de la muerte, y se descubría en su cuerpo la rigidez de un cadáver; sólo la mano derecha daba señales de vida; pero en sus movimientos se advertía que se hallaba bajo el poder de una voluntad extraña. Se agitaba sobre el papel movida por un resorte oculto, como si otra mano invisible la obligara á moverse.

— Basta, — dijo Baal con acento imperioso.

Á la voz del *yankee* se desvanecieron los accidentes fantásticos del cuadro que acabo de bosquejar, ni más ni menos que desaparecen las decoraciones de los teatros en las comedias de magia. La voz de Baal deshizo el encanto, y Elías miró á su alrededor con el asombro del que despierta de un sueño profundo. Parecía que sus ojos habían perdido la memoria de los objetos que le rodeaban, y hacía esfuerzos por recordarlos.

Baal le puso la mano sobre el hombro, diciéndole:

— Tú mismo has sido tu propio oráculo. Los hados (añadió con desdeñosa sonrisa) te son propicios. Tu mano es la que ha escrito el fallo de tu destino.

El lapicero se escapó entonces de la mano de Elías, y se escurrió sobre la mesa como la vibora que huye después de haber mordido.

Baal tomó el papel en que permanecían grabados los rasgos cabalísticos de aquella diabólica nigromancia, y poniéndolo delante de los ojos de Elías, le dijo:

— Lee. Ahí tienes la suerte que te espera. Así me porto yo con mis amigos.

Puentereal clavó en el papel sus miradas atónitas, reconoció su letra, y leyó, marcando con el movimiento de los labios las sílabas que mortalmente pronunciaba.

— ¡El Banco Universal (exclamó restregándose los ojos) suspende sus pagos!...

— Eso es. Quiebra horrorosa, que va a conmovér al mundo. Ya no se roba en las encrucijadas de los caminos; se roba más ilustradamente en las encrucijadas del crédito... Es la quiebra del siglo, el gran desastre... *la mar*, mi querido Elías; *la mar*, en la que vas tú á pescar cincuenta millones, sin más trabajo que tender la red.

— ¡Oh! (exclamó Elías, poseído á la vez

de admiración y de espanto.) ¿Quiéñ eres?...

— Yo (contestó Baal secamente). ¿Te aferra acaso la prosperidad que te ofrece tu destino?... El lodo es oro.... ¿No lo sabías? Pues bien: aún puedes retroceder... Una palabra, y se cerrará en el acto el abismo de tu fortuna.

Elías permaneció silencioso algunos instantes; después sacudió la cabeza con arrogancia, y apretando los puños para dar más energía á sus palabras, dijo:

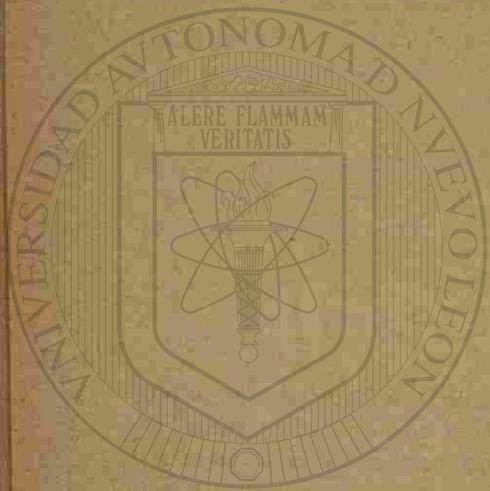
— Mi suerte es mía; juego, y gano.

— ¡Bravo!... (exclamó Baal.) Al fin nos entendemos.

Y estrechando la mano de Elías, desapareció, dejando en los ojos de su amigo el deslumbramiento que produce el relámpago.



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1825 MONTERREY, MEXICO



IX.

DESASTRE.



en este siglo de las dichas y de las prosperidades no ocurre cosa buena, ó el telégrafo ha dedicado su pasmosa actividad á esparcir por el mundo las malas noticias. Sin duda alguna el invento es admirable, y facilita prodigiosamente la comunicación anónima entre los hombres. Pero es el caso que un despacho telegráfico cae en el seno de la familia como una bomba. Desde el momento en que se anuncia, la casa se conmueve y la inquietud se pinta en todos los semblantes.... Nadie espera que dentro de aquel sobre, casi transparente, se oculte una noticia favorable, y en un momento acuden á la imaginación todas las desgracias posibles y se temen todas las probables. Delan-

te de un despacho telegráfico, el temor sobrepasa siempre á la esperanza.

Resulta que lo contenido en el despacho es una simple impertinencia, un aviso inútil, una recomendación intempestiva, una felicitación inesperada ó un percance trasnochado; y aun puede suceder que sea el anuncio de un suceso favorable.... Muy bien: los ánimos se serenán, las inquietudes se disipan, y la familia vuelve al habitual reposo de la casa. Perfectamente; pero entre tanto, el sobresalto sufrido no hay quien lo quite.

Esto, por lo menos, induce á presumir que, en medio del abandono y de la confianza que mostramos, vivimos con el alma en un hilo. Porque, ¡ya se ve!, los tiempos son prósperos, la vida se halla rodeada de atractivos; nunca ha sido más risueña la estancia del hombre sobre la tierra; la ciencia trae portentos; el comercio maravillas; la industria prodigios.... En realidad, no tenemos bastante boca para admirarnos. Mas la voz fatídica del telégrafo, hablando en su media lengua, puede llegar de un momento á otro, en el instante más inesperado, y decir con ruda franqueza: «Señores: el mundo acaba de hundirse.»

Por lo demás, nada hay más fantástico que esa hoja de papel medio impresa y medio manuscrita, en la que todo es oficialmente autén-

tico menos la persona que en ella habla. Es el anónimo oficial, que no ofrece más fe que la fe del aparato, porque la autoridad de sus palabras nace de él mismo; el hombre casi desaparece detrás de la máquina encargada de transmitir las palabras. No concedemos á los hombres bastante crédito para creerlos al pie de la letra; pero sea lo que quiera, la especie que circula será auténtica si ha salido de la cinta del aparato. Lo ha dicho el telégrafo. ¿Sí? Pues bien: punto redondo.

Con toda la fuerza de esta autoridad llegó de París la tremenda noticia de que el *Banco Universal* había suspendido sus pagos. La especie corrió tan rápidamente de boca en boca como había corrido por los hilos del telégrafo. La consternación fué súbita y profunda, y los fondos públicos bajaron inmediatamente, sin consideración ninguna á la angustia de los jugadores.

Asimismo anunció el telégrafo la conmoción que el suceso había causado en todas las Bolsas de Europa. Y lo más terrible del caso era que no había tiempo para reparar los estragos de aquel golpe imprevisto, porque la Bolsa, sorprendida, seguiría bajando, y sólo faltaban cinco días para la liquidación. Los ojos aterrados de los jugadores veían una ruina inevitable.

En cambio el nombre de Puentereal subía en

alas de la fama, siendo á la vez objeto de celebridad y de envidia.

— ¡Qué hombre!.... ¡qué ojo!.... ¡qué perspicacia!....

Otros exclamaban:

— ¡Qué audacia!

Otros:

— ¡Qué astucia!....

Otros:

— ¡Qué fortuna!....

El mismo Baal apareció eclipsado. El Banquero, zorro viejo en negocios y operaciones bursátiles, se encogía de hombros, fruncía enérgicamente la boca, y daba media vuelta, exclamando:

— No lo entiendo.

La Bolsa seguía en *baja*, porque las noticias eran cada vez más pavorosas.... La verdadera causa del desastre era todavía un misterio, y acaso lo sería siempre; pero así como cuando tropezamos volvemos la cabeza para ver el obstáculo que nos ha servido de tropiezo, los *alcistas* volvían los ojos atribulados en busca de la mano invisible que había preparado la catástrofe. No se resignaban á arruinarse sin saber por qué se arruinaban. ¡Cómo!.... ¡habían visto su carta en *puerta*, y al volver la baraja aparecía la contraria! Esto era para ellos increíble. ¡Estaban seguros de desplumar á Puentereal, y de la

noche á la mañana se encontraban ellos desplumados! Ni siquiera les había acometido el temor de que Puentereal faltara á sus compromisos, á título de insolvente, porque en sus locas esperanzas creían á pie juntillas que pagaría á toca teja las diferencias de la jugada, y los más suspicaces se guiñaban el ojo, presumiendo que el Banquero podía muy bien estar detrás de la cortina.

En un momento la seguridad de los cálculos venía por tierra, las esperanzas se desvanecían como el humo en el aire, y las ganancias se convertían en pérdidas. ¿Y todo, por qué? Porque el *Banco Universal* había quebrado.

Á este punto, origen de la catástrofe, volvían los ojos, sin acertar á explicarse cómo un establecimiento de tan inmenso crédito había llegado al desastroso extremo de suspender sus pagos. Semejante contingencia estaba fuera de todas las previsiones.

— No, no (replicaban algunos). Ha debido preverse. Un Banco es un establecimiento de crédito, y el crédito, en resumen, no es más que los ceros que dan valor á la unidad. La unidad es el capital verdadero, y el crédito el capital imaginario. Se parte del falso supuesto de un capital que no existe. Es un artificio cuya magia deslumbra; pero que un soplo de viento adverso disipa el encanto, y todo se lo llevan

los demonios... ¿Qué Banco no está expuesto á una catástrofe? Esto debió haberse previsto.

—Á nadie (decían otros) le hubiera ocurrido la sospecha de que el *Banco Universal* quebrara. Era más fácil temer que la tierra se abriese y nos tragase. Lo que hay es que esa quiebra, según lo que se trasluce, es valor entendido.

—¡Valor entendido!....

—Ni más, ni menos.

—Pero.... ¿cómo?....

—El Banco lo fundaron con propósito de hacerle quebrar: ese era el gran negocio de sus operaciones.

—¡Una quiebra fraudulenta!....

—¿Por qué no?

Cada uno explicaba á su modo el caso, como si de esa manera consiguieran mitigar la terrible realidad del hecho. Se hicieron esfuerzos inauditos para contener el descenso de los valores públicos; pero la Bolsa, aterrada, siguió bajando. Se apeló al último recurso, proponiendo á Puentereal una negociación que hiciera menos sensible el estrago del desastre; pero Puentereal se negó á todas las negociaciones. Estaba resuelto á cobrar hasta el último céntimo de sus ganancias. Semejante á un general victorioso, había decidido no dar cuartel: todo lo llevaba á sangre y fuego.

Y la Bolsa bajaba, bajaba sin misericordia.

Llegó el día pavoroso de la liquidación, y un río de oro empezó á entrar en la casa arruinada del futuro yerno del Banquero. Las fianzas de algunos agentes de Bolsa se hallaban gravemente comprometidas, porque no todos los *alcistas* habían jugado en *firme*. Pero Puentereal se enojava de hombros, diciendo:

—No es justo que pague mi bolsillo las imprevisiones de los agentes.

Luego añadía:

—Los negocios no son juegos de niños. La falta de buena fe es una inmoralidad, y á nadie le es permitido jugar en *falso*.

Semejantes respuestas no admitían réplica, y los estragos no se hicieron esperar. Entró la desolación en muchas casas, y varias familias se vieron repentinamente arruinadas; desaparecieron algunos jugadores, buscando en países lejanos suerte más favorable, y los periódicos registraron en aquellos días dos ó tres suicidios. Pero pasó la mala hora, á las víctimas se las tragó la mar del olvido, y Puentereal se levantó en la admiración del mundo cincuenta codos sobre si mismo: el calavera acababa de dar un golpe de genio. El loco de los salones se convertía de pronto en un pájaro de mucha cuenta.

No todos le concedían el insigne honor del éxito, porque atribuían al padre de Celia todo el mérito de la jugada. Puentereal no había sido

más que el instrumento del astuto Banquero. Conocía, por lo visto, la peligrosa situación del *Banco Universal*, y su futuro yerno, loco de atar y completamente inexperto en el *teje maneje* de la Bolsa, era muy á propósito para tentar la codicia incansable de los jugadores. Como las moscas á la miel, acudirían á repartirse los millones que les prometía una ganancia segura. Así, sin alarmar á los alcistas con la reputación bursátil de su nombre, les tendía la red, quedándose detrás de la cortina.

Fuera de estas murmuraciones, que se permitían los más perspicaces, la opinión pública, el hervidero de la gente que va donde la llevan, y repite lo que le dicen, y se agita cuando la agitan, y se calma cuando la calman; ese maniquí de cien mil bocas y doscientos mil brazos, que está fantásticamente en todas partes y realmente en ninguna, encontraba en Puentereal el hombre del día, se inclinaba á su paso y le tributaba el incienso de su admiración, exclamando:

— ¡Qué fortuna!

— ¡Qué audacia!

— ¡Qué astucia!

— ¡Qué genio!

Y Puentereal recogía al paso estos homenajes con la misma mano que había recogido los millones de su ganancia.

El desastre era su gloria.



X.

LOS DICHOS.

LARO está que la perspectiva de la boda se puso de nuevo sobre el tapete, renaciendo, como el fénix, de sus propias cenizas. Y esta vez las noticias no eran meramente officiosas, sino realmente oficiales. Estaba ya fijado el día en que la hija del Banquero y Elías Puentereal quedarían unidos para siempre: el día señalado era el 20 de Enero. Ante la felicidad conyugal que esperaba á los próximos esposos, ¿quién había de acordarse de los estragos causados por la quiebra del *Banco Universal*? Las multitudes son como los espejos; no reflejan más que la imagen que tienen delante.

En cuanto á Puentereal, estaba loco de contento, en razón á que Celia mostraba impaciencia, descubriendo el afán con que deseaba unirse al hombre que le estaba destinado; y este dichoso mortal saboreaba las delicias de aquella

tierna impaciencia, y contaba los días, haciendo el inventario de los encantos personales que adornaban á la hija del Banquero: encantos en cuyo atractivo no había reparado hasta el día en que creyó que iba á perderla.

Desde aquel momento experimentó, como el impulso de una corriente eléctrica, una especie de inclinación particular de todo su ser hacia la hija del Banquero. En su presencia sentía vaga embriaguez. Sus miradas le causaban ligeros estremecimientos, y el timbre de su voz penetraba en el alma de Puentereal como anuncio de delicias desconocidas. Sus ojos, sus oídos y sus pensamientos, estaban llenos de la imagen de Celia, y se complacía en abandonarse al vértigo que le causaba el abismo de sus deseos.

En realidad, la hija del Banquero no pasaba en el mundo por una gran belleza. Un artista medianamente severo en punto á dibujo, habría encontrado bastante que corregir en los detalles de su figura. Menos boca, más finura en los labios, un ligero foque en la línea de la nariz y una frente algo más despejada, hubieran embellecido mucho el conjunto de su semblante. La idea que el Arte ha concebido respecto á la belleza propia del rostro de una mujer, exigía probablemente que desapareciera del labio superior la sombra casi imperceptible que lo oscurecía. En cuanto al resto de su persona, sólo se habría

permitido suprimir la excesiva voluptuosidad de los movimientos, sin saber qué hacerse de la palidez habitual de su tez aterciopelada.

En cambio, encontraría intachables las sombras de sus ojos negros, medio dormidos y casi apacibles, que á lo mejor se despertaban iluminados por rayos de luz abrasadores. Tal vez un gusto exquisito encontrara demasiado enérgicas las líneas de sus pobladas cejas, y un tanto borrasca la negra abundancia de sus cabellos, que se revolvían sobre su frente, no en ondas, sino en olas, como las de un mar tempestuoso. Ella misma debía comprender que eran algo gruesos sus labios, porque los entreabría con frecuencia para dejar ver unos dientes menudos y blancos como la nieve.

La expresión, que es el alma de la fisonomía, resultaba dura, y la mirada demasiado firme; pero tenía momentos esplendorosos de una dulzura indefinible.

Tampoco se le daba en el mundo grande importancia á su talento, aunque no dejaba de tener ideas originales: sus gustos solían romper las leyes dominantes de la moda, descubriendo en sus extravagancias la más soberana independencia.

Se distinguía más por su riqueza que por su hermosura, y su talento, sin embargo, tenía mucho partido entre los *camastrones*, y para ellos era una mujer temible.

Puentereal se sentía subyugado por el imperio de sus encantos, y estaba seguro de que iba á casarse con la mujer más bella del mundo. Es decir, que la dicha le sonreía por todas partes. ¿Qué más podía pedirle al poder de su destino? Su ruína se convierte de repente en prosperidad, y Celia, hasta entonces indiferente á sus ojos, se transforma como por encanto en la imagen de la misma Venus. Un río de oro y un mar de delicias se le entran por las puertas cuando menos lo esperaba... ¿Se envidiaba á sí mismo?... ¡Quién sabe!

Sólo faltaba á su felicidad la realización de las maravillas anunciadas en las fiestas de la boda. Pero, ¡ya se ve!, lo crudo de la estación hacía imposible el cumplimiento del programa esparcido por la voz pública. La quinta ofrecía residencia comfortable á numerosa concurrencia; pero el frío y la nieve los tendría á todos metidos en casa, detrás de los cristales empañados por el hielo, al amparo de las estufas, y bostezando soñolientos al calor de las chimeneas; los días se harían insoportables y las noches eternas; la concurrencia acabaría por aburrirse. Era, pues, preciso renunciar á las fiestas, ó aplazar la boda hasta la primavera.

Celia resolvió la dificultad, preguntando:

— ¿Á qué esperar á la primavera?

Llegó el día 20 de Enero, día nublado y os-

curo, en que la noche tuvo que hacer muy pocos esfuerzos para enlutar la tierra; en cambio los salones del palacio del Banquero se iluminaron como un día que amanece. Y, en verdad, si no se había esperado á la primavera, se la había hecho venir para el uso particular de aquella casa, porque, desde que se ponía el pie en el gran pórtico del palacio, se empezaba á respirar el aire tibio y perfumado de la primavera. Mayo estaba allí, de puertas adentro, con todo su esplendor de luces, ramos y flores, mientras el invierno, embozado en la oscuridad de la noche, se quedaba en la calle tiritando de frío.

Por la gran escalera, ricamente alfombrada, abrían paso á la concurrencia dos series de naranjos y rosales, que, subiendo de peldaño en peldaño, ofrecían el perfume del azahar y la esencia de la rosa. Por aquella escalera se subía indudablemente al Paraíso.

Pronto se llenaron los salones, y comenzó á circular por ellos la sociedad más escogida del gran mundo, formando ese rumor que tanto se parece al vuelo de un enjambre de abejas.

Este rumor se apaciguó por un momento, y atravesó la concurrencia Celia, asida al brazo de Baal, que la conducía majestuosamente al salón donde debía firmar los contratos.

Celia, en aquel momento, pareció hermosa á

todos los circunstantes, quizá porque, en efecto, la emoción la embellecía, quizá porque desde aquella noche iba á ser la fruta del cercado ajeno. Ello es que pareció hermosa, y que, al atravesar los salones, dejó en pos de sí murmullos de aprobación.

Antes de llegar al gabinete en que debía firmar el contrato de su matrimonio, se encontró con Puentereal, y á un mismo tiempo Elías, Baal y Celia se sonrieron.

Después de tomados los dichos, comenzaron á circular los sorbetes, los dulces y las conversaciones, sin que la concurrencia perdiese la actitud ceremoniosa que había observado desde un principio.

La envidia es la tristeza del bien ajeno, y allí habría naturalmente envidiosos de la dicha de Puentereal y envidiosas de la dicha de Celia. Así es que al celebrar el suceso que tenía allí reunida tanta gente, no era el regocijo lo que más resplandecía en los semblantes; hasta las murmuraciones propias del caso, que á media voz circulaban entre los convidados, carecían de esa viveza, de esa espontaneidad y de ese desenfado que forman la índole de nuestro carácter y el genio de nuestra lengua. No se sabe qué especie de atmósfera triste se hallaba esparcida por los salones; había allí algo fúnebre, y aun algo tempestuoso, porque el gas que iluminaba el

palacio padecía frecuentes interrupciones, que parecían relámpagos, y el rumor de las conversaciones resonaba sordo y profundo como el eco prolongado de truenos lejanos.

En una palabra: el aspecto de la fiesta no respondía á los risueños auspicios de la boda.

Poco á poco los concurrentes se fueron deslizando, y el cordón de coches formado alrededor del palacio empezó á deshacerse.

Los últimos convidados, al tomar sus coches en el pórtico, se encontraban con que estaba cayendo una copiosa nevada.

— Bien (dijo uno de ellos); la fiesta ha sido tan fría como la noche.

Otro se embozó hasta los ojos, añadiendo:

— Más parece que hemos asistido á un entierro que á una boda.

Un tercero, aficionado al retruécano, entró en su coche, diciéndose á sí mismo:

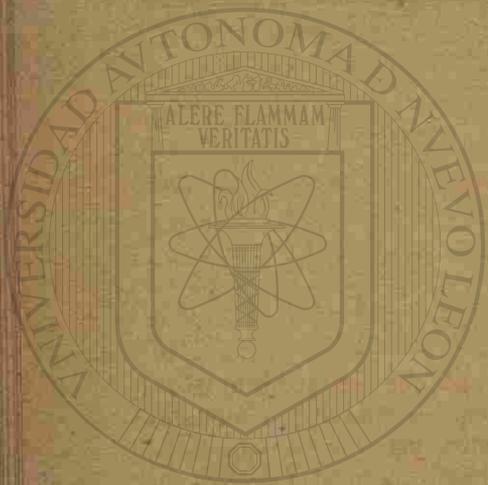
— Ya hemos visto los dichos; allá veremos los hechos.

Al día siguiente, circuló una frase anónima algo fantástica, que hizo fortuna por algunos días.

He aquí la frase:

«La sombra de las ruinas causadas por la suerte de Puentereal ha presidido el duelo de su boda.»





XI.

CELIA.

No había nada que pedir al fausto de los nuevos esposos. Se hallaban instalados en un palacio digno de sus riquezas. La munificencia real había contribuido también por su parte al esplendor de la boda, agraciando a los novios con el título de Condes. Nada, pues, faltaba a su dicha.

Celia eligió sus habitaciones, adornándolas a su gusto, y Elías hizo lo mismo. Cada uno tenía su servidumbre distinta, sus amistades aparte y sus costumbres particulares. Solían encontrarse en los paseos, en los teatros, en las carreras de caballos y en la plaza de toros; comían en la misma mesa los días de la semana señalados para las grandes recepciones y para las comidas ofi-

ciales. Vivían en la misma casa, y cada uno en la suya.

Aún estaban en la luna de miel. La observación de los curiosos no advertía en la Condesa variación alguna; era la misma, aunque más móvil, más bulliciosa, como si dijéramos, más independiente; cosa bien natural, pues aquí parece que en el matrimonio el hombre pierde su libertad, y la mujer la conquista. En cambio el Conde perdía visiblemente su buen humor; se le veía pálido, taciturno, y algunas veces hasta sombrío. No acompañaba nunca á la Condesa en los sitios públicos; pero se había notado que la seguía á cierta distancia, como sigue la sombra al cuerpo, y que la seguía ocultándose, como quien espía ó como quien huye.

Una mañana fué invitado por la doncella particular de Celia para pasar al tocador de la señora Condesa, que lo esperaba. Semejante invitación debía ser una verdadera novedad, porque Elías se mostró sorprendido, y aun brilló en sus ojos un relámpago de alegría. Luego movió la cabeza en señal de duda, y se dispuso á asistir á la cita que se le daba. Antes consultó con el espejo el estado de su fisonomía, y pareciéndole demasiado triste, la animó con una sonrisa; compuso el desorden de sus cabellos, contempló la blancura y perfección de sus manos, y salió de la estancia en que se encontraba.

Para llegar al tocador de la Condesa tenía que atravesar los salones principales del palacio, que sólo se abrían en las grandes recepciones. Es decir, que el mundo estaba interpuesto entre los dos recién casados.

Llegó á la puerta del tocador de la Condesa, y llamó suavemente.

— Adelante, — dijo Celia, con acento amigo.

Elías entró, inclinándose ceremoniosamente delante de su mujer.

Ella, sin mirarlo, hizo un ligero movimiento con la cabeza, diciéndole:

— Siéntate.

Acababa la doncella de desatar las magníficas trenzas que cubrían la frente de la Condesa, para empezar sin duda la tarea del cotidiano peinado. De manera que la entrevista entre los recién casados iba á tener por testigo á la doncella, ó el marido se vería obligado á hacerle á su mujer una antesala lo menos de media hora.

Mas no sucedió ni una cosa ni otra, porque Celia sacudió de pronto la cabeza, haciendo caer sobre los hombros la negra tempestad de sus rizos tumultuosos, y despidió á la doncella.

Una vez solos, ella abandonó el espejo, y fué á reclinarse voluptuosamente sobre los cojines del diván, junto á su marido. Éste la contempló en silencio, recogiendo con ávida mirada los vivos rasgos de la belleza que tenía delante. Los

pliegues del peinador que la cubría no eran bastantes á ocultar los contornos de su figura; antes, por el contrario, los realzaban, dejando á la imaginación correr desenfrenada por todos los espacios del deseo.

Las mejillas siempre pálidas de Celia, aparecían entonces ligeramente sonrosadas, y la nube de sus rizos, y el brillo de sus ojos, y la expresión de su boca, y el abandono de su actitud, la rodeaban de una seducción bastante peligrosa.

—Vamos (dijo con acento armonioso); señor Conde, creo que no nos entendemos.

Puentereal no hizo más que encogerse de hombros.

—Bueno (continuó ella diciendo). ¿Por qué hemos de engañarnos? Hemos hecho un matrimonio de conveniencia. ¿No es esto?

—¡De conveniencia! —exclamó Puentereal.

—Así lo llama el mundo (añadió Celia). Nuestra unión ha venido á ser la suma de dos cantidades iguales... Al casarnos, cada uno de nosotros hemos doblado nuestro capital. Yo no entiendo esas cuestiones de números; pero así se lo he oído decir á mi padre.

—¿Así? —preguntó Elías.

—Así, —contestó Celia.

—Ese es, en efecto (añadió el marido), un aspecto de nuestra unión, y el hombre de ne-

gocios lo ha visto principalmente de esa manera: nos ha sumado en su libro de caja.

—¿Pero acaso (preguntó ella) tiene otro aspecto nuestro matrimonio?

—Sin duda, —le contestó el marido.

—¿Cuál?...

—El amor, —le contestó con voz temblorosa.

—¡El amor!... ¡El amor! (replicó la hija del Banquero.) ¿Es decir que nos amamos?

Miróla Elías fijamente, preguntándole:

—¿Por qué no, Celia?

Sosteniendo ella con firmeza la mirada de su marido, le dijo:

—Puentereal, porque no.

—¿Crees tú (insistió él) que yo puedo mirar con indiferencia...?

—¿Mis encantos? (añadió, interrumpiéndole.) No paso esa galantería... Un marido que requiebra á su mujer es un marido ramplón... Eso ya no está admitido... es de muy mal gusto.

—¡Ah, Celia! (exclamó.) No te comprendo... Explicate.

Echó ella hacia atrás los rizos que sombreaban su frente, exclamando á su vez:

—¡Oh, qué torpe eres! No suspíres (añadió), ni me mires con esos ojos de amante de novela. Tranquilízate, porque te juro que no estoy celosa. He sospechado que no me conoces, y es preciso que nos conozcamos. ¡Ea! Fuera de inúti-

les hipocresías, y hablémonos como dos amigos inseparables.

—Hablémonos (dijo Puentereal). Salgamos de una vez de la increíble situación en que nos encontramos.

—Yo creí (advirtió Celia) que esta explicación, siempre enfadosa, sería entre nosotros innecesaria; pero tú no has comprendido todavía toda la originalidad de mi carácter; me has incluido en el vulgo de las mujeres, y crees que me agradan todos los homenajes. No: tú eres un hombre de mundo, gastado en los placeres de la vida, y no he de ser yo una mujer tan ridícula que intente transformarte. Al darte mi mano, no me propuse nunca esclavizarte. ¿Nos entendemos?

—Celia (replicó Puentereal): te juro que ninguna mujer ha ejercido sobre mí el imperio que tú ejerces. Tu voz me conmueve, tus miradas me estremecen, y tus sonrisas me embriagan... Eres á mis ojos un vaso rebosando de delicias. ¿Por qué has encendido en mí ser el infierno que me devora?

—¡Capricho! ¡Capricho! — exclamó Celia, frunciendo el entrecejo.

—¡Capricho! (replicó Elías.) Capricho que me avasalla, que me conmueve y que me aniquila. ¿Dónde podrías ocultarte que yo no te descubriera, que yo no te adivinara?

—Te engañas. Si yo no hubiera sido la hija única del opulento Banquero, ni siquiera me habrías visto.

Pronunció Celia estas palabras con desdén soberano, añadiendo:

—Estás loco.

—Loco, sí (dijo Puentereal). Loco; pero soy tu marido, y reclamo todos mis derechos.

—¡Mi marido!.... (replicó.) Ciertamente eres mi marido, porque te creí más razonable; pero eres un marido insufrible. En cuanto á tus derechos, has llegado tarde.

—¡Tarde!.... (exclamó.) ¿Qué quiere decir tarde?....

—Quiere decir (contestó Celia) que mi corazón ya no es mío. No dirás que te engaño.

—¡Celia! (gritó con semblante airado.) ¿Qué hombre es el que se ha puesto en mi camino?.... Habla....

—Cálmate (le dijo ella). Eso no lo sabrás nunca. Es el secreto de mi alma.

Y abandonándose á la emoción de que se hallaba poseída, añadió suspirando:

—¡Ay! Es un amor imposible.

—¡Imposible! — murmuró Elías sordamente.

—Sí (replicó ella): imposible, pero inmenso.

Puentereal se quedó mudo. No acertaba á apartar los ojos de Celia.... Jamás le había parecido más hermosa. Sentía impulsos de arrojarse á sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1065 MONTEPERREY, BUENOS AIRES

pies, y al mismo tiempo experimentaba horrible deseo de ahogarla entre sus brazos. Á la vez su sangre se helaba y ardía... Todo su pensamiento se condensó en una palabra:

— Me perteneces, — dijo.

Y sin poder contenerse, tendió las manos para asir las de Celia.

Ella las rechazó con indiferencia mil veces más cruel que el enojo, y se puso de pie, diciendo:

— ¡Nunca!

Aquella mano delicada que huía de la de su marido, agitó el cordón de seda que colgaba sobre el diván, y Celia fué luego majestuosamente á sentarse delante del espejo. La entrevista habia terminado: la Condesa llamaba á su doncella.

Elias salió del tocador de su mujer cabizbajo, sombrío, terrible, llevando en su alma un infierno de ira, de celos, de deseos, de venganza, de amor y de envidia.



XII.

ÚLTIMA JUGADA.

EN TRE todos los tormentos á que puede una mujer condenar el corazón de un hombre, el más horroroso debe ser el suplicio de un rival desconocido, porque equivale á depositar en su alma un odio sin límites: el odio que se necesita para aborrecer al mismo tiempo á todo el género humano. Es un fantasma que está de continuo delante de los ojos, y que se escapa siempre de las manos: el recelo permanente, la sospecha múltiple.

Es andar siempre sobre ascuas, vivir con el alma en un hilo, no llegar la camisa al cuerpo... Un rival conocido no es al fin más que un hombre, un temor, una traición, un peligro; pero un rival desconocido, cuyo nombre se ignora, es la suma de todos los hombres, de todos



los temores, de todas las traiciones, de todos los peligros. ¿Dónde está?... Aquí, allí, allá, más cerca, más lejos, en el salón, en la calle, en el teatro... en todas partes. ¿Quién es?... Este, aquél, el otro, el que sonríe, el que va, el que viene, el que entra, el que sale, el que sube, el que baja... todos.

No hay ser de forma más fantástica ni de realidad más terrible. El tormento que hace sufrir se multiplica por todas las acciones que vemos, por todas las palabras que oímos, por todos los pensamientos que imaginamos. Verdaderamente debe ser tormento del infierno; tormento solitario, sordo, íntimo, implacable, que aísla el espíritu y lo desespera, haciéndose la única compañía del alma.

Como toda inclinación más ó menos viva hacia una mujer se llama amor, es preciso convenir en que el amor es muchas veces un sentimiento innoble, tan innoble, que no pasa de ser la más vergonzosa grosería de los sentidos. No es una tierna necesidad del espíritu, sino un ciego apetito de la carne.

Esta pasión vulgar ignora el valor de los sacrificios, desconoce el tranquilo placer que causa la satisfacción de amar aquello que es digno de ser amado. ¡Sacrificios!... En vez de ofrecerlos, los impone; no ama, apetece; carece de entusiasmo, porque todo es deseo; se irrita ante

las contrariedades, y hierve como el mar en los escollos; el fuego en que se enciende, en vez de dar calor, abrasa. No busca la correspondencia, que es la comunicación de los sentimientos, sino la pide; no intenta merecerla, porque le basta sólo con alcanzarla; no es un afecto, es un vicio.

Son vapores de la carne que nublan el entendimiento y oscurecen el alma, formando tempestades más desastrosas que las tempestades de la tierra. Es una embriaguez que enloquece. En estas pasiones los celos toman un carácter espantoso; no son el desengaño que causa la inconstancia, ni el dolor de la infidelidad, ni la pena de la indiferencia; son el grito del amor propio herido; es el furor que enciende en el ánimo el placer que se escapa de las manos; son al mismo tiempo la ira, la envidia y la venganza.

Tal era el amor desesperado que Puentereal sentía por Celia, y para que el tormento á que se hallaba condenado fuese más agudo, el rival que le disputaba la dicha era un rival desconocido, un rival anónimo, la sombra impalpable de su desesperación, que estaba en todas partes. La imagen de este rival misterioso y casi fantástico se multiplicaba en su imaginación; cambiaba de aspecto y de fisonomía á cada instante; se revestía sucesivamente con todas las formas imaginables; no era un rival; era un torbellino de rivales.

Lo buscó por todos los rincones de la sociedad, sin poder encontrarlo.... Lo había condenado á muerte antes de conocerlo, y se había pregonado á sí mismo su cabeza.... Meditaba el homicidio con verdadera complacencia; si algún rayo de luz sonreía en el tenebroso abismo de su pensamiento, era la idea de su rival bañado en sangre y tendido á sus pies, como la víctima inmolada al numen de su dicha.

Entre tanto, la Condesa se mostraba cada día más inaccesible, lo mismo á las súplicas que á las amenazas de su marido. Le cerraba todas las puertas sin misericordia, y parecía empeñada en arrancar de su corazón hasta el último vislumbre de esperanza. Sin embargo, lo hacía con una naturalidad intachable, como la cosa más sencilla del mundo: lo desesperaba sin violencia, sin artificio, sin desdén y sin ira, sin reparar en ello. Puentereal habría preferido el odio á la indiferencia; pero, en verdad, su mujer no se tomaba ni siquiera el trabajo de aborrecerlo.

Le era permitido verla en público, en medio de esa corte que siempre rodea al fausto, y allí, escondido entre la multitud, expiaba sus movimientos, sus miradas, sus sonrisas, acechándola como el tigre acecha á su presa, sin encontrar nunca rastro de aquel rival odioso. La alegría de la Condesa era un puñal que se clavaba en su alma; y si alguna vez se mostraba distraída,

pensativa ó triste, aquellas distracciones, y aquellos pensamientos, y aquellas tristezas, le parecían mil veces más crueles que sus alegrías.

En el infierno de la vida á que se veía encajado, todo le servía de tormento. El bullicio del mundo le era insostenible, los placeres mordían su corazón despedazándolo, sus propias riquezas le estorbaban; eran las cadenas de oro que lo oprimían, que lo sujetaban lejos de Celia. Por una combinación horrible de su destino, aquellas riquezas que habían servido para unirlos, se convertían de pronto en el abismo que los separaba.... Este hombre infeliz vivía roído por todas las desesperaciones: llevaba en el alma un nido de serpientes.

Debió acometerle de repente un pensamiento nuevo, porque se contrajo ferozmente su fisonomía, se dió una palmada en la frente, y se dijo con voz sorda:

— Sí.... los dos....

Desde aquel momento se hizo más tratable, tomando una parte más activa en la vida que le rodeaba. Notaban sus amigos que padecía frecuentes distracciones, y le preguntaban:

— ¿En qué piensas?...

— Pienso (decía) retirarme de los negocios, y medito mi última jugada.

— ¿Á golpe seguro?...

— Ya veréis, ya veréis si es seguro.

Llegaron á Celia estas noticias, y dijo al saberlas:

— Cuidado con Puentereal, porque ya saben Vds. que tiene una fortuna loca.

Solía la Condesa experimentar el cansancio que con frecuencia acompaña á las gentes demasiado ricas y demasiado desocupadas, y algunas noches no recibía, y retirándose temprano, despedía á su doncella, después que ésta la dejaba en la cama, buscando, por lo visto, en el sueño un refugio contra el fastidio.

En una de estas noches, cuando el palacio se hallaba en profundo silencio, salió Elías cautelosamente de sus habitaciones, y se deslizó con pasos mudos y lentos hasta llegar á la misma puerta del dormitorio de la Condesa. Allí se detuvo, y escuchó algún tiempo. Después la puerta se fué entreabriendo poco á poco, y Elías penetró en el dormitorio de la Condesa.

En medio del silencio, un oído atento habría percibido algo semejante á un grito humano, pero á un grito inmediatamente ahogado, y á la vez algo semejante á la respiración entrecortada de un hombre que hace el último esfuerzo. Después no se oyó nada.

La puerta del dormitorio volvió á entreabrirse, y Elías salió, pronunciando entre dientes, con una voz como un soplo, estas palabras:

— ¡ Muerta.... muerta!

Repitiendo estas lúgubres palabras, se perdió en la oscuridad de los salones, salió á una galería, buscó la escalera interior del palacio, se precipitó en ella, cruzó el pórtico, y se lanzó á la calle.

Corría como un loco, como si huyera del mundo, como si huyera de sí mismo, y no tardó mucho tiempo en encontrarse fuera de la población.... ¿Adónde iba? Él mismo lo ignoraba; corría sin dirección, sin voluntad, impelido, arrastrado por una fuerza desconocida.

Al fin se detuvo, y lanzó en torno suyo miradas desencajadas. La soledad en que se encontraba aparecía llena de espectros que se agitaban delante de sus ojos, tendiéndole los brazos y arrojando á su rostro el aliento helado de la muerte.

Á lo lejos distinguía montes despedazados por abismos sin fondo, peñascos hendididos por el rayo, rocas calcinadas por el fuego de los volcanes, y este horizonte desolado daba vueltas á su alrededor, estrechando el círculo que formaba, cerrándole el paso como un torbellino que saboreaba de antemano el placer de aniquilarlo.

— Bien (dijo). La naturaleza se asocia á nuestro último destino, y el caos abre sus brazos para recibirnos; la muerte va á unirnos para siempre. ¡Oh! Serás mía.

Oprimió entre sus manos el doble cañón de un primoroso revólver, que contenía dos veces

la muerte, lujosa é ingeniosamente dispuesta, según el último adelanto del siglo.

— ¡Ah! (exclamó.) No debo hacerla esperar mucho tiempo.

Apoyó el arma sobre la sien, diciendo:

— Antes á ella... ahora á mí... los dos.

La pólvora inflamada estalló, el silencio se tragó aquel sordo rugido, la oscuridad aquel rayo de la desesperación humana, y Elías, dando una vuelta sobre sí mismo, cayó desplomado.

Una sombra surgió en aquel instante del seno de la tierra. Esta sombra era Baal, con su cabellera roja como el fuego y sus ojos de llamas.

Entonces, en el horizonte nublado, apareció una claridad lejana, un rayo de luz, una esperanza, y Baal, poniendo el pie sobre el cuerpo de Elías que palpitaba con los últimos estremecimientos de la muerte, apretó los puños, y amenazando al cielo, gritó:

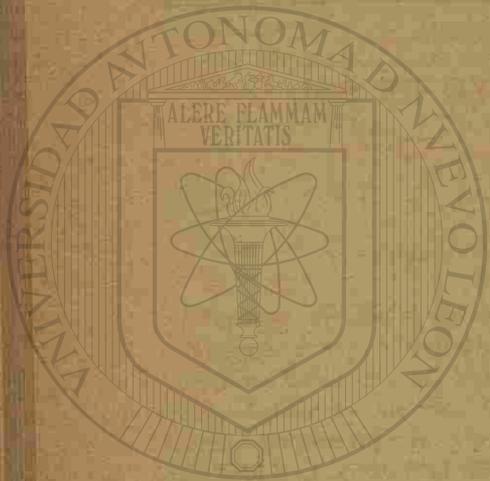
— ¡Atrás... atrás... ya es mío!

RAYO DE SOL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



RAYO DE SOL

I.

PARALELO.



A sabemos que la palabra *verosímil* significa todo aquello que es semejante á la verdad; ó, lo que viene á ser lo mismo, todo aquello que, sin ser verdad, puede serlo. De manera que decir inverosímil equivale á decir increíble. En la Historia, la verdad consiste en la exactitud del relato con respecto á los hechos relatados, y en ella lo verosímil puede ser falso, á la vez que muchas veces lo increíble es cierto.

En el Arte sucede todo lo contrario. Lo que menos importa es la verdad real, lo que podemos llamar la verdad auténtica, porque lo importante es la verdad imaginada, la exactitud entre lo inventado y lo posible, porque el Arte viene á ser un espejo obligado á representar imágenes verdaderas de originales cuya realidad

puede muy bien no estar en ninguna parte. Es, en fin, una ecuación entre la imaginación que crea y la verdad que existe, y viene á resolverse en esta fórmula: lo verosímil.

La verdad histórica necesita demostración histórica, testimonio de testigos dignos de fe, todos los datos que necesita la certidumbre humana. La verdad artística no necesita más que verosimilitud artística; basta que el genio lo diga para que todos lo creamos. La Historia representa lo que es; el Arte, lo que podía ser. La primera es el proceso del género humano; el segundo es su absolución. En fin, la Historia cuenta todo lo que sabe, y el Arte embellece todo lo que cuenta.

Y lo que más me hace gracia en este paralelo involuntario que va insensiblemente saliendo de la pluma, es el contraste que establecen entre sí las realidades increíbles de la Historia y las creaciones fantásticas del Arte, por lo que hace á los caprichos de nuestra credulidad. En el Arte todo es ficción, ó, lo que es lo mismo, nada es verdad; ya lo sabemos; pero le exigimos como condición indispensable una especie de absurdo, á saber: la realidad de la invención; más claro: que la mentira sea verdadera. Para con la Historia cambiamos los términos, y sólo le pedimos como condición necesaria que sea en ella verdad lo inverosímil, y cierto lo increíble.

La distancia que media entre la Historia y el Arte es exactamente la misma que hay entre el mundo de la imaginación y el mundo en que vivimos; la misma que separa á lo verosímil de lo cierto, por más que lo verosímil sea mentira y lo cierto increíble.

Y aquí tenemos dos mundos que aparecen tan distantes entre sí y que son igualmente fantásticos, porque ciertamente nada traspasa tanto los límites de la fantasía como una verdad increíble ó como una ficción verdadera. Son dos términos que se avienen al mismo tiempo que se rechazan, y por una especie de magia de que no intentamos darnos cuenta, la ficción toma á nuestros ojos una realidad inapelable, y á la vez lo cierto se transforma en increíble.

Sin ir á buscar los prodigios comprobados que la Historia nos ofrece en tiempos más ó menos remotos, encontraremos hechos de notoria autenticidad y que pertenecen al orden de las cosas increíbles; hechos mil veces más estupendos que las tenebrosas maravillas de la nigromancia que la ilustración del siglo ha desechado como supercherías indignas de nuestra credulidad; hechos de los que nosotros mismos somos testigos.

Sí, el Arte suele permitirse ciertas licencias, poniéndonos delante monstruos que están fuera de la naturaleza, pasiones que no caben en el corazón humano, caracteres que se escapan de

los límites de lo posible, escenas inverosímiles, prodigios, en fin, que se realizan por la virtud maravillosa de una mano invisible, cierto; pero lo hace guiándonos el ojo para que le prestemos nuestra complicidad y le concedamos un asentimiento pasajero y una admiración momentánea.

También acontece que debajo de las formas fantásticas con que reviste sus obras, esconde un fondo de verdad humana que el espectador descubre al través del capricho de las apariencias...

Pero la Historia no se presta á esa especie de confabulaciones; impone lo que dice como decisión irrevocable, y por increíble que sea lo que nos relate, hay que creerla ó matarla.

Por un movimiento patente y á la vez inverosímil que los empuja en direcciones opuestas, el Arte moderno ha caído en un realismo deplorable, mientras la Historia contemporánea se lanza sin reserva por caminos fantásticos, de prodigio en prodigio y de maravilla en maravilla.

Parece que el Arte que nos domina es la realidad misma en su desnudez más vergonzosa, al paso que la Historia contemporánea registra con la evidencia de los hechos los acontecimientos más fabulosos.

Pudiera creerse que han cambiado mutuamente de naturaleza; que la realidad pertenece al Arte y la imaginación á la Historia.

Mientras el primero retrata la desnuda imagen de nuestras costumbres y el descarnado espectro de nuestros sentimientos, la segunda anota hechos maravillosos que allá en las edades futuras serán probablemente la fábula de nuestros tiempos.

Nos encontramos frente á frente de un Arte que escandaliza y de una Historia que asombra.
Arte positivo.

Historia imaginaria.

En presencia de las obras artísticas que más cautivan hoy el gusto bastante corrompido del público, sean las que quieran las deformidades con que se nos presenten, no podemos menos de exclamar:

— ¡Oh cuán triste verdad es esta!

Y delante de los sucesos históricos que se tejen en la enredada urdimbre de nuestros días, no es posible dejar de encogerse de hombros, exclamando de la misma manera:

— ¡Ah!... ¡esto es increíble!...

El Arte moderno es el espejo que exactamente nos retrata.

La Historia contemporánea es una especie de fantasía que, digámoslo así, nos idealiza.

El Arte: he ahí lo que hacemos.

La Historia: he ahí lo que soñamos.

Ó, lo que viene á ser lo mismo:

Allí la realidad moral de nuestra miseria.

Aquí los prodigios fabulosos de una civilización estupenda.

En el Arte que nos domina, todo es prosaico.

La Historia es toda poesía.

Si me es permitido llamar las cosas por su nombre, dándole á cada uno lo que justamente le pertenece, no vacilaré en decir que nos encontramos en presencia de un Arte sin sentido moral, y de una Historia sin sentido común.

Más claro:

Un Arte sin vergüenza.

Una Historia sin juicio.

Más claro todavía:

El vicio en el Arte.

La locura en la Historia.

No sé qué especie de complacencia experimentamos al vernos reproducidos en el Arte tal y como somos; pero es lo cierto que coronamos de aplausos aquellas obras que más nos degradan.

Indudablemente el Arte ha comprendido esta propensión, que poco á poco nos conduce á despreciarnos, y por una especie de lisonja enteramente original, nos adula al mismo tiempo que nos infama.

Ha descubierto ese resorte ignorado de nuestro entusiasmo, y nos vende sus insultos á peso de oro.... Industria de todo punto nueva, que busca los favores del público abriendo á sus ojos

el espectáculo de sus debilidades y el triunfo de sus pequeñas pasiones.

Lo busca, y lo obtiene.

El realismo, que nos degrada á la vez que nos complace, no es solamente una palabra que expresa el imperio artístico de la materia, el dominio victorioso de todas las sensualidades; no significa únicamente la proscripción de la belleza decretada por la grosería victoriosa de los sentidos; hay en su significación algo más positivo, más práctico, que se llama ganancia.

Es una operación mercantil, por medio de la que el Arte abre el barató de sus géneros de pacotilla. Es lo mismo que hacen los comerciantes: *realizar*, convertir en dinero las últimas existencias de sus almacenes.

El realismo es el Arte en liquidación.

Desde las apoteosis de las malas pasiones, desde la justificación del suicidio, hasta las contorsiones del *Can-can*, el Arte moderno todo lo vende.

Lo vende, y se lo compran.

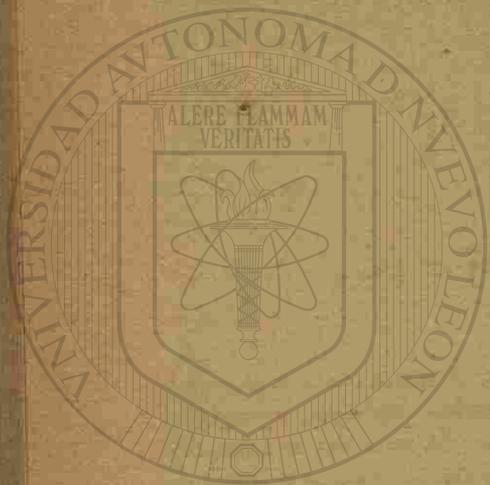
Más aún:

Las gentes se lo quitan de las manos.

La Historia entre tanto.... Pero detengámonos un momento, y volvamos la hoja.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1525 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



II.

UN PRODIGIO.

PRECISAMENTE tenemos á la vista un hecho verdaderamente increíble, y que, por más vueltas que se le dan al caso, no hay manera de negarle á la Historia la evidencia de su veracidad, en razón á que no nos es permitido recusar el testimonio; porque nosotros mismos somos los espectadores, los cómplices y los testigos.

—¿De qué se trata?

—¡Friolera!... De un prodigio enteramente nuevo en la historia del género humano.

—¿Maravilloso?

—Imprevisto.

—¿Extraordinario?

—Inexplicable.

TOMO VI.

—¿Se ha tropezado ya con la eternidad del hombre sobre la tierra?

—Aún no.

—¿Se ha encontrado algún bosque de vegetación humana?

—Todavía no se ha encontrado.

—¿Algún fenómeno magnético?...

—Tampoco.

—¿Qué ve el *sonambulismo lúcido*?

—Visiones.

—¡Ya!... ¿Sin duda el *espiritismo* ha encontrado al fin al otro lado del sepulcro un espíritu ingenuo que hable en castellano?

—No.

—¿Decididamente el que más debe es el que más tiene?

—¡Bah!

—¿Hemos resuelto la cuadratura del círculo legal?... ¿Estamos ya en la constitución definitiva?...

—Menos.

—¿Es la suficiencia del número?

—¡Ca!

—¿La lealtad de la fuerza?

—¡Hum!

—¿La incorruptibilidad de la justicia?

—Más aún.

—¡Más!

—Más.

—Entonces es la virtud de las *pastillas de Belmet*.

—Nada de eso: en realidad, los portentos que van enumerados están todavía en perspectiva. Se cumplirán seguramente, según las promesas de la ciencia; pero, entre tanto, no son más que maravillas aplazadas.

El prodigio que hoy registra la Historia es una mezcla de ilustración y de imbecilidad de que ciertamente no hay ejemplo.

La cosa no puede ser más estúpida.

Pertenece á un orden de prodigios enteramente nuevo, cuyo poder cabalístico no alcanzó nunca la nigromancia de los tiempos antiguos. Ahora sí que con razón podemos reírnos de aquel arte diabólico que descubría los secretos escondidos en las oscuridades de lo futuro, que evocaba la sombra de los muertos, y que, sin embargo de sus filtros, de sus conjuros y sus cábalas, no pudo sorprender en el mundo de las tenebrosas maravillas el arcano de la *pedra filosofal*; de ese filón de oro siempre soñado y nunca descubierto, siempre á punto de ser sorprendido, y siempre escapándose de entre las manos.

Pues bien: esa pesadilla de la antigüedad nigromántica; ese problema de la magia que tuvo embargada la credulidad de los pasados siglos, se está realizando, se está resolviendo en medio de la incredulidad del siglo presente.

¿Cómo?

Como la cosa más increíble y á la vez más natural del mundo.

El mago cuya mano ha puesto el dedo en la llaga, no es realmente un ser extraordinario que se sale del cuadro de los simples mortales. Está, como todos, sujeto á las contingencias de la vida; nació como cada hijo de vecino, y hay completa certidumbre de que morirá probablemente el día menos pensado.

Hasta hoy era un ser desconocido, en el que la más fina perspicacia no habria descubierto nunca el secreto de su fabulosa alquimia. Positivamente nadie hubiera creído que poseía el milagroso poder de la riqueza universal, el genio de la abundancia y de la fortuna.

Pero los verdaderos prodigios son así; desprecian el aparato de las formas, rehusan el anuncio de los indicios, se fraguan misteriosamente en el rincón más oculto, y, á lo mejor, rasgan el velo y se descubren cuando menos se espera.

El portento que nos tiene con la boca abierta ha adoptado en esta ocasión la exterioridad más sencilla, valiéndose de lo que hay más frágil, más débil y más inconstante sobre la tierra: de una pobre mujer.

En su mano ha puesto aquel manantial de oro tan afanosamente buscado por los antiguos al-

quimistas, tan inútilmente prometido por los nuevos economistas, tan vanamente soñado por todos los hombres. De la noche á la mañana ha aparecido, como quien dice, detrás de la puerta, en la palma de la mano de una mujer, hasta ese momento confundida con el vulgo de las mujeres.

La fórmula del prodigio es una fórmula aritmética, como si desde el primer momento quisiera demostrar todo lo que hay de positivo en lo increíble. No se quiere servir de las palabras, agotadas ya indistintamente por los oradores y por los charlatanes, y apela al conciso lenguaje de los números, haciéndolos testigos de la maravilla.

« 300 % »

Trescientos por ciento.

He ahí la fórmula.

No se puede decir que el interés mueve en este caso los resortes de la cábala; la magia que se nos ofrece no puede ser más desprendida. Pide ciento, para dar trescientos. En sus manos toda cantidad se multiplica por tres, sin más que pasar por el oculto crisol de la maga, que los triplica con una frescura tan prodigiosa como su secreto.

Eso es inaudito, y, sin embargo, eso no es más que la mitad del portento, y aun menos, porque la otra mitad es más estupenda todavía. Vamos á verla.

Somos bastante incrédulos, y en punto á milagros no nos fiamos de la camisa que llevamos puesta. Estamos al cabo de la calle, y no se nos comulga con ruedas de molino. Todo eso del mundo sobrenatural no nos pasa de los dientes adentro. En una palabra: no creemos en brujas.

Muy bien. Pero he aquí que se nos pone delante, como una aparición del otro mundo, el milagro del *trescientos por ciento*, el fantasma de una *casa de imposición* fabulosa que triplica los capitales en el soplo de un año, y aquí nos tienen á todos, exclamando poco más ó menos de esta manera:

—¡Demonio!... ¡el trescientos por ciento! Es una verdadera diablura; pero ¡quién sabe! Con mi pequeño capital, no puedo sacar los pies de las alforjas, y eso que trabajo seis horas diarias. El trescientos por ciento me saca de estas angustias. Podré gastar al año tres veces el capital, conservándolo integro. Esto es pasmoso. ¡Trescientos por ciento á toca teja!... Esta mujer tiene el demonio en el cuerpo, y no he de ser yo el tonto que pierda la fortuna que me cae por la chimenea.

Y sin más ni menos, acudimos en tropel á vaciar nuestros bolsillos en la caja infernal de esa mujer que tiene el demonio en el cuerpo.

Detrás de esa caja diabólica todo es misterio; más allá de la *imposición* no se ven más que os-

curidades. Es un artificio mágico que no ofrece garantía ninguna, porque los prodigios de la magia son como los reyes constitucionales, irresponsables. Poner allí el dinero es tirarlo por la ventana. Pues bien: el abismo nos atrae con fuerza irresistible, y tiramos el dinero por la ventana.

Ved ahí un doble prodigio histórico: el prodigio de la ganancia triplicado por el capital, y el prodigio de nuestra credulidad.

¿Qué es esto? ¿De qué mundo invisible sale este portentoso?

Sale del mundo moral en que vivimos.

Es la codicia que cree en la codicia.

Es, sencillamente, la estafa robando á la usura.

Sin duda alguna, el encanto será breve. Quizá á estas horas se ha desvanecido como un sueño. Pero ello es que la Historia registrará entre los hechos más pasmosos este caso increíble, del que todos hemos sido indistintamente espectadores, testigos, cómplices y víctimas.

El dinero, insensible, egoísta, incrédulo, se ha enternecido ante la prodigalidad del trescientos por ciento, prestando la fe de sus capitales á la palabra mágica de una mujer hasta este momento desconocida.

Habéis creído, no á puño cerrado, sino á mano abierta, en el poder fantástico de ese ser que

ha salido de la vanidad presente. Acaso no creáis en el poder de Dios, y he ahí que habéis creído en el poder del demonio.

¡Oh, qué espantosa oscuridad nos rodea!

Ved ahora el *rayo de sol* que ilumina las páginas siguientes.



III.

LA CASA.

No era ciertamente un castillo feudal la morada solariega en que pasaban los últimos días de su vida los señores de Llanoverde, nombre que, dicho sea de paso, nada tenía que ver con el ilustre apellido de la familia; mas los aldeanos de la comarca dieron en designarlos así, porque, entre otras tierras de aquellas cercanías, poseían una hermosa huerta con casa y ermita, llamada desde tiempo inmemorial, y de padres á hijos, Llanoverde. Bien hubiera querido su dueño engrandecer la gloria de la estirpe, ostentando con esa designación un título de Duque, de Marqués ó de Conde; pero, ¡ya se ve! : en la imposibilidad de conseguirlo, porque á principios de siglo todavía se escaseaba mucho eso de hacer Condes, Duques y Mar-

queses, se resignaba á ser simplemente señor de Llanoverde, proclamado por la voz pública, y al fin y al cabo, libre del pago de *lanzas y medias anatas*. Nadie le disputaba el usufructo de su señorío; le salía además de balde, y mirando al resto del mundo por encima del hombro, escupía noblemente por el colmillo, y era, á sus propios ojos, nada menos que el *Gran Tamerlán de Persia*.

Como ya he dicho, la morada en que pasaba su vida señorial no podía tomarse como un castillo de la Edad Media, con foso, rastrillo, torreones y almenas; pero había en el conjunto del edificio ciertos rasgos feudales que atestiguan su origen nobiliario y su antigüedad venerable.

Debió ser construido sobre una eminencia, desde la cual dominaba las llanuras circunvecinas; mas el tiempo, que todo lo allana, había ido poco á poco levantando el terreno, hasta el punto de que pudiera subirse á las barbas. Mas, sin embargo, era preciso subir una ligera rampa para llegar á la gran puerta de encima que abría paso al interior del edificio.

Por lo que hace al foso, se hallaba perfectamente cegado, si es que alguna vez había visto la luz del mundo, pues su existencia no pasaba de ser una suposición, que ningún anticuario se había tomado el trabajo de confirmar con sus

investigaciones. Los muros, exteriormente envejecidos por los rigores de la intemperie, conservaban interiormente toda la poderosa robustez de una juventud hecha á cal y canto, decididos á burlarse de las destrucciones del tiempo.

Dos torreones se abrían á derecha é izquierda del cuerpo principal del edificio, como dos alas de piedra, ó más bien se levantaban como dos gigantes encargados de custodiar aquel cadáver de roca, permítaseme decirlo así, vivo todavía. Sobre la gran puerta se destacaba el escudo de armas de la familia, que el señor de Llanoverde hacía blanquear todos los años para que se marcara bien sobre el muro ennegrecido, y como si de este modo quisiera á la vez lavarle la cara al honor de su estirpe.

Encima del escudo se extendía teatralmente un balcón enorme, revestido de su correspondiente balaustrada, también de piedra, digna sin duda alguna de un palacio, pero que allí no se habría echado de menos. Á un lado y á otro de este balcón monumental se abrían otros dos más pequeños, encerrados en el espesor del muro y guarnecidos con pasamanos de hierro.

Estos tres pormenores de decoración, si no representaban propiamente tres órdenes de arquitectura, representaban por lo menos tres órdenes de jerarquías, tres órdenes de ideas, tres edades: la fortaleza, el palacio y la casa; el gue-

rrero, el palaciego y el mercader; la espada, la intriga y el negocio; la edad de los mandobles, la edad de las cortesías y la edad del tanto por ciento.

Así es que, vista exteriormente, en los primeros años del presente siglo, era á la vez un doble recuerdo y un simple anuncio. Por lo demás, el capricho de sus dueños anteriores la había adornado con remates y pormenores de yeso y ladrillos que brotaban sobre la dura argamasa de la mampostería, como brotan los frágiles retoños sobre la ruda corteza de los troncos viejos.

Esta especie de *toilette* la desfiguraba sin rejuvenecerla.

De este modo era, poco más ó menos, de puertas afuera. Un anticuario, ese enemigo de toda juventud, la habría mirado con curiosidad y con lástima; un artista no habría podido contener la carcajada; pero los aldeanos de la comarca la contemplaban con respeto y hasta con orgullo; era para ellos un prodigio de arte y de grandeza. Toda la historia de la aldea, transmitida de padres á hijos, estaba relacionada con aquel edificio, en el que habían acontecido en tiempos remotos sucesos extraordinarios, que las madres contaban muchas veces á sus hijos para dormirlos.

De puertas adentro disimulaba todavía menos la antigüedad de su fecha.

Desde el momento en que se ponía el pie al

otro lado del portal, los pasos retumbaban por la ancha bóveda de la escalera, como si el empedrado del pavimento tuviera el encargo de anunciar las visitas. El zaguán era inmenso, tanto, que resultaba lóbrego y oscuro, ni más ni menos que si no hubiese en él nunca bastante aire y luz bastante para secar sus paredes desnudas é iluminar su espacio.

Luego que los ojos se acostumbraban á aquella oscuridad llena de sombras, se distinguía la escalera, cuyos anchos peldaños de piedra subían hasta cierta altura, y allí se detenía abriéndose en dos brazos, no sé si en señal de hospitalidad ó de amenaza, pero ello es que la escalera recibía con los brazos abiertos. Una vez arriba, se encontraban tres puertas por donde penetrar en el interior de la casa. La de en medio conducía al salón, verdadero salón, tan espacioso como el zaguán, cuyo techo abovedado le servía de pavimento. Eran, pues, exactamente iguales, no habiendo entre ellos más diferencia que las establecidas por la jerarquía. Esto es, que el uno era salón y el otro zaguán.

Antes debían tener los hombres una idea excesiva de su grandeza, si las casas en que vivieron y aún permanecen en pie pueden servirnos de medida. Todo es en ellas ancho y alto; los techos se elevan hasta el cielo, las paredes se alejan unas de otras, como si todo espacio fuera

poco. Aquellos hombres no cabrían en nuestras casas; se ahogarian en ellas.

El salón de los señores de Llanoverde era, por las dimensiones, el salón de un palacio, sin más luz que la que recibía por el balcón monumental que decoraba la fachada del edificio. Los muebles se perdían en la longitud de las paredes. En vano las sillas levantaban sus altos respaldos de nogal tallado; en vano las colgaduras de seda amarilla se cruzaban como banderas sobre los dinteles de las puertas; en vano las mesas, sostenidas por columnas, extendían sus anchos tableros, la araña de cristal pendiente del techo parecía suspensa entre el cielo y la tierra. La chimenea abría una boca, boca enorme, capaz de contener dentro de sus ennegrecidas fauces todo el fuego de un incendio.... Pues bien: esas cosas parecían allí juguetes de niños.

Este estrado, que sólo se abría en ocasiones solemnes, no era solamente el gran salón de la casa; era además un museo y un cementerio de familia. Bajo la forma de retratos aparecía allí en orden cronológico una sucesión de siglos. Colocados uno detrás de otro, estaban allí todos los ascendientes del señor de Llanoverde.

El buen señor, paseándose de un extremo á otro de la gran sala, podía decir que se hallaba en comunicación con toda su ascendencia. Aquel río humano que la muerte había ido sangrando,

se detenía en él, porque él era el último vástago de aquel árbol genealógico.

No eran los retratos obras maestras de arte, ni tampoco se podían comprobar las semejanzas; pero, después de todo, una vez acostumbrado á las fisonomías que el pincel había grabado en el lienzo, debía parecerle que estaban hablando. Y de cualquier modo, salvas algunas inexactitudes, las épocas en que cada uno vivió estaban representadas por los trajes, y los trajes forman parte de la fisonomía.

Colocados, pues, como he dicho, uno detrás de otro, parecía que se miraban de reojo. Aquellas bocas, unas fruncidas, otras risueñas, otras desdenosas, parecían sorprendidas en el momento en que iban á pronunciar alguna palabra. Sin duda aquellos retratos hablaban cuando estaban solos. Á lo menos, será preciso convenir en que cada fisonomía tenía su expresión, y cada expresión indicaba un pensamiento. Si no hablaban el lenguaje de los hombres, hablaban el lenguaje de la fisonomía.

Este salón se llamaba el salón de los retratos.

Cuando el señor de Llanoverde recibía la visita de alguna persona importante, lo hacía conducir al salón de los retratos; allí lo esperaba, y adelantándose, le decía:

— ¡ Ah.... señor! No se quejará V. de mi franqueza de aldeano; lo recibo á V. en familia.

Y al mismo tiempo extendía á derecha é izquierda el brazo, señalándole la serie de sus ilustres progenitores.

El resto de la casa se componía de habitaciones que, tapando aquí y descubriendo allá, se habían ido formando según las necesidades de la familia. Por una propensión eufónica del edificio, las paredes, en vez de oír, hablaban; todos los ruidos tenían eco; aquella mansión solariega parecía habitada por seres invisibles, que se entretenían en repetir los pasos y las palabras. La sombra tomaba también dentro de aquella casa aspectos fantásticos.

La antigüedad que se respiraba en los muebles, en las molduras, en los dibujos y en los adornos, parecía viva; al entrar allí se entraba en otro siglo; la atmósfera reposada que formaba el ambiente de la casa, parecía no haberse renovado en mucho tiempo.

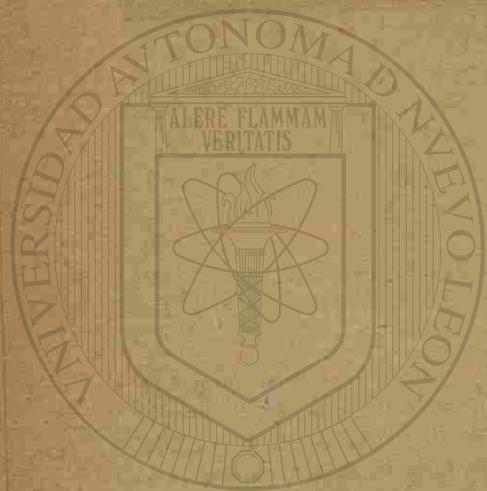
En medio de las viviendas sencillas esparcidas por la campiña, abiertas por todas partes al sol y al aire, la morada solariega de los señores de Llanoverde proyectaba una sombra grave y triste. De noche se dibujaba en el aire como una masa informe, y la luz que se escapaba por las ojivas de los torreones le daba todo el aspecto de un fantasma colosal que lanzaba al espacio miradas de fuego.

Las gentes de la aldea habían jurado algunas

veces que se movía en la oscuridad; pero al amanecer del día siguiente la encontraban inmóvil, en el mismo sitio en que le cogió la noche. Los muchachos se acercaban al muro, y por las troneras que daban á los sótanos, cortadas por barras de hierro, arrojaban piedras, que al caer hacían retumbar la bóveda con un bramido sordo y prolongado.

Tal era, en conjunto, la casa en que vivían los señores de Llanoverde.





IV.

LA FAMILIA.

A pesar del aspecto fantástico con que la casa se presentaba á la sencilla imaginación de los aldeanos, dentro de ella se pasaba la vida todo lo más tranquilamente que se puede pasar en el mundo. Sin embargo, el señor de Llanoverde llevaba allá en el fondo de su alma un disgusto que nublaba las pacíficas horas de su existencia. Porque á los treinta años de casado, y cuando su edad se iba acercando á los setenta, se encontraba sin más heredero que una hija única; y si el buen señor se decidió al fin á casarse, fué, ni más ni menos, que por tener un hijo que llevara su nombre.

No se podía conformar con la idea de ser el último varón de su raza, y veía interrumpida la línea recta de la familia, que, por la antigüe-

dad del origen, parecía destinada á ser eterna. Eugenia no dejaba de ser una señorita bastante seria y bastante encopetada para llevar con aire de princesa hasta la corona imperial del Celeste imperio. Esto era innegable; y pensando en ello, Llanoverde prorumpía, exclamando:

— ¡Sí, es mi hija!... Paso por eso... Y bien: ¡una mujer!... ¿Para qué demonios sirven las mujeres? Sí, más previsora que su madre, tiene hijos, serán mis nietos. Cierto; ese es el orden establecido; pero no llevarán mi nombre; el apellido de mi ilustre familia será un segundo apellido... Nada; el cero detrás de la unidad... ¡Oh! ¡oh! ¡oh!...

Diciendo así, golpeaba con fuerza reconcentrada su caja de rapé, pellizcaba el polvo, y absorbía con iracunda delicia el perfume del tabaco; con los dedos restantes sacudía la rizada chorrera, que caía sobre su pecho como si fuese la espuma de la camisa.

Como vemos, tenía clavados los ojos de su pensamiento en un hijo que no había nacido todavía, ni ofrecía probabilidades de nacer. Por todas partes le asaltaba la imagen fantástica de este ser imaginario, y no pudiendo darlo al olvido, se daba él á todos los diablos. La muerte le aterraba, considerándola desde el punto de vista de no poder sobrevivirse: la dificultad no presentaba solución ninguna, en atención á que

la vida le era ya inútil para conseguirla. Vivía, pues, pura y simplemente por no morirse.

Por su parte, la señora de Llanoverde tenía también sus *dimes* y *diretes* consigo misma, y aunque no lo entendía la tierra, allá á sus solas solía poner el grito en el cielo, y á sorbo callado eran las madres mías. Algunas veces estaba que partía clavos. Pensaba lo mismo que su marido, solamente que lo pensaba en sentido opuesto.

¡Ya se ve! Pensaba en su hija, que, quieras que no quieras, había cumplido ya veinticinco años, y que además no debía al cielo grandes dones de belleza, y que, miel sobre hojuelas, encerrada en aquel caserón, acabaría por quedarse para vestir imágenes; y he aquí lo más triste del caso: el señor de Llanoverde estaba decidido á dejarse enterrar en el panteón de su palacio, y á esta resolución le llamaba su última voluntad testamentaria.

Ante la idea de semejante reclusión en aquel rincón de la tierra, la noble señora tocaba el cielo con las manos; y aplastando sobre la frente los rizos de su peinado, cogidos al pie de la letra de un retrato de María Luisa que tenía junto al espejo, y golpeando el suelo con su chapín de raso, exclamaba, diciendo:

— ¡Qué hombre!... ¡Qué hombre! Como se encuentra viejo, cree que ya no hay juventud

en el mundo, y aquí nos tiene sepultadas, y aquí nos tendrá hasta la consumación de los siglos. ¿Qué hemos de encontrar aquí para esta niña, que ha cumplido ya veinticinco años? En la Corte no le habría de faltar un pretendiente digno de su mano, porque al fin es nuestra única heredera. ¿En qué piensa este padre desnaturalizado? ¿Creerá que nos va á caer el novio por la chimenea?... No piensa más que en su partida de tresillo con el socarrón del escribano, el matasanos del médico y el mostrenco del boticario. ¡Mire V. qué aristocracia!... Y á este hombre, que se le pasea el alma por el cuerpo, ¿lo he hecho yo padre!...

Diciendo esto, alzaba las manos en señal de amenaza contra sí misma; mas se contenía ante la consideración del respeto monárquico, porque el más ligero atropello habría deshecho en su cabeza todo el peinado de María Luisa.

De este modo, los señores de Llanoverde andaban á la greña sin decirse una palabra; las dos procesiones iban por dentro. Casi pensando lo mismo, se encontraban divididos: la queja de ambos era análoga.

El decía:

— Esta mujer me ha muerto, matando en mí á toda mi ascendencia. Un heredero, un hijo que pudiese llevar mi nombre y continuar el curso glorioso de la familia: he ahí todo lo que le pe-

dia... ¡Ah! ¡Ni aun para eso se puede uno fiar de las mujeres!

Ella venía á decir lo mismo:

— ¡Qué quiere este hombre! (exclamaba.)
 — ¡Qué quiere!... Está visto: enterrarnos vivas... Cerrarnos las puertas del mundo, para que no tengamos que hacer sobre la tierra más que morirnos, para que no quede de nosotras ni rastro ni nombre.

Exteriormente se trataban con ceremoniosa cortesía, dispensándose uno á otro las consideraciones propias de sus respectivos rangos. Él solo se permitía golpear con la mano la caja del rapé y atascarse las narices sorbiendo, ni más ni menos que si quisiera sorberse el mundo; luego sacudía la chorrera, miraba al pecho, y no desplegaba sus labios.

Ella no había de ser menos, y fruncía la boca y arrugaba el entrecejo mordiéndose los labios. Después se encogía de hombros, y las cosas no pasaban adelante. La tempestad aparecía en el horizonte, relampagueaba un momento, y se desvanecía.

Fuera de estas ligeras nubecillas, nada oscurecía el cielo de aquella casa, de suyo silenciosa y tranquila; todo marchaba allí como una seda. Las baterías estaban cargadas hasta la boca... sí, señor; pero nunca se rompía el fuego: había paz... la paz de Europa, paz armada hasta los dientes

Á todo esto, Eugenia tenía también su alma en su almarío, y algo debía llevar entre ceja y ceja. La expresión habitual de su fisonomía era el desdén. Todo debía verlo desde una gran altura, porque todo lo miraba por encima del hombro. La sonrisa la habría embellecido; pero, por un error de estética, se creía mejor cuanto más sería, y se dignaba sonreírse muy pocas veces.

Esta seriedad daba á sus veinticinco años el aspecto de treinta, lo cual no impedía que conservase el nombre de su primera edad, porque, lo mismo en la aldea que en la casa, no se la designaba más que con el nombre de Niña.... La Niña arriba, la Niña abajo, la Niña por todas partes; siempre la Niña. Á pesar de la impropiedad que resultaba de llamar niña á una mujer de veinte y cinco años, el uso lo había convertido en nombre propio. Y, en verdad, no había nada de infantil en la hija única de los señores de Llanoverde, porque era alta como su madre, y en todos los pormenores que marcaban el desarrollo de su persona se descubría la mujer hecha y derecha.

Al verla, podía ocurrirse la duda de si habría sido alguna vez niña, y, acaso porque no lo había sido nunca, estaba resuelto que lo fuera siempre.

La niña hablaba también sola, y tenía, como cada hijo de vecino, sus conversaciones particu-

lares consigo misma. No faltaba cierta poesía en aquel corazón de sangre azul, y, como el pájaro encerrado en la jaula, echaba sus vuelos imaginarios por los espacios que veía. No era todo idilio lo que daba vueltas en su imaginación, porque los gestos con que acompañaba sus pensamientos solían ser amenazadores.

— Bueno (se decía á sí misma). Ellos lo quieren. Yo me lavo las manos. Sí; pondrán el grito en el cielo. Bien; ¿y qué? De algo me han de servir mis veinticinco años.

Una vez puesta en el camino de estos íntimos razonamientos, proseguía diciendo:

— Ya quisiera yo que fuera un príncipe. Ese es el primer sueño de todas las mujeres; pero los señores de Llanoverde deben saber que los príncipes no viven en las aldeas. No quieren que suba; bueno; bajaré, puesto que es forzoso.

Por estas palabras, cogidas al vuelo, se comprende que estaba resignada con su destino, esto es, dispuesta á tomar las cosas como vinieran, con tal que viniesen á su gusto. El desdén habitual en la expresión de su rostro venía á ser la última trinchera en que se defendía el orgullo de su linaje. Descendía de las alturas de su estirpe con toda la rigidez de la estatua que baja del pedestal sin dejar de ser estatua.

No estaba reducida la totalidad de la familia á esas tres personas solamente. Solía aparecer

en las ventanas una cabeza rubia como el oro, dos ojos azules como el cielo, una boca risueña como la misma Primavera. Solía discurrir por las grandes habitaciones de la casa una figura de suaves contornos y graciosos movimientos, y alguna vez resonaba por las bóvedas el timbre de una voz tan dulce, que el eco se apresuraba á recoger y á repetir, como si quisiera prolongar el placer de oirla.

Bajo la sombra de los altos techos y de los espesos muros, resplandecía con esa claridad azulada con que el día se anuncia en el horizonte. Parecía la luz de la casa.

Mas por lo visto era una imagen invisible, porque podía creerse que los señores de Llanoverde no reparaban en ella. En el cuadro de la familia ocupaba el segundo término, brillando desde allí como un efecto de sol sobre una nube.



V.

UN ALMA DEL OTRO MUNDO.



UANDO el señor de Llanoverde decidió casarse, lo hizo con su cuenta y razón. Su fin, como ya sabemos, fué dar un heredero al nombre de su familia, y eligió, por lo tanto, una mujer de ilustre linaje, para que el vástago que debía continuar la vegetación del árbol genealógico de su ascendencia fuese dos veces noble. Así es que, desde el punto de vista del abolengo, los señores de Llanoverde no tenían nada que echarse en cara.

A mayor abundamiento, la noble señora llevó al matrimonio algunos bienes de fortuna, aunque la casa de sus padres no se hallaba en muy próspero estado; pero el hermano que debía heredar la parte principal murió en un desafío, y otra hermana que le quedaba fué desposeída de

cuanto pudiera corresponderle, y arrojada de la casa de sus padres, por haber contraído un matrimonio indigno de la familia. Matrimonio desventurado y desastroso, que fué para los señores de Llanoverde miel sobre hojuelas.

Hacia ya diez años que una noche llamaron tristemente á la puerta, retumbando el golpe del aldabón en medio del silencio de la casa. ¿Quién podía ser en aquella hora y en aquella noche?... En aquella hora, porque la familia estaba ya recogida; en aquella noche, porque llovía á cantaros. El señor de Llanoverde, que acababa de acostarse, se sentó en la cama y se rascó la frente, pensando quién podría ser el importuno que llamaba á aquellas horas. Sólo al diablo le podía ocurrir hacer visitas en una noche como aquella.

— Bien (dijo). A puerta cerrada, el diablo se vuelve.

No había concluído de pronunciar esas palabras, cuando volvió á sonar el aldabón con rumor lúgubre y lastimero.

— Ea (añadió, saltando de la cama). Aquí tenemos un alma en pena que se ha propuesto no dejarnos dormir esta noche.

Se vistió apresuradamente, con la doble impaciencia de la curiosidad y de la cólera. Tomó la lámpara que ardía sobre la mesa, y se dirigió á la escalera. Los criados de la casa dormían pro-

fundamente, y no quiso despertarlos. Acaso el que llamaba sería alguno de ellos que se habría permitido la libertad de pasar media noche fuera de casa.... ¡Ah, bribón!.... Buena le esperaba.

El señor de Llanoverde bajaba la escalera meditando el castigo que debía imponerle, y llegó á la puerta, decidido á dejarlo pasar la noche al raso.

— ¿Quién?— preguntó con voz iracunda.

Una voz dulce y débil contestó al otro lado de la puerta:

— Yo....: soy yo.

— ¡Yo!.... (repitió sorprendido.) ¡Yo! He ahí un nombre que todos nos damos.... Yo, puede ser cualquiera, y me parece que tenemos derecho á saber á quién abrimos las puertas de nuestra casa á las doce de la noche y lloviendo á mares.

La voz preguntó con acento lastimero:

— ¿No es esta la casa de los señores de Llanoverde?

— Esta.... ¿Qué duda tiene! ¿Acaso hay otra con que pueda confundirse?... Esta es la casa de los señores de Llanoverde.... Y bien: ¿qué tenemos con eso?

— ¡Abrid.... abrid!—suplicó la voz en tono desfallecido.

— ¡Abrid! Y ¿á quién?....

— Soy Magdalena (dijo). Soy Magdalena.

— ¡Magdalena!... ¡Magdalena!... ¡Hermoso nombre! Pero tengo una memoria tan infeliz, que no recuerdo á qué Magdalena conozco yo en el mundo.

— ¡Oh! (exclamó la voz, sollozando.) ¡Qué pronto se olvidan en el mundo los nombres de los desgraciados!...

El señor de Llanoverde no pudo oír esas palabras sin conmoverse; aunque adormecidos, guardaba en su corazón sentimientos hidalgos. La voz afligida de una mujer le pedía amparo, y su primer movimiento fué abrir de par en par la puerta.

— ¡Demonio! (se dijo conteniéndose.) Es la voz de una mujer desconocida, y la noche no está para bromas... Además, esta casa no es posada... Y ¡qué diablos! (añadió, enojado consigo mismo): no se ha de decir que la casa de Llanoverde se cierra ni al mismo demonio, si es capaz de llamar á ella!

Y diciendo y haciendo, desligó las aldabas, descorrió el cerrojo, y entreabrió el postigo de la gran puerta. Al mismo tiempo retrocedió, cerrando los ojos, porque una bocanada de aire y agua se lanzó sobre su rostro.

— ¡Soberbio! (exclamó, restregándose los párpados con la mano que le dejaba libre la lámpara.) Delicada manera de darme las buenas noches!

A estas palabras contestó un gemido, que no

parecía exhalado por pecho humano, y el señor de Llanoverde se encontró frente á frente de un fantasma negro desde los pies hasta la cabeza. Al través del manto que lo cubría, brillaban dos ojos iluminando el rostro de un cadáver; sobre el pecho se destacaban dos manos descoloridas, cruzadas como las llevaban los muertos que iban á la sepultura.

El señor de Llanoverde no creía en brujas; participaba algo de la despreocupación que empezaba entonces á extenderse, y si no era un enciclopedista hecho y derecho, la Enciclopedia era precisamente el pie de que cojeaba. Pero, ¡ya se ve!; no hay despreocupación bastante que se sobreponga á las impresiones inesperadas. Sorprendido por la presencia súbita de aquella sombra, no tuvo tiempo para pensar que no creía en apariciones, y, á pesar de su despreocupación, abrió los ojos asombrado, y se consideró delante de un espectro.

Y en medio de su asombro, advertía, por el perfil del rostro que el manto le dejaba ver, que aquella sombra de la muerte debía haber poseído en vida los más delicados encantos de la belleza. Brillaban doblemente sus ojos por el reflejo de las lágrimas, y su boca intentaba sonreír llena de gemidos y de tristeza.

Por un movimiento de la cabeza apartó el manto que cubría su frente, y dejó ver, reclinada

da sobre el hombro, la cabeza de una niña, cuyo cuerpo sostenía apoyada contra su corazón en el último esfuerzo de sus brazos desfallecidos.

— ¡Ah! (exclamó, con la trémula voz de los sollozos.) ¡No me conocen!...

A todo esto, la señora de Llanoverde, que dormía en una habitación contigua á la de su marido, se despertó, y echándose una gran bata y cubriendo la cabeza con una cofia en sustitución del gran peinado de María Luisa, llegó hasta la escalera, deteniéndose allí, porque allí veía sin ser vista.

En aquella época, la buena señora no estaba todavía completamente segura de la fidelidad de su marido, cuya juventud había sido bastante borrascosa, según contaban malas lenguas, y aún dejaba traslucir sus antiguas inclinaciones hacia las hijas de Eva. Delante de una buena moza se le reían los huesos, porque siempre había sido muy tentado de la risa.

No sabemos si la noble señora se permitiría la debilidad de tener celos, ó era pura curiosidad la que la había impulsado á seguir á su marido. En honor de la verdad, las circunstancias del caso no eran las más á propósito para infundir sospechas de esa especie. Aquella visita á media noche podía serlo todo, menos una aventura amorosa. Pero bien: ¿qué visita era aquella?

Por de pronto, la voz que llamaba era de mu-

jer, y de mujer joven; el señor de Llanoverde se había mostrado muy solícito en bajar á abrir. Mas, ¡cómo! ¡Una cita en su propia casa!... Esto era increíble.... ¿Qué podía ser?...

La señora de Llanoverde acabó de bajar la escalera en el momento en que el fantasma descubría su semblante demacrado y pálido como la muerte. Viva ó muerta, aquella mujer era hermosa; la niña que sostenía en sus brazos indicaba que, además de hermosa, era madre, y el rostro atónito de Llanoverde reflejaba al mismo tiempo el espanto, la admiración y el asombro. ¿Sería aquella sombra una víctima de su libertinaje, que vendría en medio de la noche, como un remordimiento vivo, á pedirle cuenta del desamparo en que se hallaba?

Irguió la señora su arrogante cabeza, se cruzó de brazos, y, como un juez que interroga, miró fijamente á su marido, preguntándole:

— ¡Caballero! ¿Qué es esto?...

— Esto (le contestó) es una cosa increíble. Me parece que ha venido á visitarnos un alma del otro mundo, y todavía no sé á quién busca ni qué quiere.

Entonces la señora de Llanoverde volvió sus severos ojos al fantasma, y uniendo el desdén á la cortesía, le dijo:

— ¿Podré saber á qué plausible motivo debemos el honor de esta visita?...

— ¡Ah! (exclamó la sombra.) ¡Tú tampoco me conoces! Soy Magdalena... Magdalena... tu hermana Magdalena.

Al oír estas palabras, la señora de Llanoverde retrocedió por un movimiento involuntario, pintándose el enojo en su semblante, y acercándosele su marido, le dijo:

— Ya lo ves; es tu hermana.

— ¡Infeliz criatura!... (murmuró la señora de Llanoverde.) ¡Aún vive!... Y bien, desventurada Magdalena... ¿qué buscas aquí? ¿Qué quieres de nosotros?

— Busco (le contestó) la sombra de tu amparo... Un rincón en tu casa. Me veo sola en el mundo, y soy madre...

La hermana de Magdalena frunció la boca, apretando los labios, como si quisiera imponer silencio á su corazón; pero el señor de Llanoverde se adelantó, diciendo:

— Las puertas de mi casa no se cierran nunca á la desgracia. Ea, subamos. No dirás, pobre Magdalena, que no hemos bajado hasta el mismo zaguán á recibirte... Tú (añadió, poniendo la lámpara en manos de su mujer), alúmbranos.

El carácter distintivo de los caballeros del último siglo era la cortesía, más bien la galantería, y en este punto el señor de Llanoverde era un cumplido caballero. Así es que ofreció á Magdalena el brazo para subir la escalera; mas ella

no pudo aceptarlo, porque llevaba abrazada sobre su pecho á la niña dormida.

La madre y la hija fueron instaladas en el torreón de la casa que estaba deshabitado.

— ¿De dónde sales?—le preguntó la señora de Llanoverde.

— No lo sé (le contestó): casi del sepulcro. Sólo el desamparo en que quedaba mi hija, ha podido hacerme vivir... Mi pobre Jaime, tan bueno, tan noble, tan generoso...

Su hermana la interrumpió, exclamando:

— ¡Magdalena!...

— ¡Ah! (replicó.) ¡No quieres oír su nombre!... Perdóname: ha muerto.

Y un mundo de sollozos y un mar de lágrimas brotaron de su alma.

— Si lloras así (le advirtió), vas á despertar á esa niña. Ahora necesitas algún alimento. Voy á disponerlo.

Magdalena ahogó en el fondo de su corazón las lágrimas y los sollozos, y su hermana salió majestuosamente de la habitación en que la dejaba instalada.

Cuando el señor de Llanoverde se metía por segunda vez en la cama, golpeaba su caja de rapé, y tomaba un polvo, diciendo:

— No; por lo visto, no es un alma del otro mundo; pero, ¡qué demonio!, tampoco parece alma de este mundo en que vivimos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



VI.

BERNARDA.

MAGDALENA encontró albergue en la casa de su hermana, porque al fin no hay árbol que no dé sombra; mas la pobre viuda tomaba de este hospedaje la menor parte posible. Su corazón, lleno de tristeza, no tenía más que lágrimas con que pagar el amparo que recibía, y se alejaba de la vida íntima de la familia, por no oscurecerla con el luto de su alma.

Llanoverde tenía razón al decir que no era un alma de este mundo, porque, en verdad, la palidez que cubría su rostro, la profunda tristeza de sus ojos y el aire sepulcral que envolvía toda su persona, le daban el aspecto fantástico de un muerto que anda, que respira y que vive, ó, más bien, que se le había permitido salir del sepulcro para el cumplimiento de algún fin misterioso, impenetrable á los ojos mortales.

Y era verdad: Magdalena se hallaba como sus-

pendida entre la vida y la muerte: la eternidad la llamaba al mismo tiempo que el mundo la detenía: deseaba morir, y se desgarraba su corazón al dejar la vida; y, no encuentro inconveniente en decirlo: vivía después de muerta. Del torreón en que habitaba había hecho su sepulcro.

Allí oraba, gemía y esperaba; y aun allí mismo tenía que ocultar sus lágrimas, porque los ojos de su hija no descubrieran el dolor de su alma. Allí la madre, más fuerte que la mujer, sepultaba el llanto en el corazón, animando el semblante con dulces sonrisas.

Pero la huérfana, con la ingenua perspicacia de la inocencia, le decía:

—No, no; tú lloras.

—No lloro, hija mía,—le contestaba su madre.

—Sí; tú lloras siempre.

Es, ciertamente, el sueño el amigo de los desgraciados; pero es un amigo que huye de las desgracias: no le gusta cerrar los ojos que lloran mucho: los suspiros lo espantan, y los gemidos lo ahuyentan.

La luz de la mañana sorprendía muchas veces á Magdalena despierta, sentada junto á la cama de su hija, velando el sueño con que la inocencia cerraba sus ojos á las tristes realidades de la vida. Con la cabeza inclinada sobre el rostro sonrosado de la niña, no se atrevía á besar el clavel de su boca por no despertarla, y alzando los ojos

al cielo, llenos de dolor y de esperanza, decía:

—Mientras duerme, no vive.

La figura enlutada de la madre junto á la cabeza risueña de la hija, venía á ser como el sepulcro junto á la cuna; la oscuridad de la noche que acaba, iluminada por los primeros resplandores del día que amanece; el dolor que se levanta de la tierra, contemplando á la alegría que viene del cielo.

Los niños son como los pájaros: la tristeza de la noche los duerme, y la alegría de la mañana los despierta. La hija de Magdalena se despertaba, abría sus grandes ojos azules, y miraba á su alrededor, como si viera por primera vez los objetos que la cercaban. Su memoria, interrumpida por el sueño, necesitaba evocar los recuerdos del día anterior para unirlos al día presente. Puedo decir que se encontraba delante de su vida como en presencia de una antigua amiga á quien ya no recordaba. ¿De dónde venía su alma en el momento de despertarse?...

¡Qué cosa tan natural es el sueño, y al mismo tiempo qué impenetrable!... Parece que nos asomamos al umbral de un mundo desconocido; nuestros ojos, cerrados, ven en la oscuridad; nuestros oídos, sordos, oyen en el silencio. Me permito creer que la luz de la ciencia humana no iluminará nunca este misterio.

El primer recuerdo que resucitaba en su me-

moria era el recuerdo de su madre, y, al verla, se arrojaba á su cuello, y la besaba, diciendo:

— Mi madre... mi madre.

Otras veces, sentada Magdalena al pie de la ventana, tenía á su hija arrodillada delante de su regazo, y, con la doble paciencia de maestra y de madre, la enseñaba á leer y á rezar. La luz del sol, penetrando por la ojiva de la ventana, resplandecía sobre la rubia cabeza de la niña, formando alrededor de su frente infantil la aureola de un ángel. Con su dulce voz repetía una á una las palabras que su madre iba pronunciando, y el nombre de Dios salía de sus labios como una tierna melodía de su alma.

Después del nombre de Dios le hacía repetir el nombre de su padre: palabra triste que se exhalaba del fondo de su corazón angustiado. Apenas había nacido, y ya la muerte enlutaba sus pensamientos.

— Bernarda (le decía su madre); este nombre llévalo siempre en la memoria; pero te advierto que no lo pronuncies nunca delante de los señores de Llanoverde.

— ¿No?...?

— No.

— ¿Por qué?...?

— Porque se afligirían al oírlo.

Hacen los niños algunas veces preguntas increíbles; no se sabe qué espíritu se las inspira,

pero ello es que admiran á la experiencia y asombran á la sabiduría.

Bernarda, mirando fijamente á su madre, le preguntaba:

— ¿Son buenos los señores de Llanoverde?

Magdalena, sin vacilar, le contestaba siempre:

— Sí, hija mía; son buenos, muy buenos. Á ellos les debemos el techo que nos cubre y el pan que nos alimenta, porque nosotras no poseemos nada sobre la tierra.

Ante esta respuesta se quedaba pensativa: la palabra *poseer* no encontraba sentido en la inocencia de su entendimiento. El cielo le sonreía siempre que lo miraba, la tierra se cubría ante sus ojos de frutos y de flores, su madre estaba allí para dormirla y para besarla... ¿Qué más podía desear?... ¡Poseer! ¿Qué era poseer?... No lo entendía. En la sencillez de su inteligencia, no habían juntas la idea de poseer y la idea de morir... Si todo es fugitivo sobre la tierra, ¿qué puede el hombre poseer en ella?...?

Á las horas de comer salían la madre y la hija del cuarto que habitaban, atravesando silenciosas los largos corredores de la casa. Al verlas, cualquiera hubiera inclinado la frente con respeto ante el dolor de la madre y la inocencia de la hija. Magdalena, siempre enlutada, parecía la sombra de la muerte, llevando de la mano á los primeros albores de la vida.

moria era el recuerdo de su madre, y, al verla, se arrojaba á su cuello, y la besaba, diciendo:

—Mi madre... mi madre.

Otras veces, sentada Magdalena al pie de la ventana, tenía á su hija arrodillada delante de su regazo, y, con la doble paciencia de maestra y de madre, la enseñaba á leer y á rezar. La luz del sol, penetrando por la ojiva de la ventana, resplandecía sobre la rubia cabeza de la niña, formando alrededor de su frente infantil la aureola de un ángel. Con su dulce voz repetía una á una las palabras que su madre iba pronunciando, y el nombre de Dios salía de sus labios como una tierna melodía de su alma.

Después del nombre de Dios le hacía repetir el nombre de su padre: palabra triste que se exhalaba del fondo de su corazón angustiado. Apenas había nacido, y ya la muerte enlutaba sus pensamientos.

—Bernarda (le decía su madre): este nombre llévalo siempre en la memoria; pero te advierto que no lo pronuncies nunca delante de los señores de Llanoverde.

—¿No?...

—No.

—¿Por qué?...

—Porque se afligirían al oírlo.

Hacen los niños algunas veces preguntas increíbles; no se sabe qué espíritu se las inspira,

pero ello es que admiran á la experiencia y asombran á la sabiduría.

Bernarda, mirando fijamente á su madre, le preguntaba:

—¿Son buenos los señores de Llanoverde?

Magdalena, sin vacilar, le contestaba siempre:

—Sí, hija mía; son buenos, muy buenos. Á ellos les debemos el techo que nos cubre y el pan que nos alimenta, porque nosotras no poseemos nada sobre la tierra.

Ante esta respuesta se quedaba pensativa: la palabra *poseer* no encontraba sentido en la inocencia de su entendimiento. El cielo le sonreía siempre que lo miraba, la tierra se cubría ante sus ojos de frutos y de flores, su madre estaba allí para dormirla y para besarla... ¿Qué más podía desear?... ¡Poseer! ¿Qué era poseer?... No lo entendía. En la sencillez de su inteligencia, no cabían juntas la idea de poseer y la idea de morir... Si todo es fugitivo sobre la tierra, ¿qué puede el hombre poseer en ella?...

Á las horas de comer salían la madre y la hija del cuarto que habitaban, atravesando silenciosas los largos corredores de la casa. Al verlas, cualquiera hubiera inclinado la frente con respeto ante el dolor de la madre y la inocencia de la hija. Magdalena, siempre enlutada, parecía la sombra de la muerte, llevando de la mano á los primeros albores de la vida.

En el comedor se reunía la familia, y todos se sentaban á la mesa en el sitio que á cada cuál le estaba destinado. El señor de Llanoverde disfrutaba de excelente apetito, y entre sus perfecciones personales contaba con un paladar digno de un príncipe. Así es que entraba siempre en el comedor con el semblante animado del hombre que va á pasar un buen rato. Allí, en presencia de sus salsas favoritas, se acordaba de que iba á ser el último vástago de su estirpe... y, consagrando un gran suspiro á la memoria de su ilustre ascendencia, hacía por vivir... porque, después de todo, no le quedaba más consuelo que alargar la vida de su linaje alargando la suya. Se sentaba, pues, á la mesa, dispuesto á comer por dos; por él y por el hijo que, si hubiera nacido, sería el heredero de su nombre.

Acudía con la puntualidad de un estómago exacto, mostrando en el esmero de su vestido la importancia que daba al acto de hacer por la vida. Zapatos con hebillas de plata, medias de seda, calzón azul de punto, chupa amarilla y casaca verde, ambas bordadas en variedad de colores; gran chorrera, vuelecillos de encaje en las bocamangas... no había nada que pedirse. Es verdad que hacía ya mucho tiempo que aquellas prendas habían salido de las manos del sastre, y que dejaban ver los desperfectos del tiempo; pero, así y todo, no se podía dudar que el señor de

Llanoverde era todo un caballero de la corte de Carlos IV.

La señora llegaba encerrada en su basquiña de medio paso, ostentando sobre su cabeza el peinado de María Luisa; pesados pendientes de oro lanzaban á derecha é izquierda los fulgores de los diamantes de que estaban empedrados, y cada una de sus manos era un joyero cuajado de sortijas. Eugenia llegaba detrás de su madre, cubierta de encajes y de joyas, porque no quería ocultar que era ella la heredera de la casa.

En medio de este lujo, Magdalena con su túnica negra, y Bernarda con su cofia de luto, se sentaban á la mesa.

Durante la comida, el señor de Llanoverde comía á dos carrillos y hablaba por los codos. Tenía la costumbre de aprovechar esa ocasión para referir diariamente los triunfos de su juventud en la vida de la Corte. Contaba las veces que el Rey le había dirigido la palabra, y las veces que la Reina le había sonreído.

— ¡Oh! (exclamaba.) Ese Godoy que tanto suena, no es más que un intrigante...: yo hubiera sido un hombre de Estado; pero he preferido el retiro de mi casa á las agitaciones de la Corte.

Cuando decía esto, salían de los ojos de su mujer dos rayos que querían confundirlo; pero él paraba el golpe, diciendo:

— Sí, prefiero el retiro de mi casa.... Nada

tengo ya que hacer en la Corte.... ¿A qué afanarse por los honores del mundo, cuando no tengo un heredero á quien dejarle mi nombre?

La señora de Llanoverde no podía oír estas palabras sin morderse los labios, y en cuanto se servía el último plato, se levantaba de la mesa, hacía una ligera cortesía llena de dignidad, y abandonaba el comedor, retirándose á sus habitaciones. Magdalena pedía permiso, y se retiraba con su pequeña Bernarda, que, cosida á su madre, salía volviendo la cabeza, como si aquellos señores fuesen para ella personajes incomprensibles. La gravedad de su tía le causaba miedo, la seriedad de su prima le infundía tristeza.

El señor de Llanoverde se quedaba solo en el comedor delante de la mesa, y entonces apelaba á la caja del rapé, y absorbiendo con delicia el polvo del tabaco, se reclinaba sobre el gran respaldo del sitial en que estaba sentado, y entre los horrores de la digestión se quedaba dormido.



VII.

LA MUERTE.

A sí transcurrieron tres años, sin que ningún suceso extraordinario alterara la paz de la casa. Bernarda crecía como crecen las flores en la Primavera, y poco á poco se fué acostumbrando á la gravedad de su tía y á la seriedad de su prima. En cuanto al señor de Llanoverde, le parecía algo más accesible, porque, aun cuando tenía también su alma en su almarío y cara de pocos amigos, solía alguna vez ponerle la mano sobre la cabeza, diciéndole:

—¡Hola, señorita! Se está V. haciendo una guapa moza.

Este halago le hacía sonreír; mas el señor de Llanoverde no veía en esa sonrisa más que la complacencia que toda mujer experimenta al oír decir que es hermosa, aunque no lo sea.

Un día Magdalena no acudió á la hora de co-

tengo ya que hacer en la Corte.... ¿A qué afanarse por los honores del mundo, cuando no tengo un heredero á quien dejarle mi nombre?

La señora de Llanoverde no podía oír estas palabras sin morderse los labios, y en cuanto se servía el último plato, se levantaba de la mesa, hacía una ligera cortesía llena de dignidad, y abandonaba el comedor, retirándose á sus habitaciones. Magdalena pedía permiso, y se retiraba con su pequeña Bernarda, que, cosida á su madre, salía volviendo la cabeza, como si aquellos señores fuesen para ella personajes incomprensibles. La gravedad de su tía le causaba miedo, la seriedad de su prima le infundía tristeza.

El señor de Llanoverde se quedaba solo en el comedor delante de la mesa, y entonces apelaba á la caja del rapé, y absorbiendo con delicia el polvo del tabaco, se reclinaba sobre el gran respaldo del sitial en que estaba sentado, y entre los horrores de la digestión se quedaba dormido.



VII.

LA MUERTE.

A sí transcurrieron tres años, sin que ningún suceso extraordinario alterara la paz de la casa. Bernarda crecía como crecen las flores en la Primavera, y poco á poco se fué acostumbrando á la gravedad de su tía y á la seriedad de su prima. En cuanto al señor de Llanoverde, le parecía algo más accesible, porque, aun cuando tenía también su alma en su almarío y cara de pocos amigos, solía alguna vez ponerle la mano sobre la cabeza, diciéndole:

—¡Hola, señorita! Se está V. haciendo una guapa moza.

Este halago le hacía sonreír; mas el señor de Llanoverde no veía en esa sonrisa más que la complacencia que toda mujer experimenta al oír decir que es hermosa, aunque no lo sea.

Un día Magdalena no acudió á la hora de co-

mer, y Bernarda se presentó en el comedor sola, y con las lágrimas en los ojos dijo que su madre se hallaba enferma.

— Bien (le contestó su tía). Siéntate y come.

Bernarda se sentó, bajando la cabeza ante el mandato de la señora, y el señor de Llanoverde añadió:

— Eso es, hija mía; siéntate y come: lo primero en este mundo es hacer por la vida.

Paladeó, como hombre perito en la materia, la primera cucharada de sopa, y siguió diciendo:

— Vamos á ver: ¿qué es lo que tiene tu madre?

— Calentura, — contestó Bernarda.

— Calentura, ¿eh? ¡Bah!... Poca cosa; un ligero movimiento de la sangre.... ¡Ya se ve! No come; ¿qué le ha de suceder?... Esta necesidad de alimentarse es ineludible, y, no hay que darle vueltas, la dieta es la muerte. Me parece que se le debe servir una buena taza de esta sopa, que está exquisita y es muy capaz de resucitar á un muerto.

Su mujer hizo un gesto de desdén, y dijo:

— Goza de poca salud.

La niña Eugenia se dignó tomar la palabra, diciendo:

— Ayer estaba amarilla como un difunto; parece una muerta.

— Ahí tienes (le replicó su madre) las consecuencias de haber olvidado el lustre de su familia por una pasión insensata.... Los matrimonios

desiguales son siempre desgraciados. ¿Qué podía esperar de un hombre oscuro, sin nombre y sin fortuna? Ella lo ha querido: no tiene ni derecho á quejarse.

— Mi madre no se queja, — dijo Bernarda con los ojos cuajados de lágrimas.

— Sí (añadió su tía); no se queja, porque es demasiado orgullosa para quejarse. ¿Qué sería de ella si no hubiera encontrado un albergue en mi casa?

— Señora (advirtió su marido); me parece que estaría mejor decir en la casa de su hermana.

— No sé si es mi hermana (replicó con viveza la señora de Llanoverde). Alguna vez lo fué; hoy no es más que la infeliz viuda de....

— De un hombre.... (se apresuró á replicar su marido). Y aunque ese hombre fuese el hijo del verdugo, no por eso dejaría ella de ser tu hermana. No le des vueltas: ¿dejará de ser la hija de tus padres?....

Llanoverde se complacía en mortificar el orgullo de su mujer, porque de algún modo había de vengarse de la falta de un heredero que llevara hasta las más remotas edades, por línea recta de varón, la memoria de su estirpe.

Ella se irguió majestuosamente, y dirigiéndose á su hija, le dijo con acento severo:

— Los hombres suelen ser algo indulgentes con las debilidades de las mujeres, porque al fin

ellos son sus cómplices; pero yo te aseguro que si llegas á poner los ojos en uno que no sea digno del nombre que llevas, desde ese momento dejarás de ser mi hija.

La señorita de Llanoverde, que miraba atentamente á su madre, frunció las cejas y bajó los ojos.

Después de comer, Magdalena quiso ver á su hermana, y ésta, al saberlo, movió la cabeza con desagrado, vaciló un momento, y al fin dijo:

— Bien; ya voy.

Cuando entró en la habitación de Magdalena, se encontró sorprendida con la presencia del Padre José. El Padre José no era una persona desconocida en la casa. La fama de su santidad se extendía por toda la comarca, y era, además de venerable, venerado. Bajo el tosco sayal de estameña ocultaba un tesoro de virtudes, pertenecía á la Orden de Capuchinos, y era el Prior de un convento inmediato á la aldea.

— ¡Padre Prior! (exclamó la señora de Llanoverde.) ¡V. aquí!

— Aquí (contestó el anciano levantándose); porque esta visita no es á la señora de Llanoverde; es á su hermana.

— ¡Mi hermana!... Si... parece que está algo enferma.

— Muy enferma, — añadió Magdalena con voz desfallecida.

— Y bien: ¿qué quieres? ¿Un médico, no es esto?

— No (le contestó). El médico es inútil... Voy á morir; voy á acabar de morir, porque la mujer había ya muerto; sólo vivía la madre.

— Es triste lo que dices.

— Muy triste; pero tú puedes alegrar los últimos instantes de mi vida.

— ¿Cómo? — preguntó.

— Óyeme (le dijo su hermana); pero acércate á mí esta última vez, porque voy á alejarme para siempre.

La señora de Llanoverde dió un paso majestuoso, apartó el sitial que había junto á la cabecera de la cama, y se sentó, diciendo:

— Vamos, habla.

Magdalena respiró con ansia para tomar aliento, y luego dijo:

— ¿Os he ofendido?... Dios lo sabe... Tú sola quedas de toda nuestra familia... Pues bien... perdóname.

Diciendo esto, quiso ponerse de rodillas sobre la cama; pero no pudo, y el Padre José acudió á sostenerla para que cumpliese aquel acto de solemne humildad.

— ¡Perdón!... (exclamó su hermana.) Bien... Pero ¿acaso tengo yo facultad para perdonar la ofensa hecha á toda la familia?

— Noble criatura (añadió el Padre José, habiéndolo con Magdalena): tu hermana te perdona, y

creemos, hija mía, que Dios te ha perdonado... Tu espíritu es fuerte en la humildad, pero te faltan las fuerzas de la vida... Allá en el Tribunal Supremo de la Justicia Eterna no se reconocen más títulos que los de la virtud. Allí no llegan las vanidades del mundo.

Diciendo esto, colocó sobre las almohadas la cabeza moribunda de Magdalena.

La enferma cerró los ojos, como si quisiera registrar hasta la última interioridad de su alma, y abriéndolos después, miró enternecida á su hermana, y le dijo:

—Te debo tres años de vida; sin el asilo que he encontrado en tu casa, habría muerto hace tres años; y estos tres años de vida son para mi agradecimiento una eternidad, porque los he vivido para mi hija. ¡Ay, hermana mía! (añadió, juntando las manos en ademán suplicante): ¿qué va á ser de ella?

La hermana le contestó, diciendo:

—No se le negará en esta casa á la hija el asilo que se le ha concedido á la madre.

En aquel momento entró en la estancia el señor de Llanoverde, y acercándose á la moribunda, le cogió la mano, diciéndole:

—¡Ah, pobre Magdalena!... ¡Qué diablura! ¡Vas á morirte! ¡Qué se ha de hacer! Ese es el término de todas las cosas. En cuanto á tu hija, puedes morirte como si tal cosa. Pídele á Dios

que me conceda muchos años de vida... y la huérfana tendrá un padre mientras yo viva. Tu hermana tiene una hija... Bien: yo tendré otra.

La enferma besó la mano del señor de Llanoverde.

Enfrente de la cama se había improvisado un pequeño altar, sobre el que se levantaba un Crucifijo, alumbrado por la luz de dos velas. Á los pies del Crucifijo, cubierto con un paño de seda, se hallaba el copón que contenía las sagradas formas.

—Ahora, hija mía (dijo el Padre José) recoge tu espíritu para recibir en tu alma, purificada por el dolor y el arrepentimiento, al Rey de los reyes, Aquel á quien adoran los ángeles y ante cuya Majestad tiemblan las potestades.

Dicho esto, cruzó sobre su pecho la estola del sacerdote, y, tomando en sus manos el copón sagrado, se inclinó, diciendo:

—¡Hermanos, de rodillas!

Los señores de Llanoverde se arrodillaron.

Entonces se acercó á la enferma, trazó sobre el rostro moribundo el signo de la redención, y depositó en su boca el Pan de la divina gracia. Después se arrodilló á los pies de la cama, y reinó profundo silencio.

Bernarda apareció en el dintel de la puerta; miró con ojos desencajados el cuadro que se pre-

sentaba á su vista, y se lanzó á la cama, sollozando:

— ¡Madre!... ¡Madre mía!...

Magdalena pudo abrazarla, y estrechándola contra su corazón, exclamó con la voz de la muerte:

— ¡Hija de mi alma!...

— Tú te mueres (decía la huérfana), y yo también quiero morir contigo... ¡Dios mío! ¡Mi madre tampoco me quiere! ¡Te vas, y me dejas sola en el mundo!

— ¡Sola!... — repetía Magdalena.

— Sí; ya no te veré más; ya no rezaremos juntas por el alma de mi padre... Ya no me miraré en tus brazos, ni me despertarán tus besos...

La enferma hizo un esfuerzo supremo, é incorporándose sobre la cama, cogió con las manos la cabeza de su hija, y la besó, diciendo:

— No, hija mía; la vida es corta, y pronto nos reuniremos donde no se muere nunca. Mira: hay un ángel que vela por los niños, que les guarda el sueño, que los acompaña y que los guía... ¿No lo ves?... Mis ojos, que van á cerrarse para siempre, lo están viendo tender sobre tu cabeza sus alas celestiales; es el consuelo que Dios me envía en el último instante de mi vida...

No pudo más; volvió á besar á su hija, y cayó muerta. Una luz semejante á la de la aurora iluminó la estancia. Bernarda levantó los ojos al

cielo, y juntando las manos, cayó de rodillas, diciendo:

— Madre mía... ¡El ángel! ¡Yo lo veo!...

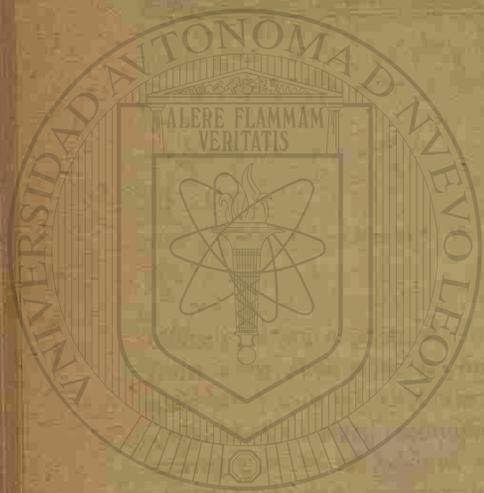
Tiene tus ojos y me sonríe como tú me sonreías.

— ¿Está muerta? — preguntó la señora de Llanoverde con voz sombría.

El Padre José besó los pies de la difunta, y dijo con acento profético:

— Está en el cielo.





VIII.

UN FANTASMA.

BERNARDA, en la época en que da principio este relato, se encontraba en el Abril de la juventud, en los diez y seis años de su vida. La naturaleza había recibido orden expresa del Autor de todas las cosas, y parecía complacerse en adornarla con todos los dones de la belleza. Poseía al mismo tiempo todo el atractivo de la mujer y todo el encanto de la niña; la infancia y la juventud se reunían en ella, dispuestas, al parecer, á no separarse nunca. Sus rizos, rubios como el oro, rodeaban su frente, formando alrededor de su cabeza una corona de luz, cuyos reflejos atraían y deslumbraban; resplandecía en sus ojos azules la claridad del cielo, y en la blancura de su rostro se reflejaba la pureza de su alma, y la bondad de su corazón en la dulzura de su sonrisa.

Las gentes de la comarca se quedaban absortas al verla, y no se cansaban de mirarla.

— ¡Tiene ángel! — decían.

Buscaban sus miradas como una esperanza, sus sonrisas como un consuelo, sus palabras como un tesoro. Al verla, saltaban los niños en los regazos de sus madres y tendían las manos para cogerla. Ella los tomaba en sus brazos, los suspendía sobre su cabeza, y los besaba.

— ¡Tiene ángel! (repetían por todas partes.)
¡Tiene ángel!

Los niños, las mujeres y los hombres la seguían, impulsados por una atracción irresistible, y ella los conducía al cementerio, y allí, todos de rodillas, rezaban delante de la cruz que señalaba la sepultura de Magdalena.

Se necesitaba un nombre para designarla; un nombre que representara con toda viveza la impresión que causaba el verla, y en el lenguaje sencillo de aquellas gentes brotó uno, que fué repetido por todas las bocas... La llamaban *Rayo de sol*. Rayo de sol, porque era la luz y la alegría de la comarca.

¡Extraño prodigio!... Se veía sola en el mundo, y las gentes, ansiosas de contemplarla y de oírla, la seguían por todas partes. Nada poseía, y todos los corazones eran suyos.

Se hablaba á la sazón de un suceso, cuya noticia empezó á correr, dejando con la boca abierta

á todos los que lo oían. La cosa no era para tomarla á risa, y las mujeres se hacían cruces, los hombres arqueaban las cejas, y los niños se escondían atemorizados bajo las sayas de sus madres. Se había visto la noche antes un fantasma blanco, que llegaba con la cabeza á las nubes, dar vueltas alrededor de la casa de los señores de Llanoverde.

¿Quién lo había visto?

He ahí una cosa que no se sabía á punto cierto. Se citaban nombres de personas que, según se decía, aseguraban haberlo visto con sus propios ojos; pero resultaba después que esas personas no hacían más que repetir lo que otras les habían contado, y si en verdad no lo habían visto, á lo menos les parecía que lo estaban viendo.

Resultaba, pues, que nadie había llegado á verlo; mas no por eso dejaba de ser menos cierto el caso. El fantasma aparecía todas las noches alrededor de la casa de los señores de Llanoverde. ¿Quién podía dudarlo?... Porque, en fin, si no había en la aldea ojos mortales que le hubiesen visto, ¿de dónde pudo salir la voz que lo descubría?...
BIBLIOTECAS

— ¿Y quién sabe? (decía el más anciano de la comarca.) ¡Quién sabe! Esas almas en pena ó esos demonios del infierno, cuando se dejan ver de los hombres, lo hacen con su cuenta y razón.

¿Creéis vosotros que sean tan tontos que dejen á nadie por su bella cara decir: «yo lo he visto»? Ya saben ellos dónde les aprieta el zapato, y si alguno los ve, bien puede darse tres puntos en la boca.

Era, pues, indudable que el fantasma aparecía todas las noches. Y se citaba la hora: aparecía á las doce en punto. Más aún: se tenían todos los detalles necesarios para atestiguar la verdad del caso. Era una sombra blanca, que crecía y menguaba. Crecía hasta tocar con la cabeza en los aleros de los tejados, y menguaba hasta esconderse debajo de la tierra. Andaba sin pies y volaba sin alas. Aparecía de pronto, y desaparecía de repente.

El Escribano hablaba también del fantasma, y arqueaba mucho las cejas, y fruncía la boca, y ahuecaba la voz, y decía:

— Ello dirá... Ello dirá... Estas apariciones son siempre señales de cosas inesperadas... Y no hay que jugar con los fantasmas, porque suelen tener muy malas bromas. Lo mejor es dejarlos, que allá se las hayan. Después de todo, ellos no se meten con nadie si no los precisan, y lo menos que puede sucederle al curioso que quiera verlos, es cegar para toda su vida.

Quando el Escribano se expresaba de esta manera, ciertos eran los toros. ¿Qué más testimonio necesitaba el caso?

Pero bien: no todos se conformaban con estos datos, y la pícara curiosidad metió á dos de los más ternes de la aldea en el arriesgado paso de ir á buscar al fantasma y verlo con sus propios ojos.

— Bueno (les decía el Escribano). Sois hombres de pelo en pecho, y vais á hacer una diablura. Si os llevan los demonios, yo me lavo las manos. Sólo voy á daros un consejo: no llevéis armas, porque esos espíritus se enfurecen contra los que quieren tratarlos como si fuesen personas de carne y hueso. Además, podría costaros dos años de cadena en los presidios de S. M., porque está prohibido todo uso de armas. Lo primero os lo dice un amigo que sabe muy bien lo que son fantasmas; lo segundo os lo dice el Escribano.

Tentados estuvieron los dos héroes á renunciar á su empresa; pero la negra honrilla les había cogido la palabra, y ninguno de los dos quiso ser el primero en decir nones; y, quieras que no quieras, siguieron en sus trece.

Acordaron espiar al fantasma á la noche siguiente; pero el Escribano les dijo:

— Estáis dejados de la mano de Dios; mañana es martes, día aciago, día de todos los demonios. La observación les hizo fuerza, y convinieron en dejarlo para el miércoles siguiente.

Á las once y media de la noche del día seña-

lado, los dos acudieron puntualmente á la cita, y en medio de la oscuridad y del silencio, paso entre paso, fueron acercándose á la casa de los señores de Llanoverde. Ninguno de los dos quería ser el primero, ni tampoco el último; de manera que marchaban á la par, partiendo heroicamente el peligro. Cualquiera sople de viento los detenía; la más ligera ráfaga de claridad los cegaba. Ambos tenían el corazón bien puesto, y eran muy capaces de jugarse la vida con el más pintado; pero tener que habérselas con un alma en pena, no les hacía mucha gracia. Iban, sí, porque no eran hombres que se volvían atrás fácilmente; pero, ¡vamos!, no les llegaba la camisa al cuerpo.

Al fin descubrieron la gran sombra del edificio, más oscura que la noche, y allí hicieron alto; se hallaban á cien pasos de la casa, amparados al tronco de una encina. Desde allí podían ver el fantasma, sin que el fantasma los viese. El peligro que se acomete es siempre menor que el peligro que se espera. Cada minuto que transcurría hacía más pavorosa la aparición que aguardaban. Con los ojos desencajados sondeaban la oscuridad, y con los oídos atentos sondeaban el silencio. Una nube negra se extendió sobre la casa de los señores de Llanoverde, aumentando las tinieblas de la noche, y luego el reloj de la casa dió la primera campanada de las

doce, á la que, siguieron las restantes, resonando lentas, lúgubres, como un lamento doce veces repetido.

Era el momento terrible de la aparición, y los dos amigos se apretaron las manos, para infundirse el valor que empezaba á faltarles. Al sonar la última campanada de las doce vieron asomar una sombra blanca por el ángulo posterior de la casa, como si se hubiese desprendido del muro, y la respiración se detuvo en sus bocas entreabiertas, y la sangre se les heló en las venas.

El fantasma se deslizó por delante del edificio, como si no tocara con los pies en la tierra, y creciendo..., creciendo..., siempre creciendo, se dirigió hacia la encina en que los dos amigos estaban ocultos, inmóviles de terror y mudos de espanto.

La aparición se detuvo delante de ellos, y con una voz sorda, casi sin sonido, como si fuera el aire el que hablaba, pronunció sus nombres, diciéndoles:

— ¡Huid... huid! Los pies que me siguen se secan; los ojos que me ven ciegan. Esta es mi hora; huid, antes que mi presencia os aniquile....

Sin darse cuenta de ello, los dos héroes retrocedieron; creían que una fuerza invencible los empujaba, y que sus pies corrían movidos por resortes invisibles.

Al día siguiente, las gentes, atónitas, contemplaban sus semblantes todavía aterrados.... Aún sus lenguas balbuceaban, y aún se veía en sus miradas el extravío del espanto.

Nadie se atrevió á intentar otra prueba. Al toque de ánimas, ya estaba todo el mundo encerrado en su casa. Solamente el Escribano, el Médico y el Boticario se determinaban á ir á la casa solariega de los señores de Llanoverde, porque allí tenían establecida todas las noches la partida de tresillo; pero á las diez en punto se daba la última vuelta, y el Escribano se despedía, diciendo:

— Señores, vámonos, que se acerca la hora del fantasma, y no conviene que nos coja en la calle, porque al fin el susto nadie nos lo quitaría de encima.

El señor de Llanoverde se reía á carcajadas de la ocurrencia, mientras el Escribano, el Médico y el Boticario tomaban sus capas en la antesala.



IX.

EL HIJO Y EL PADRE.

El Escribano....; Buena pieza!.... Más listo que Cardona, veía crecer la hierba, y era muy capaz de contarle los pelos al diablo. ¡Crear él en fantasmas!.... ¡Bah!.... No había nacido para eso el hijo de su madre. Sí; facilillo era comulgarlo con ruedas de molino; porque cuando todo el mundo iba, ya estaba él de vuelta. No hay más que decir: cortaba un pelo en el aire.

Pero bien: entonces, ¿por qué se santiguaba siempre que oía hablar del fantasma? Pues, por burlarse de la credulidad de aquellos sencillos aldeanos.... Se santiguaba por fuera, y se reía por dentro. Después de todo, era hombre de buen humor, y con algo había de divertirse.

Esto pensaban el Médico y el Boticario, y hasta el mismo señor de Llanoverde; pero, vamos á cuentas: la realidad del fantasma era innegable. Dos testigos juraban haberle visto. ¿Los creía el Escribano? Dos valientes que se deciden á ver con sus propios ojos qué cara tiene un alma en pena, no vuelven nunca sin haberlo visto. No había manera de sacarlo de esa respuesta.

Entre tanto, el verdadero fantasma para el Escribano lo tenía dentro de su casa. Fantasma de carne y hueso, con veintiocho años á la cola, de los cuales había perdido seis en la Universidad de Alcalá; pero en cambio se había traído ciertas pretensiones personales y ciertos humos de hombre de mundo. Se le aparecía diariamente á las horas de comer. Después no volvía á echarle la vista encima.

Mil veces le había dicho:

—Caballero: mientras yo viva, vida y dulzura; pero en cuanto yo cierre el ojo, el hijo del Escribano se quedará tocando tabletas.... Amigo mío, V. no vive absolutamente para nada más que para pasear su persona, y gastar como un potentado.... y ahí está el pobre viejo, que se descrisme. No pareces mi hijo.

Aquí hacía una pausa, esperando alguna respuesta; pero el hijo del Escribano seguía comiendo y callando.

—Vamos (continuaba diciendo): no eres mal

mozo, y ese es tu único patrimonio; yo no he podido dejarte otro. Pues bien: sepamos á qué atenernos. ¿Qué diablos piensas hacer de tu persona?

—¡Phs! —contestaba.

Un día, en que por centésima vez le repetía la misma pregunta, el muchacho miró á su padre con cierta superioridad, y le contestó, diciendo:

—Tengo una idea.

—¡Una idea! (exclamó el Escribano.) ¿Es posible que tú tengas semejante cosa?

—Más aún, —replicó.

—¿Más?...

—Sí.

—Habla.

—¡Oh!....

—¿Qué quiere decir ¡oh?!

—Quiere decir que tengo un proyecto.

—Veamos.

—Proyecto seguro.

—¿Sí?...

—Sí.

El padre y el hijo se quedaron mirando atentamente, y el primero se guiñó el ojo, diciendo:

—Á otro perro con ese hueso. Si vienes á tentarme el bolsillo, te equivocas: darás en piedra.

—Mi proyecto es oro, —añadió el estudiante.

—¡Oro! Sí; el dinero que tú ganes, que me lo claven á mí en la frente.

—Bueno; pero es el caso que tengo ganada la partida.

—¡Ganada la partida! (exclamó el padre, llevándose las manos á la cabeza.) ¡Infeliz.... jugando!.... ¿Y dónde?... ¿Dónde está esa casa de juego, que yo no la conozco?

—¿No?... Vamos.... V. también juega en ella....

Esta respuesta lo dejó pensativo. Después exclamó:

—¡Desventurado!.... ¡Te gustan los naipes!....

—Los naipes precisamente, no; pero me gustan las cartas.

—¡Sal de mi casa! (le gritó, señalándole la puerta.) ¡Ya no tienes padre!

Entonces el hijo cogió la capa de su padre que se hallaba sobre una silla; levantó la esclavina, y metiendo los dedos por un descosido abierto entre la tela y el forro, sacó un papel plegado en muchos dobleces, y dándole, le dijo:

—Ahí tiene V. las cartas con que yo juego.

Coger el papel, desdoblarlo y leerlo, fué cosa de abrir y cerrar los ojos.

—¡Soberbio! (exclamó al fin.) Es un golpe maestro. Ven, abrázame. Tú eres mi hijo; te reconozco. Era imposible que no tuvieras talento.

El estudiante estaba en sus glorias. Con los brazos cruzados y la cabeza erguida, paladeaba

su triunfo, y el mundo entero le parecía poco para celebrarlo.

—Tienes genio (le dijo su padre); pero no te envanezcas, porque esa era mi idea.... No has hecho más que adivinarme.... ¡Ah bribón!.... Yo estoy siendo el lleva y trae.... ¡Bravo! Bien podéis decir que os hago capa.

Desde aquel día, el bolsillo del padre estaba siempre abierto para el hijo. Marchaban de acuerdo; se entendían con media palabra, y se adivinaban con un gesto; y la capa iba todas las noches á la casa de los señores de Llanoverde y volvía á la casa del Escribano, como si tal cosa. Venía á ser la lanzadera que traía y llevaba los hilos de la trama que, á sorbo callado, urdían el padre y el hijo.

El proyecto del estudiante debía marchar viento en popa, porque el Escribano no cabía en sí de gozo. Á lo mejor se le escapaban palabras misteriosas que nadie entendía, pero que anunciaban la tarea interior de un pensamiento fijo.

—Corren malos tiempos (decía), y hay que pensar en todo. El que no busca, no encuentra.... Paciencia y barajar.... Aún hemos de ver cosas que nos dejen con la boca abierta....

Á sus solas era más explícito, y se restregaba las manos, diciendo:

—Cien mil reales como cien mil soles de renta líquida.... Tierras de labor, huertas, montes,

tres olivares, dos molinos, cinco casas, una dehesa... ¡Buen caudal!... Y así, de *bóbilis bóbilis*, de una mano á otra, como quien dice, á toca teja... Eso sí; van á poner el grito en el cielo... Y no es eso lo malo, sino que en los primeros momentos han de querer llevar las cosas al último extremo; pero aquí te quiero, escopeta... No pueden... esheredera forzosa... Y en todo caso, tendremos... pleito... miel sobre hojuelas. Precisamente los pleitos son mi fuerte. ¿Quién nos tosería entonces?... ¡Vamos á ser los dueños del contorno!

Así se explicaba el Escribano. Su hijo no se mordía tampoco la lengua, y hacía también sus castillos en el aire, anunciándose el porvenir más risueño del mundo. Las gentes de la aldea notaban en su porte alguna transformación. Siempre había sido tieso de colodrillo y algo fantasmón, sin que nadie supiese qué especie de asador se había tragado, porque, al fin, no era más que el hijo de un pobre Escribano, que, aunque trabajaba alguna cosa, nunca podía sacar los pies del plato. Con mil angustias lo había tenido seis años en Alcalá á qué queres boca; pero el estudiante había vuelto como se fué, dejándose toda la ciencia en los libros, y los ahorros de su padre en picos pardos. ¿De dónde le venían aquellos humos?... Pero no era esa la más negra, sino que cada día iba subiendo más de punto su

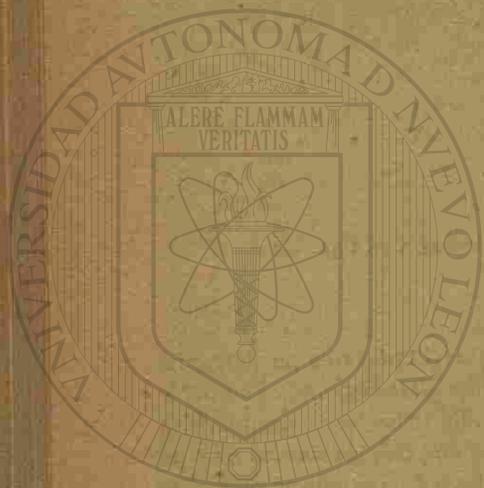
arrogancia. Saludaba por pura condescendencia, y á todo el mundo le hablaba de tú, como los reyes del entonces; miraba de alto á bajo, y escupía por el colmillo. Hablaba de la vida de la aldea con soberano desdén, y no se le caía la corte de la boca, y hasta á su mismo padre lo miraba por encima del hombro.

¿Qué pergaminos le habían caído por la chimenea para darse aquellos aires de gran señor?... He ahí lo que las gentes sencillas de la aldea no acertaban á explicarse.

El, por su parte, echaba sus cuentas, y decía: —Aquí nunca dejaré de ser el hijo del Escribano... La sombra de mi padre me perseguirá siempre en esta miserable aldea. Con mis rentas podré vivir en la corte... Y allí,oros son triunfos... Mi padre ya está viejo... ¡Ya se ve! se dió demasiada prisa en nacer, y lo han cogido los años de medio á medio... Me parece que no ha de hacer muchas Navidades... Bien; lo dejaremos que pase aquí los últimos días de su vida... Sus maneras no son distinguidas, y haría en la corte un papel desairado.

Y el padre y el hijo se encontraban, y guiñándose los ojos, se reían interiormente del Médico, del Boticario y del señor de Llanoverde á carcajada tendida.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



X.

LA MADRE Y LA HIJA.

LA señora de Llanoverde no descendía jamás de las altas regiones de su noble estirpe.... En todos los momentos de su vida era la gran señora, elevada sobre el resto de los simples mortales por un privilegio particular de su sangre. Siempre estaba en escena, y, digámoslo así, la corona y el manto no se caían nunca, ni de su cabeza, ni de sus hombros; ni para dormir se descalzaba el coturno de su jerarquía.

Sentada de noche en su gran sitial, como una reina en su trono, esperaba majestuosamente, dispuesta á recibir los homenajes de sus vasallos. Mas en aquellos tiempos, los reyes empezaban ya á estar muy en baja, y la corte de la señora de Llanoverde se hallaba habitualmente

reducida á tres personas: el socarrón del Escribano, el matasanos del Médico y el mostrenco del Boticario.

Como se ve, la corte se componía de lo que podemos llamar la aristocracia de la aldea. No eran, en verdad, muchos los cortesanos que acudían al palacio de la señora de Llanoverde; pero no dejaban de ser escogidos, y, sea como quiera, ella los recibía con la misma majestad que si hubiesen sido tres embajadores extraordinarios de tres testas coronadas. Se erguía tres veces sobre el sitial, y contestaba al saludo de sus palaciegos con tres sonrisas, con las tres sonrisas más desdeñosas de su escaso repertorio.

Á pesar de la actitud ceremoniosa de la señora de Llanoverde, el cuadro que presentaba la familia no dejaba de ser un cuadro casero de costumbres reposadas y tranquilas. Allí todo estaba en su sitio, y pronto se advertía que nada alteraba en aquella casa la regularidad de la vida. Todos los días eran allí iguales; todo se hacía á las mismas horas, del mismo modo; siempre las mismas conversaciones, y aun se puede decir que se repetían con las mismas palabras.

En la noche en que nos encontramos, la señora ocupaba su sitial, más seria y más erguida que nunca. Sin duda se hallaba en un acceso de dignidad nobiliaria, y, elevándose á la altura de sus humos aristocráticos, veía el mundo rodar

bajo sus plantas. Sentada á sus pies, hojeaba Eugenia, con ojos distraídos, un volumen, encuadernado en pergamino, que contenía las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*. Á la izquierda, si se me permite decirlo así, del trono, en el ángulo de la habitación y sentada en un taburete, Bernarda hacía labor. De vez en cuando levantaba la cabeza y dirigía una mirada apacible, dejando ver en ella la paz de los ángeles. Después se quedaba pensativa, se entristecía su semblante, é inclinándose sobre sus rodillas, volvía de nuevo al afán de su tarea.

Entre tanto la señora bostezaba regimiento; su hija lanzaba miradas oblicuas, mientras el señor de Llanoverde se paseaba de un extremo á otro de la estancia, esperando á los tres cortesanos que habían de hacerle la partida de tresillo.

En cada una de estas personas se traslucía la situación particular de ánimo en que se encontraban.

La gran señora no ocultaba el casi augusto fastidio que la devoraba.

Su hija descubría sin querer que alguna inquietud misteriosa se agitaba en su pecho.

Rayo de sol brillaba con la claridad triste con que brilla la aurora en los cielos nublados.

Y el señor de Llanoverde era todo impaciencia.

En el hueco de la escalera resonaron los tri-

ples pasos de los tres palaciegos, y se oyó el rumor de tres voces que hablaban á un mismo tiempo.

—Ellos son,—dijo el señor de Llanoverde deteniéndose.

—¡Oh!—exclamó su mujer con un gran bostezo.

Eugenia lanzó sus ojos inquietos hacia la puerta, y *Rayo de sol* detuvo su costura, cruzó las manos sobre el pecho, y se quedó pensativa.

La voz del Escribano sonó en la antesala, diciendo:

—Compañeros, yo aquí dejo mi capa, en el sitio de todas las noches, para que no se me traspapele, porque una buena capa todo lo tapa.

Y seguido del Médico y del Boticario, entró en la sala como Pedro por su calle....

En cuanto puso los pies en la estancia, se inclinó, haciendo profunda cortesía, y se dirigió á la señora de la casa. Ésta lo recibió elevando el labio inferior y mirando al techo.... y el Escribano volvió á inclinarse, diciendo:

—Sentiría, señora, haber interrumpido su sueño; pero ¿qué hacer?... ¿Había de sentarme á jugar sin tener el honor de saludarla?...

—No estaba dormida,—le contestó secamente.

—¿No? (preguntó el Escribano, inclinándose por tercera vez.) Perdone V. mi torpeza; pero juraría que tenía V. los ojos cerrados.

—No (replicó ella); los tengo siempre muy abiertos.

—¡Ea, señores (exclamó Llanoverde); la mesa está dispuesta, y las cartas esperan!

—Las cartas (repitió el Escribano, dirigiéndose á la mesa) me son favorables, y esta noche no se escapan Vds. sin una *bola*; vengo resuelto á jugar el todo por el todo.

El Boticario comenzó á repartir naipes, mientras el señor de Llanoverde se atascaba las narices de tabaco, y el Médico, como él mismo decía, le tomaba el pulso al juego.

En cuanto empezó la partida, la señora de la casa cerró los ojos, simplemente porque no quería ver el cuadro que tenía delante.... ¡Ella, que soñaba con las grandezas de la corte, verse reducida á la pequeñez de aquella tertulia!....

Cerró los ojos, y, quieras que no quieras, haciendo sus castillos en el aire, se quedó dormida. Era el mejor modo de sustraerse al martirio á que su marido la sujetaba en el sepulcro de aquella casa. Al mismo tiempo, podía abandonarse á sus más risueñas ilusiones. Al través de los párpados cerrados, podía ver lo que deseaba. La corte... La corte; ese era el centro de sus pensamientos.... Allí había brillado en su juventud.... La corte estaba para ella llena de halagüeños recuerdos.... y, aunque ciertamente no era la mujer más feliz del mundo, se complacía en

pensar que allí había hecho la conquista del señor de Llanoverde. ¡Qué hubiera sido de ella, encerrada en una aldea!...

Eugenia, con el libro delante, levantaba de vez en cuando los ojos, y espiaba el sueño de su madre, como si quisiera asegurarse de que dormía. La respiración algo ruidosa de la señora de Llanoverde le aseguró de que se hallaba sumergida en las profundidades de un sueño delicioso... Entonces dejó en el suelo el libro que tenía en la mano, y se deslizó silenciosamente, saliendo de la estancia sin que nadie la viera.

Sin embargo, *Rayo de sol* la siguió con los ojos, y al verla desaparecer, se quedó con la vista clavada en la puerta. Una nube de tristeza pasó por su frente, tristeza luminosa, semejante á la que debe cubrir el rostro de los ángeles ante las miserias de los hombres.

Los jugadores seguían embebecidos en los accidentes del juego, disputando, ganando y perdiendo. La baraja, como un oráculo, dictaba á su capricho sentencias favorables ó adversas. Fuera de aquel mundo de la *espada*, la *mala* y el *basto*, nada veían, porque en aquel momento el mundo estaba demás para ellos. La señora de Llanoverde continuaba dormida, probablemente soñando en las delicias de la corte, y, si estaba allí, no había de ser muy fácil sacarla de la gloria de su sueño. No debía ser la primera vez que

su imaginación complaciente le presentaba la perspectiva de una boda ilustre. ¡Cuántas veces habría visto en sueños casada á su hija... ¿quién sabe?, con el mismo Emperador de la China! Al despertar era el morir; pero ¡bah!... mientras soñaba vivía.

Ello es que los dos amores dorados que, sosteniendo una corona de flores, formaban el remate tallado del alto respaldo del sitial en que dormía, movidos por las oscilaciones de la lámpara que alumbraba la estancia, parecía que agitaban los brazos sobre su cabeza, y poniéndose los dedos en sus bocas risueñas, para imponerse mutuamente silencio, echaban sobre la frente de la noble señora un velo semejante á una sombra.

Después de algún tiempo, volvió á aparecer Eugenia en el dintel de la puerta; sus miradas recelosas sondearon la estancia, y se adelantó silenciosa.

Rayo de sol volvió la cabeza, y los ojos de las dos primas se encontraron. Adelantóse la primera hasta llegar al asiento que antes ocupaba junto á su madre; se colocó en la misma posición en que la hemos visto, y volvió á tomar el libro, abriéndolo por la misma página en que lo había dejado. Nadie diría que durante el sueño de la señora de Llanoverde su hija se había movido de su lado.

La luz de la lámpara vaciló dentro del vaso

de cristal en que estaba contenida, arrojando sobre las paredes, alternativamente, resplandores fugitivos y sombras pasajeras, que se sucedían como relámpagos. Los muebles, repentinamente animados, oscilaban también, saltando sobre sí mismos; el lecho daba vueltas alrededor de la lámpara, y del pavimento, que se balanceaba como si estuviese suspendido en el aire, surgían visiones informes, que se disipaban para volver de nuevo.

Era una lucha trabada entre la muerte y la vida, entre la realidad y la fantasía, entre la luz y las tinieblas.

Y en medio del caos silencioso que flotaba sobre su cabeza, la señora de Llanoverde soñaba, los ojos de Eugenia brillaban iluminados por reflejos siniestros, y la frente de Bernarda resplandecía como su nombre, esto es, como un rayo de sol en el seno de una nube.



XI.

VISIONES.

POR lo común la naturaleza, indiferente á las agitaciones de la vida humana, no suele alterarse ni conmoverse por nuestras miserias; nos mira sin interés y sin curiosidad, como si estuviera en el secreto de nuestras desdichas y muy acostumbrada al espectáculo que le ofrecemos. Cierzo; pero alguna vez parece que sale de su cruel indiferencia y que toma parte en nuestras alegrías y en nuestras tristezas.

Los vecinos de la aldea, metidos en sus casas desde el toque de Ánimas, no podían observar el aspecto que la noche presentaba; mas, reunidas las familias alrededor de la lumbre bajo la campana del hogar, oían el rumor del viento que silbaba en las copas de los árboles, bramaba al rasgarse en los aleros de los tejados, ó gemía

al escaparse por los huecos de las chimeneas. Á lo mejor se deshacía en lamentos ó prorumpía en tremendas carcajadas. Lloraba y reía al mismo tiempo, sacudía las ventanas, golpeaba las puertas, no se atrevía el humo á salir de las casas, y las luces se apagaban sin que nadie les soprase.

Esto era de puertas adentro; de puertas afuera, la noche no parecía menos tenebrosa. Grandes nubarrones oscurecían el cielo, dejando ver en sus senos desgarrados la claridad de las estrellas, dudosa y lejana, como si en aquella hora estuviese el cielo más lejos que nunca de la tierra. El paisaje resultaba borrado por la oscuridad y como sumergido en un mar de sombras.

Cada hijo de vecino había buscado refugio en su casa, y las calles que formaban las casas de la aldea se hallaban desiertas; no transitaba por ellas alma viviente. Sí; buena estaba la noche para pasarla al raso.

Los señores de Llanoverde dormían á pierna suelta, mientras el viento bramaba alrededor del edificio, dando vueltas como un torbellino. La campana del reloj acababa de dar la una, lanzando al aire un gemido atribulado, que devoró el silencio de la noche. Era la hora de las apariciones, el momento pavoroso en que los espectros se levantan sobre sus sepulcros y echan, digámoslo así, una ojeada sobre este mundo de

ambiciones y de lágrimas, de angustias y de placeres. La hora solitaria en que las casas se cierran y las sepulturas se abren, en que los vivos duermen y los muertos despiertan. Hora misteriosa en que la vida descansa y la muerte vigila.

Á la luz de la lamparilla que iluminaba pálidamente la habitación en que dormía el señor de Llanoverde, se distinguía una figura humana, inclinada sobre la cabecera de la cama. Parecía que espiaba los movimientos del sueño, que contaba las respiraciones, que esperaba un momento favorable para ejecutar sus ocultos designios. Había algo en su actitud de la fiera que se dispone á lanzarse sobre su presa; pero la presa permanecía inmóvil, sumergida en las últimas profundidades del sueño. La figura hizo un movimiento de impaciencia, y, acercando la boca al oído del señor de Llanoverde, dijo con voz apagada:

— ¡Señor!....

La respuesta fué un ronquido que hizo temblar la cama.

Esperó algunos instantes, y al fin se decidió á tomar otra resolución más decisiva. Levantó cautelosamente el brazo, y puso la mano sobre el hombro del señor de Llanoverde. Éste, como movido por un resorte, dió un salto en la cama, quedando sentado en ella, y haciendo retroceder al que acababa de despertarlo: ambos se queda-

ron mirando con la misma admiración y el mismo asombro. Habría sido difícil averiguar, por la expresión de los semblantes, cuál de los dos era el más sorprendido.

El señor de Llanoverde se restregó los ojos, y apretando los puños como si quisiera contener la cólera repentina de que se hallaba poseído, prorumpió, diciendo:

—¡Bravo.... señor Martín.... bravo!... ¿Le parece á V. hazaña digna de premio haber venido á despertarme?

—¡Señor!...—exclamó Martín, con rostro atribulado.

—¡Treinta años á mi servicio.... treinta años al servicio del señor de Llanoverde, es un honor que se paga de esta manera! ¿No sabes, bribón, que mi sueño es inviolable?...

Al pronunciar las últimas palabras se echó fuera de la cama, en ademán de hacer un ejemplar castigo: Martín retrocedió algunos pasos, exclamando:

—¡Señor!... Es... que....

—¿Qué? (le preguntó su señor.) Vamos, ¿qué?...

Y se cruzó de brazos, dispuesto á agotar toda su paciencia.

El criado se rascó la frente, arqueó las cejas, y, como quien al fin echa por medio, exclamó:

—¡Señor!... ¡el fantasma!

El señor de Llanoverde alzó el puño para dejarlo caer sobre la cabeza de su criado; pero se contuvo, y, cambiando de tono, le dijo:

—Martín, vete á dormir; estás borracho.

—Señor, lo he visto (replicó). No sé por dónde ha podido penetrar en la casa, pero juro que lo he visto escurrirse por el corredor grande. No es una sombra blanca, como dicen las gentes de la aldea.... Es una sombra negra como boca de lobo: lleva una capa que cruje como si fuese de seda.... Aún me tiemblan las piernas.... Es un fantasma que parece un hombre.

—¡Un hombre en mi casa!—gritó la señora de Llanoverde, saliendo de su dormitorio. ¿No es eso lo que acabo de oír?...

—Eso, señora; eso es lo que dice ese imbécil.

—Este imbécil (replicó Martín), eso dice, eso: dice que el fantasma le ha tenido miedo á la noche, y se ha metido en la casa. Yo lo he visto por el corredor grande, con estos ojos que se ha de comer la tierra.

—Y bien, caballero (dijo la señora de Llanoverde, dirigiéndose á su marido): ¿qué piensa V. de esto?...

—Pienso (le contestó), que este tunante está viendo visiones.

—Ahora (replicó Martín) no veo más que á los señores; pero antes lo he visto. ¡Cuando yo digo que lo he visto!....

—¿Dónde? —le preguntó la señora.

—En el corredor largo.

—¿En qué dirección?

—¿En qué dirección?... Así como á la mano derecha, como si saliese del salón de los retratos.

—Vamos allá, —dijo la señora, dando un paso hacia la puerta que comunicaba con el salón.

Martín cogió la lamparilla, y los tres salieron á la habitación inmediata, pasaron á otra, y después penetraron en el salón de los retratos. Una misma exclamación se escapó de las tres bocas. Lo que estaban viendo era verdaderamente diabólico, y no acertaban á dar crédito á sus propios sentidos. Mirábanse unos á otros, con esa expresión estúpida que produce el colmo del asombro. Verdaderamente lo que veían era inaudito: todos los retratos habían desaparecido de los marcos en que estaban contenidos. Los marcos estaban allí, en sus sitios, como nichos vacíos. ¿Cómo habían huído las imágenes de aquella gloriosa ascendencia?...

Pasado el estupor del primer momento, observaron con ojos atónitos que los cuadros se hallaban vueltos del revés.

—¡Por aquí ha pasado algún espíritu maligno (gritó el señor de Llanoverde), porque ningún hombre se hubiese atrevido á hacer este ultraje á la gloria de mi stirpe!

Y dirigiéndose á su mujer, añadió, cruzándose de brazos:

—Y bien, señora: ¿qué piensa V. de todo esto?

Ella movió la cabeza en ademán reflexivo.

—Pienso (dijo) que Bernarda no pasa la noche entera en su cuarto.

—¡Desatino!... ¿Había de ser ella la autora de este insulto?

—Ella (contestó la señora de Llanoverde). Ella y su cómplice. ¡Ah! Lo temía: al fin hija de su madre...

—¿Es posible que esa bella criatura tenga cómplices en el otro mundo?...

—No (le replicó); pero puede tenerlos en éste.

—Explicate (le dijo el señor de Llanoverde), si es que hemos de entenderte.

—¿Necesitas más explicaciones?... Pues bien: en tu casa se ha introducido furtivamente un hombre que se burla de tu noble ascendencia. Somos víctimas de un amor culpable... ¿Qué más quieres saber?...

—¡Que se tomen todas las puertas! (gritó el señor de Llanoverde). Es preciso que no se escape... Hombre ó fantasma, va á saber cómo se pagan las ofensas hechas al honor de mi linaje... ¡Ea! Salgamos de aquí. Hay que registrar toda la casa. El corredor largo será el centro de las operaciones.

La voz con que pronunció estas palabras retumbó en el salón, y el eco la fué repitiendo por los cuatro ángulos del edificio.

— Esperad, esperad un momento (añadió).
Mi caja... mi caja de rapé...

— ¡Mi espada! (exclamó la señora de Llanoverde). Mi espada, debieras decir.

Salieron del salón por la puerta principal, registraron la escalera, bajaron al zaguán, y encontraron la gran puerta perfectamente cerrada; examinaron la planta baja del edificio, sin encontrar ni rastro del fantasma que perseguían, y por una escalera de caracol subieron al corredor largo.

Martín llevaba la lámpara, y marchaba delante, volviendo de vez en cuando la cabeza, temeroso de encontrarse solo, y porque los pasos que lo seguían no le parecían siempre pasos humanos.

Al entrar en la galería llamada el corredor largo, que dividía la casa en dos partes iguales, conduciendo por uno y otro extremo á los dos torreones que atestiguaban la respetable antigüedad del edificio, Martín exhaló un grito, y la lámpara se escapó de sus manos, rompiéndose sobre las baldosas del pavimento y dejándolos á oscuras.

— ¡Otra vez! — dijo con voz temblorosa.

— ¿Otra vez qué? — preguntaron á la vez los señores de Llanoverde.

— Otra vez el fantasma.

— ¿Por dónde? — volvieron á preguntarle.

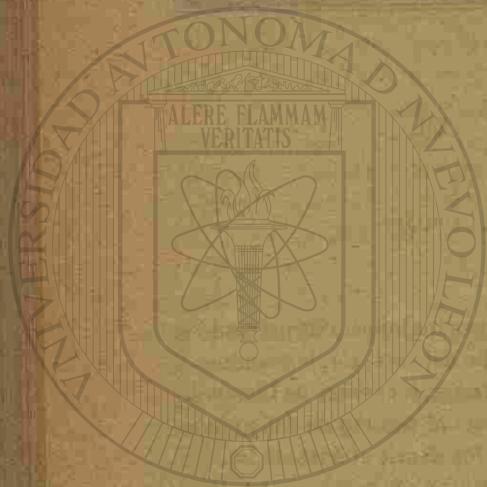
— Por allí (contestó Martín con voz agitada). Por el extremo del corredor que va al torreón deshabitado. Lo he visto muy bien: es una sombra que alumbra: parece una nube que relampaguea.

¿Era el miedo de Martín el que hablaba? No; porque en medio de las tinieblas en que se encontraban los tres, vieron en el extremo del corredor una claridad inexplicable que ondulaba, semejante al reflejo de la luz en un cristal que se mueve. Era un rastro luminoso que el fantasma dejaba en pos de sí, como la huella de un rayo de sol perdido en las oscuridades de las nubes.

— ¡Adelante! — gritó el señor de Llanoverde; pero ninguno se movió del sitio en que estaba.

Y los tres, cegados por la oscuridad, agitaban los brazos buscándose, sin poder encontrarse.





XII.

LA FUGA.

PROBABLEMENTE los hubiera sorprendido el día en medio del corredor, buscándose y sin en contrarse, si el señor de Llanoverde no hubiera apelado al recurso de dar grandes voces, llamando á los demás criados de la casa, que al fin se despertaron, y corriendo unos por un lado y otros por otro, acudieron con luces al lugar de la escena... Mirábanse los que acababan de llegar con ojos asombrados, sin acertar á darse cuenta de lo que ocurría. Y la cosa debía ser tremenda, porque los semblantes de los señores, y principalmente el de Martín, expresaban un terror indecible...

Martín fué el primero que rompió el silencio, exclamando:

— ¡El fantasma!...

Hubo un movimiento de espanto entre los cir-

cunstantes, y Martin, sentado á la puerta del torreón deshabitado, donde habia muerto la madre de Bernarda, añadió:

— Allí... por aquella puerta ha desaparecido.

— Hombre ó fantasma (dijo el señor de Llanoverde), es nuestro; por esas habitaciones no hay salida. O vuela como los murciélagos, ó no tiene escape... ¡Ea; adelante!

Todos se miraron, pero ninguno se movió.

— ¡Miedo! (exclamó.) ; Quién es capaz de tener miedo en la casa de los señores de Llanoverde!...

Á estas palabras, los dos más valientes se adelantaron, y los demás los siguieron.

Delante de la habitación en que habia muerto Magdalena se encontraron detenidos, porque la puerta estaba cerrada, cerrada por dentro. Era evidente que el fantasma se habia parapetado en aquella habitación cerrándoles el paso, y resuelto á vender cara su vida.

— ¡Llamad! — gritó la señora de Llanoverde.

Uno se atrevió, y dió un golpe con la mano en el tablero de la puerta; mas el golpe se ahogó en la madera, ni más ni menos que si hubieran golpeado la losa de un sepulcro. Nadie respondió; ni siquiera el eco.

— ¡Hola! (dijo el señor de Llanoverde.) Ni contesta, ni abre.... Se hace el sueco. Pues bien: ya verá que á un hombre de mi raza no se le da

fácilmente con la puerta en las narices. Esas cuatro tablas que nos cierran el paso no son tan fuertes que se atrevan á resistirnos, y saltarán hechas astillas sólo con que los dos más robustos le apliquen á un tiempo las plantas de los pies, como pudieran hacerlo dos catapultas.... Vamos á ver: ¡á la una.... á las dos.... á las tres!

El doble golpe cayó sobre la puerta, sin conseguir estremecerla. El efecto fué igual á si hubieran dado el tremendo empuje de los pies sobre la sólida fábrica del muro.

Semejante resistencia aumentó el pavor de que se hallaban poseídos. Á sus ojos atónitos, la puerta se convertía en piedra, y la frágil tabla en una roca. Se hacía preciso creer que dentro del torreón se ocultaba un poder sobrehumano.

Los señores de Llanoverde se miraron asombrados, y empezaban á advertir que la broma era demasiado pesada; más bien, demasiado inexplicable.

Quedaban dos recursos: uno, atacar el torreón por la parte exterior de la casa y escalar las ventanas. Dos dificultades salían al paso: primera, que las ventanas podían ofrecer la tenaz resistencia que ofrecía la puerta; y segunda, que ninguno de los circunstantes se atrevería á dar el asalto. El segundo recurso era más aceptable, y consistía en bloquear el torreón por dentro y por fuera de la casa, como quien dice por mar

y tierra, y esperar, arma al brazo, la luz del día, teniendo al fantasma sitiado por hambre.

Este proyecto fué acogido por unanimidad, y el señor de Llanoverde comenzó á dictar las disposiciones necesarias para establecer un bloqueo riguroso, del que no debían escaparse ni las ratas.

Mas un nuevo incidente detuvo la ejecución del plan. Las junturas de las maderas se iluminaron súbitamente, crujió la puerta súbitamente, y comenzó á abrirse súbitamente, movida por una mano invisible. Todas las miradas se lanzaron dentro de la habitación; mas los ojos, deslumbrados por la claridad, nada pudieron distinguir, porque la nube resplandeciente que invadía la estancia arrojaba sobre sus rostros un velo de luz. Poco á poco se fué mitigando la claridad y disipándose la nube, y en el colmo de la admiración, poseídos de un estupor indecible, vieron en el fondo del cuarto la figura de Bernarda, de rodillas en el mismo sitio en que había espirado su madre. Sus rubios cabellos, encendidos por aquella misteriosa claridad, brillaban con los vagos resplandores de la aurora. Con los brazos tendidos hacia el cielo.... parecía absorta en la extática contemplación de una visión inefable.... Los ojos fijos.... la boca entreabierta.... podía decirse que sonreía y lloraba al mismo tiempo.

Los que presenciaban esta escena se quedaron

inmóviles y mudos, sin acción, sin voz y sin palabra. Diríase que la vida material se hallaba en ellos suspendida; lo que estaban viendo no lo percibían con los ojos mortales, lo veían más bien con los ojos del alma.

¿Cuánto tiempo permanecieron de esta manera? Jamás supieron decirlo.

Al fin, el resplandor misterioso se fué disipando; Bernarda cogió la lámpara que ardía dulcemente junto á ella, se puso de pie, y salió de la estancia.

Pasó por en medio de todos, sin reparar en ninguno; en el hermoso azul de sus ojos no había miradas humanas; llenos todavía de la visión celestial que antes contemplaba, no tenían nada que ver en la tierra; su espíritu se hallaba en aquel momento muy léjos de este mundo.

Con paso lento se adelantó, llevando en la blancura de su rostro la pureza del alma, y fué á perderse en el extremo opuesto del corredor largo.

Cuando los señores de Llanoverde pudieron darse cuenta de lo que pasaba, la luz del día, que empezaba á clarear, se cernía dulcemente por los vidrios de colores que cubrían los huecos rasgados de las ventanas del corredor, momento en que el robusto aldabón de la gran puerta resonó con repetidos golpes.

—Abrid (dijo el señor de Llanoverde). Abrid....

La visita es bastante intempestiva; pero casualmente nos hallamos de pie para recibirla.

Dos criados corrieron maquinalmente al zaguán, y abrieron.

La voz del Escribano resonó en el hueco de la escalera, gritando:

— ¡No hay que detenerme; necesito ver á los señores en este momento!

Los señores acudieron á estas voces, sin saber lo que se hacían, y al verlos el Escribano, prorumpió, diciendo:

— ¡Desolación!.... ¡Desolación!.... ¡Han huido... los dos; los dos han huido!

— ¿Quién? — preguntó aterrada la señora de Llanoverde.

— ¡Quién! (exclamó el Escribano.) ¡Friolería!.... ¡Oh! La tenían muy bien urdida.... ¡Mi hijo!.... ¡quién lo había de creer!.... ¡Ella!.... ¡quién lo había de pensar!.... Se amaban, señora; el amor rompe por cualquier parte.... Vds. no hubieran consentido nunca en unirlos.... y se han fugado.

En lo que decía el Escribano no había nada de sobrenatural; pero sus palabras eran para los señores de Llanoverde tan terribles como la sombra del fantasma.

— ¿Y qué se ha de hacer ya? (siguió diciendo.) La cosa es clara como la luz del día que nos alumbrá. De la ventana, de par en par abierta,

cuelga todavía una carta escrita, que dice claramente: la señorita de Llanoverde se ha fugado con el hijo del Escribano.... ¡Ah, señores! Es la cosa más natural del mundo; pero yo me lavo las manos.

— ¡Mi hija!.... (exclamó la señora, apoyándose en el pasamano de la escalera para poder sostenerse.) Juro que no es mi hija. La rechazo, la desheredo.

— ¡Imposible! (replicó el Escribano.) Es *heredero forzoso*.

— Pues entonces (añadió ella), la mal.... di.... El señor de Llanoverde le puso la mano en la boca, ahogando en sus labios la palabra, diciéndole al mismo tiempo:

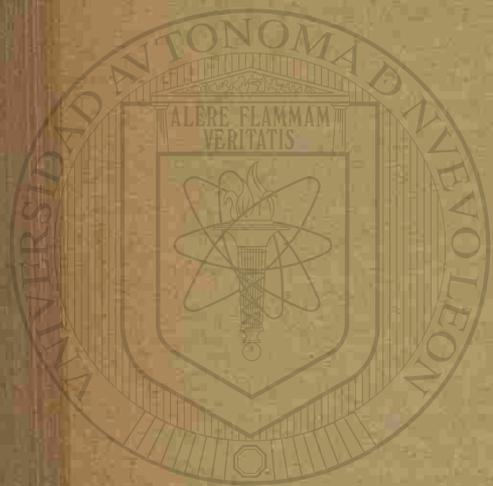
— ¡Infeliz!.... ¡Es tu hija, que venga á tu hermana!

— Es vuestra obra.... (le contestó, dando salida por los ojos á toda su cólera.) Vuestra obra.... ¡Qué había de hacer encerrada en este sepulcro!

— No (le dijo el señor de Llanoverde.) Es castigo.... No podemos ni desheredarla.... Un hijo llevaría mi nombre; tu hija llevará el nombre del Escribano.... En cuanto á mi, soy el último vástago de mi estirpe.

Y diciendo esto, irguió la cabeza, se encogió de hombros, y les volvió la espalda.





DOS MUERTOS VIVOS

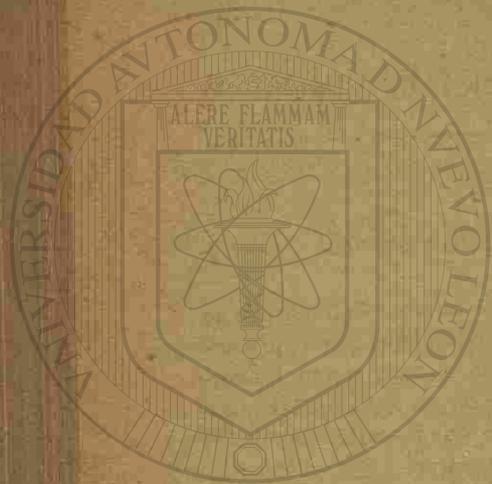
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOMO VI.

15



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



DOS MUERTOS VIVOS

I.

TESTIGO, JUEZ Y VERDUGO.

CERRAD bien las puertas, de modo que no podáis ser sorprendidos por la presencia de algún indiscreto; cerrad las cortinas, de manera que corten el paso a las miradas sorprendentes con que la curiosidad de los importunos pueda espiaros. ¡Qué diablo!... No estáis de humor de que os vean, de que os oigan ni de que os entiendan, porque os halláis en un momento particular de vuestra vida, en el que, si estuviera en vuestra mano, borraríais el nombre con que se os conoce, de la memoria de las gentes; momentos singularísimos en que, sin dejar de ser el mismo, quisiérais ser otro... ¡Oh! ¡si en ese instante el mundo fuese sordo, mudo y ciego!

No todas las cosas se pueden hacer en medio de la calle, *coram populo*, porque no todas las

gentes tienen bastante discreción para juzgar las acciones ajenas; hay todavía en el mundo muchas preocupaciones, y entregarse así, sin más ni menos, al juicio de unos y de otros, equivale á dejarse despedazar vivo por los diferentes garfios de las lenguas desocupadas.

Vichoff nos asegura que el crimen no es más que un producto químico, como el azúcar ó el vitriolo; pero, á pesar de la autoridad de este filósofo, el crimen continúa siendo crimen, y, por lo visto, una de sus cualidades químicas es producir horror, y cate *V.* aquí al infeliz culpable, víctima de la animadversión del público horrorizado.

Y no es esta la más negra, sino que las leyes, que ignoran hasta los más elementales rudimentos de la química, gritan á su vez: «crimen,» «crimen,» y la policía, que alguna vez sirve para algo, se ve en la necesidad física de abrir los ojos, y, busca por aquí, busca por allí, tropieza con el delincuente y le pone la mano en el hombro, con la familiaridad del que descubre á un antiguo camarada. No es cosa de abandonar á aquel amigo encontrado manos á boca, y se le da albergue en la cárcel. Es un acto de hospitalidad que cualquiera rehusaría, aun á riesgo de dormir á la intemperie; pero ¿quién se resiste á tantas instancias?

Detrás de la cárcel está el proceso, proceso

tal vez interminable, mas al fin proceso; más allá se dibuja una sentencia, que se lee al reo una vez, dos veces, tres veces, según el censo de los trámites, y al fin el huésped sale de la cárcel casi como un rey, con escolta que lo acompaña á un nuevo hospedaje. Allí encuentra nuevos amigos, con quienes pasa algunos años de su vida, que, sea como quiera, le ayudan al fin á llevar la carga, mientras no hay ventana por donde descolgarse, ó una tronera en el muro por donde evadirse, que suele haberlas, en cuyo caso se desliza con el mayor sigilo para no despertar á los compañeros, porque aun cuando no duermen el sueño de la inocencia, toda despedida es triste, y ¡quién sabe! la ausencia puede ser corta; pero ¡ay! también puede ser muy larga.

Á estas amarguras se expone el hombre que no cierra bien las puertas y no corre cautelosamente las cortinas, cuando tiene razones particulares para huir de las miradas indiscretas y de los oídos imprudentes.

La mayor parte de los criminales encerrados en los presidios, que no son por cierto todos los que debieran estar, manifiestan cierta resignación con lo que ellos llaman su suerte. Bajan la cabeza ante el castigo, porque se reconocen culpables de un delito que ciertamente no les ha tomado en cuenta el Código penal. Se consideran criminales en cuanto han sido torpes. Pues no

han cerrado bien las puertas, no han corrido discretamente las cortinas, y han sido descubiertos. He ahí todo.

Allá en el fondo de sus encierros, bajo el sombrío techo que los cubre, entre el rechinar de las cadenas que los sujetan, meditan nuevos crímenes, sin duda alguna; pero, entendámonos, crímenes en los que no dejará rastro alguno la mano que ha de ejecutarlos. Así salen los criminales de los presidios, corregidos, más aún, perfeccionados; no menos perversos, pero en cambio más cautos.

Después de todo, han caído en la cuenta de que el criminal que consigue eludir ciertas intimidaciones con la justicia, es al fin y al cabo un ciudadano como otro cualquiera. El crimen, á sus ojos, viene á ser un acto de habilidad, que tiene sus contingencias, no tantas como la lotería, y una vez asegurada la impunidad, échele V. un galgo.

La cuestión, pues, queda reducida á cerrar bien las puertas y á correr cuidadosamente las cortinas, de modo que nada se vea y nada se oiga, que no haya ojos que espíen, ni oídos que escuchen, ni lenguas que hablen. La justicia humana es casi ciega, y no ve más que por los ojos de los testigos, y el secreto consiste en que no tenga testigos á qué agarrarse.

Muy bien: aquí tenemos un crimen consu-

mado con todas las reglas del arte, obra perfecta de maldad y de astucia. Ningún ojo humano ha penetrado en el secreto del delito, y el criminal mismo se horroriza ante el espectáculo de su propia obra con toda la naturalidad de la inocencia. No hay un testigo que lo descubra, ni una sospecha que lo denuncie; y escondido, puede decirse así, en la caverna de su alma, celebra el triunfo de su maldad y se ríe del mundo.

Sin embargo, ¡qué capricho!... no duerme tranquilo, se le aparecen durante el sueño terribles visiones, y se despierta, á lo mejor, agitado bajo el influjo de vagos temores. ¿Por qué?... Las puertas estaban bien cerradas, las cortinas perfectamente corridas, el secreto del crimen es impenetrable, y no hay poder humano que acierte á descubrirlo. Además, el horror público fué la emoción del momento, y pasó como pasa todo. Se ha hablado mucho del crimen; pero ¿quién se acuerda ya de semejante cosa?... Las muchedumbres son siempre las mismas; se parecen á los espejos, en que sólo reflejan la imagen que se les pone delante.

Se encuentra, pues, libre del poder de la justicia humana; la espada de la ley ha brillado un momento en el aire, y ha vuelto á ocultarse, porque no ha tenido sobre quién caer. Y bien; ¿por qué tiembla en el fondo de su alma?... ¿Por qué se estremece en los momentos de su mayor ale-

gría?... ¿Qué sombras pavorosas agitan el sueño dentro de sus ojos dormidos?... Él mismo no lo sabe. Quisiera huir de su memoria, pero su memoria implacable lo sigue y lo acusa. Su crimen parece escrito con tinta eterna en el fondo de su pensamiento; siempre lo tiene delante de los ojos.

El único testigo de su delito es él, testigo inexorable, que no lo abandona ni un momento. No sabe de dónde sale la voz que lo acusa, y es su propia voz; nunca está solo, porque siempre está con él la sombra de su crimen. El mundo ignora que ha sido él el que ha clavado el puñal en el corazón de la víctima; pero lo sabe él, él solo, y él es el testigo que lo señala con el dedo a sus propios ojos.

No, las puertas no estaban bien cerradas, ni las cortinas sigilosamente corridas, porque han presenciado el crimen unos ojos implacables: sus propios ojos.

Dentro de su ser siente otro ser que lo denuncia, lo juzga y lo condena. ¡Ah! No estaba solo al cometer el crimen; estaba allí ese testigo invisible que se apodera de sus sueños para aterrarlo, de sus pensamientos para confundirlo, de su misma voz para acusarlo, de sus mismos ojos para hacerle ver por todas partes la imagen del delito. ¿Cómo evadirse de esta persecución tenaz..., continúa?... ¿Dónde ocultarse á la mi-

rada siempre fija, que no le deja ni un instante de reposo?...

¡Extraño fenómeno psicológico!... Después de burlar la pobre ley de los hombres y la torpe justicia del mundo, el criminal se encuentra manos á boca con el proceso en su memoria, el testigo en su pensamiento y el juez en su conciencia. ¡Qué terrible crueldad de las cosas!... Él solo posee el secreto de su crimen, y él solo es el que se persigue, sin que le sea posible huir de sí mismo.

Si hubiese podido cerrar las puertas y correr las cortinas de manera que ni él mismo se hubiese visto, sería el criminal más dichoso del mundo, porque habría conseguido burlar la justicia del cielo y de la tierra; pero he aquí que no puede engañarse á sí mismo; padece la manía de los remordimientos, y se ve perseguido por la conciencia.

¿Es posible que el hombre llegue á tal estado de embrutecimiento, que se apague en su alma toda luz de sentido moral?... Es posible, y hay muchos ejemplos, porque la tendencia que experimenta el mundo moderno es esa, y en tal caso, ya no se trata de un hombre, sino de una bestia; pero mientras conserva un soplo de instinto racional, quiera que no quiera, tendrá que someterse á la ley, no hecha en Cortes ni sancionada por la corona, que le obliga á ser siempre

testigo implacable de sus acciones y de sus pensamientos, para que él mismo sea á la vez su delator y su cómplice.

No sé cómo se puede negar la realidad de este mundo invisible que va con nosotros; la coincidencia de ese tribunal misterioso, fantástico, en el que uno mismo es el reo que confiesa, el testigo que declara, el juez que condena y el verdugo que castiga.

Es indudable que, burladas las leyes humanas, cegada la justicia, extinguidas hasta las más lejanas sospechas, el criminal puede levantar la frente y reclamar todas las consideraciones debidas á los hombres honrados; de puertas afuera, puede llegar á ser hasta un hombre envidiable: los hay; mas ante sus propios ojos, dentro de sí mismos, en la intimidad de sus pensamientos, se levanta la sombra del crimen como un espectro que sale del sepulcro, y, si puedo decirlo así, lo ahoga entre sus brazos.

No le teme ni á la perspicacia de la ley, ni á la eficacia de la justicia; se teme á sí mismo, porque una palabra involuntaria puede descubrirlo, un estremecimiento imprevisto puede delatarlo. Desconfía de su palidez; no sabe cómo sonreirse; si calla, su silencio puede ser sospechoso; si habla, ignora qué indicios podrán despertar sus palabras; una mirada penetrante le hace palidecer; una pregunta inesperada lo hace

temblar. Cree que todo lo que le rodea lo espía. Siente que el crimen, encerrado en el fondo de su conciencia, pugna por romper las ligaduras que lo contienen. Él mismo lo ve asomar en su semblante; conoce que una mano invisible ha estampado el sello del delito en su frente.

Huye de toda intimidación, de toda confianza, de todo abandono; sus padres, sus hermanos, sus hijos, sus amigos, el mundo entero parece que lo rodea para espiarlo. En medio de los placeres de la vida con que intenta aturdirse, no es más que un fugitivo que anda á salto de mata, temiendo á cada momento ser reconocido.

Oye en silencio todos los dictérios que la indignación lanza contra el culpable, y él mismo se ve condenado al trabajo forzado de alzar la voz para execrarse y maldecirse.

¿De qué poder humano viene esta justicia? ¿Qué mano de hombre ha escrito esta ley penal que pesa sobre todos los hombres? Justicia que jamás se equivoca; ley que cae siempre sobre las cabezas culpables.

No es el cuerpo de un hombre encerrado en un presidio, es el pensamiento encerrado en el calabozo de la conciencia; no son los hierros de las cárceles, sino los hierros de los remordimientos; es un alma condenada á cadena perpetua; no es, en fin, la justicia humana; es la justicia divina.

Cerrad bien las puertas, de modo que no podáis ser sorprendidos por la presencia inesperada de algún importuno. Corred bien las cortinas, de modo que corten el paso á las miradas imprudentes de la curiosidad que pretenda espiaros. ¿Y qué? Todo es inútil; allí está el testigo que acusa, el juez que sentencia y el verdugo que castiga.



II.

LA SIMA.

SEGURAMENTE el nombre del pueblo donde ocurrieron los primeros sucesos del caso que voy á referir, daría cierta autenticidad al relato; más tengo una razón poderosa para omitirlo, y consiste en que no lo recuerdo. Después de todo, la cosa ha podido suceder en cualquier pueblo del mundo. Por otra parte, la credulidad que yo busco en el lector no es esa credulidad forzada, que se obtiene por el poder de los datos y lo irrecusable de los testigos, en que el lector, frente á frente del autor, no tiene más remedio que creerlo ó matarlo. La credulidad que yo necesito ha de ser voluntaria. Si el caso ha podido ocurrir, ¿qué importa que no haya ocurrido?... Ó, más bien, si es verosímil, ¿por qué no ha de ser cierto?

Por los recuerdos locales que conservó, el pue-

blo de que hablo debe encontrarse en la parte meridional de España, cerca de la costa del Mediterráneo, casi á tanta distancia de Cádiz como de Barcelona. Pueblo labrador, que sería muy rico si á la fecundidad natural de la tierra se añadiera el agua del cielo; pero no llueve más que cuando Dios quiere, y Dios quiere muy pocas veces que llueva; de manera que se siembra mucho y se coge poco.

Visto por una parte, parece un pueblo olvidado en el último rincón de España, porque carece de toda especie de policía; pero, apartando esta exterioridad desaseada, se encuentran en las costumbres muchos adelantos propios del siglo. Hay *casino* donde perder el tiempo, y casas de juego donde perder dinero. En cuanto al comercio, vegeta, y la industria no florece.

No es el trabajo la virtud sobresaliente de los pueblos meridionales: la dulzura del clima, la magnificencia del cielo, la espontaneidad de la tierra y la brillantez del sol, hacen creer, sin duda, que se hallan todavía en el paraíso, y se consideran dispensados de ganarse el sustento con el sudor de su frente. En realidad, entre sus necesidades, no se cuenta la de poner una gallina en el puchero, porque la mesa ordinaria de la familia es bastante sobria, y, en punto á las comodidades de la casa, no son demasiado exigentes; pero quiteles V. cierto lujo intempestivo

en los adornos de las mujeres, y las dissipaciones de la holganza en las costumbres de los hombres, y no sabrán qué hacerse de la vida.

El pueblo en que nos encontramos no se distingue por ningún rasgo especial que le dé carácter propio. Su antigüedad se descubre desde el momento en que se distingue la fábrica medio arruinada de una torre morisca que se levanta sobre la cumbre de un monte vecino, y permanece allí como una fecha medio borrada. Á sus pies se agrupan las casas formando un laberinto de calles estrechas, que se retuercen y se cortan entre sí á ojo de buen cubero. Añádase á esto un río muy estrecho, deslizándose cautelosamente por un cauce muy ancho, un puente de piedra y una huerta que se tiende como una alfombra, y se tendrán las líneas generales del paisaje.

Es, pues, un pueblo como otro cualquiera, y atendida su magnitud, bien puede llamarse *población*. Mas, prescindiendo de lo que hay de intransitable en las calles, de lo que tienen de oscuros los escasos faroles del alumbrado, de la poca comodidad de las casas y de la sobriedad de la mesa, es un pueblo, por lo visto, inmejorable, en razón á que á nadie se le ocurre la idea de mejorarlo. Por lo demás, se vive en él bien; á lo menos, los vecinos que lo habitan no lo cambiarían por la ciudad más bella del mundo.

La sociedad que ofrece no se puede decir que

es excesivamente amena; pero en cambio posee un encanto que llega á hacerse irresistible: el encanto de la murmuración. Es posible que se ignoren algunas cosas útiles, que se desdénen ciertos conocimientos que son indispensables; mas la vida del vecino se sabe de *pe á pa*. Este es un punto acerca del que siempre hay mucha tela cortada. Las conversaciones más corrientes vienen á ser como una *guía de forasteros* abierta por todas sus páginas.

Entre las curiosidades que se le enseñan al viajero que se detiene algunos días, por pura curiosidad ó por mero capricho, la *Sima* es la que más particularmente se le recomienda.

—Y bien (pregunta): ¿qué es la sima?

—La sima (le contestan), es la sima.

Ante semejante respuesta, se ve obligado á convenir en que se trata de alguna cosa extraordinaria, de algún prodigio de la naturaleza, de alguna obra maestra del ingenio humano. Acaso hay allí otra catarata del Niágara, ú otro camino subterráneo por debajo del Tamesis. ¡Quién sabe qué rara maravilla puede ocultarse en aquel pueblo que parece olvidado del mundo!

El viajero arquea las cejas, se encoge de hombros, y se deja conducir al sitio del portento. No es mucha la distancia que hay que atravesar, porque aun cuando el pueblo es grande, la sima está á la salida del pueblo. No hay más que bus-

car la gran calle que corta la población de Levante á Poniente, formada por la carretera, seguir la dirección de Poniente, y más allá, en las últimas casas, á la derecha del camino, empieza á ondular el terreno, levantándose en olas que se suceden, encrespándose como un mar de piedra. Entre los cantos rodados y las tierras arrastradas por las lluvias, se descubren las ondulaciones de la roca, poco más ó menos que se descubren los huesos al través de la carne despedazada. Diríase que en algún tiempo aquella superficie fundida había hervido á la acción irresistible de un fuego subterráneo. Allí estaba la sima.

Por esta parte, el aspecto era desolador; pero al otro lado del camino, la naturaleza sonreía, cubriendo la tierra con toda la pompa de la fertilidad: era la vida delante de la muerte.

El viajero se encontraba de repente delante de una caverna abierta en la roca, al parecer por el impulso formidable de una fuerza interior, ni más ni menos que si hubiese reventado como una bomba. La piedra, despedazada por la explosión, presentaba ángulos agudos, que daban á la caverna el aspecto de una boca monstruosa armada de dientes terribles. Esta circunstancia no dejaba de ser curiosa; pero, en verdad, no ofrecía motivo alguno de admiración, porque, al fin y al cabo, la tierra está llena de cavernas.

Por lo común, el viajero intentaba penetrar en el centro oscuro de aquella boca siempre abierta; pero inmediatamente era detenido, pintándose el terror en todos los semblantes.

— El que entra ahí (le decían) no vuelve á ver más la luz del cielo.

Y uno de los circunstantes cogía una piedra, é imponiendo silencio, la dejaba caer dentro de las fauces del monstruo, y la piedra desaparecía en la oscuridad, y todos con oído atento esperaban el choque de la piedra en el fondo de la caverna inútilmente, porque ningún ruido resonaba en aquella profundidad tenebrosa.

Entonces el viajero comprendía que la boca de la caverna tenía también su garganta, que iría á perderse en las entrañas de la tierra, y retrocedía como si el abismo fuese á tragárselo. Este movimiento instintivo de horror constituía el triunfo de los circunstantes.

— ¡Eh!... (exclamaban.) ¡Qué tal!... No tiene fin. Las piedras que caen no llegan nunca al fondo, ó es que hay una mano que les sale al paso, las coge, y se las mete en el bolsillo para que no suenen.

Otro añadía:

— Y no es esa la más negra. No hay dentro solamente una mano que se mete las piedras en el bolsillo, sino que además hay una boca que sopla y apaga la luz que entra. Muchas veces

hemos descolgado un farol atado á una cuerda, y nunca pasa de las diez varas. Cuantas veces lo entramos, tantas veces se apaga.

Un sabio hubiera explicado minuciosamente la existencia de la sima y los fenómenos que la hacían tan misteriosa; mas los esfuerzos científicos de este sabio no habrían conseguido despojarla, á los ojos de las gentes sencillas, del prestigio que sobre ellas ejercía.

Habría fijado la fecha de su aparición, las causas físicas que debieron concurrir á su formación; habría calculado su profundidad y hasta descrito los más pequeños accidentes en su curso por las entrañas de la tierra. En una palabra: habría referido la historia de su existencia como si la hubiera leído en los rasgos de las piedras que formaban la boca de la caverna; mas así y todo, aquella sima sin fondo, impenetrable á la luz, habría seguido siendo un pozo misterioso, un abismo lleno de sombras, de espectros y de horrores.

¿Y qué? ¿No hay allí ojos que han visto salir de la sima fantasmas, unas veces blancos, otras veces negros? ¿No hay oídos que han escuchado, llenos de terror, lamentos y sollozos, ruidos de cadenas, aullidos y carcajadas? ¡La ciencia!... Bueno; sí, señor; los hombres saben mucho, mucho; pero, vamos, no lo saben todo: la sima es la sima, oscura como boca de lobo, y profunda como abismo sin fondo.

El lugar en que la naturaleza, en un momento de desesperación, había abierto este pavoroso respiradero, no era el más á propósito para pasear de día, y por lo que hace de noche, no se atrevía á pasar por allí ni el más pintado, porque precisamente de noche era cuando solían salir los fantasmas, y cuando resonaban allá en lo profundo lamentos y sollozos, ruido de cadenas, aullidos y carcajadas.

Aquella boca muda, y aun sorda, podía ser muy bien el camino espantoso de un mundo desconocido.

¡ Ah!.... La sima.... era la sima.



III.

TRES PERSONAJES.

ROSALÍA Guillén y Guillén de Guillén, de quien probablemente no habréis oído hablar nunca, era, sin embargo, en el pueblo que acabamos de bosquejar, lo que el mundo llama una persona visible. No hace de esto muchos años. Gozaba en aquel vecindario la familia de los Guillenes de gran importancia, tanto por su antigüedad como por su origen. Hubo, en tiempo de la Reconquista, un Guillén famoso por sus hazañas, que supo conquistar el corazón de una hermosa Zayda, hija del alcaide moro de una fortaleza fronteriza. Esta Zayda abandonó una noche la fortaleza de su padre, y Guillén, que la esperaba al pie de la muralla, la montó gallardamente en las ancas de su caballo, y volvió con ella á su pueblo, llevándola en triunfo. Zayda, que había abandonado la casa de su padre, olvidó también al Profeta, y se hi-

zo cristiana. Guillén quiso borrar en ella todo vestigio morisco, y al bautizarla le dió por nombre María, añadiéndole su propio apellido; y he aquí como un Guillén y una Guillén, unidos por el sagrado vínculo del matrimonio, dieron principio á la gran familia de los Guillenes.

Sin embargo, lo ilustre de este abolengo no era precisamente lo que daba á Rosalía la importancia de que gozaba en el pueblo, porque, bien averiguada la genealogía de la población, apenas se encontraría familia que no procediese de mora y cristiano, ó vice versa. Su importancia era algo más positiva, y consistía en un buen patrimonio, compuesto de las fincas más productivas de la comarca, olivares, viñedos, rebaños, molinos y casas, y un gran torreón de fábrica robusta, que se levantaba en medio de la huerta como un centinela avanzado, que conserva todavía el nombre tradicional de Torre de los Guillenes. Y no era esto sólo, sino que además debía poseer mucho dinero en oro de buena ley, y, según la voz general, en onzas de Carlos III. Era, pues, Rosalía lo que se llama una ricachona, capaz de enterrar á todo el pueblo en pesos duros.

No había recibido de sus padres, por herencia directa, tan cuantiosos bienes de fortuna, porque ellos, en resumen, no pudieron dejarle más que la Torre de los Guillenes con sus tierras de labor, dos olivares en la Cruz Alta, un viñedo

al otro lado de la rambla, y el molino de la Ribera, y esto por ser hija única, con lo cual no habría pasado de ser en el pueblo una de tantas. Mas un día apareció allí otro Guillen, llovido del cielo, individuo de la misma familia, que venía de América con setenta años á la cola y muchísimos pesos duros mejicanos.

Rosalía se hallaba, si no precisamente en la flor de su edad, á lo menos en esos veinticinco años que en muchas mujeres valen más que los quince abriles tan cacareados; y en cuanto á su belleza, poseía, por herencia sucesiva de su progenitora Zayda, dos ojos más negros que la noche, dispuestos á pegarle fuego á un castillo de pólvora, y una boca cuajada de perlas, con dos labios como dos cerezas, que decían comedme.

Claro está que le hacían la rueda todos los pavos del pueblo, porque entonces todavía no estaban en moda los pollos; pero ella se reía como una tonta, y no daba su brazo á torcer. No le petaba, por lo visto, ninguno de sus pretendientes, y hoy uno, mañana otro, todos iban quedando con un palmo de narices. Hasta un Guillén, primo suyo, de quien más adelante hablaremos, se llevó sus correspondientes calabazas. Mas cate V. que aparece el tío americano, y, quieras que no quieras, empieza á hacersele agua la boca con la sobrina, y como no tenía mucho tiempo que perder, habló claro, y, ¡qué

demonio de mujeres!... Rosalía lo recibió con los brazos abiertos, se hizo el matrimonio, y santas Pascuas.

Los antiguos pretendientes de la recién casada echaron sus cuentas, y acudieron de nuevo, como las moscas á la miel, y dale que dale, cada uno en sus trece, no dejaban la ida por la venida, mientras que Rosalía seguía riéndose de ellos á carcajada tendida, hasta que se cansaron de machacar en hierro frío; porque, estaba visto, ninguno conseguía llevar el gato al agua. La murmuración no tuvo en qué clavar el diente, y se mordió la lengua, dándose un punto en la boca.

Á los diez años de matrimonio, el viejo americano empezó á comprender que había vivido bastante, y al fin dobló la cabeza y quedó muerto. No podía la viuda decir que se había malogrado su marido, lo cual no le impidió consagrar á su memoria un dolor verdadero y un luto riguroso.

Á los treinta y seis años se encontró huérfana y viuda, dueña de cuantiosos bienes, porque el americano había hecho de ella su única y universal heredera, y Guillén á todas pasadas, pues era Guillén por su padre, Guillén por su madre y Guillén por su marido. Si puede decirse así, era Guillén por los cinco costados, cinco veces Guillén y dos veces rica: era cuanto se podía ser

en aquel pueblo. Por lo demás, conservaba vivos y frescos los rasgos característicos de su belleza, y aunque sus formas se habían abultado algo, porque los años no caen nunca en saco roto, todavía se hallaba en situación de sorberle el seso á cualquiera.

Es verdad que parecía algo poseída de su buena suerte, y que hacía cierto alarde de su bienestar, y, lo que es más, que, á título de su alcurnia, de su riqueza y de su viudez, se creía dispensada de algunos pormenores y formalidades á que parecemos obligados en el trato común de las gentes, como si el mundo en que vivía le importara tres pitos. ¿Y bien?... Las envidiosas le cortaban muy buenos sayos; la llamaban estrambótica, orgullosa, salvaje... Á todo lo cual hacia ella la vista gorda; tal vez complacida en ser en ese punto el platillo de las conversaciones. Esto era por arriba, porque por abajo, aunque también se hacían lenguas de ella, era para ponerla en los cuernos de la luna. ¡Ya se ve! Había pocas manos en el pueblo tan generosas como las suyas.

Rica, viuda y joven, á pesar de sus treinta y seis años, era una tentación de todos los demonios para los que se consideraban con títulos suficientes á contraer matrimonios ventajosos. Así es que los pretendientes volvieron á las andadas, pensando cada uno que á la tercera va la

vencida.... Cuentas galanas, porque daban en piedra.

Entre los aspirantes á la mano de Rosalía, su primo parecía ser el rival más temible. Ante todo era un Guillén; más aún, era el último de los Guillenes. De aquella familia tan antigua, no quedaban más que dos vástagos: los dos primos. El primo tenía dos años menos, y si Rosalía se obstinaba en morir sin sucesión, él vendría á ser su inmediato, su único heredero. Un matrimonio entre estos dos restos de los Guillenes, y todo quedaba en casa. Mas el hombre propone y la mujer dispone, y, tuerto ó derecho, á la prima no le pasaba el primo de los dientes adentro. ¿Por qué?... ¡Vaya V. á averiguarlo! Acaso ella misma lo ignoraba.

El último de los Guillenes se encogía de hombros, y dejaba correr la bola. No era un potentado para mirar con indiferencia los bienes raíces de su prima, ni las onzas de Carlos III que debían formar el soberbio *gato* de la viuda, que, según la voz pública, debía tenerlas á espuestas, como estrellas el cielo. Mas, después de todo, él iba trampeando con sus cuatro terrones, y tira de aquí, tira de allí, su duro era el que más sonaba en el casino, su camisa la más limpia, la cadena de su reloj la más pesada, y los embozos de su capa los de más vivos colores. Se daba vida de príncipe en lo que cabía, y se

hallaba resuelto á vivir más que Matusalén, en razón á que, ¿quién diablos se muere teniendo á la vista la risueña perspectiva de una buena herencia?

Es verdad que la prima podía hacerle la jugadita de casarse con otro; pero ese otro era preciso que naciese, porque de los presentes no había uno que pudiera levantar el dedo. También podía la viuda hacer de su capa un sayo, legando sus bienes á ojo de buen cubero, dejándolo al fin y al cabo á la luna de Valencia.... Era posible, mas no probable, porque su misma prima le decía algunas veces:

—Mira, Raimundo; todo esto que me cuesta tantas envidias y tantas murmuraciones, será al fin tuyo. Eres un Guillén, y te pertenece á mi muerte; serás dueño de todo: lo único que me reservo en el testamento es mi mano.

Con esta seguridad, el primo podía dormir á pierna suelta. La herencia podría prolongarse algunos años, no muchos, porque nadie es eterno en este mundo, y las mujeres son así; se mueren de cualquier cosa. Una viuda, sin hijos, rica, y que no quiere casarse, no le queda ya que hacer más que morir.

Así estaban las cosas, cuando la diligencia que iba y venía á la ciudad inmediata corriendo á hora por legua, se descolgó una noche con un pasajero, cuyo equipaje estaba reducido á una

pequeña maleta y una gran cartera, que el mismo viajero llevaba á la mano. Apenas se detuvo el coche, el viajero se apeó de un salto, cargado con su maleta y su cartera, y encontró en el mismo parador de la diligencia el hospedaje que buscaba.

Al través del cuello de pieles que cubría su rostro se distinguían unas mejillas pálidas y unos ojos pardos, animados por miradas inteligentes. Por debajo de la gorra de viaje asomaban abundantes rizos castaños naturalmente ensortijados. A pesar de la sencillez y abandono de su vestido, la figura del viajero descubría ciertos rasgos elegantes que la ennoblecían. Había distinción en sus modales, dulzura en su voz, y algo de pronunciación extranjera en sus palabras.

La gran puerta del edificio en que la diligencia acababa de parar tenía, sobre el arco rebajado que la cerraba, un rótulo enorme, escrito en la pared con tinta negra, que decía: *Parador, Posada y Fonda*.

El viajero, por lo visto, pensaba detenerse en el pueblo, á lo menos aquella noche, y pidió un cuarto. Y un mozo de semblante estúpido, alumbrándole con un farol grasiento y empolvado, lo condujo á un largo corredor, después de hacerle subir una escalera de anchos peldaños, que casi ocupaba la mitad de la casa. El corredor estaba decorado por una sucesión de puertas

numeradas, y en una de ellas, en el número 3, se detuvieron. Bastó empujar con el pie para que la puerta se abriese, y el viajero se encontró en un cuarto de paredes desconchadas, con cuatro sillas primitivas, una mesa de pino y una cama compuesta de dos banquillos, cuatro tablas, un colchón y una manta.

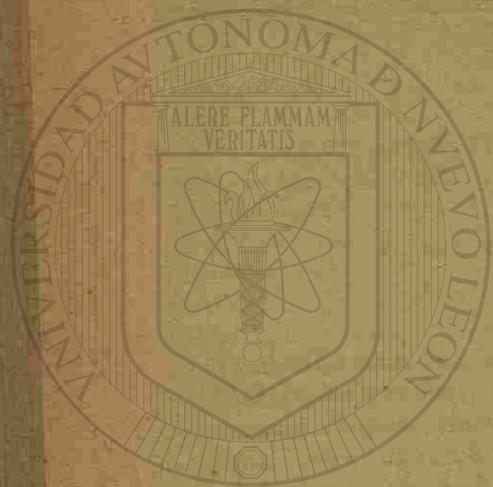
No era excesivo el *comfort* que ofrecía el cuarto número 3 de la fonda; pero el viajero no pareció que reparaba en ello. Tal vez no estaba acostumbrado á más lujo, ó era bastante filósofo para mirar con indiferencia esos pormenores de la vida. Ello es que entró como hubiera podido entrar en su casa, arrojó la pequeña maleta en un rincón del cuarto, y colocó cuidadosamente la cartera sobre la mesa.

El mozo le dejó una vela encendida, mal calzada en un candelero de cristal más verde que dorado, vela que positivamente no había sido nunca de cera, y era muy dudoso que fuese de esperma. Por lo demás, no merecía, propiamente hablando, el nombre de vela, porque, restada toda la parte consumida, no pasaba de ser un cabo.

Salió el mozo del cuarto, guiñándose los ojos todo lo más estúpidamente que le fué posible, y al lanzarse escalera abajo, iba diciendo:

— ¡Hum, hum!... Es *franchute*.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IV.

M. GERMAN.

Al principio la atención de las gentes del pueblo no se fijó demasiado en la persona del viajero, porque aun cuando se distinguía bastante por su aire y por sus modales para no ser notado, no era aquel un rincón tan apartado del mundo, que alguna vez no pasaran por allí personajes nunca vistos. Así es que lo vieron sin admiración, lo cual no quita que lo miraran con esa curiosidad impertinente vulgar que revela poco mundo y una educación bastante descuidada.

La curiosidad que su presencia pudiera despertar en las mujeres tenía su excusa. Se trataba de un hombre joven, desconocido, de semblante apacible aunque algo triste, de mejillas pálidas, de cabello ensortijado, y de barba fina, larga y

casi rubia. Ciertamente no descubría en sus vestidos, ni esmero, ni estudio, ni opulencia; y, sin embargo, mejorado un poco su aspecto suntuario, y algo más erguida la cabeza, habría pasado por un príncipe que viajaba de incógnito.

A los pocos días de su permanencia en el pueblo, la curiosidad pasó de los ojos á las lenguas; no sólo atraía las miradas, sino que también era objeto de las conversaciones; porque, ¡ya se ve!, á nadie trataba, ni á nadie conocía. Se le veía salir de la posada con su gran cartera debajo del brazo, cruzar las calles de la población, y alejarse unas veces en una dirección, otras en dirección opuesta, á grandes distancias, recorriendo los alrededores del pueblo. Trepaba como cabra por los riscos que subían al castillo, ó descendía á la ribera, perdiéndose entre los árboles de las huertas.

Se le encontraba algunas veces mudo é inmóvil como una estatua, contemplando absorto el paisaje que se desenvolvía delante de sus ojos, ó sentado en una piedra, con la cartera abierta sobre sus rodillas y un lápiz en la mano, trazando líneas misteriosas y contornos fantásticos. De noche, sobre todo las noches de luna, se le veía también vagar como una sombra por las soledades del despoblado.

¡Qué hombre tan raro!... Sólo una vez había puesto los pies en el casino, y para eso no hizo

más que entrar y salir. Saludaba cortésmente, sin entrar nunca en el calor de las conversaciones, y se mantenía á cierta distancia, sin intimar con nadie. Vamos, este hombre extraño era un arca cerrada, que hacía devanar los sesos á todos los curiosos.

- ¿De dónde venía?...
- ¿Qué aires lo habían traído?
- ¿Qué hacía allí tanto tiempo?
- ¿Qué buscaba en el pueblo?
- ¿Estaría loco?
- ¿Sería algún criminal fugitivo?

Todas estas preguntas se cruzaban como los hilos de una maraña, sin poder tejer respuesta ninguna. La curiosidad de la gente desocupada daba martillazos, muchos martillazos, siempre en la herradura y nunca en el clavo; y entre tanto la imaginación se iba por los cerros de Úbeda, la maledicencia se despachaba á su gusto, y todos, quieras que no quieras, echaban su cuarto á espadas.

Empezaba á sentirse cierta excitación contra el forastero, y el *rum, rum*, rodando de boca en boca, crecía como una bola de nieve. Se veía algo de fatídico en su figura, y la reserva de su conducta aparecía sospechosa á los ojos de aquellos que, como los elefantes, según Plinio, sentían crecer la hierba. Aquel ser, tan encerrado dentro de sí mismo, era ya la pesadilla del pue-

blo, y la cosa podía llegar á mayores, y llegó hasta las regiones oficiales. El Alcalde hizo el caso cuestión de orden público, y resolvió, en vista de la gravedad de las circunstancias, intimar al forastero misterioso la orden de abandonar el pueblo.

¿Vds. saben lo que es un Alcalde? Pues bien; un Alcalde constitucional es un pobre diablo ó un bribón, y en cualquiera de los dos casos, un hombre capaz de todo. Y téngase en cuenta que no se trataba aquí de un Alcalde de monterilla, sino de un Alcalde de hongo, y de hongo de moda. Á su autoridad no se le cocía el pan, y se le hacía la masa vinagre, pensando en el golpe de energía que iba á descargar sobre el forastero desconocido.

Más aquel motín pacífico, y hasta oficial, no contó con la huéspeda, y la huéspeda era Rosalía Guillén y Guillén, viuda de Guillén, que por una extravagancia de carácter, tendió el manto de su protección sobre la persona del viajero amenazado; y como no se mordía la lengua, llamó sencillamente imbécil al Alcalde en sus propias barbas.

Entonces se supo que el personaje fatídico de conducta sospechosa era francés, pintor de paisajes, que viajaba por España tomando apuntes de las vistas más notables. Esto lo decía la rica propietaria sin que nadie la contradijera, y en

verdad, ¿con qué datos habían de contradecirla?

El primo, no obstante, se rascaba la frente, preguntando:

—¿Por dónde sabe mi prima todo eso?

—¡Por dónde! (le contestaban): por él mismo. ¡Ya se ve! Como que son amigos.

—¡Amigos! (exclamaba.) ¿Desde cuando?

—¡Toma! (le replicaban). Desde ahora. Hace muy pocos días que el pintor fué á sacar una vista de la Torre de los Guillenes, en ocasión en que estaba allí Rosalía, y no ha sido menester más; ya son uña y carne.

Guillén volvió á rascarse la frente, torciendo la boca con aire pensativo, y uno de sus compañeros de casino, de juego y de holganza, rival suyo por más señas, encontró ocasión de vengarse de los desaires de Rosalía, y le puso el paño al púlpito, diciendo:

—Este hombre está en babia; y no sabía que el pintor y la prima se han encontrado manos á boca en la Torre de los Guillenes. Ella iría á pasar la tarde, porque en el pueblo se aburre, y él á tomar una vista. ¿Pintor dijiste? Pues, dicho y hecho. Á la viuda la educaron en un colegio, sin duda porque iba para princesa, y aunque se torció el carro, sabe también hacer garabatos en el papel, y pinta montes y árboles y casas de campo, y aquí te quiero escopeta.... Apuesto doble contra sencillo á que hay moros en la costa,

y una vez la pelota en el tejado, no hay más que llegar y besarla durmiendo. ¿Qué dicen Vds.? ¿Que el pintor se irá mañana, y si te vi no me acuerdo?... Nones: que el mozo no parece rana, ni derrocha ningunas grandezas, y si pesca á la viuda, oros son triunfos.

El primo Guillén, que así se le llamaba en el pueblo, oía las reflexiones de su amigo con una cara de todos los demonios, pues aunque quería reirse, no lo conseguía, y su boca era un puro visaje. De repente le ocurrió una idea, y entonces se sonrió, diciendo:

— Mi prima puede hacer de su capa un sayo; y haga lo que quiera, no ha de quitarme el sueño. Se casó con un viejo, porque era Guillén. ¿Se casará con un pintor porque es joven? No me importa. Pero, vamos á cuentas: ¿quién sabe si ese pintor es casado?...

— No tiene cara de marido, — le contestaron.

— Es soltero (añadió el Alcalde, cogiendo al paso el hilo de la conversación). Me consta oficialmente.

En los pueblos, donde todo el mundo se conoce, las gentes se tratan, se tutean y, por regla general, se aborrecen; los casamientos se tejen en el telar de las conversaciones ociosas y de las murmuraciones de vecindad, mucho antes que los presuntos novios piensen en ir á la Iglesia. Por ese aturdimiento tan común en la inconstan-

cia de las opiniones públicas, la del pueblo en que nos encontramos pasó de la noche á la mañana por la más violenta transformación. Se acostó, digámoslo así, decidida á echar lejos del pueblo al pintor de paisajes, y amaneció dispuesta á casarlo — ¡friolera! — con la viuda de Guillén. Con la misma frescura que lo había llevado antes á la roca Tarpeya, lo conducía ahora al Capitolio.

Por consiguiente, el matrimonio entre el pintor y la viuda era pan comido, y los trámites del caso habas contadas. En las extravagancias de la descendiente de los Guillenes cabía, como en un saco vacío, la locura de aquel casamiento, y en cuanto al pintor, se daría con un canto en el pecho por atrapar el gato de la viuda. Mientras no llegaba el momento de la bendición, habría entre ellos sapos y culebras; pero los dos eran libres, y el caso trascendía á boda á cien leguas.

Voz del pueblo, voz del cielo. ¡ Ah, cuántas veces no son verdad tan respetables palabras!

¿Qué había en este asunto, que era ya el objeto de todas las conversaciones?... Había algo: el pintor y la viuda se habían encontrado, y se habían reconocido, poco más ó menos, como dos medias naranjas. Encajaban bien los caracteres, las inclinaciones y los gustos... Se encontraban bien el uno cerca del otro... Sus conver-

saciones íntimas eran siempre las mismas.... el Arte. M. Germán le descubría un mundo desconocido de tonos, de luz, de sombras, de perspectivas, de bosques misteriosos, de riberas silenciosas, de cielos y de nubes, de soledades encantadas llenas de ideas, de vida y de sentimientos. La viuda lo oía con la boca abierta, y los dos, vueltos de espaldas al mundo de las realidades, se perdían en el mundo de las creaciones. No eran dos amantes que mutuamente se contemplan; eran dos artistas entretenidos en contemplar los cuadros del gran museo de la naturaleza. En realidad, no había más que esto.

Así pasaron muchos días, hasta que llegó uno en que el pintor iba á continuar su viaje.

— ¡Como es eso! (exclamó Rosalía.) ¡Bah, señor Germán; eso es una locura!

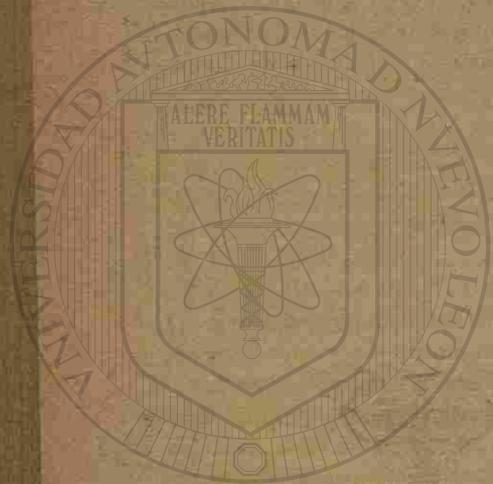
— Me he detenido aquí (le replicó el paisajista) mucho tiempo, y he recogido ya bastantes apuntes.

— ¡Mucho tiempo! (repitió la viuda.) ¡Dos meses! ¿Y qué son dos meses?... Además, estamos á mediados de Marzo, y esto hay que verlo en Abril. Esos apuntes están tomados á oscuras, y hay que rectificarlos á la luz de la primavera. No hablemos más de viaje.

M. Germán se inclinó en señal de obediencia, y no se habló más del asunto.

Á todo esto, el primo Guillén parecía resuelto á tomar las cosas como vinieran.... Visitaba á su prima con más frecuencia que antes, y aunque la procesión fuese por dentro, no quería, sin duda, disgustarla, y se había hecho amigo de M. Germán.





V.

CRIMEN.

LEGÓ Abril, y amaneció un día alegre y risueño, coronado de pámpanos y de flores. La primera luz de la mañana comenzó a desatar sobre el paisaje el lujo inagotable de sus ricos colores. A su paso, las nubes del horizonte se convertían en anchos cortinajes de púrpura recamados de oro, relampagueaba en el agua, hacía platear á lo lejos el verde ceniciento de los olivares y el verde aterciopelado de los viñedos, esmaltaba los montes, se cernía como polvo luminoso sobre la llanura, resplandecía en el aire y azulaba los cielos. Semejante á un pincel prodigioso, manejado por mano invisible, el paisaje iba saliendo de la oscuridad, haciendo huir las sombras delante de sus vigorosos rasgos. ¡Qué corrección de líneas! ¡qué pureza de contornos! ¡qué profundidad de pers-

pectiva! ¡qué viveza en el colorido! ¡qué novedad en los detalles! ¡qué naturalidad y qué gracia en el conjunto! Todas las aspiraciones del Arte se hallaban realizadas, y cuatro pinceladas de luz, lanzadas con supremo desenfado, bastaban á dar vida al magnífico lienzo de la naturaleza.

Pero aquella luz soberanamente artista, que, reflejándose en la bóveda azul del cielo, iluminaba las lobregueces de la tierra, no se daba por contenta con su propia admiración, y, penetrando por las rendijas de las puertas, por las aberturas de las chimeneas, por los agujeros de las cerraduras y por los vidrios rotos de las ventanas, llegaba hasta los ojos dormidos de los vecinos, como si quisiera despertarlos para decirles: «¡Eh!... ¡Vaya un día!...»

Solamente delante de la boca cavernosa de la sima hacía alto, horrorizada; luchaba un momento con la ciega oscuridad que subía del abismo, y huía espantada, dejando entre los dientes de la caverna girones despedazados de su manto luminoso.

La población comenzaba á moverse, y, ya en esta puerta, ya en aquella ventana, iban apareciendo semblantes medio dormidos, bocas que se abrían bostezando, ojos que se entornaban insistiendo en no acabar de despertarse. Las chimeneas, empinadas sobre las pendientes de los

tejados, aquí una, más allá otra, empezaban á lanzar al aire bocanadas de humo, que huían como pájaros que se escapan de la jaula: la vida de la familia se sentía ya dentro de las casas.

De pronto, este movimiento lento y perezoso de una población que despierta, se aumentó extraordinariamente; las puertas se abrían con precipitación, y por las ventanas asomaban cabezas espeluznadas, llenas de curiosidad y de espanto. Los vecinos se preguntaban unos á otros, y unos á medio vestir, y los más sin acordarse ni de la capa, ni de la manta, ni del sombrero, corrían todos en una misma dirección, como atraídos por una misma causa ó impulsados por una misma mano.

La guardia municipal también se había puesto en movimiento, y se hallaban tomadas las salidas del pueblo; no se permitía salir á nadie, y el que entraba quedaba prisionero.

¿Qué ocurría?...

Verdaderamente una cosa terrible.

La gente corría en dirección de la Casa Azul, llamada así porque era el color dominante en los adornos de la fachada. Los centinelas, colocados en los cuatro ángulos del edificio, apenas podían contener á la multitud que lo rodeaba. Se hallaba situada la Casa Azul á la salida del pueblo, y en medio de un jardín cerrado por una verja de hierro. Toda su fábrica consistía en un

solo piso, dividido en dos cuerpos por un pórtico, que venían á ser dos casas unidas por un mismo techo. De las ventanas rasgadas, con antepechos de hierro pintados de azul, pendían persianas de cortina, también azules. En esta casa vivía, como un pájaro en su nido, la viuda del viejo americano, y en aquella mañana de Abril, en que la naturaleza sonreía por todas partes, la hija de los Guillenes había amanecido asesinada en su propio lecho.

El horror se pintaba en todos los semblantes, y la consternación era unánime; pero en la parte más pobre del pueblo, en esa tierra humana menos ingrata y acaso más noble de lo que se cree, donde Rosalía había sembrado muchos beneficios, el furor era inmenso. Las mujeres lloraban desesperadas, los niños gemían asustados, y los hombres, rugiendo como los volcanes que empiezan á hervir, levantaban los ojos al cielo pidiendo justicia, y tendían los brazos buscando al asesino.

¿Cómo se había consumado tan horrendo crimen?... Si hubiéramos de atenernos á las diferentes versiones que corrían de boca en boca, acabaríamos por perdernos en un laberinto sin salida. Para saber los detalles más principales, tenemos que atenernos á las primeras instrucciones del sumario. El Juez, noticioso del suceso, acudió apresuradamente, tal vez pensando que

no sería verdad lo que le decían. Entró en la casa, y penetró en el dormitorio de Rosalía.... La ventana estaba abierta, y el cadáver de la infeliz viuda, bañado en su propia sangre, daba horrible testimonio del delito. No tenía más que una herida estrecha abierta sobre el corazón.... Para asestar esta profunda puñalada, el asesino tuvo que levantar la ropa de la cama, que debía cubrir el pecho de la víctima. Según el reconocimiento facultativo, la herida era mortal de necesidad, y debió causarle una muerte casi instantánea. No había señal ninguna de resistencia ni defensa por parte de la víctima. Era casi evidente que había sido sorprendida durmiendo, y que había pasado en un instante del sueño á la muerte. Á través de los párpados entreabiertos, se veían sus pupilas fijas y aterradas, y su boca, ligeramente contraída, parecía que iba á pronunciar una palabra.

En los muebles no se advertía ningún desorden. Solamente un cantarano de nogal se veía abierto con su propia llave, y dos cajones, que sin duda contenían algo, se hallaban vacíos. Al pie de este mueble brillaba una moneda de oro, y al pie de la ventana otra. Estos pormenores acusaban un doble crimen: asesinato y robo.

La primera declaración fué la de la criada que más inmediatamente servía á la viuda, una pobre muchacha nacida en la casa, y que era públi-

co y notorio que quería á su ama más que á su madre; y, en efecto, se hallaba más muerta que viva, y había que sujetarla, porque se retorció en continuas convulsiones.

Su declaración fué esta:

Que la noche anterior su ama se había recogido temprano, porque no había tenido ninguna visita; que ella se acostó después en su cuarto, inmediato al de su señora. Que le costó mucho trabajo dormirse, porque tenía un peso muy grande en el corazón; pero que al fin consiguió coger el sueño. Que se despertó muy temprano, y entró en el tocador de su señora, y viendo que salía luz por debajo de la puerta que daba al dormitorio de su ama, creyó que se habría levantado, y fué á entrar, encontrando que la puerta no se abría, por tener el pasador echado por dentro. Que entonces dió la vuelta para entrar por la sala grande, y entró, encontrando á su ama asesinada, y que cayó sin sentido al pie de la cama.

Las declaraciones de los demás criados de la casa se reducían á confirmar en parte la declaración anterior, añadiendo que oyeron un grito y acudieron, encontrándose al ama muerta y á Gertrudis tendida en el suelo.

Cada una de estas declaraciones estaba hecha con el terror en el semblante y las lágrimas en los ojos. El Juez, sin embargo, dispuso que fue-

sen presos todos los sirvientes de la casa é inco-municados.

Examinados después minuciosamente todos los pormenores del teatro del crimen, se concibió la idea de que el culpable había entrado por la ventana, y por la misma ventana había salido. En las paredes se veían señales de su paso. Nada más fácil que asaltar la verja del jardín que rodeaba la casa, y trepar por la ventana. Faltaba saber si la víctima tenía costumbre de dejar abiertas las ventanas; pero Gertrudis juraba que la ventana del dormitorio estaba cerrada cuando se acostó su ama.

Se hizo un registro general en toda la casa; se examinaron los cuartos de los criados, sus ropas, sus camas; se hicieron averiguaciones de la vida y de la conducta de cada uno de ellos, y nada se sacó en limpio; el rastro del culpable se perdía entre las manos de la justicia, y las primeras indagaciones del proceso no daban luz ninguna.

Al Juez le ocurrió una idea repentina, y, haciéndose seguir del Escribano, se dirigió á la casa del primo Guillén. Tal vez le llamaba la atención que el único pariente de la víctima no se hubiese presentado en el lugar de la catástrofe. La puerta de la casa estaba abierta, y el Juez penetró en el cuarto del primo Guillén, encontrándolo en la cama, luchando con unos

cuantos amigos, que no le dejaban vestirse. El Juez examinó de una ojeada todos los pormenores de la estancia, y haciendo salir á los amigos, se quedó solo con Guillén y con el Escribano, y mirando fijamente al primero, le dijo:

—El crimen que se ha cometido es horrible.

—Horrible (repitió Guillén). Lo sé todo.

—¡Todo! (exclamó el Juez.) Magnífico. Veamos.

Guillén estaba pálido, y tenía el semblante desencajado. Movi6 tristemente la cabeza, y contestó, diciendo:

—Anoche me retiré temprano del casino.

—¿A qué hora? —preguntó el Juez.

—A las nueve (le contestó). Me sentía mal, y llamé al Médico. Dispuso unos pediluvios, un sudorífico, y me encargó mucho recogimiento, porque tenía calentura, y esta mañana he sabido la terrible noticia.... He querido salir, y no me han dejado vestirme.... ¡Mi prima asesinada y robada!.... Todavía no quiero creerlo.

El Juez elevó el labio superior en actitud reflexiva, mientras que sus ojos recorrían la habitación, como si hubiese entablado un interrogatorio mudo con los muebles. Después salió de la estancia, y examinó una á una á las personas de la casa, que consistían en un mozo de mulas, una mujer del campo que guisaba, barría y fregaba, y en una anciana que había sido nodriza

de la madre del primo Guillén. Estas tres declaraciones, las del Médico y los amigos, confirmaron la del enfermo, y el Juez abandonó la casa cabizbajo.... muy cabizbajo.... No veía más que sombras.

En medio de la calle lo sorprendió el Alcalde, que venía en su busca todo azorado, y poniéndole la mano en el hombro con ademán triunfante, le dijo:

—¡Ya cayó el pájaro! He tenido una inspiración, y dicho y hecho.

Abrió el Juez los ojos desmesuradamente, y el Alcalde añadió:

—No sólo está descubierto, sino convicto y confeso.

—¿Ha declarado?... —preguntó el Juez.

—Es lo mismo, —contestó el Alcalde....

—¿Dónde está el reo?... Vamos: hay que tomarle la confesión con cargos.

—El reo (replicó la autoridad municipal) se lo ha tragado sin duda la tierra, porque no parece por ninguna parte. Ayer á media tarde salió de la fonda, dejándose su maletín y su cartera, y esta es la bendita hora en que no ha vuelto. ¿Qué quiere decir cristiano?...

—¿Pero de quién se trata? —interrogó el Juez.

—¡De quién!.... La cosa está clara.... Del extranjero.... de ese criminal escapado de algún presidio de Francia. ¡Ah! (exclamó, mesándose

las barbas); bien sabía yo que era un malvado... ¡Aquella cara... aquel aire!... Llevaba el crimen escrito en la frente. ¡Y esto es horrible!... ¡La misma víctima fué la que detuvo el brazo de mi autoridad!...

— ¡El pintor! — exclamó el Juez asombrado,
— ¡Pintor! (repitió el Alcalde.) ¡Qué pintor ni qué niño muerto! Ese era el disfraz en que se ocultaba el foragido. Conquistó la confianza de la viuda, averiguó dónde tenía el dinero, se enteró de las entradas y salidas, meditó su crimen, dió el golpe, y ha desaparecido. Ahí está su maleta con cuatro camisas y su cartera con cuatro pintarrajos. Este es el hecho que salta á la vista.

Tan tremenda especie se divulgó con velocidad increíble, y la sensación fué profunda. Las gentes se miraban con ojos atónitos, y todo lo veían claro como la luz del día.

M. Germán era el ladrón y el asesino.



VI.

PROCESO.

EN efecto; la autoridad municipal había puesto una pica en Flandes, porque, no cabía duda, al pintor de paisajes no se le encontraba ni vivo ni muerto. Su desaparición coincidía terriblemente con la ejecución del crimen. Una vez iluminado el proceso con este rayo de luz, partieron exhortos en todas direcciones, y mientras se esperaba la noticia de la captura del criminal, precisamente en el momento en que se disponía á pasar la frontera, en el pueblo se hacían registros domiciliarios, y, por medio de somatenes improvisados por el Alcalde, se daban en toda la jurisdicción municipal verdaderas batidas.

Crecieron los folios del sumario, se aumentó

el número de los testigos, y la popularidad del Alcalde fué viento en popa. Todo el mundo decía: « ¡Qué golpe de vista!... » Asegurada su elección en los próximos comicios, estaba seguro de eternizarse en el poder. Es verdad que á su sombra vivían y medraban muchas gentes de mal vivir, y que con el bastón sobre el tapete solía pasarse las noches enteras en el garito, tirando de la oreja á Jorge; mas, entre tanto, no se le podía negar el mérito de haber sido el primero en poner el dedo en la llaga en el pavoroso asunto del asesinato.

¿Y qué?... Nada. El tiempo corría sin detenerse por tan pequeña cosa; la infeliz viuda estaba ya pudriendo tierra, y, aunque muchas almas piadosas rezaban por su eterno descanso, y muchos ojos agradecidos la lloraban todos los días bendiciendo su memoria, el mundo, lo que llamamos mundo, que está en todas partes, lo mismo en las ciudades populosas que en los villorrios, iba poco á poco olvidando su nombre. El recuerdo de la viuda, llena de salud y de vida, se disipaba, y el horroroso cuadro de la viuda alevosamente asesinada se desvanecía....

Además, el interés dramático estaba agotado, porque evidentemente M. Germán había conseguido burlar todas las pesquisas, y á aquellas horas estaría ya en Pekin comiéndose muy tranquilo las onzas de oro robadas á la casa de los

Guillenes. ¡Qué mundo!.... exclamaba el mundo hablando de sí mismo.

El proceso llegó á su término, cumpliéndose las últimas formalidades judiciales. El reo que resultaba de la instrucción del sumario era M. Germán, de origen francés, de vida ambulante, y aparentemente pintor de profesión. Cumpliendo el plazo de los últimos edictos llamándolo á juicio, se abrió la vista de la causa. En un largo informe demostró el Fiscal que no podía ser otro el culpable de tan horrendo delito. Trazó el cuadro del crimen, primero en la imaginación del reo, después en los medios de ejecución, y por último en la ejecución misma. ¡Qué exactitud! Parecía que el Fiscal lo había seguido pensamiento por pensamiento y paso á paso. Habló del gran poder de la justicia humana, que penetra en los más tenebrosos secretos, y pidió para el culpable la última pena. El Juez firmó la sentencia, fueron los autos á la Audiencia, y allí quedó confirmada la pena. M. Germán fué, por consiguiente, condenado á muerte en rebeldía.

Todo estaba hecho; sólo faltaba que el reo se presentara voluntariamente para ser condenado al suplicio, y he ahí una cosa que nadie esperaba.

En cuanto al primo Guillén, tuvo que guardar cama muchos días, y, según el médico aseguraba, lo había sacado de las garras de la

muerte. Nada más natural. Era ciertamente el único heredero de los cuantiosos bienes de la viuda; pero, así y todo, el golpe había sido terrible, y no podía oír el nombre de Germán sin estremecerse, ni el nombre de su prima sin temblar de pies á cabeza.

Débil aún por los estragos de la enfermedad, vestido de riguroso luto, atravesaba las calles del pueblo como una sombra. Pero, sea como quiera, el que vive hace vida, y al fin iba vi-
viendo.

La viuda del viejo americano había muerto sin testar... ¡Infeliz! No pensaba morir tan pronto; pero ¡ay! nadie tiene la vida en el bolsillo. El juzgado intervino en esta testamentaria *ab intestato*, y los bienes de la viuda fueron judicialmente adjudicados al primo Guillén, como único y legítimo heredero. Aquellos bienes chorreaban sangre, y Raimundo Guillén no tenía manos para cogerlos...

El cantarano abierto por la codicia del asesino contenía gruesas cantidades en alhajas y en dinero, que permanecían allí, porque el ladrón no tuvo tiempo, por lo visto, más que para vaciar dos cajones. De modo que por las puertas de la casa del primo Guillén entró un río de oro. Sin embargo, este gran consuelo no disipó la sombra de tristeza continuamente suspendida sobre la frente del heredero, y empe-

zaba á ser impertinente tanto luto de alma y de cuerpo.

El corazón humano es, por regla general, tierno, y empezaba á interesar tanta tristeza unida á tanta fortuna. Bien mirado, es una locura afligirse por las cosas que no tienen remedio, y una tontería afligirse por las que lo tienen, puesto que lo tienen. Luego... ¡ya se ve!... vosotros que me oís, os moriréis también, perdonadme esta franqueza, porque al fin todo el mundo se muere; y os llorarán. ¡Vaya si os llorarán!... ¡Pero pedidle á Dios que no les caiga el premio gordo de la lotería á los que os lloren en el momento en que os estén llorando.

La fortuna tiene también sus compromisos. El primo Guillén, reducido á la cuarta pregunta, hubiera podido llorar á su prima hasta la pared de enfrente; pero el primo Guillén, rico, tiene que mirar las cosas de otra manera. Si sigue así acabará por morirse; y ¿qué va á ser entonces de toda esa riqueza que la suerte ha puesto en sus manos?... El apellido que lleva le impone un deber... el deber de casarse.

Así se explicaban algunas madres de familia, á lo cual asentían muchas jóvenes juiciosas, que no pensaban encerrar su juventud en un convento.

Realmente era un gran partido, y todo corazón de mujer medianamente sensible debía con-

moverse viéndolo, porque, en verdad, parecía haberle caído el mundo encima: ¿y cuándo?... Precisamente cuando podía ser el hombre más dichoso de la tierra. Convengamos en que esto debía partir el alma de todas las muchachas casaderas del pueblo. Siempre se distinguió la fisonomía del primo Guillén por la dureza del entrecejo; pero desde el terrible drama de la Casa Azul, la línea que marcaba su frente se había hecho más continua y más profunda.

No era, sin embargo, el león tan fiero como lo pintaban, porque no se mostraba del todo indiferente á las sonrisas que por todas partes le salían al paso; se dejaba querer, sembrando esperanzas en muchos corazones.

Por lo demás, no hacía alarde ninguno de su nueva opulencia: la misma casa, la misma mesa, los mismos criados... todo en su vida era lo mismo que antes: sólo él era otro. Nadie diría que acababa de heredar los cuantiosos bienes de su prima. Eso sí, dentro de su casa, sin duda por distraerse, repasaba los títulos de pertenencia, examinaba los contratos de arrendamiento, y hasta, encerrado en su cuarto, solía contar una á una, formando pesados paquetes, las onzas de oro de Carlos III que del cantarano de la viuda habían pasado á su gaveta.

También, por pura distracción, y como quien no quiere la cosa, mejoraba las condiciones de

los contratos, subiendo el valor de los arrendamientos y el precio de los alquileres, pues la viuda en este punto había tenido la manga muy ancha, porque decía que también era preciso que los pobres vivieran, y todo iba manga por hombro. Por medio de estas distracciones hizo subir los productos de la herencia, en cuatro plumadas, más de la tercera parte de sus anteriores rendimientos, encontrándose con un capital de cinco millones de reales, limpio de polvo y paja, que le daba la respetable renta de quince mil duros á toca teja.

Una mañana se despertó dominado por una idea repentina. Se le había ocurrido la diablura de hacer un viaje. Ante la noticia de semejante propósito, las sonrisas más encantadoras se helaron en las bocas más bellas.

— ¡Un viaje!... (exclamaban.) ¡Qué locura!...

— ¡Locura!... (replicaba él.) ¿Por qué?... Los viajes instruyen y yo necesito dar una vuelta por el mundo. El fin trágico de mi pobre prima me persigue aquí por todas partes.

Pobre la llamaba el mismo que acababa de heredarla. ¡Qué cosas tiene la lengua!...

— ¡Una vuelta por el mundo!... (decían las madres y las hijas.) Sí, bueno está el mundo para darle vueltas. Dejar su casa, sus amigos... su pueblo.... Vamos, eso no tiene pies ni cabe-

za.... ¿Y qué se le pierde en el mundo?... Aquí se vive.... hay paz.... todos nos conocemos, y, mal que bien, si no se siega, se espiga.

Todas estas razones habrían convencido á cualquiera; pero al primo Guillén se le había puesto el viaje entre ceja y ceja, y no lo apeaban de su idea ni á tres tirones.

Prometía volver pronto, muy pronto.... ¿Qué tenía él que hacer en el mundo?... No quería más que darle un *vistazo*.

No era cosa de atarlo como un loco, y fué preciso resignarse al contratiempo de su ausencia. Después de todo, no sería muy larga. Había prometido volver, y volvería.... ¡Bah!.... No se olvida tan fácilmente el pueblo en que se ha nacido.... Volvería.... ¡Vaya si volvería!.... Esto era una esperanza.

¿Cuántos castillos en el aire se desvanecieron ante la perspectiva de la ausencia?... ¡Quién sabe!.... ¡Se habían hecho tantos!....

El primo Guillén se iba; decididamente se iba.... Sus maletas estaban ya en la casa de la diligencia.... Suceso extraordinario: medio pueblo salió á despedirlo. Hubo sonrisas y lágrimas, abrazos y apretones de manos, y por último el mayoral subió al pescante, sonó el chasquido de la *tralla*, y el coche partió al gran trote.

Al perderse en la primera revuelta de la carretera, se agitaron muchos pañuelos. Algunas

bocas frescas y sonrosadas exclamaron con verdadera lástima:

— ¡Solo! ¡Solo por esos caminos!....

Entre tanto el proceso archivado en la escribanía del actuario esperaba con la boca abierta que el reo condenado á la última pena viniera *motu proprio* á clavarse en sus dientes.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VII.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN BRINDIS.

Los reyes se van... cierto... así lo anuncian todas las señales. Y bien: no hay que afligirse, porque, del mal el menor, nos dejan sus comitivas. Quiero decir, que los cortesanos no abandonan las cortes. ¿Habéis visto alguna vez ponerse el sol? Es probable, si no sois ciegos. Pues bien: habréis visto sus reflejos en las nubes y en el aire mucho tiempo después de haber desaparecido debajo del horizonte.

La corte viene á ser un crepúsculo, el doble crepúsculo del astro que se pone y del astro que nace. Consolémonos, porque, sean las que quieran las vicisitudes que se oculten en lo por venir, Madrid será siempre la corte, esto es, el centro de la vida, del poder, del lujo y de la

alegría... Es el salto de Leucades si se atiende á que allí todo se olvida. El placer se multiplica en mil formas diversas, y nos lleva y nos trae, nos sube y nos baja á qué quieres boca. Aquello es coser y cantar, y arre que es tarde; falta textualmente tiempo para ser dichoso. Habrá sus miserias, sus dolores... ¡Phs!... es posible, porque no ha de ser todo picos de rollo; pero no se ven, y á los ciegos la luz les importa lo que la carabina de Ambrosio. Vamos, Madrid es otro mundo.

Á Madrid fué á parar el primo Guillén con sus cinco millones de capital y sus quince mil duros de renta, y, preciso es decirlo, cayó de pie; y ¡qué demonio!; no era tan ingrato que no se encontrara allí como el pez en el agua. ¡Ya se ve! Empezó á escupir por el colmillo, y todo el mundo lo recibía con los brazos abiertos. Él mismo no comprendía cómo había podido vivir treinta y cinco años fuera de Madrid. Se hallaba instalado en una casa lujosamente amueblada, tenía su lacayo con librea siempre en el recibimiento, y el coche esperando en la puerta. Su cocinero era una alhaja, porque el triste heredero de la infortunada viuda daba almuerzos y comidas á sus numerosos amigos.

¡Triste!... ¡Bah! No tanto; aquellos ojos miraban ya de otra manera; aquella boca se sonreía á dos menos tres, y la línea tenaz que mar-

caba su frente empezaba á borrarse como una tempestad que se disipa. Poco á poco se le había ido cayendo el pelo de la dehesa, y si su propia madre hubiera levantado la cabeza del sepulcro, no lo habría conocido.

Pronto se familiarizó con todas las encantadoras disipaciones que el siglo ofrece, y su gusto se refinó; sobre todo, su paladar se hizo exquisito... Los buenos vinos formaban el lujo principal de su mesa: hacía beber á sus amigos, mas él se contenía siempre dentro de una templanza casi virtuosa.

Empezaba á ser visible en la alta sociedad; su nombre se oía sin extrañeza, pronunciándose á menudo en los salones. Se le llamaba sencillamente Guillén, como si fuese el único Guillén del mundo; y, Guillén arriba, Guillén abajo, entró en el número de esas gentes que se encuentran en todas partes, y que los periódicos, al reseñar los pormenores de toda fiesta, designan con el nombre de concurrencia escogida. Y, en honor de la verdad, Guillén había adquirido muy buenos modales; pronunciaba muchas palabras en francés, y estaba siempre al corriente de todas las novedades del día.

Entre los amigos que más frecuentaban su trato, prefería á tres: un Barón risueño, robusto y rubicundo, que todo lo veía de color de rosa; un Coronel cetrino y bilioso, que todo lo encon-

traba fusilable, y Guillermo, hombre de mundo, fino y flexible, que lo mismo le daba por lo que iba que por lo que venía.

Los cuatro camaradas se entendían perfectamente, y la mesa de Guillén los reunía dos veces á la semana. Ahora precisamente están de sobremesa, hablando por los codos y revolviendo el mundo, como si el mundo no estuviese ya por sí mismo bastante revuelto. Rodando la conversación, habia venido á parar á un caso muy corriente en nuestra historia contemporánea. Se trataba de un pronunciamiento, militar por supuesto, en el que el Coronel no habia tomado parte, y el Barón lo ponía en los cuernos de la luna, llamándole hecho glorioso.

— ¡Crimen!... (replicó el Coronel.) ¡Ah! Yo hubiera fusilado hasta las ratas.

La palabra *crimen* nubló la frente de Guillén, haciendo aparecer la línea fatal de su entrecejo.

— Crimen ó hecho glorioso (dijo Guillermo), ¿qué más da? Puntos de vista.

— El crimen (insistió el Coronel) es siempre crimen. Si las víctimas inmoladas á la ambición salieran del sepulcro...

— ¡Diablo! (exclamó el Barón.) Aunque algo lúgubre, eso sería encantador, y es lástima que vivamos privados de la emoción de ese espectáculo. A lo menos, no sería fácil negarle el en-

canto de la novedad. ¿Qué tal, Guillermo? ¿Qué le parecen á V. las víctimas saliendo del sepulcro?...

— ¡Phs! (contestó el hombre de mundo.) No he sido nunca víctima... y, por lo tanto, no tengo grande interés en que los muertos abandonen sus sepulturas. Esto no quiere decir que, si convenimos en que sería un bello espectáculo, me oponga á que los sepulcros se abran y empiecen á salir las víctimas.

Contradecir al Coronel era tanto como ponerlo en el disparadero; equivalía á empujarle por la pendiente de los mayores desatinos. Así es que miró militarmente á entrambos interlocutores, como si se dispusiera á tomarlos por asalto, y dijo:

— Vds. se burlan de mis palabras. La idea de los muertos saliendo de sus sepulcros pidiendo justicia les hace gracia. Pues bien: ¿qué dirían Vds. si salieran?

Á un mismo tiempo Guillermo y el Barón arquearon las cejas y se encogieron de hombros. El primero añadió:

— Entonces, diríamos que los muertos viven.

— ¡Pues viven! — dijo el Coronel, dando una gran palmada sobre la mesa.

Ya estaba en el disparadero.

— ¿Viven?.... — preguntó Guillén con ojos espantados.

—Sin duda (contestó el Barón). Á lo que se ve, morir no es más que quedar de reemplazo: situación no muy lisonjera; pero al fin en actitud de volver al servicio activo.

—Es evidente (añadió Guillermo). Sobre todo, si los muertos son electores; en cuyo caso dejan muy frescamente el cementerio y acuden á votar al candidato del gobierno; después se vuelven paso entre paso á sus respectivas sepulturas, y pueden decir, aunque sean jóvenes, que han echado una cana al aire.

Levantó el Coronel el puño sobre la mesa, pero el rayo se detuvo en el aire, porque allá en los rincones de su entendimiento, no muy claro, asomó la cabeza una idea en él extraordinaria, y que al pronto le pareció prodigiosa. Realmente no le importaba gran cosa que los muertos cerrasen ó no los ojos para siempre, y jamás se había metido en esas averiguaciones; pero ante la burla de sus amigos, la cosa era clara como la luz del día.

—Asesinad (dijo) á un hombre, y que lo entierren.... ¿Creeréis que ha muerto?....

—Á lo menos (advirtió Guillermo), habrá que suponerlo.

—Pues haceos cuenta de que lo han enterrado vivo, y que saldrá de su sepultura para seguirnos por todas partes.... En los estremecimientos de la agonía lo veréis siempre delante de vuestros

ojos, con el puñal clavado en el corazón; irá donde vayáis, estará donde miréis. Vosotros sois sus asesinos, y sólo para vosotros no ha muerto.

—¡Bravo!—exclamaron á la vez el Barón y el hombre de mundo.

Guillén se levantó para aplaudir; pero el aplauso no sonó en sus manos.

—Eso (dijo el Barón) es cargarnos á la bayoneta. Y es triste cosa que sea indispensable el asesinato para ver á un muerto andar por el mundo, como si solo los asesinos tuviesen ojos en la cara.

—No nos va mal (advirtió Guillermo) sin esos espectáculos sepulcrales; mas no debemos ser egoistas, y estoy dispuesto, por mi parte, á ser espectador, si el caso se presenta.

—Muy bien (dijo el Barón). Acabamos de hacer por la vida, y estamos hablando de la muerte. Estas dos ideas parecen inseparables, únamlas con el vínculo de un brindis.

El Barón se puso en pie, levantando su copa á la altura del rostro. Guillermo y el Coronel hicieron lo mismo; pero el primo Guillén permaneció sentado.

—¿V. no brinda?—le preguntó el hombre de mundo.

—¿Á qué?—dijo, poniéndose de pie y tomando su copa.

— Ahora veremos (le contestó el Coronel). El Barón es el encargado de pronunciar el brindis.

— Brindo (exclamó éste), en primer lugar, por la salud de todos los muertos. Brindo, además, porque todo cadáver que tenga alguna queja pendiente en este mundo, venga á pedir justicia y se haga visible á los ojos de todos.

Las copas del Barón, de Guillermo y del Coronel chocaron entre sí, y tuvieron que ir á buscar la de Guillén para chocar también con ella. Después los cuatro amigos bebieron.

En aquel momento la luz del gas que iluminaba el comedor se apagó un instante, reapareciendo de nuevo, después de un segundo de oscuridad.

— ¡Magnífico! (exclamó el Barón.) Nuestro brindis ha resonado en el otro mundo, y la eternidad nos contesta. Naturalmente: hemos brindado con un *anisete de Burdeos* capaz de resucitar á un muerto.

Al pronunciar el Barón su última palabra, el timbre del reloj sonó tristemente, dando las once. Guillén siguió con oído atento las notas lúgubres y graves del timbre, y con voz apagada, y como si hablara consigo mismo, dijo:

— ¡Las once!....

Por el modo de pronunciar esa palabra, creyeron sus amigos que era la hora de una cita ó la hora de un recuerdo; y como para el Barón era

la hora del Casino, para el Coronel la hora del café y para Guillermo la hora de los salones, los tres salieron del comedor alegres y animados: la comida había sido opípara, y la conversación muy divertida.

El primo Guillén se encontró solo, y se resregó los párpados, como si tuviese telarañas en los ojos. Encendió una bujía, y salió del comedor, dirigiéndose á su cuarto. Sus pies se hundían en lo mullido de las alfombras, y su paso parecía vacilante. La luz que llevaba en la mano iba rompiendo la oscuridad de las habitaciones que atravesaba. Sombras confusas flotaban delante de sus ojos, como si quisieran cerrarle el paso; mas al acercarse huían, se deslizaban por las paredes, yendo á esconderse en los anchos pliegues de los cortinajes, detrás de los cuadros y en el fondo de los espejos. Al llegar á la puerta de su dormitorio, se detuvo, haciendo ademán de retroceder.... Su cabeza estaba, por lo visto, llena de visiones. El platillo de la bujía que llevaba en la mano, reflejándose sobre la alfombra, proyectó un círculo oscuro y profundo; creyó que iba á precipitarse en el fondo de un abismo, y se agarró al quicio de la puerta.

Entró en el dormitorio, y un relámpago de color de sangre deslumbró sus ojos, obligándole á cerrar los párpados.... ¡Qué capricho!.... El tapiz de las paredes, la seda de los cortinajes y el

rico damasco que cubría la cama, eran encarnados, y la luz, al reflejarse en ellos, producía aquella claridad ensangrentada.

Se acostó, mas no pudo dormirse, porque en aquel lecho blando, rico y perfumado, no estaba el sueño que buscaba.



VIII.

LA MUERTE.

Qué contrastes tiene la vida! Acabamos de dejar al heredero de la viuda Guillén revolcándose en su fastuoso lecho, sin poder conseguir las dulzuras del sueño, después de una mesa espléndida y de una conversación, original si se quiere, lúgubre, sepulcral, pero sumamente divertida, y ahora, á las pocas noches del banquete, del brindis y del insomnio, lo encontramos en medio de la brillantez del mundo, formando parte de la escogida concurrencia de un teatro, en el que, por un cambio natural de las cosas, la verdadera comedia se ejecuta entre los espectadores; porque, es inevitable, el principal actor de todo espectáculo teatral es el público.

Si es permitido llamar todavía joven á un hombre que ha cumplido treinta y cinco años,

y pobre al que posee quince mil duros de renta, nos permitiremos exclamar: «¡Pobre joven; no pudo dormir en toda la noche!...» Y si esta consideración lastimosa nos aflige, podemos consolarlos, porque al fin vive bien, tiene amigos, frecuenta la buena sociedad, anda en coche y asiste á los teatros.

Eso sí; el brillo de sus ojos aparece un tanto empañado...; sus miradas son algo recelosas...; hay en su boca contracciones que se pueden tomar por sonrisas; la arruga del entrecejo se marca en su frente con bastante insistencia. Bueno, ¿y qué?... Cada uno tiene sus disgustos y sus inquietudes; no es cosa de estar siempre alegre como unas castañuelas. ¿Hay algo en el mundo más vulgar, más ramplón que una cara de pascua?... Mucho dinero... sí, señor... ¿por qué negarlo?; mas los ojos serenos, las miradas tranquilas, las sonrisas ingenuas y las frentes tersas, no se alquilan. La felicidad, que es una flor, —ella misma lo dice, —tiene también sus espinas.

Importa poco que sus disgustos ó sus inquietudes los dejara en el rincón escondido de su casa, ó los llevara en el rincón oculto de su pensamiento. El caso es que estaba allí como una buena alhaja en su estuche, como uno de tantos, saboreando el placer de la concurrencia. Nadie le había de preguntar si era feliz ó desgraciado... porque el mundo del placer no se mete nunca

en esas honduras; su curiosidad no pasa del palco ó de la butaca, del frac y del coche.

Allí estaba, en efecto, hablando con los amigos, sonriendo con ésta ó con aquélla, saludando aquí y allá, sondeando, digámoslo así, el concurso con sus gemelos de concha... Era una noche en que los actores de la escena que está al otro lado del telón hacían esfuerzos heroicos por despertar el entusiasmo del público; pero en esta noche no corría el humor de los aplausos. Algunas palmadas solitarias solían resonar en las galerías, más se apagaban lo mismo que antorchas que se sumergen en el agua. El público era numeroso, pero frío; sólo se animaba en los entreactos, en ese momento en que la concurrencia de los palcos y de las butacas se recrea en sí misma.

Por allí andaban el Barón, Guillermo y el Coronel. El primero en sus glorias hallándolo todo encantador; el segundo, risueño, dispuesto á aplaudir si se aplaudía, y á silbar si se silbaba; el tercero, en fin, desesperado, furioso contra la empresa, fusilando sin misericordia.

Guillén, de pie delante de su butaca, aprovechaba el estruendo, hojeando con miradas distraídas aquel libro desencuadernado de cabezas humanas. Sus ojos, hasta entonces indiferentes, fueron á fijarse á corta distancia, y allí permanecieron absortos y como atraídos por una fuerza

irresistible. La arruga de su frente se hizo más profunda y el fruncimiento de su boca más duro. Cualquiera diría que un espectro acababa de aparecer delante de sus ojos. ¿Qué veía? ¡Ah!.... La cosa más natural del mundo. Una cabeza de mujer reclinada sobre el respaldo de la butaca. Tenía los párpados caídos, y la sombra de las pestañas, negras como el azabache, hacía más grande el hueco de los ojos; se distinguían sus manos sin guantes cruzadas sobre el pecho. Estaba dormida....; dormida ó muerta, porque la palidez de su rostro era cadavérica, y sus labios, entreabiertos y descoloridos, parecía que acababan de exhalar el último aliento de la vida, y el color rojo de la butaca hacía creer que flotaba en un mar de sangre.

Guillén tuvo que hacer un esfuerzo para no caer, pues sintió una especie de vértigo, como si su cabeza diera vueltas sobre su cuello, y aquel semblante inmóvil girase alrededor de su cabeza... El terror que experimentaba le hacía sentir un frío mortal; no el frío que hiela la piel, sino el frío que hiela los huesos, porque el rostro de la mujer muerta ó dormida.... era el rostro de Rosalía; en él se hallaban todas sus facciones, y habría sido imposible no reconocerla.

En medio de tan numerosa concurrencia, el primo Guillén se encontraba solo frente á frente de su prima asesinada. Las cabezas de la multi-

tud, que en torno suyo se movían, formaban á su alrededor una danza fúnebre de movimientos, de gestos, de contorsiones, confusión fantástica de cabezas que se agitaban en continuo oleaje; el murmullo de tantas voces reunidas llegaba á sus oídos como el rumor de un trueno subterráneo, y la luz brillaba y se oscurecía en relámpagos incesantes. El mundo había perdido de pronto toda su realidad, y Guillén no veía más que fantasmas. Solamente aquel rostro conservaba su terrible semejanza.

¿Cuánto tiempo estuvo bajo el poder de estas visiones?... No se sabe, porque hay momentos pavorosos en que el tiempo no tiene medida... El peso de una mano que se apoyó en su hombro le hizo salir del abismo en que había caído. Volvió bruscamente la cabeza, y se encontró con la sonrisa del Barón, el cual, acercándose á su oído, le dijo:

— ¡Bravo!.... ¿Se coquetea, eh?... ¡Soberbio!.... ¡Ah!.... Siento haberle interrumpido.

Guillén asió el brazo del Barón, preguntándole:

— V. conoce á todo el mundo.... ¿Quién es aquella mujer?

— ¿Aquella? (le contestó.) ¡Bah!... En vida no sé quién sería. Ahora me parece sencillamente una muerta.... ¿Tenemos entre manos un amor póstumo? Bien. La aventura no deja de tener

novedad... Adelante... adelante, porque la difunta es todavía bastante hermosa.

Dicho esto, dió media vuelta, y se fué riendo á carcajadas.

Después del Barón pasó por allí Guillermo, y Guillén lo atrajo hacia sí, preguntándole:

—¿Conoce V. á aquella mujer?...

—No (contestó); ó más bien, sí: ¿quién es?...

Una mujer, y no hay más que averiguar, porque todas son iguales. No profeso particular predilección á ningún tipo determinado, mas reconozco el mérito de la que tenemos á la vista; es una mora del tiempo de Boabdil; tiene el sello de la raza en todas sus facciones; debajo de esos párpados deben ocultarse unos ojos magníficos....; el dibujo de la boca es inequívoco.... No aseguraré que tiene sangre en las venas, porque su palidez es cadavérica; no obstante, si alguna vez la ha tenido, ha debido ser sangre árabe. Parece que está únicamente dormida, y si V. consigue despertarla, podrá decir que la ha hecho salir del sepulcro....

Habló así, sonriendo con afable cortesía, á tiempo que una corriente de espectadores se lo llevó, lo mismo que una ola se lleva una pluma. La misma oleada que se llevó á Guillermo, empujó al Coronel hacia el sitio en que Guillén se hallaba. Éste lo cogió del brazo, y oprimiéndolo convulsivamente, exclamó:

—¡Coronel!....

—¡Oh amigo mío!—le contestó, con la misma dulzura con que hubiese dado la voz de fuego en un día de batalla.

—Quisiera.... —añadió Guillén.

—Comprendido (dijo cortándole la palabra). Ese entrecejo amenazador, esa palidez colérica, esa boca airada, me lo dicen todo. Casualmente me coge V. en un momento en que aplastaría al mundo de una sola puñada.

Y tirándose violentamente de sus largos y encrespados bigotes, rechinó los dientes, añadiendo:

—¡Calma!.... Vamos con calma. Ante todo, acepto el encargo. ¿Á quién he de dirigirme?....

—¡Á quién! —exclamó Guillén sorprendido.

—Eso es (insistió). Y desde ahora le aseguro que, si yo intervengo en el asunto, ha de ser á muerte.

—¡Á muerte! —volvió á exclamar Guillén.

—¿No? (preguntó el Coronel.) ¿Le aterra á V. la idea de atravesar de una estocada el pecho del adversario?.... Vamos á ver: ¿V. no ha matado nunca á nadie?....

—¡Yo!.... —dijo Guillén, abriendo espantosamente los ojos.

—¿Entonces de qué se trata?.... ¿De un encuentro á primera sangre?....

—¡Sangre!.... (murmuró Guillén.) ¡Siempre sangre!....

Miró el Coronel atentamente á su amigo. ¿Qué significaba aquella exclamación?... Porque, suponiendo su perspicacia que Guillén sólo podría necesitarlo para intervenir en un lance de honor, no comprendía el terror que se dibujaba en la palidez de su semblante.... «¡Sangre!... ¡Siempre sangre!...» ¿Qué quería decir esto? ¿Era tan cobarde que temblaba ante la idea de un rasguño? ¿Ó era un hombre feroz, cansado ya de matar gente?...

Después de un momento de reflexión, se encogió de hombros, diciendo:

— No nos entendemos.

Guillén se pasó la mano por la frente, como si quisiera arrancar de ella la nube que la oscurecía.

La muerta, si puedo decirlo así, no estaba completamente muerta, ó, por lo menos, al dejar el sepulcro debió encontrar á la mano un soplo de la vida mortal que nos anima en nuestro paso por la tierra.

No poseía ciertamente la ubicuidad necesaria para ver al través de los párpados, y, aunque con solemne lentitud, abrió los ojos, lanzando sobre el primo Guillén una mirada dura, tenaz y profunda.

Por un impulso involuntario de todo su ser, el heredero de la viuda asesinada retrocedió ante aquellas pupilas, fijas en él, como si quisieran detenerlo y sujetarlo. No era esta la única señal de

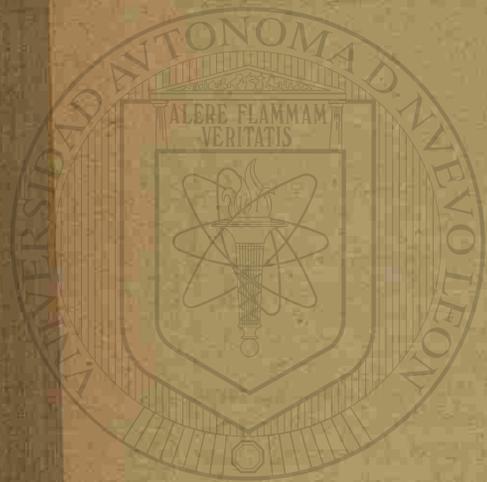
vida que notaba, porque advertía en los labios de la muerta ligeras contracciones; parecían prontos á exhalar un grito, y al mismo tiempo parecían empeñados en contenerlo.

Guillén siguió retrocediendo, sin apartar los ojos del semblante de la difunta, que lo seguía con su mirada fija y terrible....

Huía el primo de la viuda, poseído de un terror indecible, y buscó un refugio entre la concurrencia que se arremolinaba en el pasillo abierto entre las butacas.

Este torbellino humano, en el cual hubiera querido sumergirse, lo empujó hasta arrojarlo fuera del teatro.... Parecía que el mundo quería interponerse y sustraerlo á la acción de aquella mirada que helaba su sangre; pero el poder del mundo era esta vez inútil, porque el semblante de la muerta parecía estampado en los ojos desencajados del primo Guillén, y la veía por todas partes.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IX.

AVENTURA PÓSTUMA.

NDUDABLEMENTE la viuda del americano había sido asesinada; el proceso incoado en averiguación del terrible suceso daba patente testimonio del caso: todo el pueblo había asistido al entierro de la víctima, y no había vecino que no hubiese visto por sus propios ojos el cadáver de Rosalia; tenemos, pues, acerca de su muerte, completa evidencia.

Por lo que hace á Guillén, poseía en todo el rigor de la palabra datos más positivos; poseía ¡friolera! por herencia legítima, á todas pasadas, los bienes de su prima, duro sobre duro.... Se encontraba dueño de rentas muy respetables, y su vida de príncipe le atestiguaba á cada instante la muerte de su prima. Tampoco, pues,

podía dudar que la ilustre descendiente de los Guillenes estaba pudriendo tierra.

Ahora bien: nosotros, por estupendo que sea el caso que se nos presenta, somos bastante preocupados para creer que la misma Rosalía en persona ha vuelto á la vida... ¡Bah!... Los muertos no resucitan, y, en todo caso, ¿habría dejado la paz del sepulcro, sólo por el capricho de sorprender al primo con su presencia en medio del fausto del mundo? Y si era ella... si podía probar la identidad de su persona y la realidad de su vida, ¿cómo no había reclamado ya la posesión de unos bienes de cuyo dominio había sido arrancada por la mano alevosa de un asesino?...

Estas razones, verdaderamente de cajón, son bastantes para tranquilizar las inquietudes de nuestra incredulidad; Guillén, tan incrédulo como nosotros, en otra ocasión cualquiera se hubiese reído á carcajada tendida de la estupenda aparición de su prima; pero en el presente caso se reunían tan fantásticas circunstancias, le tocaba el asunto tan de cerca, que su espíritu, lleno de todas las incredulidades del día, se hallaba, sin embargo, poseído de horribles confusiones.

La semejanza entre la muerta y Rosalía no formaba un suceso tan extraordinario que pudiera causar tan honda impresión en el ánimo de

Guillén.... Dos mujeres que se parecen no es ciertamente cosa nunca vista. La naturaleza, tan propensa á la variedad, suele repetirse, y alguna vez se copia... Además, entre todos los seres de la creación, las mujeres son las que más se parecen entre sí, ó, mejor dicho, las que menos se diferencian.

Perfectamente... La mera semejanza no hubiera causado en Guillén más que una emoción momentánea, la impresión de un recuerdo doloroso... porque, al fin y al cabo, no podía ser insensible al desastroso fin de su prima, sobre todo cuando á su inesperada muerte le debía la opulencia en que se hallaba.

Pero la semejanza que acababa de herir sus ojos era demasiado fuerte; no consistía en algunos rasgos análogos, en cierta conformidad de pormenores que hacen á primera vista confundir una persona con otra. No era su recuerdo, su sombra, su imagen... era Rosalía misma. Á lo menos, Guillén la reconocía en todos sus detalles, no encontraba en ella nada que no atestiguará la identidad de su persona; cuanto más la miraba, más auténtica le parecía aquella maravillosa semejanza...

Tal vez si la hubiese visto, digámoslo así, viva, participando de la animación de la concurrencia, saludando á unos, sonriendo á otros, asestando los gemelos en todas direcciones, el

primo Guillén no habría reparado en ello porque la alegría de la vida, ¿en qué puede asemejarse á la tristeza de la muerte?... Pero en aquella palidez sepulcral, en aquella inmovilidad cada-
 verica... se destacaban tan fielmente las facciones de Rosalía... que Guillén sintió estamparse en su alma la imagen de su prima.

Y bien... ¿Qué hacía aquel cadáver en medio de aquella fiesta? Una mujer viva es capaz de todo... Bueno; convengamos en ello; pero una mujer muerta y enterrada, ¿cómo puede abandonar la sepultura para ir á ocupar la butaca de un teatro?... Y cualquiera que fuese el espíritu que animara aquellos restos mortales, ¿acaso estaba allí?... ¿qué parte tomaba en la fiesta?... ¿qué objeto tenía allí su fúnebre presencia?... No sería ciertamente el empeño póstumo de lucir su *toilette*, porque la difunta, envuelta en una especie de túnica negra, más parecía amortajada que vestida... ¿Qué más? Sobre el fondo oscuro de sus rizos mal recogidos alrededor de la cabeza, asomaban los botones amarillos de algunas siemprevivas: esas flores de los sepulcros componían todo el adorno de su prendido.

Así reflexionaba el primo Guillén, repasando uno por uno todos los detalles de aquella fantástica semejanza, y su pensamiento, lleno de pavorosas visiones, se agitaba, dando vueltas en su imaginación como un torbellino. La razón que-

ría levantarse é iluminar las confusiones de su espíritu; pero la imagen de Rosalía se alzaba á su vez, cubriendo de sombras sus pensamientos.

Se hallaba solo en uno de los salones de descanso, porque, terminado el entreacto, los espectadores habían vuelto á ocupar sus asientos, y allí gesticulaba y hablaba en alta voz, como si de este modo diera más fuerza á sus razones.

—No puede ser (decía); yo soy un insensato; los muertos no resucitan, no han resucitado nunca, no pueden resucitar... ¿Soy acaso un niño á quien se le puede asustar con cuentos de apariciones?... ¡Quién cree ya en esas vejezes de la ignorancia!... ¡Demonio!... La cosa es peregrina... ¡Rosalía saliendo del sepulcro para asistir á una función de teatro!... ¡Qué desatino! ¿Y cómo se me ha metido á mí esto en la cabeza?

Aquí hubiera querido reirse de sí mismo; pero sus ojos implacables le presentaban la fúnebre imagen de su prima, y la risa se helaba en sus labios.

—Bueno (continuaba diciendo): es... ¿Y qué?... Habría hecho un viaje inútil; porque ¿quién había de creer que era ella? Sería curioso que los muertos vinieran á comulgar á los vivos con ruedas de molino.

Quería animarse así con la burla de sus palabras.

—Y en resumen (añadió): ¿quién la ha llamado?...?

En vez de contestar á esta pregunta, se mordió la lengua, porque surgió del fondo de su memoria un nuevo espectro: el recuerdo del brindis.

Entonces se pasó la mano por la frente, como si quisiera arrancar de sus ojos la nube que oscurecía su entendimiento...

El incrédulo es un ciego que anda á tientas, y, como no ve nada, en todo tropieza.

Sin embargo, el primo Guillén no podía creer en la estrambótica aparición de Rosalia; pero la imagen de la muerta se había apoderado de sus ojos, y era dueña de su pensamiento. Todos los esfuerzos de su razón incrédula eran inútiles, porque no podían arrancar del fondo de su alma aquella sombra que lo perseguía.

Haciendo un esfuerzo supremo, apretó los puños, rechinó los dientes, y se dijo á sí mismo:

—¡Imbécil!... ¿Crees que pueden resucitar los muertos?

Luego reflexionó un momento, añadiendo:

—¡Y quién es esa mujer!... ¡Bah!... Es preciso saberlo... Después de todo, muerta ó viva, aún es joven y bastante hermosa... Una aventura póstuma... ¡Oh! ¡esto es sublime!... Vamos; la cosa va á ser divertida...

Dijo estas palabras con voz sorda, como si no se atreviera á pronunciarlas, y con la violencia

del que intenta ocultarse á sí mismo el terror que lo domina, como el que cierra los ojos para no ver el abismo á que va á precipitarse, el primo Guillén se lanzó á la puerta del salón, y recorrió con ímpetu la cortina que la cubría; los anillos que sujetaban el pesado cortinaje crujieron en los oídos de Guillén como huesos humanos que se chocan, y el hueco de la puerta se dibujó ante sus ojos como un sepulcro abierto...

Sin poder contenerse, retrocedió algunos pasos... y vió aparecer en el quicio de la puerta una sombra informe, que se adelantó como empujada por el aire. De pronto tomó aquella oscuridad las formas de una figura humana, y Guillén, atónito, mudo y aterrado, se encontró frente á frente de la muerta.

Era ella, envuelta en su túnica negra, flotando sobre sus hombros rígidos fúnebres crespones, con su corona de siemprevivas y su palidez cadavérica... Guillén quiso exhalar un grito, que se ahogó en su garganta; un sudor frío inundó su frente, y buscó á su alrededor un refugio donde esconderse.

Entonces se vió rodeado de espectros: la imagen de la muerta, repetida por las lunas de los espejos que cubrían las paredes, se multiplicaba para rodearlo, para envolverlo, cortándole el paso. Aquellas figuras negras daban vueltas en torno suyo, formando un torbellino de sombras;

sentía vacilar el pavimento bajo sus plantas, y veía abrirse el techo sobre su cabeza. Quiso cubrir sus ojos con las manos, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Se creyó suspendido y arrebatado por manos invisibles; brillaron á su alrededor relámpagos rojos; faltó aire á sus pulmones; le cegó luego una oscuridad profunda, y cayó desplomado.



X.

LOS AMIGOS.

GUILLERMO, el Coronel y el Barón no eran hombres excesivamente dedicados á prácticas devotas, pero se hacían cruces, sin saber á qué atenerse, respecto á la conducta que observaba el primo Guillén. Desde la noche del teatro, cuyas escenas quedan referidas, no se le veía por ninguna parte, ni en su misma casa, pues no recibía en ella ni á sus tres íntimos amigos.

Algo extraordinario debía ocurrirle que explicara la impenetrable reclusión á que se había sometido.

¿Estaba enfermo?... He ahí una pregunta, á la que el lacayo impasible que cerraba el paso á las visitas de los amigos, respondía moviendo la cabeza de modo que parecía decir sí y no al mismo tiempo.

No todos los criados de la casa eran tan dis-

sentía vacilar el pavimento bajo sus plantas, y veía abrirse el techo sobre su cabeza. Quiso cubrir sus ojos con las manos, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Se creyó suspendido y arrebatado por manos invisibles; brillaron á su alrededor relámpagos rojos; faltó aire á sus pulmones; le cegó luego una oscuridad profunda, y cayó desplomado.



X.

LOS AMIGOS.

GUILLERMO, el Coronel y el Barón no eran hombres excesivamente dedicados á prácticas devotas, pero se hacían cruces, sin saber á qué atenerse, respecto á la conducta que observaba el primo Guillén. Desde la noche del teatro, cuyas escenas quedan referidas, no se le veía por ninguna parte, ni en su misma casa, pues no recibía en ella ni á sus tres íntimos amigos.

Algo extraordinario debía ocurrirle que explicara la impenetrable reclusión á que se había sometido.

¿Estaba enfermo?... He ahí una pregunta, á la que el lacayo impasible que cerraba el paso á las visitas de los amigos, respondía moviendo la cabeza de modo que parecía decir sí y no al mismo tiempo.

No todos los criados de la casa eran tan dis-

cretos como el lacayo, y el Barón había llegado á averiguar que Guillén pasaba el día en su cuarto; que de noche hacía registrar todas las habitaciones; que únicamente dormía algunas horas de la mañana; que comía poco, y que hablaba solo.

Cuando los tres amigos se enteraron de estas circunstancias, el Coronel resolvió la dificultad, diciendo:

— ¡Bah! Está loco; tres veces me he visto despedido por su lacayo, y esto es excesivo.

El Barón, dispuesto siempre á verlo todo de color de rosa, replicó, exclamando:

— ¡Loco!..., no.... Debemos decir que está enamorado.... Tengo algunos indicios; y, por lo que se ve, se encuentra en la luna de miel de un amor repentino.

— ¡Bah! (añadió Guillermo): la cosa es la misma: enamorado ó loco, ¿qué más da?...

— Positivamente (siguió diciendo el Barón) es en estos momentos el ser más dichoso de la tierra.

— Es muy posible (añadió Guillermo), porque ahora recuerdo que la última noche que lo vi en el teatro parecía embebido en la contemplación amorosa de un hermoso cadáver de mujer, que yacía, digámoslo así, en su butaca, como si estuviera allí de cuerpo presente.

— Eso es (añadió el Barón). Positivamente

aquella mujer muerta le ha sorbido el seso.... Es una aventura póstuma que debe tener muchos encantos; á lo menos, es un caso original, enteramente nuevo.

— Y el tipo (observó Guillermo) es de una pureza admirable. Podría tomarse por una odalisca del tiempo de Boabdil recién salida del sepulcro. Yo no doy preferencia á ningún tipo determinado; una mujer es siempre una mujer; pero reconozco que Guillén ha encontrado una belleza casi arqueológica, digna de un museo.

— ¡Oh! (exclamó el Barón.) Lo extraordinario no es precisamente el tipo.... Lo singular consiste en que una muerta haya encendido en el corazón de Guillén el amor, que es la vida.... ¡Ah! La muerte tiene también sus delicias. Esa cita al otro lado del sepulcro, es envidiable.

— ¡Phs! (replicó Guillermo.) Muertas ó vivas, las mujeres son siempre las mismas.

El Coronel miraba á uno y á otro alternativamente, sin entender el sentido de lo que hablaban.... No era la paciencia su virtud dominante, y empezaba á fastidiarse de aquella conversación sin pies ni cabeza. Además, la conducta de Guillén no le hacía malita la gracia, y se sentía muy dispuesto á penetrar en el secreto de aquel extraño proceder á viva fuerza; este era su temperamento. La punta de su espada era bastante más aguda que su entendimiento, y á

sus ojos todo se reducía á cuestión de estocadas.

—Me parece (dijo) que hablan Vds. en griego; no sé qué muerta es esa que traen Vds. entre manos, pues lo único que saco en limpio es que Guillén nos ha cerrado las puertas de su casa sin explicación y sin excusa; es una provocación terminante que yo me encargo de recoger.

—No veo (replicó el Barón) que tengamos derecho á allanar la casa de un amigo que tiene razones particulares para permanecer encerrado en ella.

—Por mi parte (añadió Guillermo), encuentro dos puntos de vista opuestos é igualmente aceptables. Realmente, no tenemos derecho á obligar á nadie á que nos tenga siempre de par en par abiertas las puertas de su casa; pero, al mismo tiempo, no es lícito que un amigo se empeñe en presentárnoslas siempre cerradas.

—Ese es mi punto de vista (dijo á su vez el Coronel). Si Guillén se ha dedicado á enamorarse á una muerta, comprendo que se sepulte vivo entre las cuatro paredes de su casa; pero no estoy dispuesto á consentir que nadie me dé con la puerta en las narices.

—Supongamos que ha muerto (advirtió el Barón); porque bien podemos creer que ha pasado á mejor vida. Ha sido una muerte repentina, y no ha tenido tiempo para despedirse de los amigos.

—Pues yo (insistió el Coronel) no renuncio fácilmente á mis propósitos, y soy muy capaz de ir al otro mundo á reclamarle la explicación que necesito, y entonces veremos.

—Me parece más cómodo (observó Guillermo) esperar á que resucite, pues debemos presumir que no se habrá muerto para toda la vida: él volverá al mundo.

—No, —dijo el Coronel, puesto ya en el disparadero.

—En ese caso (volvió á insistir Guillermo), va V. á hacer un viaje inútil.

—¿Por qué? —preguntó el Coronel con visible impaciencia.

—Porque en el otro mundo no hay duelos: la razón es clara; los duelos se despiden en el cementerio.

Guillermo y el Barón estuvieron á punto de soltar la carcajada: pero la fisonomía del Coronel tomó todo el aspecto de un día nublado; relampaguearon sus ojos prontos á lanzar el rayo, y los dos amigos detuvieron la risa que hormigueaba en sus labios, porque el Coronel iba á reventar como una bomba.

—Bien (murmuró, conteniendo los primeros ímpetus de su enojo. Después, alzando la voz, siguió diciendo): Por de pronto, no hay necesidad de llevar las cosas tan lejos, porque aun cuando Guillén haya muerto, el hecho es que

vive todavía en su casa, y podremos entendernos.

—¿Cómo?—preguntaron á la vez el Barón y Guillermo.

—Es muy sencillo (les contestó). Vds., que están perfectamente enterados del caso, se encargarán de pedirle en mi nombre explicación de su conducta.

—Preveo la respuesta,—advirtió Guillermo.

—Veamos,—dijo el Coronel.

—Contestará sencillamente: «Decidle á ese caballero que he muerto.»

—En ese caso, le suplican Vds. con toda eficacia que resucite, aunque no sea más que por una hora.

Los dos se miraron sin atreverse á sonreír, y á un mismo tiempo se inclinaron, aceptando en silencio el encargo que se les daba. Ambos eran hombres de buen humor y bastante desocupados para desperdiciar la ocasión que se les presentaba. Por otra parte, no dejaba de ser misteriosa la reclusión á que Guillén se había condenado, y el encargo del Coronel venía á ser como la llave con que podrían abrir la puerta de aquel misterio.

Entrambos se encaminaron á cumplir la comisión de que acababan de encargarse, y el Barón decía:

—Es curioso esto; Guillén parece seducido por los encantos fúnebres de una muerta, que, por

lo visto, ha salido de la sepultura sin más propósito que el de atraparlo: el Coronel se empeña en provocar un lance de honor con un hombre que se ha enterrado vivo, y á nosotros, que nos va bastante bien en esta vida, nos pone de la noche á la mañana casi con un pie en el otro mundo.

—La broma (añadió Guillermo) no deja de ser lúgubre. He aquí que vamos á llamar á la puerta de un sepulcro.

Los dos amigos llegaron á la casa de Guillén, y subieron lentamente la escalera. Al encontrarse delante de la puerta del cuarto principal, se detuvieron, y á la vez aplicaron el oído. Dentro reinaba un silencio profundo; parecía una casa deshabitada.

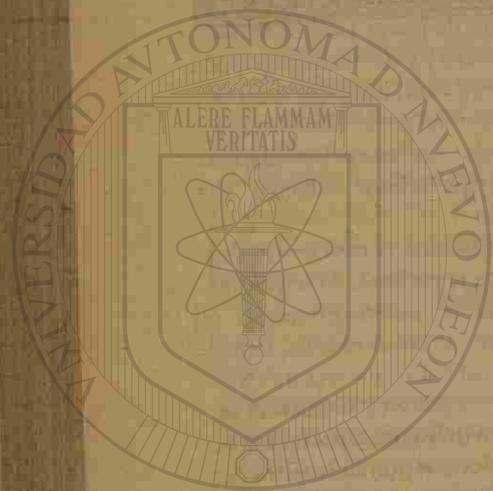
—No creo (dijo el Barón) que esta puerta sepulcral se abra por la sola virtud de nuestra presencia.

Y diciendo y haciendo, tiró del llamador, agitando el timbre, que resonó áspero y ahogado como un gemido.

Esperaron, y la puerta permaneció cerrada.

Volvieron á llamar, y se abrió silenciosamente, como empujada por una mano invisible. Penetraron en el recibimiento, y la puerta se cerró detrás de ellos, dejándolos envueltos en oscuridad profunda.





XI.

SOMBRAS.

POR de pronto, el Barón y Guillermo se encontraron envueltos en espesas tinieblas, en medio del más profundo silencio; mas poco á poco se fué disipando en parte la obscuridad que los rodeaba, iluminándose débilmente el recibimiento con una claridad confusa, semejante á la primera luz imperceptible y vaga del crepúsculo.

La estancia en que se hallaban les era conocida: muchas veces habían dejado en ella sus abrigos y sombreros; pero en el momento que nos hallamos les era imposible reconocerla; las paredes se desvanecían fantásticamente en la obscuridad, los ángulos desaparecían en las tinieblas, y los cortinajes que cubrían las puertas

parecía que flotaban como nubes suspensas en el aire.

— ¡Demonio! (exclamó Guillermo.) Decididamente hemos entrado en la mansión de las sombras.

— Y, por lo visto (añadió el Barón), en este otro mundo no están en uso las costumbres que practicamos los simples mortales. ¡Qué diablo!... En esta casa no ha amanecido todavía, y son ya las seis de la tarde; á nadie encontramos que pueda anunciar á Guillén la visita de sus amigos, lo cual no dejaría de ser cómodo si tropezáramos con alguna puerta que nos condujese á sus habitaciones; pero la busco inútilmente, porque las paredes parece que huyen de nosotros.

— En verdad (dijo Guillermo, contestando al Barón), yo no sé dónde me encuentro; ando á tientas..., es informe todo lo que nos rodea, y empiezo á sospechar que hemos caído en un pozo.

— El caso es (observó el Barón), que nosotros hemos entrado por una puerta; y si hemos caído en un pozo, no es, por lo menos, un pozo sin salida.

— Sin duda (añadió el otro); pero ¿dónde diablos está la puerta por donde hemos entrado?

— Por aquí debe estar (contestó el Barón), si es que en las regiones de la otra vida no hay la

costumbre de suprimir las puertas luego que por ellas se entra; y temo que así sea, pues los que una vez las pasan, no vuelven más á este mundo. Pero ¿qué nos importa ahora la puerta por donde hemos entrado?... Porque no hemos de dejar sin cumplimiento la comisión que traemos. Nosotros no podemos salir de aquí honrosamente sin haber hablado á Guillén.

— Perfectamente (replicó Guillermo); mas una puerta es siempre una puerta, y debemos presumir que la luz que tan claramente ilumina la escalera por donde hemos subido, penetrará aquí, y podremos saber en dónde nos encontramos; si esta es una casa ó una caverna; si estamos en este mundo ó en el otro.

— ¡Somos unos imbéciles! — exclamó el Barón.

— ¿Por qué? — preguntó su amigo.

— Porque tenemos un medio seguro.

— ¿Cuál?

— Nadie nos impide alzar la voz, y llamar. Las almas en pena que habitan este palacio encantado, no han de ser sordas como una tapia.

— Bien podremos desgañitarnos (replicó Guillermo). Porque la cosa es clara: si los seres que aquí habitan duermen en efecto el sueño de la eternidad, hágame V. el favor de decirme quién podrá despertarlos.

No sé con qué razones hubiera disipado el Barón la dificultad que le presentaba su amigo;

pero es lo cierto que ambos se estremecieron á la vez, como si una corriente eléctrica los hubiese invadido.

— ¿Qué es esto? — preguntó el Barón con voz muy apagada.

— ¡No sé! (contestó Guillermo en el mismo tono.) Parece que un rayo sordo é invisible ha crujido sobre nuestras cabezas....

Guardaron silencio por algunos momentos, redoblando la atención de los oídos; mas no pasó mucho tiempo sin que experimentaran el asombro de una nueva sorpresa. Sin saber de dónde venía, y más bien como si viniera á la vez de todas partes, percibieron clara y distintamente un prolongado suspiro, semejante al soplo ansioso de una respiración largo tiempo contenida.

— ¡Demonio! (exclamó el Barón.) Esto es poco divertido. Nos va á ser preciso creer que estamos en un mundo invisible.

— Sin duda (dijo Guillermo) lo estamos, puesto que nada vemos.

Apenas acababa Guillermo de pronunciar estas palabras, cuando el chasquido sordo que poco antes les había llamado la atención crujendo sobre sus cabezas, volvió á sonar con más fuerza, y en el instante mismo el timbre, violentamente agitado, resonó dentro de la estancia. Entonces los dos amigos vieron levantarse

una sombra del fondo de la obscuridad, abriéndose en seguida la puerta de la escalera. Una figura humana apareció en ella, al mismo tiempo que una voz, con muy marcado acento extranjero, preguntó, diciendo:

— ¿*Monsieur* Raimundo Guillén?

— Adelante, — dijo el Barón.

La luz de la escalera penetró en el recibimiento, y los dos amigos pudieron reconocerlo, distinguiendo, casi detrás de la hoja de la puerta que acababa de abrirse, al lacayo de Guillén, restregándose los ojos, y mostrando la boca sumamente abierta por el impulso de un bostezo interminable.

— ¡Ah, bribón! (exclamó Guillermo.) Duermes como un descosido.... Se conoce que has almorzado fuerte.... y haces la digestión burlándote de nosotros.... ¡Ea! Á ver si acabas de despertarte.

— Es inútil (advirtió el Barón): ese imbécil no puede tenerse en pie, y bastante antesala hemos hecho ya á nuestro íntimo amigo. Aquí está la puerta que conduce á sus habitaciones; seremos nosotros los que le anunciemos nuestra visita.

Y diciendo y haciendo, levantó una pesada cortina, y desapareció detrás de ella; siguiólo Guillermo, y la figura humana que había preguntado por *Monsieur* Raimundo Guillén vaciló

un momento, pero al fin se adelantó tímidamente, y como una sombra se deslizó también por detrás de la cortina. Por lo que hace al lacayo, los vió desaparecer con ojos estúpidos, se encogió de hombros, y dando media vuelta, se dejó caer sobre un banco del recibimiento, quedando nuevamente dormido, si es que había llegado á despertarse.

Al entrar el Barón en la pieza inmediata, se detuvo, diciendo:

— ¡Esta es la casa de las tinieblas!.... ¡Diablo! Aquí también nos encontramos á obscuras. Desde que pusimos el pie en esta casa, no vemos más que sombras.

En efecto: los dos balcones de la sala en que acababan de entrar, intermedia entre el comedor y las habitaciones de Guillén, estaban cerrados, no entrando más luz que la que permitían las junturas de las maderas. Dirigióse el Barón á uno de ellos y lo abrió, y la claridad del día se esparció por la estancia, dejando ver los dos grandes espejos que cubrían las paredes, cubiertos con grandes fundas de tela oscura.

Los dos amigos se miraron indecisos; no se determinaban á seguir adelante, detenidos por un secreto impulso que los contenía. Acaso se hallaban en presencia de un secreto que no tenían derecho á sorprender. Empezaban á advertir que se respiraba en aquella casa una atmósfera lúgu-

bre.... que había allí, en aquella soledad, en aquellas sombras y en aquel silencio, algo sepulcral, algo pavoroso. Se detuvieron, pues, como el que se encuentra delante de una profundidad desconocida ó de una oscuridad inesperada.... Tampoco era cosa de retroceder. Habían puesto la mano, por decirlo así, en la llave que guardaba el misterio, y experimentaban la doble atracción que el interés y la curiosidad ejercen.

Guillermo halló modo de salir de la perplejidad en que se encontraban, agitando el cordón de seda que pendía de la pared, junto á uno de los espejos enlutados. Inmediatamente resonó al otro lado del comedor la campanilla, atribulada como una voz que pide socorro, y un instante después se presentó el criado más antiguo de la casa, el jefe, digámoslo así, de la servidumbre del primo Guillén.

Al ver las personas que había en la sala, se detuvo, exclamando:

— ¡Ah.... señores!....

— Señor Martín (dijo Guillermo); se sorprende V. de hallarnos aquí; pero es el caso que hemos podido llegar á esta sala casi á tientas y como por milagro. Con lo cual quiero decirle que deseamos ver cuanto antes sea posible á nuestro amigo Guillén.

El señor Martín movió lentamente la cabeza de un lado á otro. No quería decir que sí, ni que-

un momento, pero al fin se adelantó tímidamente, y como una sombra se deslizó también por detrás de la cortina. Por lo que hace al lacayo, lo vió desaparecer con ojos estúpidos, se encogió de hombros, y dando media vuelta, se dejó caer sobre un banco del recibimiento, quedando nuevamente dormido, si es que había llegado á despertarse.

Al entrar el Barón en la pieza inmediata, se detuvo, diciendo:

— ¡Esta es la casa de las tinieblas!... ¡Diablos! Aquí también nos encontramos á oscuras. Desde que pusimos el pie en esta casa, no vemos más que sombras.

En efecto: los dos balcones de la sala en que acababan de entrar, intermedia entre el comedor y las habitaciones de Guillén, estaban cerrados, no entrando más luz que la que permitían las junturas de las maderas. Dirigióse el Barón á uno de ellos y lo abrió, y la claridad del día se esparció por la estancia, dejando ver los dos grandes espejos que cubrían las paredes, cubiertos con grandes fundas de tela oscura.

Los dos amigos se miraron indecisos; no se determinaban á seguir adelante, detenidos por un secreto impulso que los contenía. Acaso se hallaban en presencia de un secreto que no tenían derecho á sorprender. Empezaban á advertir que se respiraba en aquella casa una atmósfera lúgu-

bre... que había allí, en aquella soledad, en aquellas sombras y en aquel silencio, algo sepulcral, algo pavoroso. Se detuvieron, pues, como el que se encuentra delante de una profundidad desconocida ó de una obscuridad inesperada... Tampoco era cosa de retroceder. Habían puesto la mano, por decirlo así, en la llave que guardaba el misterio, y experimentaban la doble atracción que el interés y la curiosidad ejercen.

Guillermo halló modo de salir de la perplejidad en que se encontraban, agitando el cordón de seda que pendía de la pared, junto á uno de los espejos enlutados. Inmediatamente resonó al otro lado del comedor la campanilla, atribulada como una voz que pide socorro, y un instante después se presentó el criado más antiguo de la casa, el jefe, digámoslo así, de la servidumbre del primo Guillén.

Al ver las personas que había en la sala, se detuvo, exclamando:

— ¡Ah... señores!...

— Señor Martín (dijo Guillermo); se sorprenden de V. de hallarnos aquí; pero es el caso que hemos podido llegar á esta sala casi á tientas y como por milagro. Con lo cual quiero decirle que deseamos ver cuanto antes sea posible á nuestro amigo Guillén.

El señor Martín movió lentamente la cabeza de un lado á otro. No quería decir que sí, ni que-

ría decir que no; aquel movimiento era una especie de lamentación muda, y hasta dolorosa.

Guillermo y el Barón se quedaron contemplando al señor Martín, que con la cabeza caída y los brazos cruzados parecía un alma en pena, y el primero dijo:

—He ahí otra sombra.



XII.

APARICIONES.

El aspecto del criado era también lúgubre: con la boca entreabierta y la mirada triste, permanecía delante de los amigos del primo Guillén mudo é inmóvil. El Barón hizo un gesto de impaciencia, y luego, dirigiéndose al criado con cierta familiaridad, le dijo:

—Vamos á ver, señor Martín: ¿se puede saber qué espíritu maléfico ha convertido la casa de nuestro amigo en un sepulcro?...

—Señor Barón (contestó Martín arqueando las cejas): pasa aquí una cosa muy extraordinaria...

—¿Qué pasa?....

—¡Todos los días nos hace una visita!....

—¡Quién!—preguntó Guillermo.

El criado se rascó la frente como buscando la respuesta, y al fin contestó:

—¡Quién!.... ¡La prima!....

—Perfectamente (dijo el Barón). Nuestro ami-

go Guillén tiene una prima que lo visita todos los días. ¿Qué hay en ello de extraordinario?...

—Es que...

—¿Qué?

—Que esa prima hace ya dos años que está enterrada.

—¿De modo (advirtió Guillermo) que se trata de una muerta? Convengamos en que esto no deja de ser curioso; y si se añade que la difunta es joven y hermosa; que á pesar del sepulcro ha conservado la morbidez de los contornos y la pureza de las líneas; que se presenta, eso sí, pálida como la misma muerte, pero animada por sus grandes ojos negros, sus magníficas cejas y sus largas pestañas, entonces la originalidad del caso es incontestable: se trata sencillamente de una muerta viva.

Los ojos del señor Martín, desmesuradamente abiertos, expresaban el más profundo asombro.

—Así es... así es (dijo): me parece que la estoy viendo... ¡Oh! Aquellos ojos no se olvidan nunca.... Su mirada parece que penetra hasta los huesos....

Dicho esto, miró alternativamente á uno y á otro; advirtió que entrambos se sonreían, y añadió, mirándolos de hito en hito:

—¡Ah!.... ¡Vds. la conocen!

—Sí (se apresuró á decir el Barón); la conocemos: la hemos visto una vez en el teatro....

—¡En el teatro! (exclamó el señor Martín.) ¡En el teatro una mujer asesinada!....

—¿Asesinada?—dijo Guillermo.

—Esto es verdaderamente diabólico (observó el Barón). Guillén nos ha hablado alguna vez del fin desastroso de su prima, de una prima viuda y rica, de la cual ha sido único heredero. Parece que amaneció un día asesinada en su propio lecho.... por un extranjero que se fingía pintor de paisajes.

—Bueno (advirtió á su vez Guillermo). Quiere decir que la mujer asesinada ha vuelto del otro mundo. Por lo visto se ha encontrado, después de muerta, bastante joven y bastante hermosa, y ha querido dar una vuelta más por la vida.... ¿Y quién sabe?... Acaso haya tenido que hacer gastos extraordinarios en esas regiones desconocidas, y venga á pedirle á su primo la herencia que no pudo llevarse, en atención á que la muerte la cogió dormida. Ello es que la muerta, digámoslo así, vive; que se encuentra á su heredero hecho un príncipe, se reconocen, se abrazan.... ¡Diablo!.... Un primo millonario bien puede hacer resucitar á una muerta, que al fin y al cabo posee hermosos ojos, magníficas cejas y espléndidas pestañas. Muy bien; pero eso no explica la obscuridad de esta casa, el silencio pavoroso de estas habitaciones, el luto de esos espejos.... Porque la muerta haya salido del sepul-

cro, no hay razón para que Guillén se entierre vivo.

— ¡Chist! (dijo el señor Martín.) Esta es la hora de las apariciones.

— ¡Soberbio! (exclamó el Barón.) Hemos llegado á tiempo. Vamos á encontrarnos de manos á boca con la prima asesinada. Debe ser una visión encantadora.

— Dejémosle el paso franco, — añadió Guillermo, colocándose delante de la puerta como quien espera una visita, y alzando la cortina para recibirla.

El criado hizo un ademán negativo, diciendo:

— La aparición no entra nunca por la puerta.

— ¡Hola!... (dijo el Barón.) ¿Cae acaso por la chimenea?

— ¡Phst! (contestó el criado); pero el hecho es que al principio se aparecía en los espejos... y hubo que cubrirlos... Después debió colarse por las ventanas y por los balcones... porque siguió apareciendo... y hubo que cerrar las maderas de todos los balcones y de todas las ventanas: ahora se conoce que penetra al través de las paredes, y á lo mejor asoma por detrás de una cortina, ó se presenta como una sombra en el primer rincón que encuentra á la mano.

— ¿Y qué hace?... — preguntó Guillermo.

— ¡Qué hace!... (repitió el señor Martín.)

¡Ah! Nosotros no la vemos...

— ¿No?

— No.

— Se conoce (dijo el Barón) que la difunta visita á su primo de riguroso incógnito, y sólo á él le es permitido verla....

— Á él solo.

— ¿Y quién anuncia su presencia?

— El mismo.

— ¿Cómo?

— Da un grito repentino, se estremece todo, y señalando, ya á un punto, ya á otro, dice: «¡Allí está!... ¡allí!...» Mientras dura la aparición, parece que no ve nada de lo que le rodea, y habla solo. Habla de una noche terrible... de una síma sin fondo... de un hombre... de un señor Germán que cae en el abismo... Habla de sangre... de un gemido que por todas partes lo persigue... de unos ojos que siempre lo miran... Dice cosas espantosas, y por ellas sé yo que la muerta que se le aparece es la prima asesinada. — Luego suspira profundamente, como si despertara de un sueño penoso, y entonces me ve, y con voz apagada me pregunta: «¿Qué he dicho?...»

— Nada, señor, le contesto yo por no alligirlo... No quiere ver á nadie; huye de todos; busca la obscuridad, como si quisiera esconderse: parece que la luz le aterra, y yo soy el único que le acompaño y le sirvo.

Ni el Barón ni Guillermo eran hombres á pro-

pósito para creer en apariciones; se consideraban bastante ilustrados para incurrir en semejante credulidad; pero, vamos, las últimas palabras del señor Martín parecía que habían nublado sus rostros, haciendo desaparecer las sonrisas burlonas que los animaban.

—Vamos á cuentas, señor Martín (dijo el Barón); V. dice que ha visto una vez la aparición... ¿Cómo ha sido eso?

—La he visto (contestó el criado), lo mismo que lo estoy viendo á V.... No se me olvidará nunca. La cosa fué que pensamos huir lejos, muy lejos... No quedaba otro recurso, y yo me encargué de preparar el viaje con el mayor sigilo, sin que lo entendiera la tierra.... Anochecer, y no amanecer... Este fué nuestro plan. Una tarde salimos de casa, tomamos un coche de alquiler, y llegamos á la estación del Norte tres minutos antes que saliera el tren... Buscamos un departamento que estuviese solo, porque á mí no me ocurrió la idea de tomar un coche reservado. Encontramos uno que parecía desierto; subí al estribo, miré por el cristal del ventanillo, y no había nadie. No había tiempo que perder, y abrí la portezuela....

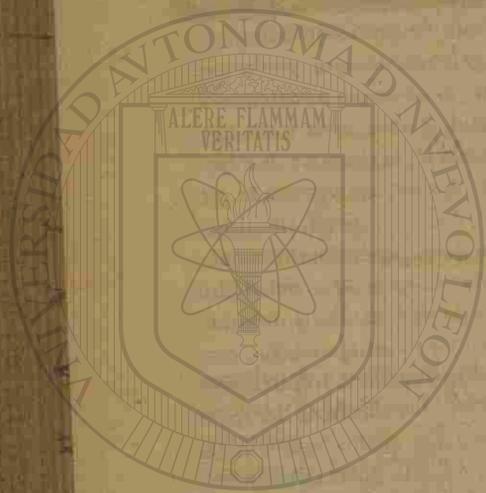
Aquí se detuvo, como si no encontrara las palabras propias de lo que iba á decir; pero el Barón no pudo contener su impaciencia, y le dijo:

—Vamos.... abrió V. la puerta del coche, entró Guillén.... ¿y qué?

—No entró (se apresuró á contestar el criado). Al contrario; lanzó el grito de siempre, y retrocedió de tal manera, que, si no acudo á sostenerlo, hubiera caído de espaldas; se agarró á mí con ansia desesperada, como si la tierra se hubiese abierto delante de sus pies, y con voz sorda me dijo: «¡Allí está!.... ¡Allí!....» Seguí la dirección de sus ojos espantados, y sentí en mis huesos el frío de la muerte: en la puerta del coche que yo mismo acababa de abrir estaba la difunta, pálida como la cera, con su mortaja negra, con las manos cruzadas sobre el pecho, mirándonos con dos ojos que parecían dos abismos. No sé lo que pasó entonces; pero una mano que volaba por el aire cerró de un golpe la puerta del coche, sonó un silbido y un trueno que hicieron temblar la tierra.... Después, el tren había desaparecido, y nos encontramos solos en el andén: nos volvimos, y aquí estamos. La aparición no nos abandona.... Hoy (añadió bajando la voz) aún no ha venido.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1do. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XIII.

LA EVOCACIÓN.

APENAS acabó de pronunciar las últimas palabras, cuando resonó, al otro lado de la puerta que conducía á las habitaciones del primo Guillén, una especie de rugido, cuyo acento nada tenía de humano.... Guillermo y el Barón no pudieron oírlo sin estremecerse, y el señor Martín, asustado y tembloroso, exclamó:

— ¡El grito!.... ¡Ahí está!.... ¡Ya la tenemos! Ya lo hemos dicho: ni el Barón ni Guillermo podían creer en la realidad de semejantes apariciones. Si con sus propios ojos hubieran visto resucitar á un muerto, habrían encontrado razones de todas especies para desmentirse á sí mismos el testimonio de sus propios ojos; y, no obstante, al comprender que se hallaban en el

momento fantástico de aquella aparición increíble, dieron á la vez é involuntariamente un paso atrás, sintieron que la sangre se les agolpaba al corazón, y los dos palidieron.... ¡Oh! ¡qué puerilidades suele tener la naturaleza humana!

Martin, por el contrario, creía en la aparición como si la estuviera viendo... y, en vez de retroceder, se adelantó para ir en socorro de su amo; pero antes de que llegara á la puerta, la cortina se descorrió con violencia, y apareció Guillén.

Su presencia causó en el Barón y en Guillermo el mismo asombro que les hubiera causado la aparición de la prima asesinada.... Aquél no era el hombre que habían visto la última vez en el teatro. Las mejillas hundidas, bañadas de lívida palidez, los labios temblorosos, las pupilas iluminadas por un fuego sombrío, daban á su semblante el aspecto horroroso de la ira desesperada. Con el entrecejo fruncido y los puños tendidos hacia adelante, en ademán amenazador, estaba espantoso, porque jamás la arruga tenaz de su frente se había presentado ni más rencorosa ni más cenuda.

Sondeó con ansiosa mirada los ángulos de la sala, sin que sus pupilas, ciegas por la visión que llenaba sus ojos, vieran las personas que tenía delante.

— ¡Ah! (dijo, temblando en sus labios desco-

loridos la voz entrecortada y cavernosa.) Huyes... me temes.... Volveré á matarte, y no saldrás más de la sepultura.... Esta vez te ahogaré entre mis manos, y volveré á tragarte la tierra para siempre.... ¡Por qué me persigues!.... ¿Qué quieres?.... Pagué tu desprecio con mi venganza.... Estamos en paz. ¿Qué tienes tú ya que hacer en el mundo?....

Dió algunos pasos, como si sus pies se movieran por el impulso de un resorte, y se detuvo, pasándose la mano por la frente, como si quisiera arrancar de su memoria un pensamiento implacable. Guillermo y el Barón, atónitos y aterrados ante el espectáculo que presenciaban, se habían ido retirando maquinalmente, y Guillén pasó por delante de ellos sin conocerlos.

— Esto es imposible (siguió diciendo): Mis ojos la ven, y mis ojos me engañan.... Mis oídos la oyen, y mis oídos mienten. Yo soy mi único testigo, mi único juez y mi único verdugo... ¡Me preguntas por M. Germán!.... Búscalo en el abismo más profundo de la tierra.... Quiso disputarme tu herencia, y tu herencia era mía.... Yo mismo lo conduje á la boca de la Sima, y cayó.... Aquella Sima no tiene fondo. Que se levante también del sepulcro; venid y acusadme. Mentira; los muertos no resucitan; los muertos no viven; los muertos no hablan; la justicia de los hombres no tiene oídos para los muertos.

Buscaba en la audacia de las palabras un refugio al terror de su alma... creía huir de las sombras que lo perseguían, evocándolas... y, poseído del ciego valor del miedo, desafiaba á la Justicia Divina, escondiéndose detrás de la justicia humana.

Guillermo y el Barón permanecían mudos espectadores de esta escena. Habían visto más de lo que hubieran querido ver, y, sin embargo, aún no lo habían visto todo. El señor Martín espía los movimientos de Guillén, arqueando las cejas de vez en cuando, dominado por una angustia indecible; las palabras de Guillén resonaban en sus oídos de un modo pavoroso... Éste, por su parte, se hallaba en medio de la sala con la cabeza erguida y los brazos cruzados.

Entonces la figura humana que vimos entrar en el recibimiento y deslizarse después detrás del Barón y de Guillermo, se adelantó lentamente, y fué á colocarse delante de Guillén... Los dos primeros lo miraron con extrañeza, porque habían olvidado la presencia en la sala de aquel nuevo personaje; y en verdad que su semblante pálido y severo, su vestido negro y su aire de profunda melancolía, formaban una figura que ciertamente no se despegaba del cuadro.

Pero bien: ¿qué quería aquel hombre, de todos desconocido? ¿Qué significaba aquella presentación inesperada en aquel momento?...

Guillén exhaló un largo gemido, se agitaron sus párpados, como si quisieran disipar las últimas sombras de oscuridad en que sus ojos se hallaban sumergidos, y miró á su alrededor con espanto... ¿Dónde estaba? ¿Qué gentes eran las que veía en su presencia?... ¿Cómo allí Guillermo?... ¿Cómo allí el Barón?... ¿Cómo?... La expresión de su semblante hacía á la vez todas esas preguntas.

De pronto sus ojos se clavaron en el personaje desconocido, con tal ímpetu, que parecía que iban á salirse de las órbitas; temblaron sus labios, crujieron á la vez todos los huesos de su cuerpo, se crisparon sus manos y se erizaron sus cabellos, y, dando un paso atrás, como si hubiera visto ante sus pies la profundidad de un abismo, tendió los brazos, y se escapó de su boca contraída esta exclamación tenebrosa:

— ¡Él!... ¡M. Germán!...

— Si (contestó el personaje desconocido, con voz penetrante). Si; los muertos resucitan, los muertos viven, los muertos hablan; la justicia de los hombres puede tener también oídos para los muertos. Yo soy M. Germán. Vds. (añadió, dirigiéndose á los amigos de Guillén) darán, como hombres honrados, testimonio de lo que han oído.

Verdaderamente era M. Germán, puesto que Guillén lo había reconocido; pero M. Germán

con las mejillas más pálidas y menos redondas, con sus ojos pardos más tristes, con sus cabellos castaños menos ensortijados, y su barba fina y casi rubia, pero más prolongada. M. Germán era, sin duda, aunque más erguido, más alto.

Guillén se replegó sobre sí mismo para lanzarse sobre aquella visión que él mismo había evocado; mas le faltaron las fuerzas, se llevó las manos á los ojos, y cayó desplomado. El señor Martín, Guillermo y el Barón acudieron á socorrerle... Cuando lo levantaron, vieron que estaba sin conocimiento, y vieron también que M. Germán había desaparecido.



XIV.

CONVICTO Y CONFESO.

A todo esto, el proceso permanecía abierto, esperando al culpable del asesinato de Rosalía Guillén y Guillén, viuda de Guillén, sentenciado á muerte en rebeldía. Mas el Juez, que había dictado aquella sentencia conformándose con la petición fiscal, pasaba muy malas noches. En medio del sueño, se le aparecía el proceso obscuro como un abismo, en cuyo fondo veía algo que no acertaba á distinguir, y de día hojeaba el sumario, compulsaba las declaraciones, pesaba y media los más insignificantes pormenores, buscando algún rastro de aquello que veía de noche en el misterio de sus sueños.

La ley que llamamos criminal, encargada de la averiguación y castigo de los delitos, se ha

con las mejillas más pálidas y menos redondas, con sus ojos pardos más tristes, con sus cabellos castaños menos ensortijados, y su barba fina y casi rubia, pero más prolongada. M. Germán era, sin duda, aunque más erguido, más alto.

Guillén se replegó sobre sí mismo para lanzarse sobre aquella visión que él mismo había evocado; mas le faltaron las fuerzas, se llevó las manos á los ojos, y cayó desplomado. El señor Martín, Guillermo y el Barón acudieron á socorrerle... Cuando lo levantaron, vieron que estaba sin conocimiento, y vieron también que M. Germán había desaparecido.



XIV.

CONVICTO Y CONFESO.

A todo esto, el proceso permanecía abierto, esperando al culpable del asesinato de Rosalía Guillén y Guillén, viuda de Guillén, sentenciado á muerte en rebeldía. Mas el Juez, que había dictado aquella sentencia conformándose con la petición fiscal, pasaba muy malas noches. En medio del sueño, se le aparecía el proceso obscuro como un abismo, en cuyo fondo veía algo que no acertaba á distinguir, y de día hojeaba el sumario, compulsaba las declaraciones, pesaba y media los más insignificantes pormenores, buscando algún rastro de aquello que veía de noche en el misterio de sus sueños.

La ley que llamamos criminal, encargada de la averiguación y castigo de los delitos, se ha

apropiado en nuestros tiempos una jurisdicción tan absoluta, que los jueces pueden dispensarse de tener la conciencia demasiado escrupulosa. Así es que muchos criminales se mofan tranquilamente de los jueces, al amparo de la misma ley. Aunque parezca raro, el Juez que tenemos á la vista conservaba íntegra su conciencia de hombre honrado, de cuyas resultas, el proceso de que hablamos lo llevaba á mal traer, y andaba, desde que firmó la sentencia contra M. Germán, abstraído, reservado, meditabundo y triste.

Tal era la situación de su espíritu, cuando el correo le llevó un pliego de oficio que contenía ciertas diligencias judiciales, y al mismo tiempo se puso á su disposición un preso que venía convenientemente vigilado desde Madrid, y que era ni más ni menos que Raimundo Guillén, primo de Rosalía Guillén y Guillén, viuda de Guillén, cuyo desastroso fin ya conocemos.

Desde el instante mismo en que se esparció por el pueblo la noticia del suceso, la opinión pública se puso en movimiento, saliendo, como siempre, por los cerros de Úbeda. ¿Cuál era el motivo de aquella prisión inexplicable?... ¿Qué delito podía haber cometido un hombre que poseía quince mil duros de renta... nada menos que el primer caudal del pueblo?... Pronto corrió el rum rum de que aquello tenía algo que

ver con el asesinato de la viuda Guillén, y entonces fué ella.—¡Cómo! ¡el heredero de la viuda, el que llevaba su mismo apellido y poseía por herencia forzosa todas sus riquezas, complicado en el asunto de su muerte! ¡Oh! ¡eso era inaudito!—Las mujeres, sobre todo, que estaban en estado de merecer, ponían el grito en el cielo. Un hombre bastante rico para hacer la felicidad de cualquiera de ellas, era, ciertamente, muy digno del interés de sus tiernos corazones. El que mantenía vivas tantas esperanzas, volvía, después de dos años de eterna ausencia, millonario y soltero.... ¡Santo Dios! ¡Cómo no había de ser inocente!

La opinión pública estaba, pues, en favor del preso. Solamente aquellas gentes infelices que habían recibido de la viuda el pan de los beneficios, oían todo esto, cruzaban las manos, y levantaban los ojos al cielo, sin desplegar los labios; pero en los casinos, en las tertulias, en los corrillos de los desocupados, había hasta indignación en favor del preso, y habían hecho del asunto cuestión de honra para todos los vecinos del pueblo... ¡Ah, multitud, siempre la misma! ¡Cuántas veces eres cómplice de los malvados!

Guillén habría visto invadida su prisión por las personas más notables; habría sido objeto de los más generosos ofrecimientos, y habría

encontrado numerosos testigos que juraran á ciegas su completa inocencia, si el Juez, saltando severamente por encima de todas las recomendaciones, de todas las influencias y de todas las amenazas, no hubiese encerrado al reo en completa incomunicación. Esto llenó la medida del disgusto público. A un hombre como Guillén, que podía ahogar al Juez en pesos duros, ¿era lícito tratarlo con tanta dureza?... ¿Se trataba de un cualquiera, para encerrarlo de ese modo en el fondo de un calabozo?... Lo estaban viendo, y no lo creían, porque los pueblos hace ya mucho tiempo que han perdido la costumbre de ver la igualdad en la justicia.

Y, entre tanto, ¿qué hacía el Juez?... El Juez parecía indeciso. De las diligencias judiciales que acompañaban á la remisión del preso, resultaba atestiguada por el señor Martín, por el Barón y por Guillermo, la escena que hemos presenciado en el anterior capítulo, y la historia que ya conocemos de las apariciones; pero en el relato de estos tres testigos se atenuaba en lo posible la gravedad del caso. Al mismo tiempo, Guillén declaraba que no tenía idea alguna de aquellas escenas; que solía padecer un accidente que turbaba su razón, privándole de todo conocimiento, y que no sabía otra cosa.

Resultaba, pues, una sospecha viva, irrecusable, un indicio vehemente, una convicción

moral completa, de que allí estaba el culpable... pero el culpable se encerraba en su negativa, y no había una prueba para confundirlo. Estaba allí, pero ni confeso ni convicto.

La conciencia de este magistrado distingue con toda claridad el crimen y la mano que lo ha ejecutado; pero la ley permanece cruzada de brazos y el Juez maniatado. Él medita, medita profundamente, y dice:

—Aquí está visiblemente el dedo de la Justicia Divina. El criminal mismo se delata, y niega después su propia delación. Ahora es preciso que Dios ilumine á la justicia humana.

Era imposible practicar un reconocimiento en la Sima: el abismo se había tragado el secreto, y no quería revelarlo. En el fondo de la Sima se hallaría el cadáver de M. Germán; pero ¿dónde estaba el fondo de aquella Sima? El Juez pensó en registrar minuciosamente la casa de Guillén... ¡Bah! Después de dos años, ¿qué rastro del crimen podía encontrarse en ella?... Sin embargo, insistió, y la casa de Guillén fué registrada... Todo se hallaba en el mismo estado en que lo dejó su dueño. ¿Qué encontraron?... Nada. Solamente entre los arreos de caza tropezaron con la funda de vaqueta de un cuchillo de monte; la funda estaba vacía; se buscó por todas partes la hoja, y no se encontró en ninguna. Quedaba que registrar el pequeño huerto contiguo á la casa, y allí

encontraron un pozo, cuya boca abierta no decía absolutamente nada. Se reconoció el fondo del pozo, que se hallaba cubierto por tres palmos de agua, y enterrado en el cieno se encontró un cuchillo de monte, que se ajustaba perfectamente á la funda vacía. El Juez no dudó de que tenía en sus manos el instrumento del delito.

Aquella noche se encerró en su despacho. Necesitaba una verdadera inspiración, y se la pidió á Dios con toda su alma. Abrió el proceso, lo examinó de nuevo, señaló algunos puntos doblando las hojas, tomó apuntes, los ordenó, y comenzó á escribir. Estaba inspirado. El día lo sorprendió inclinado sobre el bufete y satisfecho de su obra.

Una hora después, seguido del Escribano, se presentó en la prisión de Guillén. Tampoco el preso había dormido; se hallaba sentado sobre la cama, con la cabeza entre las manos. Levantó los ojos, y se veía en ellos la huella del insomnio, y brillaba su mirada abatida y sombría. Nunca la cara del Juez se había visto más severa. Dirigiéndose al preso, le dijo con acento solemne:

— Burlan algunas veces los malvados las previsiones de la justicia humana; pero no podrán burlarse jamás de la Justicia Divina.

Se detuvo un momento, y luego siguió diciendo:

— Raimundo Guillén, dos testigos irrecusables declaran que ese nombre es el del asesino de Rosalía Guillén y Guillén y de M. Mauricio Germán.

Un estremecimiento mal reprimido agitaba al acusado; sus labios se contrajeron como si quisiera pronunciar algunas palabras, pero la voz se ahogó en su garganta. Entonces el Escribano desenvolvió un rollo de papel que llevaba en la mano, y leyó lo siguiente:

«En el día de la fecha compareció ante el señor Juez de primera instancia de este partido, M. Mauricio Germán, de nación francés, natural de Chalons, de treinta y siete años de edad, de profesión pintor de paisajes, y prestando juramento de decir verdad en lo que supiere y fuere preguntado, dijo: Que el día treinta y uno de Marzo de 18..., siendo como las siete de la noche, y volviendo el que dice de la parte alta de la ribera, por el camino hondo, próximo al barranco llamado de la Sima, encontró inesperadamente á Raimundo Guillén, vecino de este pueblo; que cruzaron recíprocamente algunas palabras de cortesía, y que el Guillén lo invitó, como cosa curiosa, á ver la boca de la Sima, iluminada en aquel momento por la luz de la luna, que se levantaba por el horizonte; que el dicente se prestó á ello, siguiendo al Guillén, que se dirigía á la mencionada Sima, volviendo el ante-

dicho Guillén muchas veces la cabeza, como si quisiera asegurarse de la soledad del sitio en que se hallaban, circunstancia que el declarante no pudo apreciar bien entonces. Declara asimismo que, una vez llegados á la Sima ya dicha, el que habla se acercó á la boca antes mencionada, inclinándose sobre el abismo conocido con el nombre de la mencionada Sima: que entonces el Guillén empujó violentamente al que dice, precipitándolo en ella, exhalando el declarante un gemido que se ahogó en el abismo.»

La voz del Escribano temblaba al leer las últimas palabras, y se detuvo un momento.

El acusado estaba lívido, y tendiendo la mano hacia el Juez, exclamó con angustia:

— ¡Basta!... ¡Basta!

— La otra, — dijo el Juez con acento firme.

Volvió el Escribano la hoja, y siguió leyendo:

«Asimismo, compareció en el mismo día y hora, ante el referido señor Juez, Rosalía Guillén, de treinta y seis años de edad, vecina de este pueblo, propietaria y viuda de Anselmo Guillén, y hecho el precitado juramento, dijo: Que en la referida noche del referido día 31 de Marzo, siendo como cosa de las nueve, hallándose en su casa habitación, sita en las afueras del pueblo por la parte de Poniente, señalada con el número 89, y conocida con el nombre de la Casa Azul, se sintió algo fatigada, y quiso acos-

tarse, lo cual verificó después de cerrar las ventanas de su dormitorio, haciendo retirar á su criada Gertrudis, que le había ayudado á desnudarse; que se durmió pronto, pero que su sueño fué muy agitado, lleno de fantasmas y de visiones; que se despertó con el corazón oprimido, como si se lo apretara una mano de hierro, dominada por la terrible idea de que la habían enterrado viva, pareciéndole que le faltaba aire para respirar; que entonces se levantó de la cama, y abrió la ventana de su dormitorio, que cae al jardín que rodea su dicha casa por el lado de Poniente. Declara asimismo la que dice, que sería como la media noche, porque la luna brillaba en la mitad del cielo; que, apoyada en el pasamano de la ventana, contempló la hermosura del cielo, y se sintió transportada á las regiones de la luz eterna; que rezó mucho, y que, tranquila y consolada, volvió á acostarse, dejando inadvertidamente abiertas las maderas de la ventana, durmiéndose á los pocos momentos. La declarante afirma que sintió de pronto un frío agudo en el fondo de su corazón; que abrió los ojos, y á la claridad de la luna que entraba por la ventana, de par en par abierta, vió, como lo verá ante el Juez Supremo el día de la Justicia Divina, vió, dice, á Raimundo Guillén, que acababa de clavar un puñal en su pecho; que la declarante quiso gritar, y no pudo, porque la

mano del Guillén sujetaba sus labios; que clavó en el asesino su mirada moribunda, y que después lo obscurecieron todo las sombras de la muerte.»

Al llegar aquí, escondió Guillén el rostro entre sus manos, como si quisiera ocultarse á sus propios ojos, y el Juez dijo:

—Lanzado M. Mauricio Germán á las profundidades de la Sima, el culpable se fingió enfermo, y el médico no supo distinguir en las agitaciones de su pulso la fiebre del delito.... En medio de la noche, salió sigilosamente de su casa, y penetró por la ventana en el dormitorio de su segunda víctima. Consumado tan bárbaro proyecto, volvió á su casa, y arrojó en el pozo del huerto el cuchillo ensangrentado.

Diciendo esto, presentaba el Juez á los ojos del preso el cuchillo encontrado en el fondo del pozo. Guillén se inclinó hasta tocar con la frente en el suelo, y el Magistrado le preguntó, diciendo:

—Acusado, contesta á la Justicia Divina. ¿No es esta la historia tenebrosa del crimen?....

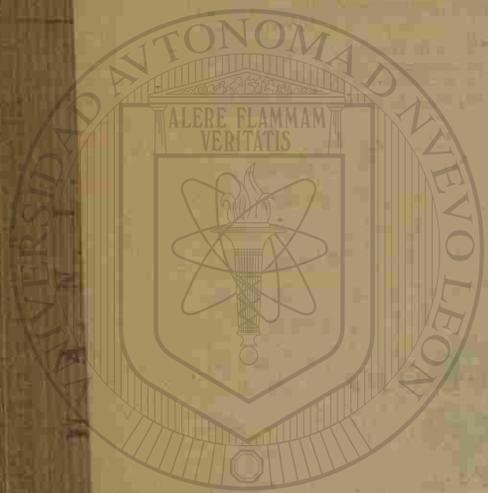
Quiso hacer Guillén el último esfuerzo; pero sentía que, á pesar suyo, se escapaba de sus labios la palabra terrible. Se veía confundido y se sentía anonadado.

—Sí,—contestó al fin, con la voz profunda de un sollozo inmenso.

Un rayo de sol, entrando en aquel momento por la claraboya abierta en el muro, iluminó la lobreguez del calabozo, y el Juez, levantando los ojos, dirigió al cielo una noble mirada, en la cual pedía al Dios de la Justicia misericordia para el culpable.

El reo estaba ya convicto y confeso.





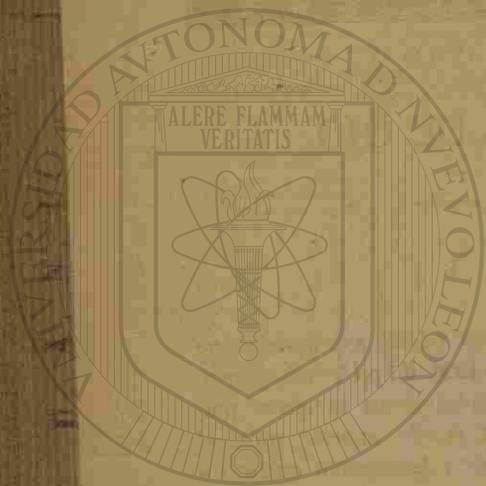
U A N L

MAL DE OJO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



MAL DE OJO

I.

No sé cómo ha podido averiguarse que existe en el ópalo un poder misterioso, cuya maléfica influencia se ejerce únicamente, hasta ahora por lo menos, sobre el destino de las mujeres; y debo añadir que es sobre esas mujeres que viven en el mundo del fausto y de la opulencia; porque el maleficio se verifica por el simple uso de joyas que contengan alguna de esas piedras preciosas.

Recientemente, en un periódico de lujo que obtiene gran éxito en los salones, he leído tan infausta novedad. Antes otro periódico extranjero daba noticia de un caso deplorable; la cosa es estúpida. Los ópalos viven; pero, por lo visto, no gozan de una vida enteramente propia; viven con el reflejo de otra vida; si esta vida se acaba, ellos mueren. Ó es así, ó hay seres humanos cu-

cavilosidades del vulgo; es un *espíritu fuerte* que no cree más que en sí mismo. Pero, vamos, la superstición de los ópalos parece nueva, y es de creer que haga fortuna en los salones. ¿Por qué no? La moda le prestará todo su prestigio, y no habrá corazón sensible que no se estremezca de horror ante los vislumbres fantásticos de esas piedras mágicas. Concedámosle al fausto el privilegio de esta sombra que me atrevo á llamar luminosa; sean los ópalos la fatalidad de la opulencia, y vea el lujo en ellos el horóscopo pavoroso de su destino.

No hay que reirse, porque la cosa es más seria de lo que creemos; más terrible de lo que á primera vista nos parece. No es una vana quimera de la fantasía, ni un mero capricho de las imaginaciones lúgubres. Llamadle superstición, locura, necedad, ridiculez; en hora buena; pero penetrad en el fondo de esa preocupación, y encontraréis en ella algo que os descubra la realidad del prodigio. Si, la fatal influencia de los ópalos en el destino de las mujeres, más que supersticiosa, absurda y risible, puede ser anuncio misterioso de continuas catástrofes.

La realidad toma á veces formas fantásticas que nos engañan; lo más natural del mundo suele también convertirse á nuestros ojos en visiones increíbles. No vemos siempre todo lo que miramos, ni siempre entendemos todo lo que

oímos. En el fondo de esa superstición hay una voz que habla como un oráculo.

Nuestra razón, ilustrada con toda la ciencia del siglo, no puede avenirse á que esas piedras preciosas, bellas pero insensibles, dispongan á su antojo de la felicidad y de la vida de las mujeres. ¿Quién les ha otorgado semejante poder? Y, en verdad, ¿qué explicación tiene tan rencorosa influencia? Se escapa á nuestra penetración el vínculo que une entre sí la existencia de las mujeres con los fulgores del ópalo. No obstante, burlense Vds. de mi credulidad, porque afirmo que nada hay más cierto.

No es necesario acudir á los prodigios sobrenaturales para explicarse la realidad del misterio.

Vamos á cuentas: el ópalo no es una piedra cualquiera; pertenece á la alta clase de las piedras luminosas, de las piedras que brillan, de las piedras que relampaguean como las nubes, que atraen como los abismos, que deslumbran como el rayo; en una palabra: pertenecen á la aristocracia de las piedras. Han nacido para brillar: su centro es el oro, su atmósfera la luz, su ser la opulencia; para ellas la obscuridad es la muerte.

Y bien: esos granos de arena que la naturaleza funde en un horno inimitable, que poseen la virtud de los vivos reflejos, son la expresión

más elocuente del lujo. ¿Y qué cosa es el lujo? Lo diré: es la gran pasión de las mujeres. Es más, es su vida. Ved de qué manera se unen la cara aristocracia de las piedras preciosas y la mitad, más cara todavía, del género humano.

Los brillantes ejercen sobre estos corazones, que han nacido para amar, un poder irresistible, fantástico, verdaderamente diabólico. Con frecuencia deciden de su felicidad y de su vida. En la balanza de sus sentimientos, el peso de un brillante lo pesa todo. Lo que menos valen las piedras preciosas es el dinero con que se adquieren en la joyería. Vosotros las compráis, las pagáis, pero ellas solamente saben lo que cuestan.

Alguna vez la magia esplendorosa de que están rodeadas, semejante al mortal perfume que exhala la flor del loto, enloquece; y entonces, adiós amor, adiós constancia, y me atrevo á añadir; adiós virtud. Los reflejos que se escapan de esas superficies frías y duras, llenan la imaginación de vivos resplandores, rodean el pensamiento de ráfagas vestidas de mil colores, y, al través de este prisma encantado por el hechizo de una nigromancia desconocida, los ojos del deseo descubren no sé qué mundos resplandecientes, qué horizontes interminables, qué nubes de gloria nunca imaginada. Al calor de esas aguas de fuego que acarician la fantasía, se llena

el aire de visiones esplendorosas, se ilumina la obscuridad de la tierra, la vanidad del lujo pone una venda en los ojos, y la mujer, andando á tientas por las escabrosidades del gran mundo, pierde la vida de su corazón, cuando no pierde la vida de su virtud.

No digo yo que el mágico veneno de las piedras preciosas que entra por los ojos, las haga morir de manera que sea preciso enterrarlas al día siguiente; pero si no muere el cuerpo, sólo queda para ser el sepulcro opulento del alma.

La superstición de los ópalos es una voz misteriosa que se escapa de los labios de esos bellos corazones, que, sin saberlo, dicen claramente: «El lujo nos mata.»

II.

La fatalidad que la superstición naciente, como hemos visto, en las regiones despreocupadas del gran mundo atribuye á los ópalos, la gente sencilla la atribuye á la influencia maléfica de algunos ojos humanos. Esto parece menos absurdo, sin dejar por eso de encerrar también un sentido simbólico. Es otra superstición, que se levanta como una sombra en la credulidad del vulgo, y señala también los desastres de otro vicio.

Se supone que hay personas dotadas de un

poder inexplicable, por medio del que ejercen funestas influencias sobre los seres con quienes se ponen en comunicación ó en contacto. La potencia principal de este hechizo se cree que reside en los ojos y que está en la mirada, aunque para los efectos del maleficio sea necesario alguna vez el concurso de la palabra y del tacto.

No se trata de un magnetizador que á fuerza de pases hace dormir á la persona sometida á la acción del fluido magnético de que dispone, y contando con la mayor ó menor *lucidez* del sonambulismo, lo obliga á moverse según su voluntad, á hablar lenguas que le son desconocidas, y á ver á largas distancias y al través de cuerpos opacos. Esta diablura, medio científica, medio nigromántica, no pasa de ahí; el sonámbulo se despierta, nada ha visto ni nada ha oído, ignora lo que ha sido de él en el transcurso de su sueño, y por de pronto la brujería no tiene más consecuencias. Son fenómenos que pertenecen á la magia recreativa.

No se trata de eso: la diabólica influencia de que hablamos, causa terribles estragos en las personas sobre quienes se ejerce; es muy anterior á la *cabeta de Mesmer*, origen, digámoslo así, científico de tantos charlatanes y de tantos magos, porque al fin Mesmer era hombre de ciencia, y se le ofrecían grandes sumas por su secreto en nombre del Estado. Si por una parte

ejercía el poder de su magia agitando la varilla del nigromante, por otra parte ostentaba el bonete del sabio; sus prodigios participaban á la vez del magisterio, de la cátedra y de la alucinación que causan los juegos de manos, y, sea como quiera, los fenómenos de sus experimentos se presentaban, lo mismo á los ignorantes que á los sabios, en nombre de la ciencia.

Aquí se trata de prodigios enteramente empíricos; no hay una teoría siquiera que intente explicarlos, ni jamás sabio alguno se ha creído obligado á tomarlos en cuenta. No se realizan en presencia de ningún público; carecen de teatro; son hechos aislados que no han obtenido nunca el honor de una doctrina: la hechicería se verifica sin trípode y sin cátedra, y no forma ni escuela ni secta. El mago que posee ese don diabólico, no hace profesión de su funesta influencia, y acaso él mismo ignora el poder de que dispone; y es un don funesto, concedido con preferencia á las mujeres.

Si este influjo es puramente en el individuo; si sólo obra en momentos determinados; si es voluntario ó involuntario, son cuestiones que nunca he visto suscitadas ni jamás resueltas. Acerca de este punto, el misterio aparece rodeado de tinieblas impenetrables.

El efecto que produce se ve, se palpa, se lamenta; pero la sustancia del fenómeno, la causa

del prodigio, se escapa á toda averiguación, se niega á todo análisis, y, semejante á la mano del asesino que hiere en la sombra, asesta el golpe tremendo y se oculta en la obscuridad en que vive.

Tiene su nombre, y se llama *Mal de ojo*.

Una dolencia misteriosa, un trastorno orgánico inesperado, una turbación inexplicable del entendimiento, la locura, la enfermedad ó la muerte, son los efectos de su odioso influjo. Y como si el espíritu infernal que lo inspira fuese el encargado de aborrecer todo lo que brilla en el mundo por alguna circunstancia bella, su poder maléfico busca, digámoslo así, la luz para apagarla. Bien pudiera presumirse que el odio reconcentrado del mismo Lucifer contra toda perfección es quien lo anima. Parece que es el espíritu lúgubre y rencoroso de la envidia.

Cuando de la noche á la mañana el rostro del niño, sonrosado y fresco como una flor que empieza á abrirse, ó como un día que amanece, se presenta pálido, entristecido, sin el rayo de la alegría en los ojos, sin las sonrisas de la salud en los labios; si observáis que su frente, un momento antes tan risueña, se inclina agobiada por un peso invisible; si advertís que tiembla, que se estremece, que el llanto no encuentra salida y se anuda á su garganta; si lo veis aniquilarse y morir, el médico os dirá, con su de-

nominación vulgar ó con su denominación técnica, el nombre de aquella dolencia extraordinaria y repentina, pero no faltará allí entre los espectadores de tan doloroso cuadro unas cejas que se frunzan con enojo, una cabeza que se mueva con desaliento, y una voz que exclame:

— ¡Ah! ¡Le han hecho *mal de ojo*!

La madre añadirá:

— Sí, ayer daba encanto el verlo, y hoy no es ni su sombra. Nunca se le había visto ni tan hermoso, ni tan alegre; vendía salud y alegría; estaba para que le hicieran *mal de ojo*.

— ¡*Mal de ojo*! (repito otra vez.) Pero ¿quién?

— ¡Quién! Algunos ojos traidores, alguna mano maldita, algún corazón sin entrañas.

Y se indaga quién lo miró, quién lo besó, quién lo tuvo en sus brazos, quién ha infiltrado en sus venas el hechizo mortal que lo aniquila; y se levanta una nube de sospechas, nada más que sospechas, porque el maleficio se realiza en las sombras del misterio, sin señal que lo anuncie ni rastro que lo descubra. Basta una mirada, un beso, una sonrisa, para que el vaso de la salud se quiebre y la vida se rompa. Mirada que debe ser diabólica, beso que debe ser horrible, sonrisa que debe ser espantosa. Pero mirada que se escapa, beso que no se conoce, sonrisa que no se descubre.

La enfermedad puede ser una ú otra, ésta ó

aquella; entre tantas, puede ser cualquiera, aunque siempre la acompañan circunstancias extraordinarias y caracteres misteriosos; siempre hay algo fantástico en ella. Unas veces es repentina como una puñalada, otras veces es lenta como un veneno; el enfermo experimenta fenómenos que no acierta á explicarse; hay confusión de síntomas, y las medicinas parece que pierden toda su eficacia.

Pero bien: no se trata de la enfermedad, désela el nombre que se quiera en el lenguaje técnico; ella, en resumen, no es más que un efecto, y he aquí que la causa es la que se busca.

El niño estaba sano como una manzana, alegre como una primavera, y hermoso como un lucero: ¿qué causa ha podido aniquilarle de repente?

¿Un alimento nocivo? No; precisamente no había comido nada.

¿Un aire? Tampoco; porque el niño no salió en todo el día de la casa.

En su cuerpo no aparece señal de lesión ninguna.

¡La causa! He ahí lo que no se encuentra; y como necesariamente ha de haber alguna, resulta evidente que es *mal de ojo*. Sí, está herido de una mirada alevosa, de un beso traidor, de una sonrisa envenenada.

El hechizo ha partido de unos ojos diabólicos

ó de unos labios infernales. No hay que darle vueltas; le han hecho *mal de ojo*.

Tal es, poco más ó menos, el caso más frecuente de esta especie de brujería, antigua en el mundo y que corre sin contradicción entre las gentes sencillas, más fantástica por cierto y menos visible que la brujería de los ópalos, que empieza á ponerse en moda entre las gentes despreocupadas.

Por lo demás, bien puede decirse que hay naturalezas funestas, que se complacen en el mal que causan; seres que, descontentos de sí mismos, parece que sólo viven de las desdichas ajenas; almas todas hiel, que, como Nerón, sienten que el género humano no tenga una sola cabeza para cortarla de un solo golpe: ellas envenenan todo lo que tocan, y me atrevo á decir que *hacen mal de ojo* á todo lo que miran. Si son sabios, envenenan la ciencia; si son ricos, su oro es veneno; si son hombres de mundo, envenenan las conversaciones y las costumbres.

La envidia por sí sola es capaz de envenenarlo todo.

Victoria y Leocadia se encuentran, sin saber cómo, unidas intimamente por el vínculo de una de esas amistades que forma la vecindad.

Ambas son jóvenes, pues aunque hay entre ellas la diferencia no corta de siete años, porque Victoria va á cumplir veinticinco y Leocadia acaba de cumplir diez y ocho, mas estas edades suelen confundirse. No se avienen mal la inocencia que todavía se conserva á los diez y ocho años y la experiencia, ó más bien la malicia, que ya se ha adquirido á los veinticinco.

Probablemente no se habrían conocido nunca, si la casualidad no las hubiese juntado bajo un mismo techo, porque vivían en la misma casa y en el mismo piso, Leocadia en el cuarto de la derecha, y Victoria en el cuarto de la izquierda. Sólo una pared las separaba, y, además, los balcones se hallaban tan cerca, que podían hablar y comunicarse sus secretos sin que nadie las oyera.

¿Se querían mucho? No puedo asegurarlo: ellas sí se lo aseguraban mutuamente, y por la frecuencia con que se buscaban en los balcones, pudiera inferirse que no acertaban á vivir la una sin la otra. No obstante, me inclino á creer que si la ausencia se hubiera interpuesto entre ellas, se habrían olvidado pronto, muy pronto; porque, en fin, preciso es decirlo, no era todo amistad lo que las obligaba á buscarse en los balcones; había algo también de amor. ¡Pícaro amor, que ha de mezclarse, aunque nadie lo llame, en todas las cosas de la vida!

Es el caso, que paseaba la calle un joven bastante admisible, cuyo aspecto hablaba en su favor, no solamente de su persona, sino también de lo desahogado de su posición, pues iba siempre muy bien vestido, y además pasaba muchas tardes á caballo en un potro castaño, que se deshacía en corvetas al pasar delante de los balcones de Leocadia y Victoria, en los que, por pura casualidad, siempre estaban ellas.

El caballo atestiguaba que era un caballero, y su manera de caer en la silla, y su facilidad en manejarlo, daba á entender que era regular jinete. Mas no se contentaron las dos amigas con esos datos, pues Victoria pudo averiguar que el joven caballero era hijo de un agente de Bolsa bien acreditado, hombre experto en los negocios, y al que se le suponían muy pingües ganancias. De manera que al exterior agradable del joven se unía la perspectiva de un buen pasar. ¡Friolera! El muchacho estaba en camino de ser hijo de un banquero. Esto era miel sobre hojuelas.

También sabían que el hijo del futuro banquero se llamaba Plácido, nombre que á Victoria le parecía poco sonoro, poco brillante, pero que á Leocadia le sonaba muy bien, porque le encontraba dulce y apacible.

Por lo demás, las dos amigas eran el día y la noche, Victoria era morena, y Leocadia rubia;

la primera tenía la sonrisa amarga y la mirada dura; la otra sonreía poco más ó menos como el alba que colora el cielo, y miraba como mira la claridad de la mañana. Si me es permitido explicarme así, diré que eran dos crepúsculos: el que anuncia al día y el que anuncia á la noche. En Leocadia se reflejaba la luz; en Victoria la sombra.

Los chasquidos de las herraduras sobre las piedras de la calle sonaban en los oídos de una y otra lo mismo que el repiqueteo de una campanilla que llama con urgencia, y las dos acudían cada una á su balcón respectivo, tan á tiempo, que no se sabía cuál de las dos había llegado antes. Leocadia encontraba á Victoria en su balcón, y Victoria encontraba en el suyo á Leocadia, y una y otra se sonreían y se hablaban como si hiciera un siglo que no se habían visto.

Pasaba el caballo luciendo toda la gallardía de su fuerza y toda la arrogancia de su bella estampa, encabritándose, piafando, manteniéndose con vigorosa gracia sobre los resortes de sus piernas elásticas lo mismo que el acero. El jinete, balanceándose sobre la silla, miraba ¿á cuál? á las dos; los balcones estaban tan juntos, que no era fácil distinguir á cuál de las dos iban particularmente dirigidas aquellas miradas. Victoria se sonreía, Leocadia se sonreía también, y el caballo, llenando la calle, llegaba á la esquina;

Plácido volvía la cabeza, miraba de nuevo, y desaparecía.

Entonces entrambas quedaban silenciosas por algunos momentos, hasta que una, cualquiera de las dos, decía algo, se enredaba una conversación y hablaban por los codos, como hablan diez y ocho años de inocencia y veinticinco de malicia.

Una tarde sucedió, con corta diferencia, lo que acabo de contar, y las dos amigas se quedaron silenciosas luego que Plácido hubo desaparecido en el extremo de la calle y hubo enviado á los dos balcones su última mirada.

Ambas continuaban distraídas, como si la habitual locuacidad que de continuo animaba sus lenguas estuviese agotada.

Victoria fué al fin la que rompió el silencio, diciendo:

— Los caballos son animales nobles y hermosos, y muy inteligentes.

— Sí (añadió Leocadia); yo los he visto bajar en el Circo de Rivas, y hacen cosas que parece mentira.

— Donde trabajan admirablemente (replicó Victoria contrayendo las cejas) es en el Circo de Price.

— Es lo mismo (dijo Leocadia). Circos son los dos, y caballos los unos y los otros.

— Sin duda (volvió á replicar Victoria). Cir-

cos son los dos, y caballos unos y otros; pero en *Price* hay ahora una compañía sobresaliente; anoche estuve, y los vi hacer prodigios.

—¿Estuviste anoche?

—Sí.

—¿Hubo mucha gente?

—Mucha.

—¿Te divertirías?

—¡Phs!

—¿A quién viste?

—Vi... (contestó Victoria); no recuerdo en este momento. ¡Ah! Sí, ahora caigo: vi á Plácido.

—¡Hola! (exclamó Leocadia.) Es natural; parece que ha de ser aficionado á los caballos.

Victoria movió la cabeza.

—¿No?—preguntó Leocadia.

—Sí (le contestó su amiga). Todos los hombres son aficionados á los caballos; y si no fuera más que eso, pase.

—¡Qué! ¿Hay más?

—¡Vaya!

—¿Qué hay?

Aquí la morena hizo un gracioso gesto con la boca, contestando:

—Chica, el Sr. D. Plácido tiene todas las trazas de un insigne calavera.

—¡Qué dices! —exclamó Leocadia.

—Lo que oyes: es amigote de los *clowns*; ¡figúrate tú qué gente! Allí lo veía entrar y sa-

lir, hecho todo un personaje ecuestre. Si no estoy equivocada, al salir la que monta en pelo, la esperó, y le puso en la mano un ramo de flores que ella se llevó á la boca; quiero decir, á las narices. Esto no quita que le haga el *rendví* á no sé qué ricacha de provincia. Vamos, te digo que es un *coquetón* que se pierde de vista.

Victoria decía todo esto con esa indiferencia con que se habla de cualquier cosa. Miraba á una parte y á otra con la volubilidad de los ojos que no encuentran dónde fijarse, como si no prestara grande atención á lo que estaba diciendo. Leocadia, por su parte, la oía sin pestañear, y cuando acabó, le dijo:

—¡Parece imposible! ¡Ah! Yo no lo hubiera creído nunca.

—¿Por qué? ¡Bah! Hay que creerlo todo. Pero, ¡vaya!, hablemos de otra cosa.

Leocadia apoyó el codo en el pasamano del balcón, y se pasó la mano por la frente. Victoria habló de modas, de teatros, de todo lo que hablan las mujeres, sin conseguir de su vecina más que medias sonrisas y medias palabras.

La madre de Leocadia era una señora chapada á lo antiguo, que vivía á la buena de Dios, franca como pocas mujeres; lo que había en su corazón, al instante estaba en su boca. Al ver á su hija, que acababa de dejar á Victoria, exclamó, diciendo:

— ¡Bueno! ¡Bueno! Ahora te entras del balcón; estás delicada, y ya es casi de noche. ¡Pues! Charlando con la vecina. Yo no digo que no la quieras y que no la trates; pero tanto balcón es una tecla. Y lo estoy viendo: esa amiga te va á costar caro. No sé qué le encuentras, porque lo que es á mí, no me pasa de los dientes adentro. ¡Te entran á ti unas amistades!

Leocadia no contestó nada á su madre. Se acercó al piano; pero no pudo combinar dos notas. Habló poco en el resto de la noche; parecía distraída, y se acostó temprano: temprano, y triste.

IV.

Leocadia y Victoria no se veían siempre por los balcones, porque algunas veces pasaba la una á la casa de la otra, y se les iba, bien la mañana ó bien la tarde, charla que te charla.

Al volver á encontrarlas, las hallamos en el tocador de Leocadia, porque ésta había madrugado poco, y estaba dando la última mano á su tocado, cuando se presentó Victoria. Venía la vecina magníficamente peinada, y la nube de rizos negros que se levantaban sobre su frente daba mayor realce á la expresión audaz de su fisonomía.

Primero la vió Leocadia en la luna del espejo

que tenía delante, y por un capricho del cristal, se le apareció la cabeza de su amiga deforme: la boca torcida, formando una mueca horrible; los ojos inflamados como los ojos de las fieras cuando muerden, las cejas erizadas y fruncidas, la frente sombría y amenazadora. La cabeza que vió Leocadia en el espejo fué una cabeza espantosa. Pero la visión duró poco, porque volvió los ojos asustada, y se encontró, digámoslo así, con la realidad de su amiga, que ciertamente era otra cosa, y no pudo contener una exclamación de asombro al verla.

— ¿Te asusto? — le preguntó Victoria.

— No (le contestó); me admiras.

— ¿Sí?

— Sí.

— ¿Cómo me encuentras?

— Ya te lo he dicho: admirable.

— ¿Te burlas?

— No: jamás te he visto tan bella. No sé en qué consiste la expresión que advierto en tu semblante: me parecen más blancas tus mejillas y más negros tus cabellos. ¿Qué has hecho con tu cabeza?

— Lo de siempre (contestó Victoria). ¡Qué he de haber hecho! Peinarla.

— ¿Tú?

— Yo.

— ¿Tú sola? — volvió á preguntar Leocadia.

—Yo sola;— volvió á contestar Victoria.

Ambas se quedaron contemplándose; mejor dicho, Leocadia contemplando á Victoria, y Victoria dejando que su amiga la contemplara.

Esta última hizo un movimiento de curiosidad satisfecha, el mismo que hace el niño al descubrir el resorte que da vida al juguete que tiene entre las manos, y exclamó de pronto:

—¡Ah!

—¿Qué?— preguntó Victoria.

—Que ya sé en lo que consiste el particular encanto que traes esta mañana.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—Veamos; ¿en qué consiste?

—Consiste (dijo Leocadia) en ese lazo de color de fuego que llevas prendido en la cabeza.

¡Oh, sí! Es un hermoso color, que sobre lo negro de tus cabellos produce un efecto que deslumbra. Mira, parece un relámpago en una nube.

—¿Te gusta?— preguntó Victoria.

—¡Oh, sí! Me gusta mucho. ¡Está puesto con una gracia, con un gusto! Vamos; parecés otra. ¡Qué original!

—Es un capricho. Yo no tengo doncella que piense por mí, y esta mañana no sabía qué hacer de mi *toilette*, y he hecho esto.

—Ha sido una buena idea (añadió Leocadia), que quiero plagiar. Quiero imitarte.

—¿Tú?— preguntó Victoria, frunciendo ligeramente el entrecejo.

—Yo. Verás. Debo tener un lazo como ese, y voy á prenderlo como tú te has prendido el tuyo. Vas á servirme de modelo.

Diciendo así, abrió el primer cajón de una cómoda de nogal que formaba parte del menaje de su tocador, y buscó en las cajas de sus adornos un lazo igual al que llevaba Victoria. Lo encontró al fin, y dijo:

—Aquí está.

Era un lazo azul de color de cielo, que debía caer sobre las ondas de sus rizos rubios como una turquesa sobre engaste de oro.

Miró Victoria el lazo que le presentaba su amiga, y, como antes las cejas, frunció ahora la boca, diciendo:

—¡Ah! Es azul. Hermoso color, hecho expresamente para las rubias. Á las morenas (añadió, mordiéndose los labios) nos está prohibido usarlo.

Leocadia puso su lazo encima del tocador, y se colocó delante del espejo. En un abrir y cerrar de ojos deshizo todo su peinado, y aquellas hermosas trenzas cayeron deshechas sobre sus hombros y sobre sus espaldas en abundantes ondas, como una cascada de oro. Nada más bello que aquel torrente de rizos brillantes, al través de los que asomaban las correctas líneas del per-

fil, la blancura de las mejillas, la púrpura de los labios y el azul aterciopelado de los ojos. La cabeza de Leocadia tenía en aquel momento algo de aureola, algo de ángel. Parecía que toda la luz que iluminaba la estancia iba á reunirse alrededor de su frente, y deshaciéndose en luminosos reflejos, inundaba sus rizos y envolvía su cabeza.

Victoria espiaba con mirada sombría los movimientos de su amiga, formando contraste la sombra que proyectaban sus ojos negros, sus rizos negros y su tez oscura, con la claridad que brillaba en los ojos azules, en los rizos rubios y en la tez nacarada de Leocadia.

Así como la luz acudía á iluminar el rostro de ésta, del mismo modo huía de Victoria, dejándola envuelta en las tinieblas de un velo misterioso. Contraste extraño, en el que un pincel atrevido habría descubierto el secreto de un cuadro fantástico. Victoria parecía la sombra de la noche, y Leocadia el albor de la mañana; formaban el contraste que ofrecen el cielo y la tierra.

En el fondo del espejo veía Leocadia su imagen, y sus manos, blancas como azucenas, comenzaron á ordenar el tumulto de rizos que ondeaba sobre su frente. Poco á poco fueron entrando en razón, y al cabo de algunos instantes se levantaban graciosamente enlazados. Era el mismo tumulto de rizos; pero tumulto ordenado

por ese arte infuso con que las mujeres saben embellecerse.

Victoria miraba atentamente la destreza con que Leocadia iba formando el artificio de su peinado, y sus ojos fijos se clavaban tan penetrantes como las agujas con que la bella peinadora sujetaba sus cabellos.

Terminada la obra, se volvió Leocadia á su silenciosa vecina, preguntándole:

— ¿Qué tal?

— Muy bien (le contestó). Estás hermosa. Ahora solo falta colocar el lazo.

Dicho y hecho: el lazo, suspendido en el aire como una mariposa que busca donde posarse, cayó sobre los rizos de Leocadia, quedando prendido en ellos con toda la gracia del mundo. Victoria exclamó:

— ¡Ah! ¡Es un prodigio!

Y pasó por su frente una nube, y brillaron sus ojos con luz azulada, semejante á la que despide el acero en la hoja de los puñales, luz fosfórica, fría como el hielo y sombría como la muerte; al mismo tiempo sus dientes menudos rechinaron oprimidos unos con otros. Después de este acceso, se echó á reír á carcajadas.

— ¿Te ríes? — le preguntó Leocadia.

— Sí (le contestó); me río. Mirate, mirate al espejo.

Miróse Leocadia, y también rompió en reír.

¡Qué diablura! El lazo tan graciosamente colocado se había torcido, de manera que era imposible verlo sin reirse. Lo puso de nuevo en su posición primitiva; mas apenas la mano lo dejó libre, volvió á torcerse, y las dos amigas se echaron á reir de nuevo.

Por tercera vez intentó Leocadia devolver al lazo la gracia que en un instante había perdido; pero ¡esfuerzo inútil! el lazo rebelde se descomponía en cuanto la mano lo abandonaba.

— Parece que está vivo, — dijo.

— Sí, — contestó Victoria.

Acudió con las dos manos, lo prendió con dobles alfileres, y ya lo creía seguro, cuando, como si fuese estrujado por una mano invisible, dobló sus hojas y se retorció sobre sí mismo, de la manera que se enroscan las hojas de los árboles que se secan.

Habriase creído que un soplo abrasador había consumido la frescura de la seda y la gracia de la forma; más aún: la pureza del color azul que ostentaba se veía manchada por aguas amarillas y rojas, que formaban tornasoles detestables.

— ¡Oh! (exclamó Leocadia.) Este lazo parece hechizado.

La vecina elevó el labio inferior y se encogió de hombros, mientras Leocadia arrancaba el lazo de sus cabellos, porque sentía un vago escozor en el sitio donde le tenía prendido. Al arrancarlo

crujieron los cabellos como aristas que se quiebran, y lo arrojó lejos de sí, porque creyó que sus dedos ardían al tocarlo.

Esta vez no se rieron ni la una ni la otra: Victoria sacudió la cabeza con aire á la vez enojado y triunfante, y Leocadia bajó la suya con tristeza.

V.

El calavera de Plácido, á pesar de la acróbata que monta en pelo en el circo de *Price* y de la ricacha de provincia, no deja de pasear la calle, unas veces á pie y otras á caballo, según caen las pesas. Las dos amigas, por su parte, no tienen en cuenta los datos poco favorables adquiridos acerca del hijo del agente de Bolsa, ó sea del futuro banquero, pues se asoman al balcón siempre que oyen rechinar el empedrado de la calle bajo los cascos de un caballo.

La madre de Leocadia le ha tomado manía á Victoria, sin saber por qué, como ella misma dice, mas sin que acierte á explicarse el motivo; ello es que la amistad de su hija con el demonio de la vecina no le hace maldita la gracia; y eche V. por arriba, ó eche V. por abajo, las dos amigas están á partir un piñón, y siguen siendo uña y carne, sin que haya manera de cortar por lo sano.

La buena señora, que si no es de las que las

cogen al vuelo, no es tampoco de las que las sueltan fácilmente, está siempre dale que dale sobre el mismo tema, y venga ó no á pelo, saca á relucir á la vecina, y hay sermón para rato.

— ¡Valgame Dios, criatura! (le dice á su hija): ¡qué manía de vecina! Voy á sospechar que esa mujer te tiene hechizada. Será muy buena, ¡ya lo creo!, y se conoce que no se mama el dedo. Yo nada le quito ni nada le pongo con decir que no me gusta, porque de gustos no hay nada escrito; pero tiene aire de gitana, y muerde cuando habla, y hiere cuando mira. No digo yo que se le dé con la puerta en las narices.... Nada de eso; las gentes se han hecho para tratarse, y entre vecinos no debe haber *liquis miquis*. Buenos días.... buenas tardes.... Cuatro palabras de balcón á balcón; visita hecha, visita devuelta, y *laus Deo*. Pero esto de andar siempre la una detrás de la otra, del balcón entro y al balcón salgo... por la mañana, por la tarde, por la noche; tú que vas, ella que viene: y luego ¡qué mareo! Victoria lo ha dicho, Victoria lo sabe, así lo hace Victoria, y Victoria no se te cae de la boca. Bueno que os veáis y que os habléis, que tú vayas y que ella venga, pero de uvas á peras.

Leocadia oía los sermones de su madre, se sonreía, la besaba, y hasta otro. ¿Qué se hace con una hija humilde, discreta y cariñosa, que

oye, calla y besa? Lo que hacía la madre de Leocadia... Nada.

¡Ya se ve! Esta madre, como todas, era al fin mujer, y algo había olido ella de un tal Plácido, joven de regular presencia, bien acomodado, que, unas veces á pie y otras á caballo, paseaba la calle con cierta continuidad sospechosa; y como al fin y al cabo Leocadia no se criaba para monja, hacía la vista gorda hasta ver en qué paraban aquellos paseos. Ella también había sido muchacha, y las mujeres suelen tener dos juventudes: primero la suya, y después la de sus hijas. En una palabra: la inclinación que advertía en Leocadia hacia el joven del caballo, no la miraba con tan malos ojos como la que mostraba á la vecina. La buena señora discurría, á pesar de sus cortos alcances, que la primera era mucho más natural que la segunda.

Algunas noches se reunían en casa de Leocadia varias personas de la intimidad de la familia, y se hablaba de los sucesos del día, se tocaba el piano, se cantaba, y, quieras que no quieras, se pasaba el rato. La buena señora tenía también sus noches de *recepção*; y aunque el *bouffet* no era espléndido, nunca faltaba alguna conserva para endulzar la boca, y vasos de agua para refrescar los labios. Todas las personas que acudían allí á matar la noche eran de confianza en

la casa; de manera que se divertían buenamente; según la vulgar expresión de la madre de Leocadia, en familia; según el lenguaje que se usa entre las gentes que frecuentan los salones, en *petite comite*.

Llegó un día en que la señora de la casa mostró más esmero en el aseo de los muebles y en la limpieza de las habitaciones; hizo limpiar los quinqués, renovar las torcidas, llenándolos de gas hasta los topes; añadió al mueblaje del recibimiento una mesa de aparente caoba, que estaba arrinconada en un cuarto interior; sobre ella puso un tarjetero de porcelana; las cuatro sillas de Vitoria que ordinariamente adornaban esta primera pieza de la casa, se aumentaron con otras dos; faltaba una percha, y se puso; y, por último, se cubrió la estera con un pedazo de alfombra vieja, que de noche parecía otra cosa. En la sala no se hizo más que desfundar la sillería, lo cual era bastante.

En cuanto á su hija, le advirtió que se vistiera bien, recomendándole una falda de color de rosa, que era el encanto de los ojos.

—Esta noche (añadió) vienen los amigos, y ya que nos hacen compañía, hay que recibirlos con decencia.

Leocadia le replicó:

—Para los amigos que vienen algunas noches, no tengo necesidad de vestirme tanto; son de

confianza, y no extrañarán verme esta noche como me ven siempre.

—Es que...—empezó á decir; pero su hija la interumpió, preguntando:

—¿Qué?

—Que acaso tengamos una nueva visita.

—¿Nueva?

—Pues.

—¿Las señoras de?...

—No; no se trata de señoras. Señoras, bastantes estamos en el mundo.

—¿Pues de quién se trata?—preguntó Leocadia.

—Se trata de un joven,—le contestó la madre.

—¿Y para un joven (volvió á preguntar) he de ponerme la falda de color de rosa?

Esta pregunta de Leocadia se tendrá por inverosímil, si no se tiene en cuenta que las mujeres se visten principalmente para las mujeres, porque ellas son los verdaderos votos en la materia. Ellas son las que saben apreciar el valor de los adornos y los efectos del tocado; ellas se encuentran, se repasan y se desmenuzan de arriba á abajo. La crítica del tocador les pertenece de derecho.

—Sí (le contestó la madre). Es un joven que viene por primera vez á casa, y la falda de color de rosa es la que mejor te sienta.

—Pero bien (replicó Leocadia); aunque ese

joven venga por primera vez á casa y sea un príncipe extranjero, ¿he de ponerme de tiros largos?

—Sí, hija, sí. Tus amigas, que estarán ya en el secreto, se vendrán puestas de veinticinco alfileres, y yo no quiero que tú hagas mal papel en ninguna parte.

—¡Secreto! — exclamó Leocadia.

—¡Secreto! ¡secreto! (repitió la madre.) No es ninguna cosa del otro jueves. Un joven que quiere ser presentado en una casa, que encuentra un amigo que lo presente, que este amigo lo presenta, que es bien recibido, y santas pascuas. Tú dirás: ¿pero quién es ese joven? Pues... uno de tantos. Un chico de buena familia, que monta á caballo... un tal Plácido. ¿Le conoces?

La hija se puso encarnada, y bajó los ojos, mientras la madre volvió la cabeza para ocultar la sonrisa maliciosa que retozaba en sus labios.

Después de este diálogo entre la madre y la hija, Leocadia se fué al balcón como una flecha, á comunicarle á su amiga la novedad de la presentación de Plácido. La inocencia es comunicativa, no suele tener secretos, y he ahí que no sabe guardarlos. Además, aquella noticia inesperada no le cabía á Leocadia en el pecho; necesitaba alguien con quien partirla; se la habría dicho á todo el mundo, cuanto más á su vecina.

Pero es el caso que Victoria no estaba en su casa: había salido aquella tarde á paseo con una parienta suya, en carretela descubierta, y no volvería hasta muy tarde: tal vez comería con su parienta, y era probable que pasara la noche en el teatro. Por consiguiente, tuvo que guardar su secreto en el fondo del alma.

En cuanto oscureció, empezaron á encenderse las luces, y á los pocos minutos estaba la casa hecha un ascua de oro.

¿Qué largas le parecían á Leocadia las horas de aquella tarde! La falda de color de rosa le caía perfectamente. Parecía la aurora, ¡qué capricho!, la aurora esperando la noche. Iba de una parte á otra, ¡inocente!, creyendo que su movilidad le haría andar más de prisa al tiempo. Al paso se veía en la luna de los espejos, y no le disgustaba verse; así, á lo menos, entretenía la impaciencia.

Al fin empezaron á llegar los amigos, y ese fin fué el principio de la fiesta.

La sala se animó lo mismo que una luz á la cual se le echa aceite, y desde los primeros saludos comenzó á enredarse el hilo de las conversaciones, á las que Leocadia no prestaba mucha atención, porque sus oídos estaban fijos en la campanilla de la puerta, y sus ojos en el reloj colocado sobre la consola delante del espejo.

Dieron las nueve, y ya estaban allí los habi-

tuales concurrentes. No faltaba ninguno; es decir, sólo faltaba el joven que debía ser presentado y el amigo que había de presentarlo.

Sonó la campanilla con vivo repiqueteo. Eran ellos sin duda alguna; mejor dicho, era *él*, porque en realidad *él* era el que faltaba.

Leocadia sintió abrirse la puerta y volver á cerrarse, y sus ojos, azules como el cielo, se anticiparon involuntariamente á recibir al recién llegado.

Hubo un momento en que creyó que las luces vacilaban y se oscurecían, cubriendo la sala con un paño negro, que los cuadros danzaban sobre las paredes, que los espejos se escapaban de los clavos á que estaban sujetos, que los muebles se movían, saltando sobre el pavimento. Las caras de los circunstantes daban vueltas alrededor de sus cuellos, pálidas, cadavéricas, haciendo gestos horribles, y en la puerta de la sala vió aparecer una sombra informe, y el aire se heló á su presencia.

Se agarró á la silla en que se hallaba sentada, para no caer desvanecida.

VI.

Antes que Leocadia acabara de reponerse del vértigo que se había apoderado de ella, sintió sobre sus mejillas un beso frío, ni más ni menos

que si la besara un cadáver. Abrió los ojos, y se encontró con los de Victoria. Era la vecina la que la besaba. No había hecho más que entrar, y acudía á saludarla, como se saludan las amigas, con un beso. Detrás de los labios con que se besa están los dientes con que se muerde.

—¡ Ah! (exclamó Victoria, dirigiéndose á la madre de Leocadia.) He violado las leyes de la etiqueta saludando antes á la hija que á la madre; pero no nos hemos visto en todo el día; tenía hambre de verla, y al entrar, perdonen Vds., no he visto más que á ella.

Diciendo esto, se inclinó para besar á la madre, y la buena señora estuvo á punto de retirar la mejilla; pero en cambio puso la cara más agria que había puesto en su vida. La vecina no reparó en ello; se reanudaron las conversaciones interrumpidas por un momento, y siguió la animación entre los concurrentes.

Leocadia sentía un ardor particular, un ardor fantástico, en la mejilla en que Victoria había estampado sus labios; más su imaginación, distraída, sólo pensaba en la rapidez con que corría el tiempo, pues veía que la aguja del reloj iba pronto á señalar las nueve y media: tan pronto, que pensando en que iban á dar, dieron, ó, mejor dicho, dió, porque el timbre del reloj dejó oír un solo golpe, seco, desabrido, que fué á morir en el corazón de Leocadia, oprimiéndolo hasta

arrancarle un suspiro. ¡Oh!... ¡era ya tan tarde!

Á poco rato sonó la campanilla de la puerta con cierta timidez, más aún, con cierta dulzura; parecía que pedía permiso para sonar, y Leocadia se estremeció de pies á cabeza.... Ya no cabía duda; era él, un poco tarde; pero al fin llegaba. En efecto: Plácido se presentó en la sala, acompañado del amigo que había de presentarlo, y que lo presentó en toda regla. Fué recibido con sencillez, hasta con familiaridad, y, pasado el primer momento de expectación, la tertulia volvió á las animadas conversaciones que son el alma de las tertulias.

Plácido saludó á las personas que le eran de antemano conocidas; habló, ya con unos, ya con otros, un poco de política, algo de teatros, y bastante de equitación. Vió á Victoria, y le hizo una cortesía, enviándole una sonrisa, y, dando vueltas, fué al fin á sentarse al lado de Leocadia, con la más perfecta naturalidad, y entabló con ella media conversación. Digo media, porque Leocadia tenía un nudo en la garganta, y la lengua se le pegaba al paladar. No acertaba á coordinar dos ideas ni á unir dos palabras. Jamás le había sucedido una cosa semejante, y se desesperaba interiormente de su torpeza, y se afligía, y hubiera roto en llorar; pero ni llorar podía.

Tomaba, pues, parte en la conversación con

medias palabras, con monosílabos. Mas lo que no iba en lágrimas, iba en suspiros; pues los ojos se vengaban de la torpeza de la lengua, y, sin soltar prenda, dejaban comprender á Plácido que se complacían en verlo. Los labios echaban también su cuarto á espadas, pues para eso les ha dado Dios las sonrisas, y con ellas, sin hablar palabra, daban á entender todo lo que no decían, y aun mucho más de lo que callaban.

De esta manera hablaron un buen rato; mas no era cosa de estar toda la noche habla que te habla, y Plácido, con pretexto de ver un álbum de retratos, que había sobre una mesa, se apartó de Leocadia, dejándole una mirada de esas que llegan al alma. Luego se dirigió á la señora de la casa, se sentó junto á ella, hablándole con tanto acierto y con tanta gracia, que la hacía reír como á una tonta. Se echaba de ver que el mozo sabía perfectamente dónde le apretaba el zapato.

Quando Leocadia se vió sola, sintió que podía respirar á sus anchas; halló más expedita su lengua, y su voz más segura; el peso que antes sentía la abandonaba, y se le ocurrían frases felices, palabras discretas, dichos agudos, todo lo que hacía un momento no le había ocurrido. No acertaba á explicarse qué especie de nube era la que había pasado por su imaginación, qué misteriosa ligadura había sujetado su lengua,

ni qué mano invisible ahogaba su voz, su voz limpia y sonora como la de una campanilla de plata.

Mas todo había pasado, y, á pesar de aquellos inexplicables desvanecimientos, se encontraba feliz, dichosa, como no recordaba haberlo sido nunca. Buscó con los ojos á Victoria, para ir á reunirse con ella, y hablar y reirse; porque tenía mucha necesidad de dar salida á sus pensamientos y abrir paso á su alegría. Buscóla, pues, y la encontró muy metida en conversación con el amigo de la casa que había presentado á Plácido, y creyó indiscreto interrumpirla.

Entonces reparó que la cabeza de su vecina proyectaba sobre la pared una sombra deforme, monstruosa, semejante á la que había visto retratarse en el espejo el día del lazo. Las facciones, desmesuradamente abultadas, presentaban contornos fantásticos, que cambiaban á cada instante de forma; la nariz se alargaba como una guadaña, la frente se hundía, y la boca, abriéndose y cerrándose, parecía morder algo que no se veía. El más pequeño movimiento alteraba las líneas de la sombra, y otra cabeza, igualmente fantástica, sustituía á la primera. Creeríase que la pared se entretenía en vomitar monstruos; era una sucesión continua de horribles cabezas, que se iban engendrando sucesivamente unas á otras.

Leocadia quería apartar la vista de aquellos diabólicos caprichos de la sombra; pero, sin querer, sus miradas volvían al mismo sitio, atraídas por una fuerza desconocida para ella. Era una terquedad de sus ojos, que no podía vencer; y las cabezas se sucedían, haciendo muecas imposibles, y dando vueltas sobre sí mismas con rapidez creciente: se empujaban unas á otras, se anudaban, se despedazaban entre sí; aquello era un torbellino de cabezas.

En esto sonó el piano, y Leocadia creyó despertar de un sueño; miró á la pared, y las cabezas habían desaparecido.

En medio del mayor silencio, una de las señoritas de la tertulia ejecutó, lo mejor que pudo, la sinfonia de *Guillermo Tell*. Las manos corrían por el teclado, y las cuerdas sonaban. ¿Qué más se le podía pedir á una aficionada que hacía poco más de un año que empezó á solfear? Acabó la sinfonia, en verdad, sin haberla empezado, recogió los parabienes que se le prodigaron, y se quedó tan satisfecha.

— Ahora (dijo uno de los circustantes), vamos á oír la voz con que deben cantar los ángeles, si Leocadia quiere que la oigamos.

— ¡Yol! — exclamó ella, tratando de excusarse.

— Tú (añadió su madre, alzando la voz). No eres una profesora, ya lo sabemos.

Plácido acudió á ofrecerle el brazo para lle-

varla al piano, y no hubo más remedio. Cogió el brazo que se le ofrecía, y con cierta arrogancia que realzaba la natural distinción de su persona, se dirigió al piano, resuelta á cantar con toda su alma.

Sentóse, colocó un papel de música en el atril, sus dedos de niña trazaron sobre las teclas una rápida escala, y empezó el acompañamiento. Al modular la primera nota del canto, inclinó maquinalmente la mirada hacia la izquierda, y se encontró con los ojos de Victoria, que se había acercado al piano y la miraba de hito en hito, con mirada firme y penetrante como una espada, y la voz salió de su garganta áspera, indecisa, desafinada. Quiso reponerse, hizo un esfuerzo supremo, y prorumpió en un canto desabrido, insoportable. Las manos recorrían las teclas sin encontrar el acorde que buscaban, mientras la voz, siguiendo el curso de notas que no estaban escritas, hacía esfuerzos desesperados por coger el hilo de la melodía, que una mano invisible había hecho pedazos. La voz iba por una parte y el piano por otra, y se buscaban sin encontrarse; la desafinación los apartaba cada vez más, y el compás no parecía por ninguna parte.

Reinaba en la sala un silencio profundo; silencio terrible, semejante al de un sepulcro. En unos semblantes se veía retratada la compasión,

en otros el asombro, y en algunas bocas se veía asomar la punta de la risa; sólo Plácido aparecía pensativo, y Victoria seria y cejjunta.

Leocadia no pudo pasar del primer tiempo; sintió un temblor interior, que no le dejaba libres ni la voz ni las manos. Experimentó en su alma un peso extraordinario, se obscurecieron sus ojos, y se levantó para no caer, dirigiendo á Plácido una mirada de angustia indecible. Él le presentó su brazo, diciéndose á sí mismo:

— ¡Esto es inexplicable!

Á la madre de Leocadia la podían ahogar con un cabello; un color se le iba y otro se le venía.

Desde aquel momento, la tertulia languideció visiblemente, y alguno dijo:

— Parece que nos han hecho á todos mal de ojo.

— Unos ahora, y otros luego, fué desapareciendo la concurrencia. Se despedían con cierta tristeza, como se despiden las gentes en un duelo.

Leocadia huyó á refugiarse en su cuarto, y allí, cubriéndose el rostro con las manos, se deshizo en lágrimas. Su madre entre tanto hablaba sola, repitiendo esta frase, que formaba todo su pensamiento:

« ¡Dios me perdone! ¡pero esa mujer es mala, mala, muy mala!»

VII.

Servía en la casa de Leocadia una muchacha, que, si no admiraba como prodigio de perspicacia, poseía la malicia bastante para ir salvando los peligros de la vida. Se llamaba María; pero este hermoso nombre no sonaba nunca en sus oídos, pues no se la entendía más que por *Marusa*. De esta manera, con sólo nombrarla se dejaba entender que era gallega. Jamás se dirigía de frente al punto á que se encaminaba, y, como las mariposas y los gatos, daba muchas vueltas antes de llegar adonde iba.

Algo tenía ella entre ceja y ceja que le andaba haciendo cosquillas, y Leocadia era, como ahora ridiculamente se dice, el *objetivo* de sus idas y venidas, de sus vueltas y revueltas, de sus medias sonrisas, de sus medias palabras y de sus miradas á hurtadillas; mas Leocadia, embebida en sus tristes pensamientos, no reparaba en ello.

Al fin la gallega encontró coyuntura, y aseguándose antes de que nadie podía oírla, llamó sobre sí la atención de Leocadia, y guiándole confidencialmente el ojo, exclamó en voz baja:

— ¡Ay, señorita!

— ¿Qué? — preguntó Leocadia, mirándola con inquietud.

— Que algunas veces el demonio se nos mete en el cuerpo.

— ¡En el cuerpo! — repitió Leocadia.

— ¡Uf! — añadió Marusa.

— ¡Uf! — Vamos, ¿qué quiere decir uf?

— Quiere decir que me va V. á regañar mucho.

— ¡Á regañarte! ¿Qué has hecho para que yo te regañe?

— Nada, — contestó.

— Entonces, ¿por qué he de regañarte?

— Porque sí.

Leocadia quiso sonreírse, pero no hizo más que encogerse de hombros, y Marusa, dando vueltas entre los dedos á la punta del delantal, siguió diciendo:

— ¡Ya se ve! Á lo mejor la cogen á una desprevénida, y, quieras que no quieras.... allá va.

— ¡Allá va! ¿qué? — preguntó Leocadia.

— Pues, lo de siempre. Figúrese V. que es un buen mozo, que mira con una tristeza que parte el alma, y habla unas palabras que parecen de miel. Y ahora entra lo bueno: le coge á una la mano, le pone en ella esto ó lo otro, y aquí falta uno; y ahí queda eso.

— Yo no te entiendo, — le dijo Leocadia.

— Pues carta canta (replicó la gallega). Esta mañana me esperó en la esquina, y sin más ni más me dió un papel.... este papel que parece de seda.

—¿Quién te dió ese papel, Marusa?—le preguntó Leocadia.

—¡Quien! (exclamó.) No hay que preguntarlo; ese caballero que estuvo en casa la otra noche... que parece un rey... que pasa por aquí muchas tardes á caballo.

Bajó Leocadia los ojos, se puso encarnada como una amapola, y con mano temblorosa tomó el papel que Marusa le presentaba. Esta vió el cielo abierto, y, respirando como el que saca la cabeza del agua, se fué, haciendo sonar en su bolsillo cuatro duros lo mismo que cuatro soles.

La carta era de Plácido, y estaba concebida en estos términos:

«No sé, Leocadia, cómo recibirá V. mi atrevimiento; mas confío en que si he logrado inspirarle algún interés, encontraré disculpa á sus ojos. Pienso en V. hace mucho tiempo, y sólo deseo saber si son insensatas mis esperanzas. V. sola puede decírmelo. No me oculte V. ni mi ventura ni mi desgracia. La noche más feliz de mi vida ha sido la noche que la vi á V. en su casa, y, sin embargo, pasé un rato cruel al verla á V. abandonar el piano trémula y afligida. ¿Qué fué aquello? No lo sé; pero la juró con toda mi alma que desde aquel momento es más vivo y más profundo el afecto que le profeso: la hermosa á V. la turbación en términos que yo no podré olvidarla nunca.»

Leocadia acabó de leer estos renglones, y cruzó las manos y miró al cielo, sintiendo en su alma la doble alegría de la gratitud y del amor, y exclamando con las lágrimas en los ojos:

—¡Qué pasión! ¡qué respeto! ¡qué nobleza!

Desde aquel momento sus oídos se dedicaron á espíar los ruidos de la calle. Á cada instante creía oír el galope de un caballo, porque se acercaba la hora en que Plácido solía pasar, y ella estaba deseando verlo, para decirle con una sola mirada todo lo que deseaba saber.

No tuvo paciencia para esperar más tiempo, y se puso en el balcón. Á los pocos instantes apareció Victoria en el suyo, y las dos amigas se encontraron: Leocadia, radiante de alegría, sonrosada por la emoción que agitaba su pecho; Victoria, pálida y sombría. En esto Plácido se presentó en la esquina, y el caballo avanzó por la calle, llegó al pie de los balcones, y saludó á las dos amigas, haciendo que el caballo se levantara de manos, como si el jinete quisiera volar. Entonces Leocadia agitó su hermosa cabeza, dejando caer una dulce mirada y una alegre sonrisa. Le decía que sí; sí, con la cabeza, con los ojos, con la boca, con el alma. Plácido se inclinó sobre la silla, se llevó la mano al corazón, y partió al galope.

—¡Hola! (exclamó Victoria con voz dura.) ¿Os entendéis?

Leocadia no sabía mentir, y, además, no podía ocultar su dicha.

— Sí, — le contestó.

— ¿Desde cuándo?

— Hoy.

— ¿Cómo!

— Me ha escrito.

— ¡Ya! (dijo Victoria, haciendo crujir su voz como el chasquido de un látigo.) ¿Se explica bien?

— Mira, — contestó Leocadia, enseñándole la carta de Plácido.

Tomó Victoria la carta, y la leyó; y doblándola con cuidadoso esmero, se la devolvió á Leocadia con una sonrisa llena de hiel, al mismo tiempo que salía de sus ojos una mirada fría como la nieve, que su amiga no pudo resistir, pues la sintió penetrar hasta sus huesos y helarle la sangre.

Empezaba á obscurecer, y soplaba un vientecillo poco agradable, y Leocadia abandonó el balcón, despidiéndose de la vecina, que le contestó con una mueca que transformó su semblante, haciéndolo aparecer horroroso.

Leocadia fué á buscar una butaca, en la que se desplomó, porque le pesaba el cuerpo de la misma manera que si fuera de plomo. Su madre le dijo:

— Del balcón, ¿eh? Del balcón; ¡maldito balcón, y, sobre todo, maldita vecina!

Leocadia sintió sueño, un sueño penoso, y, no obstante, no podía dormirse. Quiso levantarse, y no encontró fuerza para hacerlo; los pies no la obedecían, los brazos se negaban á todo movimiento; pasó una nube por sus ojos; se creyó desprendida de sí misma; quiso gritar, y la voz se ahogó en su garganta; sólo su pensamiento pudo articular estas palabras:

— ¡Dios mío! Me muero.

VIII.

Quando entraron luz, Leocadia parecía dormida; pero había en su actitud un abandono, una pesadez, más propia de la muerte que del sueño. Su madre se acercó á ella, notando su semblante extremadamente pálido. Le cogió una mano, y la encontró fría y los dedos rígidos.

— ¡Leocadia! ¡Leocadia! — gritó alarmada.

Y Leocadia abrió los ojos, y los clavó en su madre con profunda mirada.

— ¡Hija mía! — gritó otra vez la buena señora.

Y asiendo el cordón de la campanilla, la agitó con violencia, y toda la gente de la casa se reunió precipitadamente en la sala.

— ¡Un médico! (exclamó la madre.) ¡Un médico!... ¡Mi hija se muere!

Salieron en busca de un médico.

Entre tanto, con la confusión que en tales ca-

sos ocurre, se le aplicaron los remedios caseros que se iban ocurriendo, y decían:

- Es un vahído.
- Un síncope.
- Un ataque de nervios.

Leocadia no se movía; su corazón palpitaba con ansia, y sus ojos se movían llenos de inquietud y llenos de vida, pero permanecía inmóvil y muda.

Llegó el médico, y todos los circunstantes respiraron. ¡Ah! El médico es un gran consuelo.

Se acercó á la enferma, y la examinó atentamente; hizo algunas preguntas, y pidió recado de escribir. Mientras recetaba los medicamentos más urgentes, dispuso que la condujeran á la cama; y luego que envió á la botica, él mismo, por medio de los recursos que encontró á mano, trató de reanimar el calor apagado de las extremidades.

La cara del médico estaba triste. Le interesaban, sin duda, aquella juventud y aquella belleza tan repentinamente heridas, como si las hubiera sacudido la explosión de un rayo.

De los medicamentos que trajeron eligió uno, y poniendo algunas gotas en una cuchara, lo aplicó á los labios de la enferma, que permanecieron inmóviles; los entreabrió suavemente, y depositó en la boca de Leocadia el líquido que contenía la cuchara. Entonces observó un ligero

movimiento: lo había tragado. Repitió la dosis, y ya los labios de la enferma cogieron el extremo de la cuchara, absorbiendo lo que ella contenía.

Después recetó otras medicinas, que se aplicaron inmediatamente, y ordenó el plan que debía seguirse, y esperó hasta ver los primeros efectos de la medicación empleada.

La primera señal fué un gran suspiro que exhaló la enferma. Luego advirtió que empezaba á verificarse la reacción que buscaba: había ya movimiento en los músculos de la cara, movía el brazo derecho, y la lengua había articulado algunas palabras ininteligibles.

Hechas estas observaciones, dijo el médico:

— Esto no va mal. A lo menos, le salvaremos la vida.

Recomendó el silencio, previno con insistencia que no se le causara ninguna impresión desagradable, y tomó su sombrero: ya nada tenía que hacer allí; había hecho todo lo que podía hacerse.

Uno de los circunstantes, grande amigo de la casa, lo acompañó hasta el recibimiento, y lo detuvo en la puerta, preguntándole:

- ¿Qué es esto?
- Una puñalada, — le contestó.
- ¿Mortal?
- Peor.

—¡Peor!—repitió el amigo.

—Sí (añadió el médico). No puedo determinar claramente la causa de este fenómeno; es una parálisis general, que por fortuna no ha invadido ni el corazón ni el cerebro. La corregiremos en parte. No se puede hacer otra cosa.

—¿Y vivirá?—preguntó el amigo.

—Sí (contestó el médico). Vivirá, pero parálitica.

Esto lo dijo ya bajando la escalera.

Al volverse el amigo, se encontró con la madre de Leocadia.

—¿Qué dice el médico?—preguntó con voz ahogada.

—El médico, señora, dice que vivirá.

—¡Ah! (exclamó hecha un mar de lágrimas, y conteniendo los sollozos.) Dios le pague el consuelo de esas palabras; pero mi hija está herida de muerte por una mano traidora. Me la han matado; esa mujer la ha muerto.

—Señora...—le dijo su amigo, tratando de consolarla, y creyendo que el dolor trastornaba su juicio.

—Sí (insistió). Estoy segura de ello. Le ha mordido una víbora, y la ha envenenado. ¿Qué tiene? ¿Qué dice el médico que tiene?

El amigo no quiso nombrar la enfermedad, por no añadir angustia á su dolor, y no encontrando otra á mano, no supo qué contestarle.

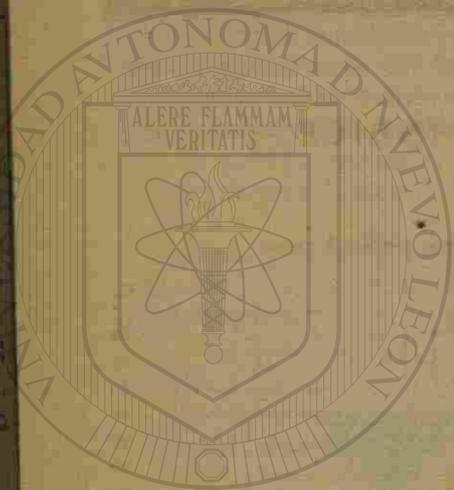
—¡Ah! (exclamó la afligida señora.) El médico no lo sabe. Yo sí; yo sí lo sé.... Las madres lo sabemos todo. Yo sé lo que tiene.

Y acercándose al oído de su amigo, y oprimiéndole convulsivamente la mano, añadió:

—¡Esto es horrible!.... ¡Le han hecho mal de ojo!

FIN.





ÍNDICE

MUNDO DEMONIO Y CARNE.

	<i>Págs.</i>
Origen de este libro.....	7
I.—Boda en perspectiva.....	19
II.—La carta.....	25
III.—El espectro.....	33
IV.—Un plazo.....	41
V.—Del otro mundo.....	49
VI.—Baal.....	59
VII.—Los dos amigos.....	69
VIII.—El oráculo.....	77
IX.—Desastre.....	87
X.—Los dichos.....	95
XI.—Celia.....	103
XII.—Última jugada.....	111

RAYO DE SOL.

I.—Paralelo.....	121
II.—Un prodigio.....	129
III.—La casa.....	137
IV.—La familia.....	147
V.—Un alma del otro mundo.....	155
VI.—Bernarda.....	165

VII.—La muerte.....	173
VIII.—Un fantasma.....	183
IX.—El hijo y el padre.....	191
X.—La madre y la hija.....	199
XI.—Visiones.....	207
XII.—La fuga.....	217

ALERE FLAMMAM VERITATIS DOS MUERTOS VIVOS.	
I.—Testigo, juez y verdugo.....	227
II.—La Sina.....	237
III.—Tres personajes.....	245
IV.—M. Germán.....	255
V.—Crimen.....	265
VI.—Proceso.....	275
VII.—Un brindis.....	285
VIII.—La muerte.....	295
IX.—Aventura póstuma.....	305
X.—Los amigos.....	313
XI.—Sombras.....	321
XII.—Apariciones.....	329
XIII.—La evocación.....	337
XIV.—Convicto y confeso.....	343

MAL DE OJO.....	355
-----------------	-----

ESTE LIBRO

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID

EN CASA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

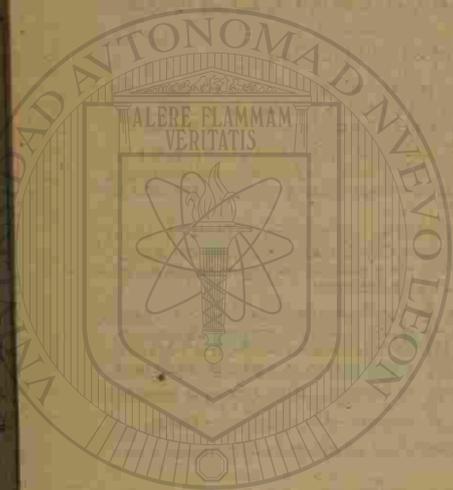
EL DÍA XXIV DE MARZO

DEL AÑO DE MDCCLXXXV

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DIRECCIÓN GENERAL DE B

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS.

- ROMANCERO ESPIRITUAL** del Maestro Valdivielso.—Un tomo, con retrato del Autor, y prólogo del P. Mir, 4 pesetas.—Ejemplares especiales á 6, 10, 25, 30 y 250 id.
- TEATRO** de D. A. L. de Ayala.—Tomos I, II, III, IV, V y VI: el 1.º con retrato del Autor, 5 pesetas: los restantes á 4 pesetas.—Ejemplares especiales á 6, 7 ¹/₂, 10, 25, 30 y 250 id.
- POESÍAS** de D. Andrés Bello, con prólogo de D. M. A. Caro, Director de la Academia Colombiana, y retrato del Autor.—(Agotada la edición de 4 pesetas.)—Hay ejemplares especiales de 6, 10, 25 y 30 pesetas.
- NOVELAS CORTAS** de D. P. A. de Alarcón.—1.ª serie (con retrato y biografía del Autor): CUENTOS AMATORIOS.—2.ª serie: HISTORIETAS NACIONALES.—3.ª serie: NARRACIONES INVEROSIMILES.—Tres tomos, á 4 pesetas cada uno.
- EL ESCÁNDALO**, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.
- LA PRÓDIGA**, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.
- EL FINAL DE NORMA**, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.
- EL SOMBRERO DE TRES PICOS**, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.
- COSAS QUE FUERON**, cuadros de costumbres, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.
- LA ALPUJARRA**, por el mismo.—Un tomo, 5 pesetas.
- VIAJES POR ESPAÑA**, del mismo.—Un tomo, 4 pesetas.
- EL NIÑO DE LA BOLA**, novela, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.
- JUICIOS LITERARIOS Y ARTÍSTICOS**, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.
- EL CAPITÁN VENENO**.—HISTORIA DE MIS LIBROS, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.
(De todas estas obras del Sr. Alarcón hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.)
- ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS**, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo con retrato del Autor y prólogo de D. Juan Valera, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

EL SOLITARIO Y SU TIEMPO, *biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras*, por D. A. Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato de D. Serafín Estébanez Calderón, 3 pesetas.—Ejemplares especiales.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Tomos I y II (este en dos volúmenes), 13 pesetas.—Ejemplares especiales.

ESCENAS ANDALUZAS, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

DERECHO INTERNACIONAL, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.

VOCES DEL ALMA, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato del Autor, 12 pesetas.—Ejemplares especiales.

ESCRITORES ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS, por D. Manuel Cañete.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

CALDERÓN Y SU TEATRO, tercera edición, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo, 4 pesetas.

ENSAYOS CRÍTICOS SOBRE HISTORIA DE ARAGÓN, por D. Vicente de la Fuente.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

ESTUDIOS GRAMATICALES: introducción á las obras filológicas de D. Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

POESÍAS de D. José Eusebio Caro.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

DE LA CONQUISTA Y PÉRDIDA DE PORTUGAL, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Tomo I, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

Los ejemplares especiales son:

150 en papel agarbanzado grueso.....	4 6 pesetas.
100 en papel de hilo español, núms. 1 á 100.....	4 10 "
25 en papel China, núms. 1 á XXV.....	4 30 "
25 en papel Japon, núms. XXVI á L.....	4 35 "

Todos los ejemplares numerados llevan dobles pruebas de los retratos grabados al agua fuerte por Maura.

EDICIONES PEQUEÑAS DE LUJO.

LA PERFECTA CASADA, por Fr. Luis de León, con retrato del Autor.—Un tomo, 2 pesetas, encuadernado.

ROMANCERO MORISCO.—Un tomo con grabados y encuadernado en vitela, 6 pesetas.

CERVANTES.—*Rinconete y Cortadillo*.—*El Celoso Extremeño*.—*El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros*.—Un volumen con grabados en el texto, retrato del Autor y encuadernación en vitela, 6 pesetas.

LA MUJER, por D. Severo Catalina.—Un tomo con grabados, 3 pesetas.

Ejemplares encuadernados de lujo para regalo, á diferentes precios.

EN PRENSA.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo III.

HORACIO EN ESPAÑA.—Solaces bibliográficos, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

DE LA CONQUISTA Y PÉRDIDA DE PORTUGAL, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario): tomo II.

TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI.—Estudios histórico-literarios, por D. Manuel Cañete.

LAS RUÍNAS DE POBLET, por D. Víctor Balaguer.

ENSAYOS CRÍTICOS SOBRE HISTORIA DE ARAGÓN, por D. Vicente de la Fuente.

POESÍAS de D. A. López de Ayala.

CANCIONES, POEMAS Y ROMANCES, por D. Juan Valera.

EN PREPARACIÓN.

MÁS VIAJES POR ESPAÑA, de D. P. A. de Alarcón.

ESTUDIOS LITERARIOS, por D. Pedro José Pidal.

ESTUDIOS HISTÓRICOS, por D. Aureliano Fernández-Guerra.

OBRAS de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

HISTORIA DE CARLOS V, por Pedro Mexía (inédita).

NOVELAS ESCOGIDAS, de Salas Barbadillo.

OBRAS ESCOGIDAS, del P. Martín de Roa.

(Los pedidos de ejemplares ó suscripciones de la *Colección de Escritores Castellanos* se harán á la librería de Murrillo, calle de Alcalá, 7.)

OBRAS
DE
D. SEVERO CATALINA

- LA MUJER.—Un tomo, 4 pesetas.
ROMA.—Tres tomos, 12 pesetas.
LA VERDAD DEL PROGRESO.—Un tomo, 4 pesetas.
VIAJE DE SS. MM. A PORTUGAL.—*La Rosa de oro.*—
Discurso académico.—Un tomo, 4 pesetas.

POESÍAS, CANTARES Y LEYENDAS, por D. Mariano Catalina, de la Real Academia Española.—Un tomo, 5 pesetas.

ESTUDIOS SOBRE VESTUARIO, EQUIPO Y ARMAMENTO DEL EJÉRCITO, por D. Nazario de Catonje, con láminas, 3 pesetas.

OTRAS OBRAS
(EN DIVERSAS EDICIONES)

DE
D. PEDRO A. DE ALARCON

DE QUE HAY EJEMPLARES A LA VENTA
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

- DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.
—Historia de todos los combates de aquella campaña, en que el Autor fué soldado voluntario: relación de los Jefes y Oficiales muertos en ella: descripción de Tetuán y de las costumbres de Moros y Judíos.—Tres tomos, á 3 pesetas cada uno.
DE MADRID A NÁPOLES.—Relación del viaje del Autor por Italia. Descripción de ciudades, monumentos, museos, etc.—Segunda edición, con 24 magníficas láminas.—Un tomo en 4.^o mayor de 580 páginas, 7 pesetas.
POESÍAS.—Colección completa, con un prólogo de D. Juan Valera.—Un tomo, 5 pesetas.
DISCURSOS SOBRE LA MORAL EN EL ARTE, leídos por los Sres. Alarcon y Nocedal al ser recibido públicamente el primero en la Real Academia Española.—2 pesetas.

